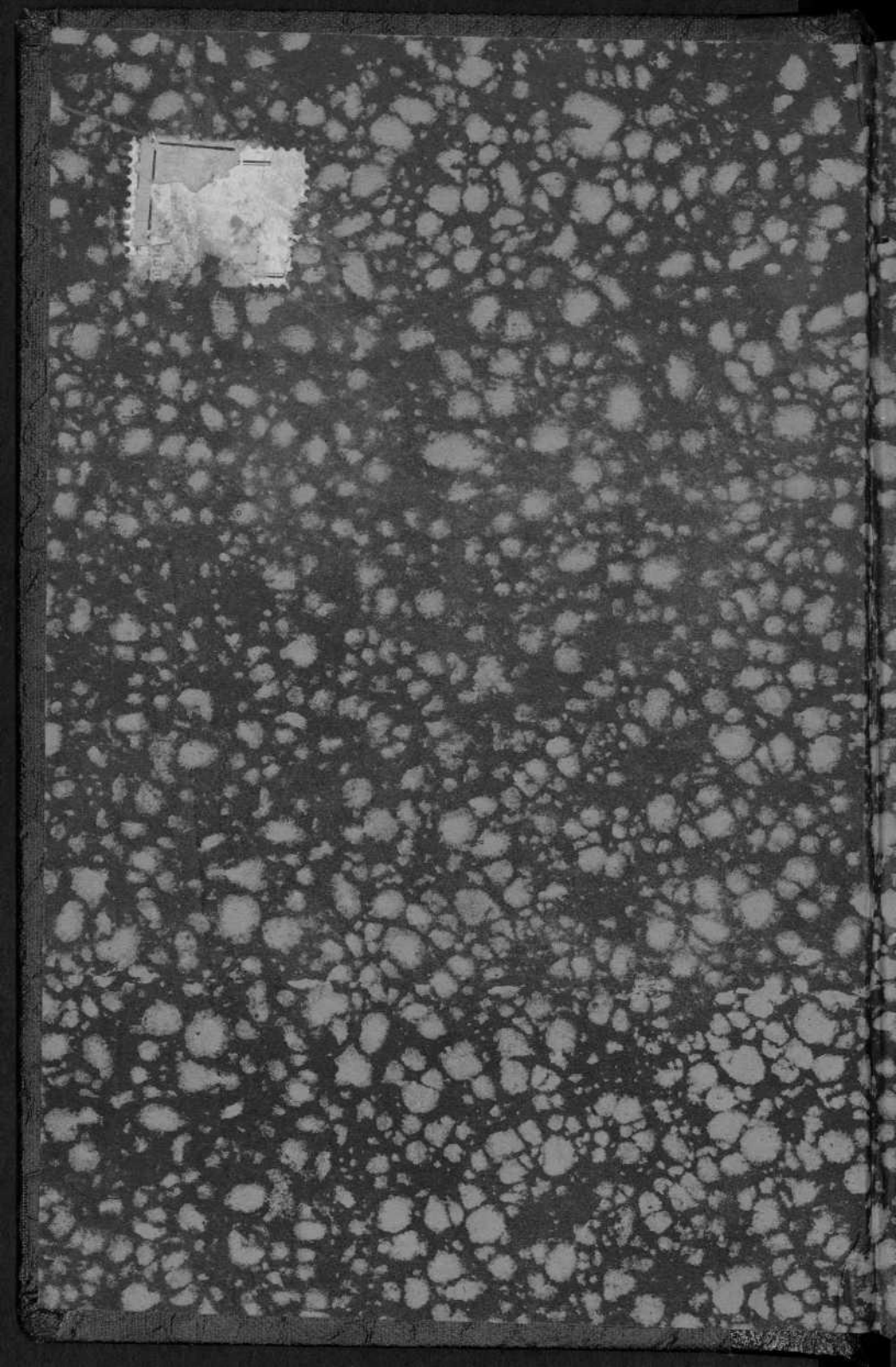
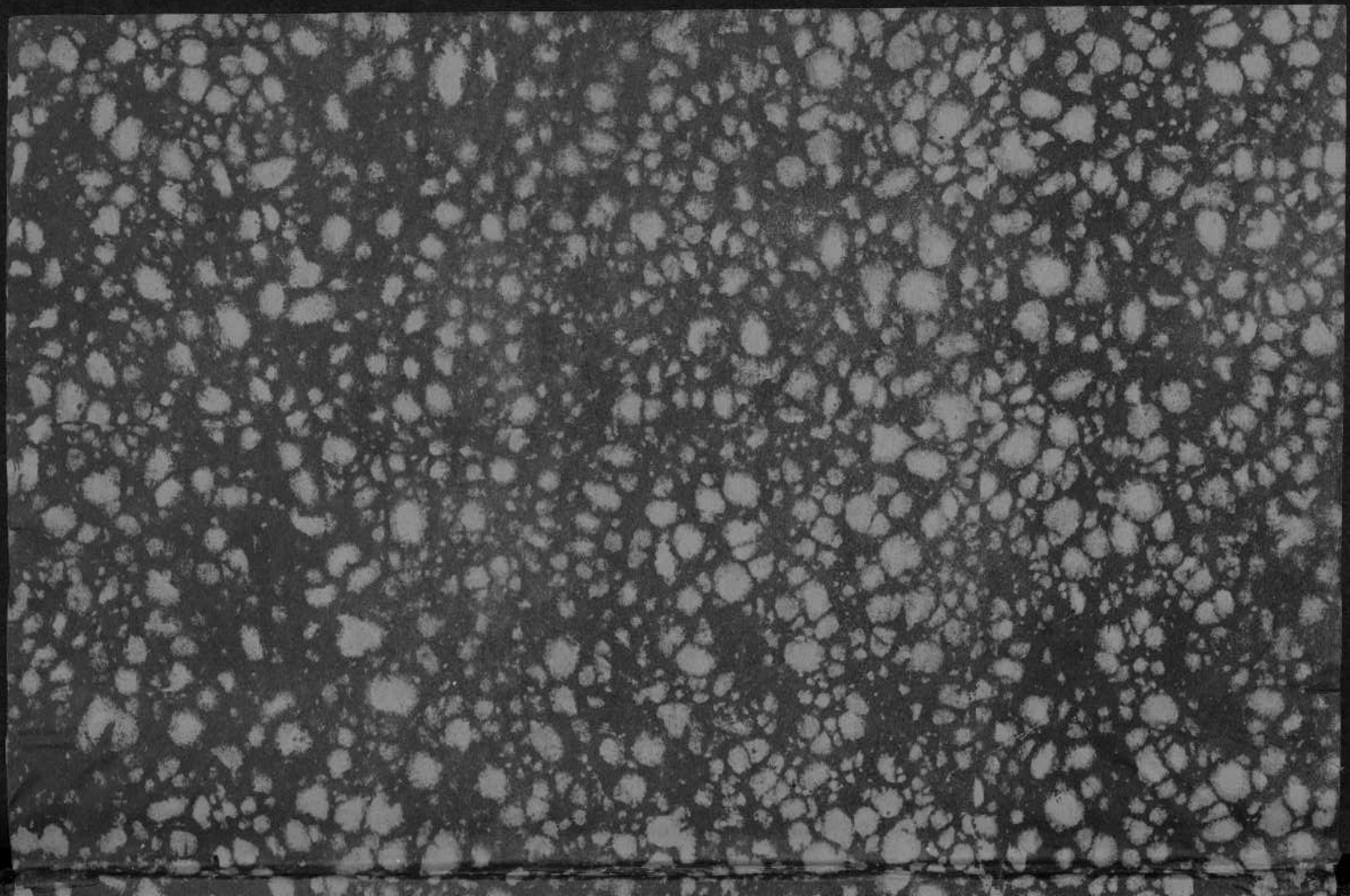




9772

Las huellas
de los
conquistadores

C.
D-36.402

CARLOS PEREYRA

R. 2220

Las huellas de los conquistadores

BIBLIOTECA PUBLICA PROVINCIAL BURGOS
CANJE Y ADQUISICIÓN DE PUBLICACIONES Y REVISTAS DE BIBLIOTECAS PUBLICAS - JUNTA DE
BIBLIOTECA PUBLICA BURGOS
B.P. BURGOS
N.R.
N.T. 11741
C.B.
21324

Publicaciones del Consejo de la Hispanidad
MADRID
1942

ES PROPIEDAD

Madrid, 1942
Published in Spain

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 26. — MADRID

Para conocer al conquistador *es necesario presenciar el desfile de los* conquistadores. *Sólo así podremos estar seguros de no inventar un tipo con caracteres imaginarios.*

Hubo conquistadores *de muy diversas procedencias, y los hubo destinados a empresas que tienen bien poca semejanza entre sí.*

Si se quiere hacer un trabajo fructuoso, debe estudiarse primeramente el tipo de los jefes que organizaban sus expediciones en Sevilla, para distinguirlo de los que reclutaban sus fuerzas en alguno de los países americanos.. Las diferencias son fundamentales, como se verá.

Después, conviene que fijemos el conjunto de las peculiaridades propias de cada empresa, pues pocos son los rasgos comunes entre las de Méjico y el Perú, por una parte, y las ístmicas y antillanas, por la otra. Aun las más afines muestran notables discrepancias. Los conquistadores de la Nueva España se hacen pobladores de un modo que no vemos en Lima y el Cuzco. Un mismo teatro presenta las oposiciones más curiosas. El pacificador *de Puerto Rico, por ejemplo, resuelve problemas desconocidos para los primeros ocupantes de Cuba. El caso del Paraguay es único. Y si se quiere conocer íntimamente el de Chile, no huelga explorar el de las reducciones de la costa venezolana.*

Conviene, por último, no pasar muy de prisa sobre las expediciones malogradas, pues tenemos toda una historia de conquistadores que no son sino exploradores. Habrá que seguirlos a la Florida, a Nuevo Méjico, a las Californias, al Chaco, a la Patagonia, al Marañón, al Orinoco y al Meta.

No queda terminada nuestra revista en América, puesto que el conquistador *atraviesa el Océano Pacífico y se adueña de las Filipinas, de donde a la vez parte con la intención de establecerse en Camboya.*

Tenemos que examinar múltiples grupos, y dentro de cada uno de ellos la situación de los individuos que los componen, ya sean jefes, capitanes o soldados, clérigos, religiosos o legistas. En este punto hay que hacer uso de una diligencia muy particular para establecer con toda precisión el mayor número de antecedentes personales, determinando la patria, la familia, la educación, los recursos pecuniarios, y, sobre todo, las tendencias, capacidades y limitaciones, las virtudes y los vicios de cada uno de aquellos hombres.

Terminada la pacificación, *los* conquistadores *dejaban de serlo y se hacían* pobladores, *si no sentían la tentación de otras empresas. Lo más importante de nuestro estudio habrá de referirse a esta fase de una actividad multiforme. Para conocer con exactitud a los* conquistadores *hay que explorar minuciosamente los fines de las empresas que organizan, y entrar en el análisis de los medios que emplean. Sobre estos puntos han girado en el vacío muchas discusiones que no tienen objeto por falta de información. Cuando los hechos nos ocupan, huelgan todas las disquisiciones, pues siendo tan rica la materia y tantos los puntos de vista, no se puede volver a las posiciones unilaterales de la polémica.*

Los lineamientos de la acción conquistadora

Como en este libro no se intenta la historia narrativa de los hechos que dieron como resultado la sujeción de numerosos países americanos y de un archipiélago de la Oceanía a la corona de España, sino a estudiar los diversos aspectos de la conquista, conviene presentar el cuadro geográfico en que se desarrollan los acontecimientos.

La isla Española es el centro de donde parte la acción conquistadora, que se extiende primeramente a Puerto Rico, Jamaica y Cuba.

De estas cuatro grandes Antillas se dirigen las expediciones a las tierras continentales. Unas veces para cautivar indios y reducirlos a la esclavitud, cuando hace falta la mano de obra en las Antillas, y otras veces para descubrir y conquistar países de cuya riqueza se tiene noticia, salen armadas hacia las islas de la Margarita y de la Trinidad, hacia las Lucayas, hacia las Guanajas o hacia las costas floridanas, a las de Cumaná, Santa Marta, Cartagena y el golfo de Darién, o a las de Yucatán y Pánuco.

Cuando se establece un centro en Coro, otro en Panamá y otro en Méjico, de cada uno de ellos arrancan líneas descubridoras y conquistadoras.

Panamá lleva su acción a lo largo de la costa del Océano Pacífico, hacia el golfo de Fonseca, por una parte, y por la otra, hacia el Perú.

Este país forma a su vez un importante núcleo de expedicio-

nes que culminan en la conquista de los Charcas y en la de Chile.

Méjico sigue la línea de la Sierra Madre. Por un lado van sus descubridores y fundadores hasta El Salvador, mientras por el otro pasan más al norte del golfo de California y se extienden hasta la red fluvial de Tejas.

España, que creó el centro de la isla Española, acude constantemente a todas partes, en los primeros tiempos, alistando armadas descubridoras para el mar de las Antillas, que oculta el secreto del paso a la Especiería, y otras para el Atlántico del Sur.

Frecuentemente también, España lleva sus expediciones de ocupación a diversos puntos del continente. Una de ellas es la que tiene por objeto afirmar la dominación en el golfo de Darién; otra es la que procura la creación de un centro importante en la desembocadura del Río de la Plata. Pero esta última empresa es un fracaso, y Buenos Aires no surgirá de nuevo, después de su primera fundación, sino cuando los colonos que se establecen tierra adentro, en el río Paraguay, logren cimentar un orden sólidamente formado mediante la fusión de elementos indígenas, y cuando bajen del Perú y de Chile otras corrientes pobladoras.

El más interesante de todos los hechos que vamos a estudiar es el de la acción indirecta de España, que no hace por sí sola ninguna de las grandes conquistas, ni hubiera podido hacerlas a tal distancia, sino cuando cada una de ellas tiene base americana.

El conquistador es un hombre de España formado en América.

Con las expediciones procedentes de Sevilla salen de la península los alumnos que van a graduarse en las escuelas del Nuevo Mundo.

Las expediciones sevillanas

El primer grupo de conquistadores se organizó entre los individuos que acompañaron a Colón en el viaje de las tres carabelas. Pero como no sobrevivió uno solo de los que se quedaron en el fuerte de la Navidad, nada podemos decir de su experiencia colonizadora. El segundo viaje de Colón abre la era de los conquistadores. El almirante llevaba catorce carabelas y tres carracas. Los expedicionarios eran probablemente más de 1.200 autorizados para embarcarse, y se cree, con razones fundadas, que el total llegaba a 1.500. La armada salió de Cádiz el 25 de septiembre de 1493, y en esta fecha da principio la colonización del Nuevo Mundo, que todavía se tomaba como parte del extremo de Asia. Pedro Mártir decía en su *Primera década,* dirigiéndose al cardenal Luis de Aragón: "Un Nuevo Mundo ha sido descubierto bajo los auspicios de los Católicos Soberanos, vuestro tío Fernando y vuestra tía Isabel..." Y líneas abajo explica que, según Colón, la isla Española es la de Ofir, mencionada en el libro tercero de los *Reyes.*

La expedición se divide en dos grupos: noble, cortesano y militar, el uno; plebeyo, de menestrales y labradores, el otro. Sobre esto no hay duda, pues los archivos guardan cerca de sesenta cédulas que atestiguan el interés de la corona en la organización de la armada, cuyos preparativos corrieron a cargo de D. Juan Rodríguez de Fonseca, que fué en cierto modo el primer ministro de Indias.

Pedro Mártir habla de las yeguas, ovejas, vacas y toros que llevó el almirante. Las Casas se refiere con especialidad a unas puercas tomadas en las islas Canarias, y dice: "Destas ocho puercas se han multiplicado todos los puercos que hasta hoy ha habido y hay en todas estas Indias." El dato es de impor-

tancia, por cuanto a que con tocino y pan cazabe se hicieron casi todas las conquistas.

La primera ciudad fundada por Colón fué la Isabela, en la costa del norte de la isla Española. Y el día de la fiesta de los Reyes Magos hubo misa con trece oficiantes. Pero aquella ciudad acabó bien pronto, y sólo quedaron algunas ruinas en un promontorio. La tradición dice que las sombras de los fundadores, muertos de hambre y fiebre, saludan al viajero. Envueltos en sus capas, con los rostros ocultos bajo las alas de sus sombreros, vagan por las calles de la ciudad. Y si algún viviente se les acerca, ellos, puestos en fila, levantan la mano, apartan el embozo, y, descubriéndose con ceremoniosa gravedad, muestran sus calaveras. En esta lúgubre tradición, que ha conservado Las Casas, se condensa el juicio acerca de la desaparición de aquel primer centro antillano. La Isabela fracasó porque fué una fundación de gente cortesana. Los supervivientes se dispersaron, y aleccionados por la experiencia, echaron los cimientos de Santo Domingo en la desembocadura del Ozama.

Entre los nombres que después glorificaron los cronistas señalaré sólo tres: el de Sebastián de Ocampo, que hizo el bojeo de Cuba; el de Juan Ponce de León, gobernador de Puerto Rico y concesionario autorizado para buscar los secretos del Bimini, en donde se ocultaba la fuente de la eterna juventud, y el de Alonso de Ojeda, el primero, el más brillante y el menos afortunado de los conquistadores.

Todavía el tiempo era de los pilotos. Las expediciones de más resonancia no se distinguían por el número o el porte de sus navíos, ni por la excelencia de los armamentos. El barquichuelo de Alonso Niño, que no pasaba de cincuenta toneladas, llenó de pasmo a las gentes por haber llegado "cargado de perlas como si fueran paja", primicias de aquellos países productores de aromas y riquezas, pero defendidos por mares que se tragaban a los navegantes. *Alluvies inaudita typhonibus horrendis comitata, quam ipsi vocarunt furacanum.*

¿Con qué Leviatanes se desafiaba el huracán de que habla Pedro Mártir?

El porte de las embarcaciones no carece de interés para el conocimiento de la era descubridora.

La *Santa María*, en que Colón hizo su primera travesía, y que, inutilizada, se desarmó para convertirla en fuerte, tenía 120 toneladas; la *Victoria*, que dió la primera vuelta al mundo, 85; la de Niño, o de Cristóbal Guerra, 50; la de Solís, 60, y 30 cada una de las dos que la acompañaban; 47 la *Fraila*, de Pinzón. La andadura de aquellas embarcaciones variaba. Unas daban 8 millas italianas por hora; otras, 11; otras, 12, y las hubo de 15. Esta velocidad no había sido superada ni aun igualada por los buques de vapor cuando escribía Fernández Duro. "El tiempo invertido en el viaje hasta la isla de San Salvador —dice este marino, refiriéndose al de 1492— fué de treinta y cinco días, aun habiendo cambiado de rumbo, travesía breve comparada con la que hacen todavía los buques de vela."

*

Frey D. Nicolás de Ovando, natural de Brozas y perteneciente a una gran familia de Cáceres, caballero de la Orden de Alcántara y comendador de Lares, fué designado para poner orden como gobernador en los negocios de la isla Española. Se hizo a la vela el día 13 de febrero de 1502, mandando una de las flotas más respetables. Tenía facultades para armar 32 embarcaciones y para llevar 2.500 hombres. La expedición de Ovando no fué conquistadora, sino organizadora. El comendador de Lares, elevado después a comendador mayor, estuvo siete años en la isla Española e hizo 11 fundaciones, entre las que se cuentan Verapaz, Buenaventura, San Juan de la Maguana, Puerto Plata y Puerto Real. Durante su gobierno se autorizó a Ponce de León para que poblara en Puerto Rico, la más difícil de las conquistas antillanas.

Tiene importancia, sobre todo, la expedición de Ovando por el contingente extremeño que llevó consigo o que atrajo la presencia del comendador en la isla Española.

*

El descubrimiento de la mar del Sur, con sus pesquerías de perlas, mil veces superiores a las de la Margarita, puso en movimiento a la corte. Doña Isabel había muerto. El Rey D. Fernando se dedicó personalmente a organizar la armada, que de-

bía conducir una de las expediciones más famosas. El jefe llevaba por objeto establecer la concordia entre los capitanes, abandonados a sí mismos en el Darién. El Rey nombró para ese cargo a Pedrarias Dávila, *el Galán*, soldado de Africa, notable allí por su temeridad, como lo fué en América por su concupiscencia. El nuevo gobernador de las tierras perlíferas —Castilla del Oro— salió de Valladolid en octubre de 1513.

Una juventud inquieta se alistó para embarcarse. Como en la expedición colombina del segundo viaje, no escaseaba el elemento palaciego, por más que el Rey D. Fernando procuraba limitarlo, para que no faltasen labradores y artesanos. Todo el que sentía las tentaciones de la codicia hacía lo posible y lo imposible por ser admitido en la flamante armada. Viejos avaros, más para la muerte que para la emigración, sobornaban a los oficiales de la corona o entraban furtivamente en las embarcaciones, ateniéndose a su buena suerte para que no se les descubriera antes de la partida. Mancebos, casi niños, también lograban penetrar entre el tumulto de los alistados legalmente. El número de las plazas autorizadas se había limitado a 1.200. Pedrarias Dávila tenía ya 3.000 hombres, todos sanos, fuertes y bien dispuestos. Pero aun había solicitantes. Fué preciso cerrar brutalmente las puertas de la Casa de Contratación para que no entraran los que hacían empeños, y hubo que expulsar después a muchos.

Es fácilmente explicable el gran número de caballeros que fueron o quisieron ir con Pedrarias. Acababa de disolverse una expedición a Italia, bajo las banderas del Gran Capitán. Los que iban, dice Herrera,

> se quedaron todos gastados y defraudados del viaje, y como luego se sonó el despacho de Pedrarias, y las nuevas de las riquezas (del golfo de las Perlas) volaban por toda Castilla, acudieron muchos nobles empeñados, a ofrecerse a Pedrarias, doblándoseles la esperanza de la buena dicha que se les había figurado que habían de tener contra los franceses, si pasaran a Italia. Admitió Pedrarias a muchos, y cuando llegó a Sevilla, halló dos mil mancebos nobles, lucidos y bien aderezados, y le pesó mucho de no poder llevar a todos.

Otros 2.000 descontentos volvieron a sus hogares, creyendo

haber perdido la más hermosa de las ocasiones para hacer fortuna. En los primeros días del mes de abril de 1514, Pedrarias bajaba por el río Guadalquivir. Las desgracias empezaron desde que la armada se hizo a la mar. Dos de las embarcaciones fueron destruídas por una tempestad frente a las costas de España. Las otras tuvieron que aligerar la carga, aun abandonando las provisiones.

En el Darién, la gente de Pedrarias encontró las mismas incomodidades que la de Colón en la Isabela. El sitio pantanoso y cálido fué un sepulcro de pobladores. Todos los que volvían a España llevaban pintados en la piel amarilla y reflejados en los ojos hundidos los sufrimientos de un clima mortífero. Contaban que al regar los esclavos las tarimas de sus habitaciones, cada gota de agua se convertía en un sapo.

La dispersión fué semejante a la de la Isabela, y los acompañantes de Pedrarias, que más tarde fueron ilustres, como Bernal Díaz del Castillo, Gonzalo Fernández de Oviedo y algunos otros, no debieron al jefe de esa desdichada expedición sino la ocasión de pasar al Nuevo Mundo.

*

Otro conductor falto de mérito fué D. Pedro de Mendoza. Se embarcó en Sevilla veintidós años después de la salida de Pedrarias, con destino al Río de la Plata.

Es inútil discutir el número de las embarcaciones que llevó Mendoza. Añadiendo a las que sacó de Sanlúcar tres que se le agregaron en las islas Canarias, se obtiene la cifra de once naos y carabelas dada por los cronistas Oviedo y Herrera. Con Mendoza desembarcarían en el Río de la Plata no menos de 1.200 y acaso 1.500 personas.

Nunca hubo fundación menos afortunada que la de Buenos Aires. Ni la Isabela de la isla Española, ni Santa María de la Antigua del Darién conocieron calamidades tan persistentes y tan poco atenuadas por el encargado de la dirección suprema. A Mendoza le faltaron los merecimientos de Colón como almirante y los de Pedrarias como soldado para compensar su impericia. El único testimonio que tenía de las dudosas campañas

militares que, según se dice, hizo en Italia, era el mal serpentino bautizado por Fracastorio. Bajo el peso de sus dolencias, abandonó miserablemente una empresa que había aceptado, sin darse cuenta de la capacidad requerida para ella, y, embarcándose, murió durante la travesía.

Juan de Ayolas, teniente de Mendoza, pereció después de llegar a los dominios del fabuloso Rey Blanco. Pero Juan de Salazar fundó la casa de la Asunción, y Domingo Martínez de Irala, con su genio de organizador y su esforzada constancia, creó el centro de la acción española en aquella parte de la América del Sur. De la Asunción salieron más tarde los pobladores de Santa Fe, de Buenos Aires, de Corrientes y de la Concepción del Bermejo.

*

Otra expedición sevillana malograda fué la de D. Pedro Fernández de Lugo, adelantado de las Canarias. Salió, como Mendoza, en 1536, con autorización para llevar a Santa Marta 1.500 hombres, 200 caballos y toda la dotación de armas, útiles y enseres para las fortificaciones que creyera necesarias. La fiebre y el hambre despoblaron la colonia. Don Alonso de Lugo, hijo del adelantado, desertó, volviendo a España y llevándose el oro de los *rancheos*. Todo esto puso al adelantado en una situación insostenible. Envió a su teniente, Jiménez de Quesada, para que hiciese el descubrimiento del Río Grande de la Magdalena, que era el indescifrado y tentador misterio de aquella tierra, y mientras subía la expedición, él salió de Santa Marta, muriendo en Cuba, más de mal curado que de sus dolencias.

Hasta aquí vemos que ninguno de los jefes nombrados directamente por el Rey se levantó a la altura de gran conquistador.

Las expediciones sevillanas que menciono, y otras que omito, dieron hombres, armas, municiones, víveres, animales para la reproducción y vegetales para las plantaciones de los establecimientos ultramarinos; pero en ninguna de ellas se anota el resultado de una fundación memorable.

Las conquistas no se hicieron sino combinando todos los elementos proporcionados por España con los de América y por hombres que en la misma América formaron sus planes.

La organización de una Armada

Es notable la expedición de Pedrarias por la parte personal que en ella toma el Rey D. Fernando. Se le aconseja que limite el número de gente, y así lo hace. Discute cada punto con los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla. Oye al bachiller Enciso, el primer geógrafo de las Indias, sobre materias de navegación y armamento.

Se mandó alistar 25 embarcaciones, puntualizadas así: una carabela de más de 100 toneles; cuatro de 70; seis bergantines, cuatro de ellos sin cubiertas, a manera de pinazas, y dos con cubiertas; ocho barcas de pescar, con dos chinchorros aderezados cada una; cuatro carabelas portuguesas, de 12 ó 13 sedas; dos naos viejas, para gente o bastimentos, de 100 toneles. El galeón *Santa Catalina*, destinado a Pedrarias, llevaba plomo en la parte del casco que recibía el contacto del agua, pues la broma era el enemigo de las embarcaciones, barrenándolas cuando llegaban a los mares indianos. Desde mediados de 1514, Antonio Hernández entró a trabajar en la Casa de Contratación de Sevilla como emplomador de naves, con el sueldo de 25.000 maravedís. El Rey no adquiría embarcaciones en propiedad sino excepcionalmente. Los oficiales aconsejaban que las naos se fletaran tomándolas a razón de 4.000 maravedís por tonelada, pero ofreciendo que iban a comprarse después, para que los fletes no encarecieran. Indicaban también que las piezas de los bergantines destinados a expediciones costeras se llevaran de España y se armaran en Indias, contando con la facilidad de hacer los arreglos si la madera se torcía.

Entre las cosas de respeto que figuran en los inventarios

aparecen cantidades de pez y estopa, sebo, resina, estoperol, alquitrán, clavazón, tablas "y otras menudencias". Hay cincuenta olones para velas.

La tripulación se compondría de nueve maestres para los nueve navíos, nueve contramaestres, nueve pilotos y 90 soldados, "entre marineros, y grometes, y pajes". Los bastimentos para 100 personas de marinería, durante los ocho meses calculados del viaje redondo, serían: 1.500 arrobas de vino axeli y 20.000 de aceite, vinagre, garbanzos, habas, pan, carne y pescado. Los bastimentos para 8.000 hombres y nueve meses, 3.000 quintales de bizcocho, 15.000 arrobas de harina para otros siete meses, "a complimiento de XVI meses"; 12.000 arrobas de vino, 1.000 arrobas de vinagre, 11.000 arobas de aceite, 100 fanegas de garbanzos, 100 fanegas de habas, 100 fanegas de almendras en cáscara, 50 arrobas de miel, 50 arrobas de arroz, 50 vacas enjarradas, "sardinas e pescado para el camino". El mismo Rey fija los 3.000 quintales de bizcocho y las 15.000 arrobas de harina, para que tuvieran bastimento los exploradores enviados a reconocer la tierra. La harina debía ir cernida, a fin de que no se dañara, y puesta en 500 botas. El vino iba en 400.

Se juntaron hasta 3.000 hombres en Sevilla, o acaso más. Pero llegaron noticias de la Tierra Firme, y el Rey, aconsejado por las personas que tenían conocimiento, dispuso limitar el número de los expedicionarios a la mitad.

En una *Relación de lo que será menester para el viaje, que mediante Dios, se ha de hacer para la Tierra Firme, y lo han de comprar los oficiales de Sevilla*, puede verse la noticia del vestuario y del armamento.

La artillería comprendía cuatro ribadoquines de metal, dos falconetes y 35 hacabuches de 30 libras y una pelota. Se llevaba un quintal y medio de estaño para fundir los hacabuches, 300 quintales de plomo, 100 de pólvora hecha, 100 de salitre y 30 de azufre, y 16 morteros para fabricar pólvora. Había una partida de 100 quintales de hierro para hacer dados y otras cosas.

Los ribadoquines eran armas de artillería que estaban entre las bombardetas y las cerbatanas. El falconete se ha definido como el precursor del cañón de campaña.

Para entender la nomenclatura de la artillería de los últimos años del siglo XV y de los primeros del XVI, que fueron de transformación completa del arma, acudiremos a la división que hace Diego de Ufano según el destino de las piezas. Las había para ofender al enemigo, para batir posiciones fortificadas y para echar a pique embarcaciones. El tipo de la primera división es la culebrina, de la que se derivan el dragón o doble culebrina, el sacre, el esmeril, el mosquetón y el mosquete. De éstos hay ordinarios, reforzados, sencillos y bastardos. Se llaman: áspid, pelícano y basilisco. Los extraordinarios tienen otros nombres, tales como pasamuros, gerifaltes y tirantes. El arma de batir es el cañón. La nomenclatura encierra mucha variedad, pues se le dice: despertador, siflante, perseguidor, rebufo, crapante y berraco. El mortero es el tipo del arma para echar a pique embarcaciones, pero se emplea para sitios. De allí vienen las bombardas, los pedreros, los trabucos, las piezas de braga, los petares y los parafusos.

Ya había piezas con proyectiles de 80 libras, entre las que se contaban el *Serpentín* y la *Pimentele* de Milán, a las que se atribuía un alcance de 3.000 a 6.000 metros.

Debe advertirse que la revolución consiste en la aparición de las piezas de hierro colado, pues primeramente se hacían de duelas y cinchas. La culebrina, arma de hierro batido y de un solo cuerpo, cuyo nombre reaparecerá en el período siguiente de armas fundidas y taladradas, marcó la excelencia entonces asequible. Hacer, como dice la agudeza popular, un agujero rodeado de hierro o de bronce, fué el último perfeccionamiento, que no se superó sino en el siglo XIX. Las formas de las distintas piezas de artillería no vuelven a variar fundamentalmente en el transcurso de tres siglos.

Los proyectiles ordinarios pesaban de una a tres libras. No todos eran de metal. Se empleaba el hierro, el plomo y la piedra calcárea. De allí el nombre de pedreros. Las pelotas, como se llamaba a los proyectiles, tenían poca regularidad, sobre todo en los morteros y bombardas, cuyo calibre llegó a ser de más de 50 centímetros.

En las armas de menor diámetro se hacía uso del hierro para las pelotas, por exigirse una esfericidad más perfecta.

Para los pasavolantes se fabricaba un tipo de pelotas de plomo, y también de bronce o hierro recubierto de plomo.

Había una arma, llamada el órgano, que disparaba hierros, regatones de lanza y hasta cuadrillos gruesos. El órgano era una anticipación de la ametralladora.

El progreso realizado en aquellos tiempos no sólo consistió en la fundición de las piezas, sino en la introducción de muñones, en el aligeramiento de las cureñas, en el sistema mejorado de cuñas para fijar la puntería, y, sobre todo, en el invento alemán de las asas.

Dadas estas noticias, añadiré algo a lo dicho sobre ribadoquines y falconetes, antes de pasar a "los treynta e cinco hacabuches de metal, todos de una pelota, cada una de treynta libras", que llevaba Pedrarias. Los ribadoquines eran piezas de bronce que disparaban proyectiles de pequeño calibre. Los falconetes tiraban de una libra hasta dos y media de bala, y por cada libra de pelota tenía la pieza tres quintales de metal. ¿El hacabuche o acabuche, que también así escribe la palabra el amanuense de D. Fernando, es el arcabuz, y esta grafía viene a demostrar que los españoles tomaron la palabra de las italianas correspondientes, *archibugio, arcobugio* y *archibuso*? ¿O D. Fernando se refiere al sacabuche, nombre del instrumento músico llamado también trombón, y que por analogía, como es muy general, se aplicó a una arma de fuego portátil, con la boca acampanada? Los franceses llamaban *tromblon* y *espingole* a dos de estas armas.

Si la palabra *acabuche*, empleada por D. Fernando, es un crudo italianismo, el hecho se explicaría, siendo el arcabuz una importación reciente, como la *schioppetta*, que el Gran Capitán mandó fabricar en considerable número, viendo el uso eficaz que de ella hacían los suizos.

Por lo demás, sería interesante saber si la palabra arcabuz existía ya, pues aun se pretende que el arcabuz, la espingarda y el trabuco se conocieron antes del empleo de la pólvora, como ballestas de torno.

Cuando a las máquinas neurobalísticas sucedieron las de fuego, éstas recibieron en España un nombre que indicaría su origen, pues las llamaron *ballestas de trueno*.

BIBLIOTECA PUBLICA BURGOS

Contra esta derivación hay otra tesis. Las palabras italianas *arcobugio, archibugio, archibuso,* las inglesas *harquebus* y *arquebus,* la francesa *arquebuse* y la española *arcabuz,* son corrupciones populares de la voz francesa originaria, *haquebut,* derivada de la alemana *Hakenbüchse,* formada de *Haken,* gancho, y *Büchse* o *Bühse,* arma de fuego. El gancho servía para sujetar el arma en algún objeto fijo.

Pero como este gancho sólo se empleaba en cierto género de arcabuces, la palabra alemana y las francesas e inglesas correspondientes no se podían aplicar a todos los arcabuces, y menos a los primitivos, derivados de la ballesta. *Hackbut, hackbush* y *arquebus à croc* son términos de aplicación limitativa, si el gancho es el que servía para sujetar las armas a un muro, pero no si, como otros dicen, la *Haken* se refiere al serpentín de la mecha. Arcabuz, en tal caso, vendría a ser lo mismo que cañón de serpentín.

Quien parece haber puesto fuera de duda la cuestión es Carlo Promis, en sus notas al *Tratatto di architettura civile e militare,* de Giorgio Martini. Niega que arcabuz venga de *arco* y *buso,* arco agujereado (1). Y explica así la etimología:

Il nome di archibuso non è italiano, come si dánno a credere i nostri scrittori: quindi meno ancora che da noi sia atato propagato nelle altre provincie d'Europa. Esso ci viene di Germania, ma per la via di Francia, appunto come per la parola *baluardo.* L'archibuso no'stro (o lo schioppo, a dir meglio) chiamaronlo daprima i Tedeschi colla voce generica *Büchse,* dal greco-latino *pixis,* indicante una canna qualunque d'artiglieria: quindi, dal grillato che moveva il serpentino della miccia ed aveva forma di uncino assai lungo (in tedesco *Haken)* ne fecero *Haken-büchsen,* latinamente *bombarda uncalis* od *uncina,* e di tali armi di fabbrica tedesca, fatte circa la metà del XV secolo, ve ne sono per le gallarie. Tolsero i Francesi la voce intiera, ed accomodatala alla lingua loro, ne fecero *hacquebutte,* col cual nome comparisce presso l'antichi cronisti narranti l'assedio di

(1) "L'idea di un arco bucato è lontana troppo da quella di una canna da schioppo." Es verdad que la idea de un arco agujereado está muy lejos de la de un cañón de arma de fuego. Pero si se dice arco por ballesta, la situación cambia, puesto que la ballesta da un conducto al proyectil.

Metz nel 1444, nel qual anno, già tenendo la parola come radicale invece che era composta, troviamo l' *Hakenbüchse* tradotto con *hacquebutte à crochet*, evidente superfetazione della parola tedesca. Si disse pure *hacqueboutte* ed *arquebouze*, per la quale ultima parola specialmente è chiarissima la comune derivazione dell-italiano *archibuso* e del francese *arquebuse* dalla parola tedesca.

Debe notarse respecto del arcabuz, como de la culebrina, que el mismo nombre sirve para designar las armas de mano y las piezas de artillería. Así, por ejemplo, se cree que las diez mil culebrinas con que los turcos pelearon frente a Constantinopla eran armas portátiles correspondientes a los fusiles.

El arcabuz se diferenció según su empleo. El de la caballería fué aligerándose hasta convertirse en el *pedreñal* o *petrinal* y en el *pistolete*. El soldado necesitaba conservar libre la mano izquierda para llevar la rienda, y manejar el arma sólo con la derecha. El arcabuz ordinario, destinado a la infantería, era arma muy pesada, como la culebrina, y debía apoyarse sobre una horquilla, que servía también de baqueta *(archibugio da forcella)*. Se hacía, pues, necesario contar dos hombres para cada boca de fuego. El arcabucero tomaba debajo del brazo la culata, que tenía forma muy arqueada para ello. Sería el gancho que dió nombre al arma. Finalmente, el arcabuz de posición *(da posta o da muro)* se sujetaba con gancho en el parapeto, a fin de fijar bien la puntería. El peso de estas armas era hasta de 30 kilogramos.

El material y las dimensiones cambiaron con el tiempo. Primeramente se hacía el cañón de bronce, o de fuslera, y la longitud era considerable. Después se fabricó de hierro, y el cañón fué acortado; pero volvió a alargarse, alcanzando más de 80 centímetros y 60 centímetros para el ánima.

En España, los arcabuces tenían también el nombre de *culebrinas*, por una confusión en muchos casos voluntaria. Llamaban a los proyectiles *virotones* o *viratones*. El peso del proyectil bajaba hasta ser de tres cuartos de onza en el tipo ligero de 14 a 15 libras, que no necesitaba horquilla, y pasaba de ocho onzas en otros tipos.

El Museo de Artillería de Madrid conserva un cañón de culebrina que perteneció a Hernán Cortés, y que, según se dice,

formaba parte de su armamento en Segura de la Frontera, después de la retirada de Méjico. Fué regalo hecho al Museo por el conde de la Cortina, en diciembre de 1852. Lleva el número 1.926, y está descrito así:

De 16 mm. de calibre por 950 de longitud de ánima y 960 de total. Pesa 7,59 kilogramos. Es de hierro forjado y de culata lisa. Tiene una espiga a 313 mm. de la boca, otra menor en la culata, ambas para pasador, brocalete ochavado, punto sobre él y oído abierto en la ochava superior (sin fogón), como lo tenían todas las armas de esta clase.

En el orden cronológico de la sucesión de las armas, no eliminaban las unas a las otras instantáneamente. La culebrina se empleó en España desde mediados del siglo XV, y como arma portátil, simplificada para el uso de la caballería, consistía para la infantería en un cañón corto, sujeto con abrazaderas a una caja terminada en punta. Para disparar se empleaba mecha suelta o botafuego. La espingarda, el arcabuz y el mosquete vinieron de un modo simultáneo a satisfacer la necesidad que había de una arma portátil que no necesitase horquilla, o que, necesitándola, pudiera ser utilizada por un solo hombre. La simplificación pareció adelantar mucho con la introducción de los mosquetes y arcabuces pedreñales, que se supone fueron inventados en Nuremberga el año de 1512. Estas armas tenían una rueda que giraba rápidamente por medio de un resorte y un disparador, y que sacaba la chispa de una piedra de sílex o de una ágata para inflamar el cebo de la carga. Más eficaz fué, sin embargo, a lo que se cree, la antigua mecha, y muchos la preferían si el arma tenía una cazoleta para impedir que la pólvora se saliese durante las marchas.

De todos modos, la pica y la ballesta eran preferidas al arcabuz y al mosquete. Los ingleses fiaban más del arco que de las bocas de fuego y de las mismas ballestas. En la Florida, los arqueros ingleses de Soto eran muy alabados.

*

Volvamos a los preparativos hechos por el Rey D. Fernando el Católico para la expedición de Pedrarias.

Las armas que se darían a la gente, descontando su precio del sueldo, eran 200 espingardas de metal, con su aderezo de lanzas cortas; 400 rodelas de corcho, 200 tablachinas de drago, que se tomarían en Canarias; 800 casquetes, 300 espadas, 800 ropetas de lienzo de angeos bastadas de algodón, con lo de encima encerado (1); 200 puñalazos de Villa Real, con sus vainas, y 200 vitorianos, también con sus vainas. Como armas de Su Alteza, a cargo del que las llevara, iban 50 vergas de ballesta, 20 arrobas de hilo para las mismas armas, 600 docenas de saetas para ballesteros y 200 picas.

Los artefactos de la artillería se pidieron a la casa de esta arma que había en Málaga, y los de hierro a Vizcaya, encargándose que no habían de ser de los de almacén. El Rey daba para esto sus razones, diciendo "porque las cosas que han ido a las Indias se han perdido y no han valido nada, que han de ser hechas aposta, hechizas, para que sean buenas, y para esto de acá va un hombre, para que las vayan a hacer a Marquina, y a las otras partes donde se hacen..." El comisionado que entendía en todo esto era Juan Pérez de Yáquez.

El capítulo de mayor interés para la Historia es el de *Herramientas y clavazón*. La Memoria dice:

Mil açadones, los seyscientos de pico y los cuatrozientos mochos.—Trezientas palas de hierro.—Treynta barras de hierro, grandes.—Cinquenta almadanas de hierro.—Clavazón gruesa, veynte quintales.—Clavazón de otras suertes, treynta quintales.—Barrenos grandes e menores.—Quatrozientas hachas de tres suertes.—Dozientos calaboços para cortar leña, azerados.—Una dozena de sierras grandes, con sus adreços, y cinco dozenas pequeñas.—Dozientas açuelas de carpinteros, y otras dozientas gorviadas.—Trezientos escoplos y cient garvias.—Dozientos martillos y cient pares de tenazas.—Seys pares de tapiales con sus aparejos.—Mill esportillas para echar tierra.—Sogas de cáñamo de diversas suertes, doze quintales.—Sogas de esparto, seys mill maravedís.—Cient ollas de cobre de a cinco libras cada una.—Cient caçuelas de cobre de a dos libras.—Cient

(1) Fueron desechadas las ropas de angeo y las conchas de tortuga, "porque con el calor del sol y el del cuerpo del soldado se enternecían". Hicieron petos y coseletes con barniz, para que resistieran la humedad.

sartenes de hierro y dozientos asadores.—Dozientos tajadores y quatrozientas escudillas de palo.

El Rey D. Fernando, a quien la leyenda del colombinismo, sobre todo en el extranjero, ha presentado poco menos que como un incapaz envidioso, da entre sus instrucciones a Pedrarias, con fecha del 4 de agosto de 1513, las que siguen:

Iten, habéis de procurar de llevar labradores, para que allá prueben a sembrar la tierra, y lleven su adreço de las cosas necesarias para ello, y habeys de dar orden cómo lleveys trigo y cebada nuevo, y trigo tremesino, y otras simientes, aparte de lo que lleváys que vaya para sembrar, que sea escogido para ello, y vaya de manera que en la mar no se dapne, y se sepa claramente allá que si non acudiere o nasciere, que no es por defeto de la simiente, y a los labradores que lo fizieren les fagáys allá en las cosas de repartimiento alguna ventaja que sea buena, en las cosas que se dieren a los vezinos, por manera que ellos sean contentos y resciban algund premio por su trabajo, y los otros hayan gana de trabajar, por que con ellos se haga.

El presupuesto de los funcionarios y soldados estaba determinado así:

A Pedrarias Dávila, nuestro capitán general e gobernador de la Tierra Firme, con el dicho cargo, trecientos e sesenta e seys mil maravedís.....	CCCLXVI	mil
Al dicho Pedrarias para un físico que ha de llevar.	L	»
A un cyrujano que asymismo ha de ir con él.....	XXX	»
A un boticario que asymismo ha de ir con él.....	XXX	»
Al dicho Pedrarias para diez escuderos que ha de llevar para ayuda para favorecer a la Justicia en las cosas que les fueron mandadas, a cada uno XVIII mil.....	CLXXX	»
Al dicho Pedrarias para treynta peones que ansymismo ha de llevar para lo suso dicho e para que ayuden a velar las fortalezas quando las mandáremos hacer en la dicha tierra, a cada uno XI mil.	CCCXXX	»
Al dicho Pedrarias para un alcalde mayor que ha de llevar consigo.....	C	»
A vos, el dicho Alonso de la Puente, nuestro Thesorero.....	CCL	»

A vos, el dicho Diego Marque, nuestro Contador.....	CC	mil
A Juan de Tavira, nuestro Factor.....	CL	»
A Juan de Quicedo, nuestro Vehedor de las minas e fundiciones de la dicha tierra, LXX mil.....	LXX	»

No todos los que llevan armas tienen sueldo. Sólo entran en el presupuesto: un lugarteniente del capitán general, que gana 6.000 maravedís mensuales; un número de capitanes que devengan 20.000 entre todos; 15 cabos de escuadra, tres escudos mensuales, o sea 16.875 maravedís; 180 hombres, a dos escudos, que hacen 135.000 maravedís.

Una brillante falsificación histórica

La organización se hace más con fines de población que de guerra. Es lo que no comprenden los que, evocando la parte ornamental en detrimento de las modestas realidades, han escrito la fastuosa novela de la conquista y olvidan o ignoran su verdadera historia. El prólogo del académico francés José María de Heredia a su traducción de la obra de Bernal Díaz del Castillo sobre la conquista de Méjico, prólogo más celebrado que leído, y más leído que analizado, es un modelo de inconsistencia artificiosa. El autor de los *Trofeos* va zurciendo pasajes que describen fantásticas escenas cortesanas y aplicándolos sin escrúpulos de exactitud a los meses que duraron los preparativos de Pedrarias. Habla de los pacíficos sevillanos, comerciantes o doctores, poseídos de entusiasmo al ver el desfile triunfal de los conquistadores, que ensordecen a los habitantes de la ciudad con sus trompetas y con el redoble de sus tambores, a la vez que deslumbran con el despliegue de sus estandartes, en los que se unen las torres de Castilla y las barras de Aragón (1). Dice cómo los eruditos mezclan a las aclamaciones populares las altivas palabras del historiador Floro: *Viris, armisque nobilem Hispaniam.*

No podía faltar el parche multicolor de la galantería, y Heredia lo añade para poner otras citas no menos graciosas e inco-

(1) Las armas de Castilla son castillo de oro en campo de gules; las de Aragón, cuatro barras de gules en campo de oro. Así fué como se pudo, sin menoscabo de una y otra corona, adoptar los dos colores, rojo y gualda.

nexas. Doña Isabel de Bobadilla, la mujer de Pedrarias, que había salido de Segovia dejando su casa y en ella a sus hijas, no estaba para las fiestas que Heredia supone. Pero Sevilla era una Roma pagana, y doña Isabel de Bobadilla tenía que presidir una corte de amor, entre matronas respetables y encantadoras niñas. La flor del ejército acudía a estos saraos, de invención herediana. Y aquí entra Luis Vives, con una página escrita para una corte tan imaginaria como la de la austera y práctica mujer de Pedrarias. Pero Heredia utiliza el diálogo de Vives, sin desperdiciar un solo detalle. Las prudentes damas y las inexpertas doncellas están en la cámara de la futura semisoberana, que pronto se embarcará con destino a su áurea Bética. Herrera habla así de aquella conquistadora:

Era doña Isabel Bobadilla y Peñalosa, mujer de Pedrarias, notable señora, hija del hermano de la marquesa de Moya, que fué muy servidora de los Reyes Católicos, y que les ayudó mucho para que reinasen, por entregarles el alcázar de Segovia y los tesoros que en él dejó D. Enrique en tiempo de las guerras entre Castilla y Portugal, pretendiendo el Rey D. Alonso de Portugal ser Rey de Castilla por haber casado con aquella señora a quien llamaron la *Excelente*. Quisiera Pedrarias dexar a su mujer en Castilla, pero ella, como varonil matrona, no quiso sino por tierra y por mar seguir a su marido.

Heredia convierte el alojamiento de esta "varonil matrona" en un panal de mieles frívolas. Entran y salen continuamente galanes, ya jovenzuelos esclavos de Cupido, ya viejos que, inflamados por estéril deseo, vuelven a la infancia. No hay en el mundo rumor más grato que el de aquellos coloquios, el de aquellas rimas llenas de imágenes delicadas, el de aquellas trovas y el de aquellos acertijos. ¿Qué decir de los paseos y danzas? ¿Cómo describir la variedad infinita de los colores que ostentaban en sus atavíos las damas y los galanes de la corte isabelina? Pajecillos, criados y mensajeros llevaban y traían billetes amorosos. ¡Por Dios vivo que era de ver la diligencia con que llegaban, la prestancia con que se descubrían, el rendimiento con que doblaban una rodilla, o acaso las dos, para entregar, cuando no para recibir, el perfumado pliego! Cada día presentaba

algo nuevo, imprevisto, singular, que con ingenio, sutileza, audacia, destreza y libertad se inventaba, se decía, se contaba o se sugería.

Nada de esto es realidad. Tampoco es invención de Heredia, que con muy poca seriedad y con gracia muy discutible vacia un *diálogo* de Luis Vives. Heredia, sin darse cuenta de la intención censoria del pedagogo renacentista, se apropia lo que Agrio, Sofronio y Holocólax —el Rústico, el Prudente y el Adulador— dicen de un gineceo ideal, pretexto para discursos morales (1).

Muy lejos estaban Pedrarias y su mujer de pensar en cortes de amor, cuando él dictaba su testamento y ella no cesaba de hacer encargos para el cuidado de la casa segoviana, donde quedaba su familia.

Después de Luis Vives entra Ambrosio de Salazar con una cita sobre las mujeres, redes que emplea Satanás. A continuación viene la *Celestina*, "breviario de amor impreso y reimpreso en Sevilla". Este libro llama a las mujeres armas del diablo. Y Heredia añade que si las mujeres son eso, las sevillanas lo son más que otras, por derecho propio. A eso se debe que los

---

(1) Doy un fragmento del diálogo *Regia*, utilizado con tan poca oportunidad por Heredia:

AGR.—Aliud hominum genus videre mihi videor in illo coenaculo.

HOL.—Illud est gynaecium, ibi Regina habitat cum matronis suis et puellis; aspice est ingrediumdur et egrediuntur ex Parthenone (locus est ubi habitant virgines), tamquam apes ex alveario, juvenes amatores, mancipia Cupidinis.

SOPHR.—Saepe et senes, bis pueri.

HOL.—Nihil est majoris voluptatis, quam audire illorum acute excogitata dicta vel poemata, cantiunculas, melodias antelucanas, confabulationes cum puellis: videre saltationes, obambulationes, varietates colorum in cultu, habitus et formas vestimentorum; habent pueros amanuenses, per quos mittuntur mandata: hi vero nuntiant et renuntiant ultro et citro mandata, qua solertia, diligentia, educatione. ¡Divi vetram fidem! nudis capitibus, flexo poplite, atque etiam positis genibus. Audire est quotidie et videre aliquid novi, inopinati, acute et subtiliter excogitati vel dicti, animose aut solute facte.

SOPHR.—Immo dissolute.

HOL.—¿Quae felicitas major? ¿Quis possit ab hujusmodi suavitati divelli?

SOHR.—Colax Colax, et tu sine amore insanis, et sine vino ebrius est: quae ineptia potest esse major, quam ista abste descripta?

sevillanos pongan dobles y triples rejas. Pero no hay puerta de hierro para un martillo de plata. Y aquí Heredia no pierde la ocasión para escribir un anacronismo descomunal.

Desde entonces las sevillanas eran conocidas por la preferencia que dispensaban a los galanes cuando volvían con los galeones, y por el desdén con que veían a los que se embarcaban para buscar fortuna. No querían galeones ni Adonis de partida. A sus ojos tenían más valor las manos llenas de oro que las sonrisas y promesas. No sabían medir el amor sino con la vara del interés, como dice un juicioso gramático. La ardiente juventud que seguía a Pedrarias experimentó aquellas verdades a costa suya. La profusión y el refinamiento de los festines eran excesivos entonces. Vives emplea más de uno de sus *Diálogos* en la fastuosa enumeración de esas suntuosidades. Las sevillanas gustaban de pasear en el prado de la Alameda...

Toda esta erudición procede únicamente de los métodos para aprender el latín y el español. Por eso habla del "juicioso gramático" y del autor de los *Diálogos*. Por eso habla de la corte de amor, de los galeones y de la Alameda.

No había aún galeones, cuyo *unto dorado* buscaba más tarde el Greco, pues el servicio de flotas y galeones para la conducción de metales empezó después de la conquista del Perú... *et pour cause*. Tampoco existía entonces la Alameda, y el sitio donde hubo de plantarse era una charca, a la que las sevillanas no hubieran ido por todo el oro que codiciaban los compañeros de Pedrarias. Ni podía hablarse del Dorado, fábula que nació cuando uno de los ínfimos enganchados de la expedición se hizo grande conquistando el reino de Quito. Pero Heredia lo que necesita es zurcir un refrán que le ha gustado y que encuentra en los libros con que Ambrosio de Salazar, preceptor de lengua castellana en Francia a fines del siglo XVI y principios del XVII, ameniza su enseñanza. Uno de esos refranes que trae Salazar es: "No habiendo aves ni lonjas, no presta el prado sus alhombras." Y Salazar explica el refrán:

Esto se dice porque las mujeres de Sevilla se van a pasear a los prados, donde dicen el Alameda; y quiere decir el refrán que el

galán que no da aves ni lonjas para merendar con ellas, no hay para qué ir a los prados y Alameda (1).

Heredia quiere arruinar a los nobles de la expedición de Pedrarias sólo para su propio recreo, pues él gusta de ver la luz del sol de España quebrándose con reflejos de zafiro, de cobre y de oro en las finísimas piezas de la loza vidriada de Valencia, Málaga y Sevilla, que la liviandad y el mercenarismo de aquellas mujeres pedían a sus amantes para llevar vinos blancos, rojos, claretes, de Candía, de Ribadavia, de Guadalcanal y de Manzanilla, servidos en copas de Cadalso, que guardan la nerviosa gracilidad de las formas orientales. Esta enumeración de vinos está tomada literalmente del tercero de los *Diálogos muy apacibles*, escritos por un profesor francés de lengua castellana, rival de Ambrosio de Salazar, en 1611 (2). Ese coloquio entre cinco caballeros, que son Guzmán, Rodrigo, D. Lo-

---

(1) Salazar fué un maestro laborioso. Escribió: *Vergel del alma y manual espiritual; Las clavellinas de recreación. Donde se contienen sentencias, avisos, exemplos, y historias muy agradables para todo género de personas deseosas de leer cosas curiosas, en dos lenguas, francesa y castellana. Espexo general de la gramática en diálogos, para saber la natural y perfecta pronunciación de la lengua castellana. Servirá también de vocabulario para aprenderla con más facilidad, con algunas sentencias muy de notar. Todo repartido por los siete días de la semana, donde en la séptima están contenidas las phrasis de la dicha lengua, hasta agora no vistas. Almoneda general de las más curiosas recopilaciones de España. Principios para aprender la lengua española. Secretos de la gramática española. Tesoro de diversa lición. Tratado de las cosas más notables que se veen en la gran ciudad de París.* Bajo otro título: *La grandeza de París y los ejercicios juveniles de Luis XIII.—Jardín de flores santas.*—Traducción de *L'honnete homme ou l'art de plaire à la court.* Morel Fatio, en su primoroso estudio sobre Salazar, omite varios libros de éste, que yo he visto en la Biblioteca Nacional de Madrid. El autor habla en un prólogo de doce obras suyas, pero de la enumeración que da no resulta ese número, a no ser que él cuente las traducciones que hizo o le hicieron al francés.

(2) Según Gayangos, los *Diálogos* de Oudin aparecieron por primera vez en Londres el año de 1599, al final de la *Gramática* de John Minshew (in-fol.). Anteriormente, en 1591, otros siete diálogos, enteramente distintos, habían sido compuestos por W. Stepney (*The Spanish Schoolmaster*, in 16). El barón Davillier atribuye los *Diálogos* de Oudin a I. de Luna. Véase su libro *Recherches sur l'orfèvrerie en Espagne*, 1879.

renzo, Mendoza y Osorio, trata de la mesa. "¿Qué vinos quiere vuesa merced?" —pregunta uno de los comensales. Y el interrogado responde: "De todos géneros: blanco, tinto, aloque, clarete; Candía, Ribadavia, San Martín, Toro y Cidra, por que haya de todo." Oudin quiere que haya de todo para enseñar, y Heredia para satisfacer su sensual deseo descriptivo.

En la enumeración de los juegos, Heredia copia igualmente lo que dice el mismo diálogo entre los cinco caballeros:

—He aquí están los naypes. Juguemos treynta por fuerza, o los albures, que todos éstos son buenos juegos.—Rodrigo objeta: —Yo no soy amigo dellos, sino de juegos de primor, como el reynado, el tres, dos y as, triunfo callado, y otros semejantes.—Osorio interviene, conciliando: —Ora por quitar todos de contienda, yo quiero dar un medio, y sea esto la primera.—Mendoza acepta: —Muy bien ha dicho vuesa merced, que es medio entre dos extremos.— Don Lorenzo apoya esa opinión: —Yo entiendo que se llamó primera porque tiene el primero lugar entre los juegos de naypes.

Heredia sabe hasta en dónde estaban las casas de lenocinio, probablemente con una aproximación de cincuenta años (1). No averiguaré su exactitud, según los datos de las *Calles de Sevilla*, por González de León, y el *Callejero*, de Alvarez Benavides. El caprichoso dato viene sólo a cuento en el prólogo de Heredia, para advertir que los expedicionarios de alta cuna salieron de Sevilla sin blanca, ateniéndose a las seguridades que les había dado el Rey de franquearles el pasaje gratuito y la alimentación, mientras llegaban al Dorado, del que sólo hubieran podido tener noticia leyendo el prólogo de Heredia, quien también les habría enseñado algo del Cenú y de Dabaybe.

Así se ha historiado a los conquistadores. El método de Heredia sería interesante para estudiar las artes suntuarias de España, pero no para hacerse cargo de lo que eran los compañeros de Pedrarias. Heredia los pinta degollando a los inofensivos sevillanos, con espadas del noble acero que se fabricaba

---

(1) "Les assignations secrètes se donnaient alors volontiers dans la calle de Chicarreros, qui est la rue des Orfèvres, ou dans la galerie des Merciers."

desde Toledo hasta Calatayud y Bilbao. *Armorum Salo temperator.*

Alguna de esas espadas, blandidas por manos valerosas, llevaban "la marca ilustre de Juárez de la Horta o la gran S coronada con que Alonso de Sahagún burilaba sus hojas..." Era del todo imposible que los expedicionarios de 1514 mataran a alguien con espadas que Alonso de Sahagún forjó más de cincuenta años después, ni aun con las de Juanes (no Juárez) de la Horta, armero que, probablemente, estaría entonces en pañales.

BIBLIOTECAS PUBLICAS

Si aquellos hombres montaban jacas de Jerez y Marchena, si llevaban armas claras como carbúnculos, si sus sillas tenían cordobanes labrados prolijamente, si las espuelas eran de Ajofrín o de Ocaña, si montaban a la brida o a la jineta, si perfumaban sus guantes con ámbar, si prodigaban la seda, el brocado, las pasamanerías, el punto de Milán y las plumas, son cosas que sólo muy indirecta y secundariamente nos interesan, pues otros eran los rasgos salientes de las expediciones.

Cuando se licenció la gente que debía formar la expedición a Italia, el Gran Capitán hizo liberalidades que Heredia pudo haber aprovechado para su prólogo, dándole más brillantez que con los *Diálogos* de Vives, con los de Oudin y con los de Ambrosio Salazar, anacrónica e inoportunamente sacados a cuento. Muchos de los caballeros que pasaron con Pedrarias Dávila llevaron sin duda alhajas de las que repartió D. Gonzalo Hernández de Córdoba, como lo vemos por la *Crónica manuscrita.*

El Gran Capitán —escribe el autor de ésta— les dijo que dentro de tres días les hablaría para les dar a todos lo que pudiese haber en su casa. Y al tiempo que partió les dió a todos, parte en dineros, repartidos entre los soldados, parte en piezas de brocado, telas de oro, muchas piezas de sedas y rasos, damascos y paños de grana, caballos muy hermosos, tiendas labradas, muchas armas muy ricas y doradas, camas de campo de brocado, de carmesí y de seda, y de tafetanes de colores, que los mercaderes de Valencia, de Córdoba, de Toledo, de Medina del Campo, de Sevilla, de Granada y de otras muchas partes, por ganar en ello, como ganaron, las habían allí traído. Fué estimado el valor de lo que los mercaderes tuvieron, en más de cien mil ducados. Lo cual todo, y lo que el

Gran Capitán tenía, que era mucha más cantidad, fué repartido por los caballeros y soldados. Y allende desto, por que ninguno quedara sin que le cupiese parte, metió a saco todos los aderezos y joyas de su mesma casa.

Si de algo pueden servir estos rasgos, que por otra parte no debemos aceptar sin depuración, será para poner de manifiesto el contraste entre las expediciones militares de Italia, el Oriente y Flandes, por un lado, y las de Indias, por el otro, con tendencias, fines y resultados muy diferentes.

El interés que tiene el aspecto mundano de la conquista es el de la prontitud con que fué eliminado el elemento palaciego. Los hombres que se comprometieron en las empresas del Nuevo Mundo, hidalgos o pecheros, ricos o pobres, no iban para vestirse con primor, sino para trabajar como gañanes y pelear como soldados.

Sabemos por Gonzalo Fernández de Oviedo que cuando los caballeros de la expedición de Pedrarias llegaron al Darién, su primer desencanto fué ver que Vasco Núñez de Balboa, en vez de sedas y joyas, vestía camiseta de algodón y zaragüelles. No era un príncipe cubierto de joyas, sino un capataz con alpargatas, ocupado en dirigir la construcción de una cabaña.

La base americana de las empresas

No hubo una sola expedición importante en que estuviese ausente el factor americano. Los jefes y soldados eran europeos, pero educados o reeducados en América. Los pocos caballos con que contaban procedían de sus estancias. De ellas sacaban los cerdos que solían llevar vivos a las expediciones, y el tocino, que constituía el principal matalotaje. Las estancias de los conquistadores proporcionaban también el maíz y el cazabe, elemento primordial de la manutención. Sin el cereal americano y el tubérculo de la yuca no se habría podido dar un solo paso.

La conquista de la Fernandina o Cuba fué una simple ocupación hecha por Diego Velázquez con 300 hombres que sacó de la Española. En breve quedaron fundadas Sancti Spiritus, Puerto Príncipe, Baracoa, Matanzas, Bayamo, Santiago y La Habana.

No extrañará que hubiera europeos para abrir cimientos de tantas ciudades si recordamos los diez o doce mil españoles que llegó a contar la isla de Haití cuando la gobernó el comendador Nicolás de Ovando, cuyo prestigio arrastró a los extremeños que con él o en pos de él cruzaron el Atlántico buscando una segunda patria. Ese gobernante que rigió a "los españoles con mucha prudencia, y que era tenido y amado y reverenciado dellos en gran manera", puede pasar como el verdadero autor de las futuras conquistas, por ser el educador de los conquistadores. El iracundo Las Casas lo pinta mandando en la isla, sosegada por él, donde los hidalgos y caballeros, "por no

enojallo, no osaban menearse". Era, según el mismo Las Casas, "honestísimo en su persona, en obras y palabras, de cudicia y avaricia muy grande enemigo, y no falto de humildad, esmalte de virtudes". Guardaba siempre su gravedad y autoridad, "así en el regimiento de su casa, en su comer y vestir y en sus hablas familiares y públicas".

Cuba, poblada por vecinos que pasaron de la isla Española, fué a su vez centro de la empresa conquistadora de Méjico. En Cuba vivía Diego Velázquez, organizador de las exploraciones dirigidas sucesivamente por Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalba. En Cuba se preparó la conquista de Méjico por Cortés.

Nos interesa conocer pormenorizadamente los medios de que dispuso el que iba a realizar aquella obra extraordinaria. Llevaba Cortés de Santiago, en donde residía el gobernador Diego Velázquez, seis embarcaciones que no excedían de cien toneladas, y más de 300 hombres. Pero en la Trinidad y en La Habana, ya desobedeciendo las órdenes del gobernador, se le unieron otros pobladores y sacó nuevos recursos. Dice Bernal Díaz que al ser elegido Cortés por general de la armada, comenzó a buscar todo género de armas, así escopetas como pólvora y ballestas, sin olvidar los rescates. Faltándole dinero, obtuvo 4.000 pesos de oro que le prestaron los comerciantes Jaime y Jerónimo Tría y Pedro de Jerez, con garantía de la encomienda de indios que tenía el futuro conquistador de Méjico. Publicada la expedición, con promesas de partes de oro, plata y joyas, y seguridad de que se darían encomiendas de indios, hubo muchos pobladores que vendían sus haciendas para alistarse, comprando armas y caballos —que eran muy pocos y caros—, haciendo cazabe y salando tocinos. "Cada uno procuró de poner el más bastimento que podía. Y no fué poco, pues los vecinos tenían cerca de la villa estancias sembradas de yuca y muy abastecidas con sus manadas de puercos..." Durante los doce días que estuvo Cortés en la Trinidad, los herreros no descansaban fabricando casquillos, y los soldados, por su parte, desbastaban almacén para tener acopio de saetas. Después de concluir los preparativos, Cortés negoció con los herreros para que formasen parte de la expedición, lo que ellos aceptaron. En La Habana

todavía se cargó matalotaje de cazabe y tocinos, "que otra cosa no había", y más cazabe de Guaniguanico y más tocino de la estancia que allí tenía Velázquez, donde criaba muchos puercos. Como La Habana producía algodón, mandó Cortés que se aumentara el repuesto de las armas colchadas, "buenas para entre indios" y defensa "para la vara y flecha".

Gómara da interesantes pormenores debidos al mismo Cortés. Cuenta el capellán del conquistador que, no habiendo éste reunido provisiones suficientes en Santiago, por las dificultades que le ponía Diego Velázquez, tomó a Fernando Alfonso los puercos y carneros que tenía para la matanza del día siguiente, y aun así, salió con muy poco bastimento. Fué necesario enviar al sevillano Xuárez Gallinato de Porra, con una carabela, para que se dirigiese a Jamaica y llevase de allí más provisiones a la punta de San Antón. En Macaca, Tamayo, encargado de la hacienda del Rey, vendió a Cortés 300 cargas de pan y algunos puercos. En Trinidad compró el conquistador 500 cargas de maíz. Tuvo noticia de que pasaba Juan Núñez Sedeño con un navío cargado de vituallas para las minas. Inmediatamente ordenó que Diego de Ordás apresase aquella embarcación y la llevase a la punta de San Antón. Esta incautación le valió a Cortés 4.000 arrobas de pan de cazabe, 1.500 tocinos y algunas gallinas. Sedeño se fué con los expedicionarios, previo reconocimiento del valor de lo incautado. "A la mi fe, andaba por ahí como un gentil corsario", decía Cortés más tarde. En La Habana compró 2.000 tocinos y otras tantas cargas de maíz, yuca y ajes. En el alarde que se hizo al abandonar la isla de Cuba, halló 5.000 tocinos y 6.000 cargas de maíz, yuca y aje, siendo cada carga de dos arrobas, peso que no podía aguantar un indio. Llevaba, además, "muchas gallinas, azúcar, vino, aceite, garbanzos y otras legumbres". Para el rescate embarcó un gran surtido de quincalla. Estos artículos no eran fabricados en América; pero su existencia en Cuba indica que ya los primeros establecimientos importaban todas las mercancías necesarias para atender a la parte de trueque en sus expediciones. Cortés llevaba, según López de Gómara, "gran cantidad de quinquillería, como decir cascabeles, espejos, sartales y cuentas de vidrio, agujas, alfileres, bolsas, agujetas, cintas,

corchetes hebillas, cuchillos, tijeras, tenazas, martillos, hachas de hierro, camisas, tocadores, cofias, gorgueras, zaragüelles y pañizuelos de lienzo, sayos, capotes, calzones, caperuzas de paño".

Como la gente del país nuevamente descubierto "era mucha y guerrera", Cortés atendió con sumo cuidado el renglón de su armamento. Bernal Díaz del Castillo habla de la artillería, que "eran diez tiros de bronce y cuatro falconetes". Los caballos, 16, ni uno más nos fueron dados a conocer por el mismo Bernal Díaz, que los recordaba, con el color, condiciones y mañas de cada uno. Es notable esta falta de cabalgaduras en expedición de tanta importancia. También debe llamar la atención que para 600 hombres, entre soldados y marineros, sólo hubiera podido organizarse un cuerpo de 32 ballesteros y 13 escopeteros.

La flota se componía de 11 embarcaciones, que eran la capitana, de 100 toneles; otras tres de 80 y 70, y las demás, todas pequeñas y sin cubierta, con algunos bergantines entre ellas.

Llevaba 200 indios de servicio, indias para moler el maíz y hacer el pan cazabe, y, además, algunos negros, cuyo número es imposible precisar. Bernal Díaz del Castillo estima en 508 el de los soldados y en 109 el de la gente de mar; Gómara, sin pretender cifra exacta, habla de 500 soldados y 50 marineros. Seguramente, nada hubiera podido hacer Cortés con estos hombres, y todo el éxito se debió a los refuerzos que recibió sucesivamente, hasta dejar terminada la conquista.

Pánfilo de Narváez, enviado a combatirle, fué vencido, y sus soldados aumentaron el ejército de Cortés. El pasivo Velázquez había andado de villa en villa y de pueblo en pueblo organizando la mejor de las armadas para reducir a Cortés. Pero el genio de este capitán pudo salir de la situación poco menos que desesperada en que su ligereza le había colocado antes del arribo de Narváez, y que con un nuevo enemigo parecía no tener otro término que el desastroso fin de todas sus ambiciones. Narváez, en efecto, se presentó con 12 naos y siete bergantines, al frente de un cuerpo que para Bernal Díaz era "de mil y cuatrocientos soldados, veinte tiros y mucha pólvora y todo género de aparejos, de piedras y pelotas, y dos artilleros, y ochen-

ta hombres de a caballo y noventa ballesteros y setenta escopeteros". Cortés reduce algunas de estas cifras, quitando 600 hombres; pero, aun así, apenas se concibe cómo pudo Velázquez reunir cerca de 1.000 españoles, sin los marineros, para entregarlos a Narváez. No es de extrañar el entusiasmo de los nuevos expedicionarios, sino que la isla tan recientemente poblada diera los elementos que supone una armada de esa importancia.

Sus componentes pasaron al servicio de Cortés. Pero pronto sobrevino un desastre.

La *Noche Triste* y el alcance de Otumba costaron muchas vidas. Cuando Cortés se retiró a Tlascala llevaba sólo 440 hombres, con 20 ballesteros y siete escopeteros. Todos iban heridos, cojos, mancos, sin pólvora ni saetas.

Digo que en obra de cinco días fueron muertos y sacrificados sobre 870 soldados, con 72 que mataron en un pueblo que se dice Tustepeque, y a cinco mujeres de Castilla.

Después de esta catástrofe, el primer refuerzo fué el de Pedro Barba, que llegó en una embarcación muy pequeña, con 13 soldados y una yegua. Otro navío, todavía de menor cabida, aportó en la costa veracruzana con ocho soldados, que mandaba Rodrigo Morejón de Lobera, llevando una yegua, seis ballestas e hilo para cuerdas.

No sólo de Cuba llegaban elementos para la conquista de Méjico. Jamaica, que ya había contribuído con víveres, como se vió arriba, prestó un contingente de importancia. Su gobernador, Francisco de Garay, había capitulado la población de Pánuco, y él la confió a Alvarez de Pineda. Muerto este jefe a manos de indios, y quemados sus navíos por los mismos naturales, los expedicionarios se retiraron a Veracruz, en número de 60, dolientes de fiebre. Estos hombres, que llegaron hasta donde estaba Cortés, "muy flacos, amarillos e hinchados", sin poder casi andar por lo débiles que estaban, eran un pobre refuerzo. Los soldados de Cortés les socorrieron, y les pusieron el apodo de los panzaverdetes. Pero de allí a poco se presentó el aragonés Miguel Díaz de Aux, enviado por el mismo Garay

a Pánuco. Viendo el sitio desamparado, corrió también a Veracruz, de donde pasó a Segura de la Frontera, llegando allí con más de 50 hombres y siete caballos, "y éste fué el mejor socorro y al mejor tiempo que le habíamos menester". No ha de haber exagerado Díaz de Aux cuando decía más tarde que él había ido llevando "150 soldados y 20 hombres de caballo, y mucha munición y artillería, en un galeón y un bergantín". Seguramente contaba expedicionarios registrados con otros nombres, pero a sus órdenes. En pos de Díaz llegó Ramírez, el Viejo, "y traía sobre 40 soldados y 10 caballos e yeguas, y ballesteros y otras armas. Y el Francisco de Garay no hacía sino echar unos navíos tras de otros, al perdido, y todo era favorecer y enviar socorro a Cortés. Así, con los *panzaverdetes* de Camargo, *el Fraile*, con los *lomos recios* de Miguel Díaz, y con *los de las albardillas*, de Ramírez, llamados de este modo por unas sayas de algodón muy gordas que llevaban, pudo Cortés aumentar sus fuerzas.

Ya estaban fabricados los bergantines y resuelta la marcha a Tezcoco, cuando tuvo noticia de la llegada de un navío de Castilla y de las Canarias, que llevaba escopetas, ballestas, hilo, pólvora, tres caballos, muchas mercancías y 13 soldados. Aun el dueño de la embarcación, Juan de Burgos, y el maestre, Francisco Medel, se unieron a la expedición. Era el primer auxilio de Europa, y no iba por favor, sino por vía de trato y comercio que abría la metrópoli con una nueva colonia bastante rica para comprar cuanto se le enviara.

Mucho de lo que Cortés recibió no fué espontáneamente, ni por casualidad, sino a instancias suyas. El procuró desde el primer momento que se le remitieran hombres, caballos, armas, pertrechos y víveres. En su segunda *Carta de Relación* dice:

> Yo envío a la isla Española cuatro navíos para que luego vuelvan cargados de caballos y gente para nuestro socorro, e asimismo envío a comprar otros cuatro, para que desde la isla Española y ciudad de Santo Domingo traigan caballos y armas, y ballestas y pólvora, porque esto es lo que en estas partes es más necesario, porque peones rodeleros aprovechan muy poco solos, por ser tanta cantidad de gente y tener tan fuertes y grandes ciudades y fortalezas...

Para esto remitía fondos bastantes:

... Enviaba a la dicha Española por socorro de gente y caballos, y artillería y armas, y sobre ello escribía a los oficiales de V. M. que allí residen, y les enviaba dineros para todo el gasto y expensas que para el dicho socorro fuese necesario.

El alarde hecho en los patios mayores de Tezcoco al empezar el sitio de Méjico, acusaba, según Bernal Díaz, un total de 650 soldados de espada y rodela, con algunos de lanza, 194 ballesteros y escopeteros y 84 jinetes. Cortés da cifras muy cercanas a las del soldado cronista. Este total de 900 hombres era el resultado de la cooperación antillana.

Falta una que no tiene menos interés. Inmediatamente después de haber sido arrojado de Méjico, Hernán Cortés, contrariando el parecer de algunos capitanes, que tenían por más cuerdo retirarse a Veracruz, ideó la conquista de Tepeaca, con lo que adquirió territorio propio, que hizo centro de las alianzas contra los señores de Méjico. No sólo tuvo soldados, sino auxiliares para las industrias de guerra. Sus carpinteros de ribera hallaron en Tlascala quien les ayudara a labrar los bergantines, destinados a ser el factor más importante del sitio de la Gran Tenochtitlán. Refiere Bernal Díaz cómo

... viendo Cortés que ya los bergantines estaban hechos, y puestas sus jarcias, y velas, y remos muy buenos, y más remos de los que habían menester para cada bergantín, y la zanja de agua por donde habían de salir a la laguna, muy ancha y hondable, envió a decir a todos los pueblos nuestros amigos que estaban cerca de Tezcuco, que en cada pueblo hiciesen 8.000 casquillos de cobre, que fuesen según otros que les llevaron por muestra, que eran de Castilla, y asimismo les mandó que cada pueblo labrasen y desbastasen otras 8.000 saetas de una madera muy buena, que también les llevaron muestra. Y les dió de plazo ocho días para que trujesen las saetas y casquillos a nuestro real, lo cual trujeron para el tiempo que se les mandó, que fueron más de 50.000 casquillos y otras 1.000 saetas, y los casquillos fueron mejores que los de Castilla.

Nada diré del número de hombres. Poco importa que fuera exacta o exagerada la cifra de 75.000 que fija Cortés para los

auxiliares indígenas. Basta una cosa, y es que sin ellos no habría habido asedio de la ciudad azteca.

*

En las otras conquistas, el factor americano no fué menos patente. Jamaica, dominada con más facilidad que Cuba, empezó desde los primeros años a dar bastimentos para todas las expediciones. Y lo curioso es que, habiéndose ordenado la ocupación de Jamaica por D. Diego Colón a Juan de Esquivel, para impedir que Alonso de Ojeda utilizase la isla como base de sus establecimientos en la Tierra Firme, Jamaica no fué sino almacén y despensa de conquistadores. El mismo Juan de Esquivel tuvo que recoger a Ojeda, náufrago, mandando que Pánfilo de Narváez lo sacase de Cuba, no conquistada aún, en donde se hallaba perdido. Para los pobladores de la Tierra Firme, que conocieron todos los horrores del hambre y el abandono, Jamaica era el refugio después de un desastre, y la última esperanza de victoria. La gente del istmo perecía agusanada si se le cortaban las comunicaciones con las islas. Cuando el almirante D. Diego Colón se incautó de 1.000 tocinos que había preparado Diego Nicuesa en la isla Española, morían 200 hombres en sitios de donde salieron después "tantos millones de pesos de oro e innumerables quintales de plata".

En tres años perecieron más de mil españoles, y "nunca vino sino una carabela muy pequeña a socorrerlos". Vasco Núñez de Balboa, el más admirable de los capitanes, puesto que todo lo debió a sí mismo, se gloriaba con razón de cuanto había "hecho y descobierto", logrando sostener a su gente "sin ningún remedio sino el de Dios y su buena industria". Muchos años más tarde, en 1535, durante la infortunada expedición conducida por Felipe Gutiérrez, el naufragio de un navío que envió a Jamaica en busca de víveres, y el cambio de ruta a que fué obligado otro que con ellos iba, determinaron una plaga de hambre y peste.

*

Fué necesario que Panamá se constituyese como centro principal de donde partían las expediciones, para que la colonización

avanzase en la América Central. Aun así, no dejó de necesitarse el concurso de Méjico y el antillano. Cortés envió a Pedro de Alvarado con 400 españoles y 3.000 indios para que hiciera la conquista de Guatemala, que consumó. El mismo Cortés dispuso la expedición marítima conducida por Cristóbal de Olid a Honduras, y la que en pos de este capitán, alzado contra su jefe, llevó Francisco de las Casas, deudo de Cortés. Las exploraciones emprendidas al oeste de Panamá por el licenciado Gaspar de Espinosa, hasta el golfo de Nicoya, se hicieron con los bergantines que construyó Vasco Núñez de Balboa en el istmo. El piloto Andrés Niño y su socio Gil González Dávila, que expedicionaron en la misma dirección, sacaron de Santo Domingo yeguas, bueyes y carretas, que les sirvieron para pasar al mar del Sur, llevando víveres, jarcia, estopa, pez y clavazón. Perdidas tres embarcaciones que Gil González fabricó en el río de las Balsas, tuvo que empezar nuevamente la obra en la isla de las Perlas.

Por esto, por las fundaciones que hizo Francisco Hernández de Córdoba, y por las de los otros conquistadores de la América Central, se ve que sin Méjico, Panamá y las Antillas, nada podía emprenderse.

*

En Venezuela tenemos otro ejemplo. Juan de Ampués, el fundador de Coro, había iniciado la colonización, apoyándose en los mansos indios caquetios, y bajo la dependencia directa de la Audiencia de Santo Domingo, su obra iba tomando cuerpo de un modo satisfactorio, cuando intervino la perturbadora influencia dinástica. El Emperador entregó la costa venezolana y su interior misterioso a empresarios de Augsburgo, cuyos enviados, Ambrosio de Alfinger, Bartolomé Sayller, Jorge de Espira y Felipe de Hutten, llenaron el período alemán de las conquistas que va desde 1528 hasta mediar el siglo, legendarias correrías, muchas de ellas devastadoras, algunas realzadas por el atractivo del interés geográfico, y todas inútiles desde el punto de vista de las fundaciones. Finalmente, la corte, recapacitando, puso la gobernación de aquellos países en manos de un organizador, Juan Pérez de Tolosa, que volvió a la corriente

normal. Tolosa fué brillantemente secundado, y tuvo sucesores dignos de él. Juan de Villegas fundó la Burburata y Segovia; el gobernador Villacinda reunió gente para que se estableciera en Valencia, y Diego Garía de Paredes, hijo del que había sido "asombro en Italia", intentó el establecimiento de la ambulante Trujillo. Los conquistadores de Venezuela son hombres que de la tierra que habitan sacan la fuerza para crear establecimientos permanentes. Diego Losada tiene una fisonomía que le hace héroe local por la bravura con que defiende lo que otros y él han sabido establecer. Francisco Fajardo, el mestizo de la Margarita, conquista la tierra de donde salió su madre, el atractivo valle de los Caracas, que encendía su imaginación desde niño, para que domine allí la civilización que su padre llevó al Nuevo Mundo. Fajardo habla lenguas indígenas, pacta alianzas con los naturales, es fundador de una patria. Otro héroe local, Garci González, defenderá la población de Valencia, amenazada por los caribes.

*

El Orinoco, que todos codician, tienta a Diego de Ordás, conquistador de Méjico, y a Juan Sedeño, de Puerto Rico, que ve desde su isla, poblada de indios bravos, los encantos de Cubagua y los fascinadores ensueños del doradismo. Cuanto se intenta en la parte oriental venezolana es fracaso, desde el monasterio de Juan Garcés, y la casa de misioneros de Piritu, hasta la Nueva Toledo, que trata de edificar Gonzalo de Ocampo, la Nueva Córdoba de Jácome Castellón, y la magna empresa que impulsa Diego Fernández de Cerpa, el infortunado gobernador de la Nueva Andalucía, hombre emprendedor que exporta el primer cargamento de sal de Araya. Ordás sale de Sanlúcar de Barrameda con dos navíos y tres carabelas. Sube más de 200 leguas por el río, no hallando tierra para poblar y dejando "la mayor parte de la gente muerta y perecida de hambre y enfermedades". No pocos de los expedicionarios prefieren quedarse entre los indios. De 1532 a 1580 no hay sino expediciones que nada han fundado, competencias entre los que ambicionan poblar, y desaparición de todos ellos. Ordás muere en el mar, y Herrera en una guazábara con los salvajes. Desapa-

rece también Sedeño, y Hortal se casa en Santo Domingo. El Orinoco traga vidas de todos los que van, ya procedan de las Antillas o de España. No es de extrañar que acabe por olvidarse o maldecirse aquel río devorador. Pero la tentación renace. En 1568, Diego Fernández de Cerpa quiere formar una Nueva Andalucía —la Guayana en lengua de indios—, con todo el territorio comprendido desde la Margarita hasta el Marañón, y 300 leguas Norte-Sur tierra adentro, incluyendo los Omaguas, Omegas y el Dorado. Cerpa sale del puerto de Santa María en la primavera de 1569, llevando cuatro embarcaciones, y en ellas 650 hombres y 150 mujeres y niños. Interrumpida la expedición, se reanuda en agosto, y en septiembre se hace la fundación de Cumaná. Pero el Orinoco le tienta, entra en el río por Cabruta, y perece. El desastre que sufre el conquistador de la Nueva Extremadura, Pedro Malaver de Silva, acaba de hacer odioso ese país. Es necesario que se desarrollen los intereses de la Nueva Granada para que de ella salga quien establezca de un modo fijo el puesto de Santo Tomé, fundado en 1596 por Antonio de Berrio. Su hijo, Fernando, administrador prudente, consolida la obra, dándole por razón de ser el tráfico mercantil.

Las mentiras que lleva a la corte el embaucador Domingo de Vera, corroboradas por las que cuenta en Inglaterra Robert Dudley y por el libro que publica sir Wálter Raleigh, uno de los más famosos embusteros que ha habido en el mundo, desencadenaron en España una epidemia de doradismo. Berrio escribió al Rey en 1594, por conducto de Vera, pidiéndole permiso para vender 500 licencias de negros, a fin de convertirlas en gentes y municiones, necesarias de todo punto, no obstante que de Nueva Granada debían llegarle 150 soldados. Pero como al estar Vera en Madrid se esparcieron sus noticias falsas y se recibieron poco después las que corrían en Inglaterra. El Rey contribuyó, desde luego, con 70.000 ducados, Sevilla dió 5.000 y cinco embarcaciones, y Vera pudo armar otras cinco, saliendo en ellas 2.000 emigrantes, entre los que había mujeres, niños, clérigos y religiosos. Llegados a la Trinidad, los casados se fueron a Caracas, y los otros se dispersaron o perecieron en expediciones desatinadas, por carecer de elementos, como "las vacas y caballos, que era el verdadero camino y derecho remedio". Aquí

tenemos un caso más de expedición fracasada por falta de elementos netamente americanos.

*

La Nueva Granada debe su origen a dos núcleos: el de Santa Marta y el de Cartagena. Podemos ver cómo se frustra todo esfuerzo si hay falta de base americana para las operaciones. Pero como el interior del reino —Cundinamarca— se puebla por la convergencia de los conquistadores de Coro y del Perú, hablaré de ésta, a fin de ligar los hechos.

Cuando se trate de la geografía de los conquistadores habrá de verse la acción del piloto. Si en alguna conquista tiene interés el aspecto marítimo, es en la del Perú y en la de la América Central.

Estas conquistas del Perú y de la América Central, pero sobre todo la primera, que presenta dificultades enormes, no se hacen sino por lo vinculados que están los empresarios en la tierra ístmica de donde parten. Cuando un ataque de reumatismo inhabilita temporalmente a Pascual de Andagoya, Francisco Pizarro y Diego de Almagro van sobre sus huellas, como él fué sobre las de Vasco Núñez. Otro precursor es Francisco Becerra. Nótese que Francisco Pizarro es un colono que ha hecho huesos viejos en las Indias. Cuando muere su padre, el coronel Gonzalo Pizarro, el testamento nada dice del primogénito, y no por ser ilegítimo, pues el veterano de Trujillo menciona los nombres de sus barraganas y de los hijos que con ellas ha tenido. Calla el nombre de Francisco porque, habiendo transcurrido más de veinte años desde su partida, es ya de los ausentes ignorados a quienes hay que dar por muertos. Almagro también, y con razón, pues no tiene entroncamientos ilustres ni aun plebleyos, carece de todo lazo que lo ligue a España. Ambos y el socio Fernando de Luque, maestrescuela, llevaron a la empresa bienes adquiridos en Panamá. Los tres eran "los más caudalosos de aquella tierra". Invitaron al gobernador Pedrarias Dávila, y unidas las fuerzas de todos, habilitaron dos navíos, contándose entre ellos uno que había pertenecido a Vasco Núñez. Pizarro se hizo a la vela con 114 hombres, a

mediados de febrero de 1524. Después salió Almagro con una carabela y 70 hombres. El viaje, que fué de simple exploración, costó un ojo a Almagro, en combate con los indios, y a los tres socios cuanto habían puesto, o poco menos. Pedrarias, tacaño, vendió su parte y se apartó de la compañía. Los otros perseveraron. Haciendo nuevo contrato, o perfeccionando el anterior, aparece Luque aportando 20.000 pesos, suyos o del licenciado Gaspar de Espinosa, en barras de oro "de a 450 maravedises el peso". Pizarro y Almagro ponen su industria y la licencia que tenían para descubrir. La escritura es del 10 de marzo de 1526. Y el 6 de agosto de 1531, Luque declaró ante notario que los 20.000 pesos pertenecían a Gaspar de Espinosa, alcalde mayor, correspondiéndole, por lo tanto, la tercia parte que representaba Luque en la sociedad.

Con esos 20.000 pesos, de Luque o de Espinosa, que esto no podrá saberse, emprendieron Pizarro y Almagro la segunda exploración, piloteados por Bartolomé Ruiz, marino de Moguer, con dos navíos más grandes que los de la primera vez, llevando 160 hombres y algunos caballos.

Como se ve, todo es de Panamá: dineros, embarcaciones, víveres, hombres y caballos. De allí que los incrédulos llamaran frecuentemente a los promotores de la conquista peruana "inquietadores y destruidores de la tierra", pues *destruyción* era entonces sinónimo de despoblación, tomándose principalmente por dispersión de los vecinos españoles y de los indígenas de alguna provincia.

La exploración descubridora llegó hasta Paita. Pizarro volvió a los tres años con joyas, tejidos, indígenas y llamas, como muestra de lo que daba la tierra. Fué necesario entonces acudir a la corona, con el fin de que autorizase la proyectada fundación. Francisco Pizarro recibió 1.500 pesos de oro para encargarse de las gestiones en la corte, mientras Almagro permanecía en Panamá, fomentando su hacienda y atendiendo también a la del socio.

Según las capitulaciones del 26 de julio de 1529, la corona se obligó a dar 300.000 maravedís, pagados en Castilla del Oro, para la artillería y municiones, y otros 200 ducados para ayudar al acarreo de esa artillería y municiones, y 25 yeguas y otros

tantos caballos de los que tenía el Rey en la isla de Jamaica. Pizarro debía alistar 250 hombres: 150, de España, y los otros, de las Antillas. De la Tierra Firme o Castilla del Oro sólo podía llevar 20, a no ser los que ya le habían acompañado, pues quedaban autorizados para volver.

Cuando se presentó Pizarro en el istmo con menos de 200 hombres, llevados de España, no pudo dar un solo paso sin Almagro, que, justamente indignado por la preterición que de él había hecho el infiel socio al solicitar mercedes, cargos y honores, negaba su concurso. Hubo mediadores. Los dos viejos amigos se reconciliaron, y Almagro volvió, como antes, a ser el alma de la empresa. Por fin salió la expedición definitiva, a principios de 1531, en tres embarcaciones, con 180 hombres y 27 caballos. ¿Los 180 hombres eran infantes y había, además, 27 jinetes? Parece difícil aclarar el punto. Pizarro había reunido cerca de 300 voluntarios. Pero los 200 ó más de España iban "comiéndose las capas". Los avezados de las otras expediciones seguramente serían los que formaron la mayor parte de la nueva columna.

Navegando hasta San Mateo, allí salió de las embarcaciones y prosiguió por tierra. En Puerto Viejo se le incorporaron Sebastián de Benalcázar y Juan Flores, que iban directamente de Nicaragua, con hombres de a caballo y de a pie, según convenio anterior. Finalmente, llegó Hernando de Soto a Puná, procedente también de Nicaragua, y le llevó más refuerzos.

Hecha la fundación de San Miguel, en la que dejó 50 ó 60 españoles, Pizarro inició el avance con 110 peones y 67 jinetes. Para que todos fueran voluntarios, dijo que estaban en libertad los que no quisieran seguir adelante, ofreciéndoles reparto de indios en San Miguel. Se volvieron cuatro de a pie y cinco de a caballo. La entrada, según esto, se hizo con 106 infantes y 62 jinetes. Para no discutir cifras, digamos 100 infantes y 60 jinetes. Estos 160 hombres, con sólo tres escopeteros, iban a ser los conquistadores del Perú.

Después de la prisión de Atahualpa y de la instantánea transformación que ella produjo, Benalcázar, que, como hemos visto, pasó de Nicaragua a Puerto Viejo, había sido destinado por Pizarro a Panzalco. Servía bajo las órdenes directas de Alma-

gro. Allí se le habló de los tesoros de Quito, y ya fascinado, dirigió sus pasos hacia el norte, pretendiendo ser conquistador por cuenta propia. Cuando Benalcázar meditaba estos planes, seducido por las leyendas de la laguna de Guatavita, desembarcaba Pedro de Alvarado con una lucidísima expedición de más de 500 hombres, con muchos caballos, que llevaba de Guatemala y Honduras. Esta amenaza de complicaciones quedó conjurada. El nuevo conquistador subió a los Nevados, y temiendo verse envuelto en un proceso como invasor de ajenas jurisdicciones, vendió a Pizarro y Almagro sus expedicionarios, que engrosaron las filas de Benalcázar. Teniendo ya 300 hombres más de los que llevaba, empezó éste la célebre ruta de sus fundaciones, que van desde Quito hasta Timaná, pasando por Cali, Popayán y Pasto.

*

No por ser las riquezas del Perú tan famosas, que salían continuamente a disfrutarlas los españoles de Panamá, Nicaragua y Guatemala, Méjico, las Antillas y las poblaciones de la Tierra Firme, dejaba de producirse el movimiento inverso, pues ya se vió cómo Benalcázar salió del Perú, dirigiéndose hacia el que iba a ser Nuevo Reino de Granada. Allí encontró dos expediciones procedentes de puntos muy distantes uno de otro.

Santa Ana de Coro, fundada por Juan de Ampués, en 1527; Santa Marta, que lo fué por Rodrigo de Bastidas, el Viejo, en 1525, y Cartagena, cuyos cimientos puso Pedro de Heredia en 1533, habían de dar, con Buenaventura, en donde penaba Andagoya, los puntos de arranque para las líneas convergentes de penetración del Nuevo Reino.

Los alemanes que se adueñaron de Coro, Enrique Eleynguer y Jerónimo Sayller, pactaron un acuerdo con García de Lerma, gobernador de Santa Marta, para impulsar las conquistas. Excluído Ampués, a quien se compensó dándole Curazao, fué comisionado Ambrosio de Alfinguer para que hiciese fundaciones. Exploró las orillas del lago de Maracaibo, penetró en la península de la Goajira, llegó hasta las fuentes del río de la Hacha, subió por los valles de Upar y fué a morir cerca de donde se fundó después Pamplona.

La concesión de los alemanes Eleynguer y Sayller había parado en dos banqueros de Augsburgo, Bartolomé y Antonio Welzer —los Belzares de las crónicas—, bajo cuya dependencia llegó el famoso Jorge de Espira (Georg von Hoermuth) con dos navíos cargados de mantenimiento y ropa, y otros dos de caballos. Muchos de los fundadores de familias venezolanas le acompañaban. Jorge de Espira emprendió su histórica entrada con 400 hombres y 80 caballos, que partieron de Coro en 1535. A los tres años volvía acompañado sólo de un centenar de hombres. Los caballos que salvó no pasaban de 25. Había cruzado el río Meta y tuvo que retroceder.

Nicolás Federmann, lugarteniente de Espira, había quedado en Coro, y burlando la vigilancia de los pobladores de aquel punto y de los de Santa Marta, se arrojó por su lado hacia lo desconocido. Admirablemente secundado, si no es que guiado por el adalid Pedro de Limpias, Federmann traspuso la cordillera y llegó hasta el valle de Bogotá.

*

Santa Marta era un nido de infortunios. Rodrigo de Bastidas, traicionado por sus capitanes, tuvo que abandonar el puesto y fué a morir en las Antillas. El valiente Rodrigo Alvarez Palomino, que hubiera podido y debido sucederle, murió ahogado. García de Lerma, con 400 hombres, desembarcó, disponiéndose a continuar la empresa. Pero esos nuevos pobladores, inútiles cortesanos, como los del segundo viaje de Colón, sólo fueron a ser víctimas de un desastre. Para sustituir al inepto y corrompido García de Lerma, que murió malquisto y despreciado, se designó a D. Pedro Fernández de Lugo, adelantado de las Canarias, con facultades para llevar hasta 1.500 hombres y 200 caballos. Al desembarcar se encontró mandando cerca de 2.000 hombres, con los que ya estaban avencidados. Pero esta importantísima expedición acabó miserablemente, a causa de la peste y el hambre. No fué poco lo que a su pérdida contribuyó la infame fuga de D. Alonso Luis, hijo del adelantado, que desapareció llevándose todo el oro adquirido en las expediciones de merodeo.

El jefe se mostró impetuoso y poco prudente. No hubiera podido dar un solo paso sin Antonio Díez Cardoso, "capitán el más práctico y de mejor fortuna que se hallaba en aquel gobierno".

Aprovechando los recursos que aun quedaban, Fernández de Lugo dispuso que se organizara una columna de 600 hombres y 100 caballos, que debía mandar el justicia mayor, licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, quien abrió la marcha el 5 de abril de 1536, empezando ese día la realización de una de las proezas geográficas más asombrosas, y dando principio a los trabajos cuyo término sería de fundación del Nuevo Reino de Granada. En medio de penalidades infinitas, superadas por la ejemplar constancia del jefe de la expedición, los soldados que conducía aquel hombre de toga siguieron adelante, después de haber perdido cerca de 500 compañeros y 60 caballos. El ejército que rindió las últimas jornadas se componía ya sólo de 12 arcabuceros, 15 ballesteros, 139 rodeleros, los capitanes, un clérigo y un religioso.

Cinco bergantines y una fusta llevaban orden de incorporarse a la columna río arriba. Pero las seis embarcaciones fueron dispersadas por una tempestad. Sólo dos de ellas volvieron al puerto y sirvieron para la nueva flota, que tenía dos bergantines y una fusta. Esta flota, mandada por otro legista, el licenciado Gallegos, subió hasta La Tora, en la confluencia del Magdalena y el Opón. De allí se le mandó que retrocediera, quedando los exploradores entregados a sí mismos.

Sin farautes ni guías, siguiendo las rutas del comercio de la sal, Jiménez de Quesada llegó al pueblo en que reinaba el cacique Bogotá y quintó grandes cantidades de oro. Encontró también las minas de las esmeraldas. Era descubridor de uno de los países más ricos del Nuevo Mundo. Se disponía a volver para dar cuenta de la expedición mandada por él con una maestría que poco podía esperarse de un letrado sin experiencia, cuando supo que había llegado gente de los llanos de la parte oriental. Era Federmann, que después de peregrinar, más que expedicionar, cuatro años, estaba allí al frente de un grupo de soldados hambrientos, vestidos y calzados de pieles de ciervo.

Todavía tuvieron Federmann y Jiménez de Quesada otra

BIBLIOTECA PROVINCIAL BURGOS

sorpresa mayor, si cabe, que la de encontrar el uno al otro, como fué la de la llegada de Benalcázar, que, avanzando con una lucida columna, perfectamente montada y equipada, conducía, además, unos animales desconocidos para los indios, y que no eran sino los cerdos, la ambulante despensa conservadora de la salud y de los bríos de la gente de aquel conquistador. Los soldados de Federmann, a falta de cerdos, llevaban perros, "los primeros que entraron, cebados de indios, para destruyción del reino", dice Pidrahita. Castellanos le atribuye la introducción de las aves de corral:

> Hubo también capones y gallinas,
> Que se multiplicaron desque vino
> Nicolás Fedrimán de Venezuela,
> Que al Nuevo Reino trajo las primeras.

No discutiré si en los tres campos había aproximadamente el mismo número de hombres. Hallo más digno de atención, pues no se trata de coincidencia, el que de las tres columnas hubiese avanzado con más facilidad y recursos la que tenía extensa base en tierra americana y no en un punto de la costa. Por último, debe notarse que de los tres jefes uno siguió su trayectoria haciendo fundaciones. Este era Benalcázar, el indocto, amaestrado en las conquistas desde su mocedad, que pudo dar allí lecciones al letrado español y al culto alemán.

Cuando Santa Fe de Bogotá fué un centro, de él partieron líneas de colonización: una, como hemos visto, hacia el Orinoco, y otras hacia el interior del mismo reino, que, además de esta corriente y de la de Santa Marta, sería penetrado por la de Buenaventura, que inició Andagoya, y por la de Cartagena. De la última hay que hablar ahora.

*

Pedro de Heredia obtuvo licencia para sacar de España 150 hombres de "pelea y otros casados". En las islas se le unieron muchos de los que estuvieron con Caboto en el río de la Plata. Uno de ellos, Francisco César, cuyas huellas encontraremos en la América del Sur, vino a ser por su experiencia y por sus

aptitudes el hombre de todas las esperanzas de Heredia. La base americana de la conquista de éste era personal, como que tenía haciendas en la isla Española.

Fundada Cartagena en el punto llamado Calamar por los indígenas, el 21 de enero de 1533, pronto fué centro de atracción, pues las noticias de las primeras fundiciones de oro volaron a las islas y a España, no habiendo rincón de la Península en donde se ignorase el nombre del Cenú, sembrado de riquísimos enterramientos. Lo que nos ocupa en este capítulo no es el oro de las huacas, sino la penetración. Pasemos, pues, sin mirar la *Sepultura del Diablo* ni los árboles que tenían colgadas campanas de oro. Ya encontraremos todo ello en la *Geografía imaginaria* (1). Sigamos al capitán Cáceres, que entra con 300 soldados y vuelve a Cartagena con 90, pues todos los otros se le han muerto de hambre en el camino. Francisco César, reputado como extraordinariamente hábil, perdió 60 hombres en un año de marchas por senderos inverosímiles. El oidor Juan de Vadillo, que, siendo teniente de gobernador de San Juan de la Magerana, había provocado por sus injusticias la insurrección de Enriquillo en la isla Española, después compitió con el bravo Palomino, logrando, muerto este héroe legendario, gobernar la provincia de Santa Marta, mientras llegó García de Lerma. Por último, yendo como juez de residencia de Heredia, hizo la más costosa de las entradas, pues gastó 100.000 pesos para encontrar sólo 2.600 castellanos. Llevando 582 caballos y 350 infantes, recorrió durante un año las provincias de Urabá, el Darién, una parte del Chocó y el valle de Buriticá, con pérdida de 98 hombres y 118 caballos, muchos de ellos despeñados.

Avanzando desde San Sebastián del Darién, llegó a Cali, en donde encontró a Lorenzo de Aldana, el fundador de Pasto. También llegó a Cali Pascual de Andagoya, que, después de negociar en la corte, salió de Sanlúcar de Barremeda con 60 hombres, y en Panamá organizó una expedición de tres navíos y dos bergantines. Partió el 15 de febrero de 1540, llevando una fuer-

(1) Libro todavía no publicado íntegramente, pues sólo han aparecido algunos capítulos en revistas.

za de 200 hombres. El fracaso de esta expedición, como los de las anteriores, prueba que hasta los hombres familiarizados con la tierra, en disposición de los recursos que ella les brindaba, podían encontrar obstáculos y cometer errores.

Sin embargo, las fundaciones de Anserma, Cartago, Santa Cruz de Mompox, Tamalameque, Neiva, Pamplona y otras indican que no todo era infortunio o falta de cálculo. La Nueva Granada se creó con recursos de América y por hombres formados en América, salvo el caso excepcional de Jiménez de Quesada, que fué después uno de los conquistadores más apegados a la tierra que habían descubierto.

⁂

Del Perú Alto y Bajo partieron las expediciones chilenas. De Chile y del Perú salieron pobladores para el Río de la Plata, a encontrarse con los del importante núcleo de la Asunción.

La primera reconciliación entre Pizarro y Almagro, antes de que se adueñaran del Perú, tuvo por condición el establecimiento de una gobernación independiente para el socio dejado en segundo término. Almagro salió, pues, por el camino de los Incas y visitó los valles chilenos, gastando cantidades enormes en un viaje de ida y vuelta, que duró poco menos de dos años, y que no produjo otros resultados que el avance de los conocimientos geográficos. El extraordinario viaje se hizo partiendo en julio de 1535 por Charcas y la Puna, atravesando los Andes y volviendo por el desierto de Atacama en 1537.

Después de los trágicos acontecimientos que pusieron fin a la carrera y a la vida del fastuoso Almagro, Pedro de Valdivia, excelente soldado con laureles de Italia, con cinco años de aprendizaje de vida americana en Venezuela y en el Perú, era encomendero en Charcas y minero en Porco cuando obtuvo la tenencia de Chile. Valdivia no podía disponer del medio millón de pesos y menos aún del millón y medio que, según otros cálculos, gastó Almagro para llevar sus 500 hombres. Con dificultad logró que le siguieran 150, y para organizarlos, el no muy boyante minero de Porco reunió 9.000 pesos, no en efectivo, sino en armas, caballos y negros que le proporcionó un

comerciante llamado Francisco Martínez, el cual impuso condiciones desastrosas para el deudor. Valdivia llevaba otro dogal. Pedro Sancho de Hoz, antiguo secretario de Pizarro, poseía una cédula para la conquista de Chile, y fué preciso aceptar su compañía; pero el hábil organizador le impuso la obligación de dar 50 caballos, de los que sólo aportó 10, 200 coracinas, que nunca vió Valdivia, y dos embarcaciones para transporte, que no pasaron del papel al mar. Con los medios miserables de que se ha hablado emprendió Valdivia su magistral marcha en enero de 1540. Saliendo del Cuzco, se dirigió al desierto de Atacama, pues supo aprovechar la experiencia del regreso de Almagro, que éste había hecho con una perfección militar asombrosa.

El 12 de febrero se fundó Santiago de la Nueva Extremadura, en una isleta del río Mapocho, a un lado del cerro de Santa Lucía.

*

El descubrimiento y la conquista del Perú habían dado origen a numerosas tentativas de ocupación de la parte austral del continente para asegurar las comunicaciones marítimas de la metrópoli con la deslumbradora fundación. Venía a reproducirse en cierto modo el impulso dado por las noticias de Américo Vespucio cuando se tenía el ansia de los descubrimientos "a espaldas de Castilla del Oro, que se solía llamar Tierra Firme". Después de la expedición hecha por Juan Díaz de Solís, descubridor del Río de la Plata, muerto en tierra uruguaya, y después del viaje de Magallanes y del de Loaysa, Sebastián Caboto, descubridor del Labrador y de Terranova al servicio del Rey de Inglaterra, siendo piloto mayor de España, emprendió el viaje a las islas del Rey Salomón y a las tierras de Marco Polo; pero seducido por los encantos del mar Dulce o río de Solís, de que le hablaban, en la isla de Santa Catalina, Melchor Ramírez y Enrique Montes, supervivientes del desastre de aquel descubridor, Caboto practicó, por sí o por otros, interesantísimos reconocimientos en los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay. El resultado de estas exploraciones fué la fundación del fuerte Sancti Spíritus, en la desembocadura del río Car-

carañá, lugar donde quedaron 110 hombres, que mandaba Gregorio de Caro.

Nada volvió a hacerse para dar apoyo a aquel puesto aislado, que no contaba con otra ayuda que la de los indios caracaraes, y que destruyeron los timbúes en un ataque inmortalizado y embellecido por la leyenda. No es el momento de discutir las tradiciones en que se funda el relato de la tragedia.

La preocupación, como dije, de establecer un punto que sirviese de enlace entre España y el Perú dió lugar a numerosas concesiones. Una sola de ellas tuvo seriedad y produjo resultados, ya que no directos, indirectos. Esa fué la que se otorgó a D. Pedro de Mendoza. Su expedición, habrá de recordarse, salió de Sevilla en agosto de 1535. En febrero de 1536 se hizo la primera fundación de Buenos Aires, Juan de Ayolas, el teniente de Mendoza, partió en busca del fabuloso Cerro de la Plata y pereció entre indios. Mendoza, al ver la tardanza de su enviado, y sin capacidad ni aliento para sostenerse, emprendió el viaje de regreso, muriendo en alta mar. Buenos Aires fué desamparada. De todos estos desastres sólo quedó como obra perdurable la fundación del puesto de Nuestra Señora de la Asunción, a la margen izquierda del río Paraguay, por Juan de Salazar. Allí debía ilustrarse como organizador el experto capitán Domingo Martínez de Irala.

La corte, entretanto, seguía dando concesiones. A Simón de Alcazaba Sotomayor se le había asignado una faja que debía extenderse al Sur de las 200 leguas de frente en cada mar otorgadas a D. Pedro de Mendoza. Alcazaba se dió a la vela en Sevilla el 12 de septiembre de 1534, llevando 150 hombres en dos pésimas embarcaciones, con víveres muy escasos. En el mes de enero entró por el estrecho de Magallanes, para hacer su fundación en la costa del otro mar. Obligado a retroceder, pretendió efectuar la penetración por tierra y erigió una imaginaria Nueva León. Interrumpida la expedición por falta de recursos y por inutilidad, el infeliz promotor fué asesinado. Cuando pudo restablecerse la legalidad los expedicionarios pretendieron regresar a España, y habiéndose perdido una de las embarcaciones, la otra llegó a Santo Domingo con 75 personas, después de consumir la última ración, el 17 de septiembre de 1535.

No faltó quien ambicionara aquella conquista. El obispo de Plasencia, D. Gutierre de Vargas, ayudado por Frey Francisco de Rivera, fletó tres embarcaciones, puestas bajo las órdenes de Francisco Camargo. Una de ellas desapareció; la otra volvió a Castilla; la tercera llegó a Perú. Nada se había logrado.

Todas las fundaciones de la actual República Argentina son obra americana, hecha desde el Perú, Alto y Bajo; desde Chile y desde la Asunción. Veámoslo: Santa Fe, Buenos Aires y Corrientes (1573, 1580 y 1583, respectivamente) derivan de la Asunción; Santiago del Estero, Mendoza, San Juan y San Luis (1553, 1561, 1562 y 1596) se deben a Chile; Tucumán y Córdoba (1563 y 1573) nacieron de la acción oficial peruana.

*

En la otra parte del continente, Méjico tenía que ser el centro de irradiación hacia el norte y noroeste. Por el nordeste, es decir, por la Florida y la boca del Mississipí, se hacen las expediciones con predominio del influjo antillano. Desde luego, es un hombre avecindado en las Antillas, Juan Ponce de León, quien bautiza la Florida. Lucas Vázquez de Ayllón, magistrado, también establecido en las Antillas, va a morir en las playas de las futuras Carolinas inglesas. La expedición, compuesta de 500 hombres, perdió más de 300. Tres años después de la vuelta de los supervivientes de Lucas Vázquez de Ayllón a la isla Española y a la de Puerto Rico, salió la expedición mandada por Pánfilo de Narváez, a quien hemos visto en las Antillas y en Méjico, activamente ocupado y siempre con mala fortuna, debida a su escasa previsión. Después de haber fracasado en Méjico, quiso conquistar la Florida. Sacó 600 hombres de España; pero muchos se quedaron en las islas, llegando él a la bahía Apalache con cinco embarcaciones, 400 hombres y 80 caballos. El fin desastrado de la expedición se ha referido por Alvar Núñez Cabeza de Vaca, uno de los pocos supervivientes que, atravesando toda la anchura continental, llegó con tres compañeros a Culiacán en 1536.

Hernando de Soto, después de haberse enriquecido en el Perú, solicitó en España la conquista de la tierra chicorana,

que costó la vida a sus predecesores. Salió con grandes elementos de España, los aumentó en Cuba, isla cuya gobernación tenía a su cargo, y empezó la difícil penetración en 1539, tomando hacia el norte de la bahía Apalache, hasta pasar los 35°, e internándose por el rumbo del oeste cruzó el Mississipí, a cuya margen derecha murió después de expedicionar tres años por aquellos países inclementes, poblados de enemigos más temibles que ninguno de los indígenas del Nuevo Mundo. No es el momento de juzgar esta empresa, notable por mil títulos y mal apreciada por desconocimiento de datos. Ahora lo que importa es precisar el carácter netamente americano de los planes de Soto, para quien los países regados por el Mississipí debían tener su enlace en La Habana.

El conquistador de Yucatán, Francisco de Montejo, llevó 500 hombres de Sevilla; pero él supo guiarlos porque había sido uno de los capitanes de Méjico.

Con lo anterior queda patente que todas las expediciones, felices o desgraciadas, bien o mal conducidas, eran americanas por la mayoría de los elementos materiales, por la experiencia de sus jefes y soldados, por la cooperación de los indios y por las bases territoriales en que apoyaban su acción.

La geografía de los conquistadores

Las conquistas fueron descubrimientos, y los descubrimientos fueron, ante todo, grandes aventuras de exploración marítima. Los primeros conquistadores se singularizan por lo mismo como pilotos: *Conquistadores del océano.*

Al lado de Cristóbal Colón adivinamos la originalidad espléndida de Martín Alonso Pinzón, el calumniado cooperador del primer viaje. Y después de Pinzón se precipita hacia el océano la nube de los exploradores anónimos. Entre ellos van Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís, Juan de la Cosa y Pedro Alonso Niño. Américo Vespucio los eclipsa, pero no los anula. Juan de la Cosa tiene la maestría cartográfica, y Juan Díaz de Solís alcanza el puesto más eminente en el pilotaje.

Hay otros exploradores que no son marinos. Pero bien pronto se hacen prácticos en la navegación. Alonso de Ojeda logra aprender todo cuanto puede enseñar Juan de la Cosa, y Vasco Núñez de Balboa, una vez que pasa el istmo de Panamá, inicia el tipo del conquistador naviero.

Entre los hombres de este primer impulso hay uno que merece nota especial. Martín Fernández de Enciso, alguacil mayor en Castilla del Oro, socio de Ojeda, lleva consigo, sin saberlo, a Vasco Núñez de Balboa, oculto en un fardo o en un barril. Martín Fernández de Enciso fracasa como conquistador, pero abre también una ruta. En 1519, justamente cuando comienzan las grandes conquistas, bajo las banderas de Cortes, y cuando Magallanes va a revelar toda la extensión inimaginable del océano Pacífico, Fernández de Enciso publica en Sevilla una obra,

que llama *Suma Geographica*. Este es el primer conquistador que toma la pluma con intención docente.

La obra de Enciso ofrece a la vez un compendio de geografía y un arte de navegación. Es lo que se llamaba entonces la ciencia de la esfera o de la cosmografía. He aquí el título, según la tercera edición: *Suma de Geographia, que trata de todas las partidas y provincias del mundo, en especial de las Indias. Y trata largamente del arte del marear, juntamente con la esfera en romance: con el regimiento del Sol y del Norte.* Este libro resultó tan útil que logró ser compañero de viaje en las navegaciones de Indias, por lo menos hasta mediado el siglo, pues volvió a editársele en 1530 y en 1546. La portada de esta última edición dice: "agora nuevamente enmendada de algunos defectos que tenía en la impression passada".

La obra fué dedicada al joven Carlos V. Enciso dice al Emperador:

> E porque los passados fueron diferentes de las escripturas, y defectuosos en lo que toca a las costas de la mar y a las derrotas y alturas y navegación, que es la cosa más necesaria a los mareantes, para ir a buscar por la mar las tierras de que en las escripturas se hace minción; porque por la mucha distancia del camino, y por la diversidad de las gentes y lenguas, no se puede así ir a ellas por la tierra como por la mar. De lo cual creería fué la causa la poca experiencia que en aquellos tiempos tenían de la navegación, y de las derrotas y alturas, y de la longitud y latitud del universo. E por dar claridad desto a los navegantes, porque mejor pudiesen hacer lo que por Vuestra Majestad les fuese mandado, puse en esta *Suma* las costas de las tierras por derrotas y alturas, nombrando los cabos de las tierras y el altura y grados en que cada una está, y en paraje de cada costa nombré el río que en ella entra y las tierras y montes de donde nace. y las provincias por donde pasa, y de qué cualidad es la gente de cada provincia, y de qué ley o seta, y qué frutos y cosas y metales hay en cada una, por que Vuestra Majestad pudiese, en suma breve, mejor oír leer todas las provincias del universo de que fasta hoy se han sabido por los de nuestra Europa.

Desde el día en que Fernádez de Enciso dictó este párrafo no hubo entre los conquistadores uno solo, así fuera totalmente

analfabeto, que no se asesorara de un piloto para las determinaciones de "altura y grados de cada tierra".

Veamos la verdad comprobada por los testimonios. Bernal Díaz del Castillo, el soldado veraz, escribe acerca de la expedición de 1518:

Y vino por veedor de la armada uno que se decía Peñalosa, natural de Segovia, e trujimos un clérigo que se decía Juan Díaz, natural de Sevilla, y los dos pilotos que antes habíamos traído, que se decían Antón de Alaminos, de Palos, y Camacho, de Triana, y Juan Alvarez, el *Manquillo*, de Huelva, y otro que se decía Sopuesta, natural de Moguer...

Hernán Cortés, para 508 capitanes y soldados con que llegó a Cozumel, llevaba 100 maestres, pilotos y marineros en 11 navíos grandes y pequeños.

En cada navío, su piloto, y por piloto mayor, Antón de Alaminos, y las instrucciones por donde se había de regir, y lo que habían de hacer, y de noche las señas de los faroles...

Mientras Cortés penetraba por las tierras del Anáhuac, Alonso Alvarez de Pineda, continuando las exploraciones de Juan Ponce de León en la Florida, encontraba a los conquistadores de Méjico en Tampico. El resultado de esta labor fué el levantamiento de la primera carta geográfica en que se diseñan las costas mejicanas, según testimonio de D. Manuel Orozco y Berra, quien añade:

Es notable en este plano la representación de la península de Yucatán, cuyas costas orientales están unidas a las de la tierra firme, mientras las occidentales sólo están separadas de la Nueva España por un espacio pequeño de mar, en el que se ven señaladas cinco islas.

Tal fué la obra de los pilotos que formaron parte de aquella expedición.

Esteban Gómez reconocía la línea de costa que baja desde el Labrador. Otros pilotos subían desde la Florida hasta la bahía de Chesapeake.

La conquista de las tierras centroamericanas y la del Perú fueron, ante todo, empresas marítimas. Gaspar de Espinosa y Gil González Dávila iban guiados por sus pilotos; Francisco Pizarro y Diego de Almagro emplearon tres años sólo en el descubrimiento marítimo de la tierra que se disponían a conquistar. Bartolomé Ruiz, marino de Moguer, los acompañaba. Nada hacían sin su dictamen.

Antes de que Pizarro y Almagro intentaran abrir la ruta marítima del misterioso Birú, Vasco Núñez de Balboa, Francisco Becerra y Pascual de Andagoya llenan los anales americanos con la relación de sus infortunios. Todos los esfuerzos de esos hombres eran más de argonautas que de conquistadores. Núñez de Balboa construyó tres bergantines en el mar del Norte y tuvo que armarlos en la mar del Sur. Apenas es imaginable lo que suponía pasar de Acla al río de la Balsa, luchando con la inundación, la fiebre y el hambre. Después hubo que rehacer los bergantines, que eran unas cribas por la mala calidad de la madera. Iniciadas las operaciones de avance marítimo en el archipiélago de las Perlas, se abrió la epopeya del océano Pacífico, que fué de brega entablada contra los vientos del sur.

El conocimiento de las reglas a que se sometían los viajes marítimos de Panamá al Perú tuvo por antecedente una trágica iniciación, hecha con brújula y astrolabio.

¿Cuál de los conquistadores no llevaba pilotos consigo? ¿Cuál de ellos ignoraba o desdeñaba las enseñanzas del arte de marear?

Pedro Cieza de León, que ha dejado uno de los libros clásicos de aquel movimiento expansivo, era un conquistador autodidacto. Salió de Sevilla a los trece años de edad, y todo lo aprendió en América, de donde regresó, hecho un escritor, a los treinta años. Este hombre muestra lo que enseñaban las conquistas, y especialmente lo que era la geografía de los conquistadores. Citaré un pasaje muy significativo de la *Crónica del Perú*. En el capítulo que trata de los puertos que hay desde la ciudad de los Reyes hasta la provincia de Chile, y los grados en que están, y otras cosas pertenecientes a la navegación, se lee:

En la mayor parte de los puertos y ríos que he declarado, he

yo estado, y con mucho trabajo he procurado investigar la verdad de lo que cuento, y lo he comunicado con pilotos diestros y expertos en la navegación destas partes, y en mi presencia han tomado el altura, y por cierto y verdadero lo escribo.

No habla del estrecho de Magallanes con la misma particularidad, ni hace "cumplida relación", por haber perdido la muy copiosa que hubo de un piloto de los que fueron con las naves enviadas por el obispo de Plasencia.

Los conquistadores del Río de la Plata, que seguían las huellas de Juan Díaz de Solís y de Sebastián Caboto, fueron exactos y puntuales en sus observaciones. El pliego dejado por Domingo Martínez de Irala para instrucción de los que llegaran de España y quisieran dirigirse desde la isla de Martín García hasta la Asunción, pasa con justicia por uno de los documentos más preciosos de la geografía colonial.

Cuando Alvar Núñez Cabeza de Vaca hizo su famosa marcha de penetración de la costa brasileña, de Santa Catalina al río del Paraguay, los pilotos iban practicando en la selva las observaciones con que se guiaban en alta mar. El autor de los *Comentarios* dice, por ejemplo:

Prosiguiendo el camino, a los catorce días del mes de diciembre, habiendo pasado por algunos pueblos de indios de la generación de los guaraníes, donde fué bien recebido y proveído de los mantenimientos que tenían, llegado el gobernador y su gente a un pueblo de indios de la generación que su principal dijo llamarse Tecangucir, aquí reposaron un día, porque la gente estaba fatigada, y el camino por do caminaron fué el oesnorueste y a la cuarta del norueste. Y en este lugar tomaron los pilotos el altura, en veinte y cuatro grados y medio, apartados del trópico un grado.

Hay otras determinaciones de latitud en la misma *Relación*.

Si Hernando de Soto alguna vez anduvo perdido en su temeraria penetración por la cuenca del río Mississipí, esto no se debió a ignorancia, sino al desconcierto que sobrevino a causa de los reveses. Sin embargo, el hecho se cita como escandaloso:

El ejército no llevaba instrumento para tomar la altura —escribe el autor de la *Florida*—, ni había quien lo procurase ni mirase en ello.

Cuando salió Soto de Cuba no faltaban pilotos, entre los que se menciona a Gómez Arias, a Diego Maldonado, a Pedro Calderón, oriundo de Badajoz, y a Arias Tinoco, "tan buen soldado como marinero". No olvidemos a Juan de Añasco, que aun cuando para muchos de sus compañeros de armas era un simple aficionado, tenía suficiente capacidad para hacer la determinación de la altura.

Ni Añasco ni los anteriores hacían falta, puesto que iba con Soto "un vizcaíno, llamado Joanes de Abadía, hombre de la mar y gran ingeniero". Este dió la consulta del caso. Y hubiera podido darla antes a habérsele pedido cuando empezaron las dudas.

La falta de astrolabio se explica al final por el mismo autor del libro citado. Cuando, muerto Soto, los expedicionarios resolvieron pasar a la nueva España, navegando por la costa en los improvisados bajeles que ellos mismos construyeron río arriba, tomaron esta decisión porque con sus embarcaciones no podían aventurarse en alta mar y porque les faltaban instrumentos náuticos. Entonces por primera vez habla el cronista del astrolabio que llevó Soto tierra adentro y que había quedado maltrecho en el incendio de Mobila.

El autor de la *Florida* expone la resolución que entonces tomaron:

... se hicieron a la vela, sin osar engolfarse, porque no sabían dónde estaban, ni hacia qué parte se podían encaminar, para atravesar a las islas de Santo Domingo, o Cuba, porque no tenían carta de marear, ni aguja, ni estrolabio para tomar el altura del sol, ni ballestilla para la del Norte. Sólo entendían que siguiendo siempre la costa, hacia el Poniente, aunque fuese a la larga, habían de llegar a la costa y tierra de Méjico. Con esta determinación navegaron toda aquella tarde, y la noche siguiente, y el día segundo, hasta cerca de puesto el sol, y en toda aquella distancia hallaron agua dulce, y se admiraron los nuestros que tan adentro en la mar la hallasen dulce.

Pero adelante viene una explicación de la causa de aquella falta de instrumentos:

Y en este paso dice Alonso de Carmona estas palabras, que son

sacadas a la letra: Y así fuimos navegando la costa en la mano, a poco más o menos, porque los aderezos de la navegación nos los quemaron los indios o se nos quemaron cuando pusimos fuego a Mauvila. Y el capitán Juan de Añasco era un hombre muy curioso, e tomó el estrolabio e guardólo, que como era de metal no se hizo mucho daño, e de un pergamino de cuero de venado hizo una carta de marear, e de una regla hizo una ballestica, e por ella nos íbamos rigiendo. Y visto los marineros e otros con ellos que no era hombre de la mar, ni en su vida se embarcó sino para esta jornada, mofaban de él. E sabido cómo mofaban de él, los echó a la mar ecepto el astrolabio. Y de otro bergantín que venía atrás lo tomaron, porque venía atado todo...

Las Indias estaban llenas de pilotos. Había casi tantos en las alturas del Potosí como en los puerto del mar Caribe. Cuando Cortés volvió a Méjico en 1530, llevaba "hidalgos aventureros, artesanos, menestrales y más de cuatrocientos marineros".

No es exacto que las disensiones de Pizarro y Almagro tuvieran por origen la incapacidad en que estaban los conquistadores para determinar los límites de sus respectivos territorios, y menos aún su ignorancia de lo que era un grado geográfico. Aquellas disensiones nacieron de la pasión, y nada tenían que ver con la geografía. Hubo hombres "diestros en la medida", como dice Agustín de Zárate en su *Historia del Perú;* pero los interesados nunca se pusieron de acuerdo. Unos querían que la operación se practicase por la costa del mar, siguiendo los ancones y caletas, o por el camino real con todos sus rodeos, para que la gobernación de Pizarro acabase antes del Cuzco, y aun antes de la ciudad de los Reyes.

El marqués pretendía que sus leguas se habían de medir por el aire, echando la cuerda derechamente, sin ningún rodeo ni torcedura, o por la línea superior del cielo, midiendo la graduación por la altura del sol y dando tantas leguas a cada grado.

El argumento es de perito, o de hombre que de peritos se aconseja.

Si buscamos el origen de la mala interpretación que se ha dado a la desavenencia, viendo en ella el resultado de la ignorancia de conquistadores analfabetos, acaso lo encontraremos

leyendo un pasaje de D. Diego Barros Arana. En la página 171 de su popular *Compendio*, se dice:

El Rey señalaba los límites del gobierno de la Nueva Toledo, fijando los grados geográficos, y como en el ejército no había quien entendiese de estas materias, sucedió que los dos gobernadores se creían con derecho al Cuzco.

Pero el mismo historiador Barros Arana rectifica la afirmación que transcribo, y desentraña el verdadero sentido de los hechos en su *Historia de Chile*, obra fundamental, minuciosamente documentada. En la página 152 del primer tomo podemos ver lo que sigue:

Se comprende que estas divisiones geográficas debían dar origen a todo orden de dificultades, teniendo que ser aplicadas por hombres que, como Pizarro y Almagro, no sólo no entendían una palabra de cosmografía, sino que ni siquiera sabían leer. Sin embargo, cuando se estudian los documentos del litigio que ambos sostuvieron, sorprende la exactitud casi absoluta con que los pilotos del tiempo de la conquista fijaban la latitud de los lugares.

Y refiriéndose a la *Historia de la Geografía del Perú*, publicada por D. Antonio Raimondi, menciona el prolijo estudio que este competente especialista hace de la cuestión en los capítulos VI y VII del tomo segundo, donde fija la línea de Ica como límite de las dos gobernaciones.

Barros Arana termina su comentario diciendo:

Publica además (Raimondi) un importante mapa del Perú en los tiempos que siguieron a la conquista, y según los datos que arroja la *Crónica* de Cieza de León, y de allí ha trazado la línea que separaba a las dos gobernaciones, haciéndola pasar por el valle de Ica.

Yo reproduzco este mapa en el tomo octavo de la *América Española*.

Nada de lo dicho puede causar extrañeza cuando recordamos que Rodrigo de Isla "cruza el Chubut con astrolabio y cartas, situándose como si navegara por el mar", y cuando evocamos las proezas marítimas que culminan en la de Ladrillero.

Bien conocidos son los esfuerzos de Cortés para descubrir el estrecho.

Las empresas marítimas, decía, son la mayor cosa, y de que más provecho redundará desde que las Indias se han descubierto.

Cortés volvía a España en 1528. En ese mismo año regresaba también Pizarro. El uno acababa de hacer la conquista de Méjico; el otro iba a capitular la del Perú. Los dos se embarcaron para América en 1530. Pocos meses antes, en 1529, Diego Ribero terminaba un célebre mapa, que sin duda vieron los dos conquistadores, o del que oirían hablar. Esa carta es la primera en que se marcan las longitudes. Las latitudes aparecían ya en los portulanos desde los primeros años del siglo.

Cuando Cortés tornó a España por segunda y última vez, los problemas geográficos tomaban cada día más amplitud. Reimprimíase la *Suma* de Enciso, y poco después aparecía el *Arte de Navegar*, compuesto por Pedro de Medina. Muerto Cortés, su capellán López de Gómara daba a la prensa las obras históricas que sin duda había preparado bajo la inspiraciones del conquistador, y en ellas se revela de un modo muy acentuado la preocupación dominante. ¿Cuánto boja la tierra? ¿En qué estriba la diferencia de precisión para determinar la longitud y latitud? ¿Qué hay en las partes no exploradas de la tierra? Si la que descubrieron las naos del virrey D. Antonio de Mendoza, que duraba 500 leguas, era continuación de la del estrecho de Magallanes, e iba desde los Malucos hasta el cabo de Buena Esperanza, ¿sería por ventura la de los hipernotios, correspondiente a la de los hiperbóreos de Herodoto? Era necesario que alguien rodeara la tierra, pasando por ambos polos —decía Gómara—, como la rodeó Juan Sebastián de Elcano debajo de la equinoccial, pues sin eso no quedaría enteramente sabido su redondez y grandeza.

Así hablaban y pensaban aquellos conquistadores que, vistos al través de algunos escritos, ignoraban las 360 divisiones de la circunferencia.

Cuatro virtudes esenciales

Toda empresa pide un director. El de las conquistas debía reunir condiciones de muy diversa índole. Un capitán de conquistadores había de ser, ante todo, un hombre de negocios, con capital y crédito, con arrojo, no sólo para exponer sus recursos hasta el último céntimo, sino los de sus socios hasta donde pudiera alcanzar la fuerza de la sugestión, y con una prudencia infinita en el manejo de los medios para la realización del propósito. Hoy es moda llamar capitanes a los hombres de negocios. Así se les designa comúnmente en los Estados Unidos. Los magnates que se han enriquecido son *captains of industry*. Invirtiendo los términos, aquellos capitanes eran tan calculadores como Astor o Carnegie. Necesariamente excluímos a los que todo lo recibían de la Corona, como Colón en su segundo viaje y como Pedrarias en su famosa expedición. También hay que excluir a los que, como Hernando de Soto, arrojaban a la empresa una fortuna ya ganada bajo el mando de otros conquistadores. Y, por último, en esta primera fase de la organización, que es tan demostrativa de las condiciones del jefe, no aparecen los que, como Domingo Martínez de Irala, Vasco Núñez de Balboa y Gonzalo Jiménez de Quesada, se forman en el terreno mismo de sus proezas.

Hombres de negocios en su sentido lato son Hernán Cortés, Valdivia, y, más que nadie, el viejo Almagro, que, a pesar de su analfabetismo, da muestra de insuperables aptitudes para reunir fondos y para administrarlos.

El conquistador, por lo que nos revelan sus combinaciones,

no es un cruzado idealista ni una bestia de instinto destructor. Si a alguien pueden aplicarse las cuatro condiciones de que habla Huarte es al conquistador. Tiene astucia, malicia, versacia y solercia. Estas cuatro virtudes judaicas del capitalismo se acrisolan, efectivamente, en el gran conquistador, astuto como el que más puede serlo, malicioso hasta adivinar veinte jugadas del adversario, sutil en los medios y maestro en los arbitrios.

*

Cortés hace su armada asociado al gobernador Diego Velázquez. Es una simple expedición de rescate, que va en busca del rescatador Francisco Hernández de Córdoba. Se pide licencia a los frailes jerónimos, que desde Santo Domingo rigen todo lo descubierto, y se obtiene para Cortés, como capitán armador, quedando incluído su socio. Cortés empieza, desde luego, los preparativos. Compromete sus haberes y su crédito hasta el último maravedí. Bien pronto la participación que él toma en los gastos supera a la de Velázquez. Cortés pensaba que la costa sería muy limitada; pero al verla crecer no se arredra. Velázquez da un bergantín; él, un bergantín y una carabela. Velázquez vacila, se retrae o hace cálculos miserables, queriendo ganar, desde luego, con los precios que pone a las ropas, vinos y objetos de poco valor que constituyen su parte. Todos murmuran. Muchos se ríen de ese mercader sin vuelos. Cortés, entre tanto, tiene mesa franca, tertulia de muchos amigos y se viste ya como gran señor. No siendo dadivoso, lo aparenta, por cálculo, y sabe obligar, adquiriendo adhesiones con buenos dineros contantes, propios o ajenos, más ajenos que propios, pues el crédito favorece al que deslumbra con perspectivas halagadoras. Todos los animosos están con él.

Vuelve Juan de Grijalba cargado de rescates que perturban el juicio de Velázquez, juzgándose ya dueño de aquella tierra que otros han descubierto. Pretende sacarle el cuerpo a Cortés; pero Cortés, "el extremeño mañoso, altivo y amador de honras", como dicen los parciales del gobernador, no había dormido mientras Velázquez cavilaba. Ya tiene 300 hombres. Ya el comerciante Diego Sanz le ha fiado toda una tienda de buhonería para

el rescate. Ya sus emisarios corren por el centro y el occidente de Cuba, levantando los cascos a todo el que tiene una encomienda, un caballo, una mina o una espada.

Cuando ya ha reunido Cortés no menos de 300 hombres y seis navíos, sale de Santiago. Velázquez hubiera querido impedírselo; pero Cortés le supera en poder militar, pues cuenta con numerosos y resueltos partidarios, consocios más bien, ya que aquello es una compañía, como casi todas las de su género. Ausentándose, Cortés impide el rompimiento. Dará ensanche a los preparativos, buscando campo de acción personal en el occidente de la isla. Durante la noche anterior a su partida de Santiago, asalta la carnicería. Toma a Fernando Alfonso los puercos que tiene para la venta del siguiente día, "dándole una cadena de oro, hechura de abrojos, en pago, y para la pena de no dar carne a la ciudad".

Activa la adquisición de víveres. Mientras el sevillano Pero Xuárez Gallinato de Porra va a Jamaica en una carabela, él se encamina a Macaca, donde compra 300 cargas de pan cazabe y algunos puercos que había en la granja del Rey. En la Trinidad consigue que le vendan tres caballos, 500 cargas de grano y un navío. Hace más. Le informan que pasa por allí Juan Núñez Sedeño con una embarcación en la que lleva vituallas para las minas. Arma Cortés una carabela, y poniéndola a las órdenes de su teniente Diego de Ordás, le da instrucciones para que aprese el navío y se lo lleve a la Punta de San Antón, en donde ha de encontrar a Gallinato de Porra con los víveres de Jamaica. Ordás cumple puntualmente la orden. Desposeído, Sedeño se presenta en el campamento. Cortés le da una carta de pago y unas lazadas de oro. Ha adquirido a ese precio 1.500 tocinos, 4.000 arrobas de pan cazabe y no pocas gallinas.

Recordemos nuevamente su frase inmortal:

"A la mi fe —dirá Cortés más tarde— andaba por ahí como un gentil corsario."

El resultado fué que al embarcarse con 550 españoles, 200 indios, algunas indias y pocos negros, tuviese ya nada menos que 5.000 tocinos, 6.000 cargas de maíz, yuca y ajes, gallinas, azúcar, vino, aceite, garbanzos y otros mantenimientos. El almacén del rescate iba bien provisto de cascabeles, sartales y

cuentas de vidrio, espejos, agujas, alfileres, bolsas, agujetas, cintas, corchetes, hebillas, cuchillos, tijeras, tenazas, martillos, hachas de hierro, camisas, tocadores, cofias, gorgueras, zaragüelles y pañizuelos de lienzo, sayos, capotes, calzones y caperuzas de paño.

El mismo Cortés proporciona estos pormenores a su capellán y panegirista Gómara.

Ya hemos visto cómo después de llegar a Méjico sigue el conquistador negociando para adquirir elementos que le permitan llevar a buen término el asedio de la gran Tenochtitlán.

El negociante y el negociador no duermen. Cabra coja no tenga siesta, era uno de los proverbios usuales de Cortés. Y él, que necesitando refuerzos sólo podía esperar que llegasen enemigos para destruir sus planes, tenía que centuplicar los cálculos, al mismo tiempo que la actividad, para formar una muralla de hechos consumados.

Cortés aparece en todos estos aprestos y en todas estas maniobras como el organizador de una complicada sociedad anónima, de la que es gerente con poderes dictatoriales. Las Casas dice que la aportación de Velázquez era de mucha cuantía y mínima la de Cortés. Dice bien Las Casas. Pero no viendo sino el aspecto de las relaciones personales, no comprende que Cortés había dado de mano a Velázquez con habilidad, convirtiéndolo en un simple acreedor privilegiado, mientras él capitaneaba en la empresa la considerable masa de los suscritores, solidarizándolos contra el que individualmente más representaba. Velázquez había cometido un error de cálculo fundamental. Quiso que su contribución a la empresa consistiese en bienes que no pudieran sufrir pérdida. Cortés reconoció las obligaciones. Del primer oro se apartó en Méjico lo necesario para los navíos de Velázquez.

El gobernador de Cuba no fué accionista, sino obligacionista.

En medio de la indeterminación que revisten siempre estos datos de arreglos entre socios, pues todo cambia de un día al otro, un testigo expresa la verdad íntima, presentando la opinión que se tenía de Velázquez como un prestamista más que como un empresario audaz, y de la gran cuantía de los intereses colectivos puestos en la expedición.

Oyó decir a los de la ciudad que el dicho Cortés había gastado más de cinco mil castellanos, e que el dicho Diego Velázquez le había prestado para ello dos mil castellanos sobre cierto oro que tenía por fundir, e que oyó decir que el dicho Diego Velázquez había puesto mil e ochocientos castellanos en rescates e vinos e otras cosas, e tres navíos, el uno era bergantín, e que el dicho Cortés, demás de los cinco mil castellanos, puso siete navíos suyos e de sus amigos, e de efectos.

*

Almagro, el analfabeto, y su consocio el analfabeto Pizarro, dan un ejemplo digno de atención por la unión perfecta de cualidades complementarias.

Ovo en estas Indias nuestras dos amigos e compañeros en las haciendas, tan hermanos e conformes, que un tiempo fueron una voluntad e un querer, e parescían un mesmo hombre en dos cuerpos. E aquestos fueron dos personas, que de poco e baxo principio, subieron a ser muy señalados e nombrados varones por el subceso e riquezas que truxo Dios a sus manos.

Oviedo, que así habla de aquella unión perfecta, trocada después en odio mortal, cuenta los orígenes de la sociedad Almagro, Pizarro y Luque. Pizarro era un bastardo que pasó a las Indias "con una espada y una capa". Cuando murió su padre, fué preterido en el testamento por llevar veinte o más años de ausencia y creérsele ya difunto. Militó en Urabá con Alonso de Ojeda, y fué de los descubridores del mar del Sur con Vasco Núñez de Balboa. Sirvió a las órdenes de Pedrarias Dávila, figurando entre los aprehensores de Balboa. Hizo compañía entonces con Diego de Almagro, el más oscuro de los hombres oscuros, por nacimiento y hechos. Los dos se asociaron después al maestrescuela Fernando de Luque, bienquisto del gobernador Pedrarias. Explotando la encomienda de Luque, los tres ganaron lo suficiente para figurar entre los labradores, ganaderos y mineros de las orillas del río Chagres.

La fama del Perú, en cuyo descubrimiento había perdido la salud el intrépido y avisado Pascual de Andagoya, tentó la codicia de los tres socios y de un tercero que entró en la empresa.

Este nuevo miembro de la compañía era nada menos que el gobernador Pedrarias Dávila, desconfiado y mañoso, sin habilidad notable. El descubrimiento del Perú presenta una singularidad, y es que no sólo Pedrarias Dávila, sino los dos conquistadores, son ya viejos. Luque lo es también. Pero Pizarro y Almagro se entregan con alma y bienes a una empresa que nada tenía de llano. Tres años se emplearon sólo para descubrir que el Birú de las noticias de Francisco Becerra y Pascual de Andagoya encerraba una realidad entrevista en Túmbez. La empresa es más tentadora, pero más incierta que nunca. Pedrarias Dávila vacila y vende su parte. En este trato se ve a Almagro, el perfecto hombre de negocios, enredando al prócer, veterano de las guerras de Africa. El hombre de prosapia, con torre y solar en Oviedo, queda entre las redes que le tiende el pechero de Malagón. "Mil pesos os doy, e no los tengo..." Esta fué la última palabra de Almagro. "E Pedrarias dixo que era contento."

Cuando llegó el momento de negociar en la corte, Pizarro salió para España con 1.500 pesos de oro, con su elocuencia natural y con algunas muestras de lo que daba el Birú fabuloso. Ese viaje era el último recurso de la desesperación, pues las exploraciones no sólo se habían tragado toda la hacienda, sino todo el crédito de Pizarro y Almagro. Los 1.500 pesos de oro fueron un donativo o acaso una aportación final de Luque.

En España, Pizarro persuade. Obtiene capitulaciones el 26 de julio de 1529. Se le hace gobernador y capitán general de lo que va a conquistar con Almagro. Pero como olvida en su ambición que Almagro es el genio de los recursos y que sin ellos no hay Perú, sólo pide para el socio la tenencia de una fortaleza en Túmbez y 500 escudos anuales de pechos.

Vuelve Pizarro a Panamá con sus hermanos —una legión altanera— y 200 alucinados, todos inútiles.

Almagro, al ver la ingratitud con que su camarada había procedido, negó en firme su cooperación. Quedaba arruinado, tuerto, pues había perdido un ojo en las expediciones, y todo esto para que un advenedizo cualquiera, por ser deudo o amigo de Pizarro, le despreciara.

La cólera del viejo cíclope significaba la disolución de la hueste. Los 300 expedicionarios estaban en una negra situación,

y los de España "se comían las capas". Pizarro tuvo que doblegarse, enviando mediadores para que Almagro consintiese en prestar su concurso y allegar los elementos necesarios. Sin Almagro, que era el hombre de empresa, Pizarro no hubiera podido dar un solo paso. Estaba perdido, y lo estaban con él cuantos llevó de España.

*

Pedro de Valdivia es acaso quien más de manifiesto pone lo que puede esta capacidad práctica de negociante en las obras del conquistador.

La desconfianza es la sombra negra del que algo emprende. Chile se había desconceptuado por completo después del fracaso resonante que sufrió Almagro. Intentar nuevamente ir allá parecía una locura. Si Almagro, con sus liberalidades, nada pudo hacer, ¿qué harían los empresarios sin recursos?

También vino allí a los Reyes —vemos en la obra de Oviedo— uno que se decía Valdivia, a hacer gente para ir a poblar a Chile; mas se cree que con los que de allí llevaría no se poblará.

Valdivia era tenido en mucho por sus grandes aptitudes. Pizarro, a quien sirvió, le había recompensado dándole una encomienda que era un principado, pues comprendía "el valle todo llamado de la Canela" y una mina "en el cerro rico e asientos de Porco". De esas mercedes salieron después las que hicieron la opulencia de Diego Centeno, Lope de Mendoza y Dionisio de Bobadilla. Sin embargo, todo lo dejó Valdivia, con pasmo del mundo entero, y pidió un pedazo de papel en el que se le nombraba teniente de Pizarro para "conquistar y poblar la gobernación del Nuevo Toledo y provincia de Chile".

Valdivia cuenta lo que se le decía por los que procuraban disuadirle de aquella insensatez. Hasta el mismo Pizarro creyó de conciencia hacerle objeciones.

E viendo mi voluntad, el marqués me dijo que se espantaba cómo quería dejar lo que tenía, que era tan bien de comer como él, y aquella mina, por emprender cosa de tanto trabajo.

Se proponía hacer una conquista sin conquistadores. Ya vimos lo que escribía Oviedo. Oigamos lo que dice Valdivia:

> No había hombre que quisiese venir a esta tierra, y los que más huían della eran los que trujo el adelantado D. Diego de Almagro, que como la desamparó quedó tan infamada que como de la pestilencia huían della.

Valdivia era un rico potencial, pero no actual. Apenas había empezado a disfrutar de su encomienda. Por otra parte, nada hubiera podido hacer, como nada hubieran podido hacer otros conquistadores, sin llevar consigo capitanes que emprendían la expedición a su costa, pagando además la de soldados que con el nombre de amigos, deudos o criados les acompañaban. Cada uno de estos capitanes llevaba también indios, indias y esclavos negros.

Valdivia había gastado 15.000 pesos y estaba al principio de los aprestos. Cuando ya casi desesperaba de su empeño, un comerciante, llamado Francisco Martínez, que tenía pocos meses de residencia en el Perú, le ofreció caballos, armas y artículos de todo género, que él mismo tasó en 9.000 pesos. Por esos 9.000 pesos nominales, Martínez llevaría la mitad de las ganancias. A listo, listo y medio. Valdivia aceptó, pero reservándose el cumplimiento de lo estipulado. La intervención de Martínez sirvió para que automáticamente se robusteciera el crédito de la empresa, y así pudo Valdivia levantar más de 70.000 castellanos, con que acabó sus preparativos.

Pero en aquel instante vino a turbar sus alegrías la presencia de un personaje incómodo, que llegaba de España con cédulas de ambiguo significado, aunque suficientes para no dejar que los planes de Valdivia se desenvolviesen. El intruso se llamaba Pero Sancho de Hoz. Había sido buen secretario y excelente cronista de Pizarro, como sucesor de otro secretario, Francisco de Jerez, que desempeñó a conciencia su cargo y que fué asimismo cronista muy notable.

Valdivia, prudente, y Sancho de Hoz, jactancioso, hicieron un contrato por la mediación de Pizarro, en el que Sancho de Hoz se comprometía a una aportación tan elevada que no pudo

cumplir su obligación, quedando, por lo tanto, sin derecho a reclamaciones.

Sancho de Hoz debía llevar de Lima, dentro de un plazo de cuatro meses, dos navíos cargados de cosas necesarias para la armada, 200 pares de coracinas y 50 caballos.

Este concierto se había hecho en el comedor de Pizarro, el 28 de diciembre de 1539, e inmediatamente se trasladó Valdivia al Cuzco, de donde salió la columna conquistadora, si puede darse tal nombre a menos de 12 españoles, acompañados de 1.000 indios cargueros. Valdivia era un conquistador que emprendió su primera campaña para conquistar conquistadores. Y lo consiguió. Esta fué la parte más espinosa de su empresa.

Fué la más acertada, pues llevó consigo a los férreos supervivientes de la épica entrada de los chunchos.

*

Cortés, Almagro y Valdivia son tres calculadores que han llegado triunfalmente al término de una frágil cadena, susceptible de romperse por cualquier azar.

Desde el proyecto embrionario hasta la realización hay una serie de peripecias que pueden ser decisivas contra el buen éxito. Los que fracasan acaso nos darán medios de conocer estas empresas en su intimidad, abriéndonos los libros de cuentas, los almacenes y hasta el guardarropa de los conquistadores.

Cuando muere Hernando de Soto en plena acción, sin deudos que se hagan cargo de cuanto lleva consigo, hay que proceder a una almoneda, y ésta se efectúa por disposición que toma inmediatamente Luis de Moscoso. La hacienda consta de dos esclavos y dos esclavas, tres caballos y 700 puercos. Por cada esclavo daban de dos a tres mil cruzados. No habiendo dinero, se extendieron obligaciones para realizar el pago al hacerse la primera fundición de oro o plata, o bien del repartimiento. Si la tierra no se poblaba, el pago habría de efectuarse a un año de la fecha. Los que no tenían hacienda en España con que obligarse, presentaban fiadores.

Lo que así se sacó representaba una cantidad ínfima del capital perdido por Soto en la empresa.

Al embarcarse los españoles, no pudiendo llevar los efectos de la comisaría del ejército, Luis de Moscoso da a los indios amigos una cantidad asombrosa de armas, ropa y provisiones. Reproduzco el pasaje del inca Garcilaso de la Vega. Es un buen inventario:

... no cesaron los indios de llevar a su tierra, yendo y viniendo como hormigas, todo lo que los españoles, por no lo poder llevar consigo, habían de dejar en aquel pueblo, que era mucha cantidad: porque de sólo cazabi, que es el pan de aquella isla de Sancto Domingo y Cuba, y sus circunvecinas, les quedó más de 500 quintales, sin otra mucha cantidad de capas, sayos, jubones, calzones, calzas y calzados de todas suertes, zapatos, borceguíes y alpargatas. Y de armas había muchas corazas, rodelas, picas y lanzas y morriones, que de todas estas cosas, como el gobernador era rico, llevó grande abundancia, sin las otras que eran menester para los navíos, como velas, xarcias, pez, estopa y sebo, sogas, espuertas, serones, áncoras y gumenas, mucho hierro y acero, que aunque destas cosas el gobernador llevó consigo lo que pudo llevar, quedó mucha cantidad. Y como Mucoro (el cacique) era amigo, holgaron los españoles que se les llevase, y así lo hicieron los indios, y quedaron ricos y contentos.

Muchos eran los conquistadores que se arruinaban, o que por lo menos perdían una parte considerable de su hacienda. Entre ellos figura aquel Francisco de Garay, riquísimo colono de Jamaica, que dió en la locura de la empresa del Pánuco. Muerto cuando buscaba lo que ya tenía en Jamaica,

... dexó mucha hacienda a sus herederos, y un muy buen ingenio de azúcar, y otras haciendas. E también era heredado en esta cibdad de Santo Domingo, e regidor della; pero mucho más perdió e gastó que no dexó, a causa de aquel su camino y armada, yendo a poner su persona e ditado en aquella provincia de Pánuco, sin la cual, e sin la vida, quedó, malgastado su tiempo, la hacienda comida con amigos ingratos, dando exemplo a los cuerdos, que en el adelantado Francisco de Garay, y en el adelantado Diego Velázquez, y en el adelantado Johán Ponce de León, e otros adelantados e capitanes destas partes, quieren poner los ojos.

Oviedo, que dice esto, no tenía alma para las grandes em-

presas, locura cuando fracasan y obra genial cuando la realización corresponde a lo soñado.

Uno de los capitanes más perseguidos por la desgracia es Rodrigo de Bastidas, adelantado, gobernador, conquistador y poblador de Santa Marta. Llega a esa costa, establece su centro, hace alguna entrada, rescata cantidades mínimas de oro de chafalonía, se le alzan tres alborotadores, le acuchillan y le obligan a dejar la tierra. Muere en Santiago de Cuba a consecuencia de las heridas que ha recibido. Abierta la sucesión, se encuentra que no hay bienes para satisfacer a los acreedores.

La viuda del conquistador, Isabel Romera Tamares, y su hijo, el deán Rodrigo de Bastidas, después obispo, residentes en Santo Domingo, demuestran con testigos lo mucho que se gastó en la empresa y los miserables rendimientos alcanzados.

Es del más extraordinario interés la declaración que rinde Xoan Blázquez, y voy a tomar casi en su integridad, con las peculiaridades curialescas, lo que dice el deponente:

Sopo e vido quel dicho gobernador, para yr a conquistar e poblar la dicha provyncia de Sancta Marta, xuntó en esta dicha cibdad (de Santo Domingo) muncha cantidad de xente, a los quales daba de comer e beber complidamente en su casa. Públicamente se decía entre la xente quel dicho gobernador Rodrigo de Bastidas ansí xuntó en esta dicha cibdad, que los socorría e daba socorros, e ayudaba en sus nescesidades, segund las faltas que padescían, por que esto viesen e asosegasen con él fasta que se partiesen a la dicha provyncia. E que bien vido este testigo que una vez el dicho Rodrigo de Bastidas coxió un mancebo que vino de Castilla, e pagó por el flete e mantenimiento al maestre que lo truxo. E ansí decían que lo faría con todos, gastando con ellos muy largamente lo que había menester.

Sopo e oyó en aquella sazón de munchas personas en esta cibdad, en casa del dicho Rodrigo de Bastidas, e fuera della, cómo el dicho Rodrigo de Bastidas había ymbiado a la dicha provyncia dos carabelas con cierta xente e resgates para tentar la tierra, e dempués, desde a ciertos días, vido este testigo quel dicho gobernador compró, para llevar la xente que tenía recoxida, una nao grande de Xerónimo Rodríguez, maestre, e ansimesmo había comprado, e tenía en este puerto, un navío bretón, con los quales, e con otra carabela que tenía a sueldo, se partió con toda la xente que tenía a la dicha

provyncia, a la conquistar e poblar, como por Su Majestad lera mandado. E que cree quen la compra de los dichos navíos e en todo lo demás, el dicho Rodrigo Bastidas gastó muncha suma e quantía de pesos doro, segund los precios que valen los navíos e aparexos en estas partes.

Sabe e vido quel dicho gobernador Rodrigo de Bastidas compró e llevó en los dichos navíos, ansí para ellos como para la xente quen ellos había de llevar e llevó, munchas armas ofensivas e defensivas, de lanzas, escopetas e ballestas, espadas e rodelas, e paveses, e lombardas, e pólvora, e otros géneros e nombres de armas, en muncha cantidad, segund lo requería la demanda, e en parte el dicho gobernador llevaba. Este testigo ayudó en esta cibdad al tiempo que se quería partir la dicha nao e otros navíos a la dicha provyncia, e cargaron munchos mantenimientos e bastimentos nescesarios para la xente. Este testigo vido llevar a la dicha provyncia de Sancta Marta cierta cantidad de cal e piedras labradas, e tapiales, para facer en la dicha provyncia un fuerte, para amparo de los crystianos e defensa de los indios.

Sabe e vido que después quel dicho gobernador llegó a la dicha provyncia, dende esta cibdad fué una nao que dixeron que ymbiaba Xoan Mosquera, e ciertos mercaderes della, cargada de caballos e yeguas, e mantenymientos, e ropas, e otras munchas cosas, todo lo cual el dicho gobernador rescebió en su poder, e lo rescebió e repartió por la xente que tenía, e pagó muncha parte del valor de las dichas cosas.

Lo mismo dice el comendador Rodrigo de Graxeda, sevillano como Bastidas, y factor del Rey en Santa Marta.

La muerte de Bastidas nos permite ver lo que llevaba consigo un conquistador. El inventario parece conducirnos a la trastienda de un buhonero, al despacho de un agiotista, a la habitación rústica de un estanciero, o, si se quiere, al cuartel de un destacamento fronterizo. ¿En dónde está ese conquistador de grabado histórico que se nos representa con casco y armadura, cimera y guantelete?

Veamos lo que había en la alcoba donde murió Bastidas, y después lo que sacaron de los cajones de su equipaje.

El portugués Acevedo, vecino de Santiago, que había dado alojamiento al conquistador de Santa Marta, exhibió como de la pertenencia del adelantado:

Una toca de camino, casera, con unos cabos de grana e leonado; un paño de manos casero, labrado de grana; cuatro camisas viexas; dos pares de medias calzas; un jubón de lienzo viexo; una media gorra viexa; unas calzas de lienzo viexas; unas calzas negras viexas; un jubón de raso viexo acetado en las dichas calzas; un sombrero viexo blanco; un sayo de damasco viexo, roto; tres velas de cera; una capa colorada con tres tiras de terciopelo morado; una rodela; el armadura... de una cama; seis lanzas de almacén.

En las cajas hay, sobre todo, papeles de negocios, tales como escrituras de compraventa y de arrendamiento, recibos, pagarés y abecedarios de cuentas. Hay además papel y libros en blanco, lo que podía bastar para relaciones, cartas, documentos mercantiles y asientos. Se registra una o dos varas de medir, un marco de pesar, "una abas en que está carenillo e solimán, e un pesillo de pesar oro". La buhonería está representada por tijeras, cuchillos, cuentas menudas, verdes, amarillas y de otros colores; bonetes cortados para indios, por coser; peines y flautas. Entre los objetos militares hay "espuelas de calzanerexo, diez y ocho escopetas, cuatro espadas sin guarnición, dapñadas". Para el regalo, dos barriles de vino. Para la navegación, una carta de marear. Para el alma: "una vela de cera, e media; una caxita con unas cuentas, e rosario; un libro de arte de bien morir". Para los acreedores: oro de chafalonía, que arroja una cantidad insignificante, según los ensayes hechos por disposición de la justicia.

Tal vez olvide algo de esta miscelánea instructiva. Pero no será mucho: una "capa negra, viexa"; otra capa viexa negra", dice humorísticamente el escribano. Habrá tal vez "dos jubones colchados, de tafetán, viexos e colorados". Y vendrán tres prendas que no son viejas: "una escuba de damasco, pardillo e verde; una escuba limonada, guarnecida con rico pardillo; una escuba amarilla con una crepa de raso azul".

Capitanes y adalides

Sólo uno de los grandes conquistadores tenía antecedentes militares. Sólo Pedro de Valdivia pudo escribir en la primera de sus admirables *Cartas de Relación*:

Después de haber servido a Vuestra Majestad, como era obligado, en Italia, en el adquirir el Estado de Milán y prisión del Rey de Francia, en tiempo de Próspero Colona y del marqués de Pescara, vine a estas partes de Indias, año de 535. Habiendo trabajado en el descubrimiento y conquista de Venezuela, en prosecución de mi deseo pasé al Perú, año 536, do serví en la pacificación de aquellas provincias a Vuestra Majestad, con provisión de maestre de campo general del marqués Pizarro, de buena memoria, hasta que quedaron pacíficas, así de la alteración de los cristianos como de la rebelión de los indios.

Valdivia no era únicamente soldado de carrera, sino gran soldado. Cuando se emprendió la campaña decisiva contra las fuerzas de Gonzalo Pizarro, por las del Rey, que había organizado La Gasca, Valdivia, que llegaba de Chile para pedir socorros, fué llamado inmediatamente a intervenir. Iba a darse la última acción. Francisco de Carvajal, desde el campo de los rebeldes, observaba los movimientos del ejército real. Y aquel competentísimo *Demonio de los Andes*, gran soldado de Italia también, sin saber que su antiguo compañero de armas estaba en el Perú, dijo al instante: "Valdivia rige el campo, o el diablo."

Esta excepción, presentada por Valdivia, no puede significar aptitud en él e ineptitud en los otros grandes conquistadores, puesto que estos otros nunca se pusieron a prueba. Signi-

fica que, desdeñando las contiendas de Europa, sólo pensaron en las Indias.

Enumeremos.

Hernán Cortés, cuyo genio militar quedó patente y le coloca entre los más ilustres capitanes de todos los tiempos, no dió señales de haber tenido vocación militar. Se le envió a Salamanca. Interrumpió los estudios. Pasó dos años "a la flor del berro", entre Medellín y Valencia. Pero ni en el emporio levantino, agitado por las tentaciones de la vida aventurera con que brindaba la sonriente Italia, y también Africa, propicia para los temerarios, pensó un solo día que su camino fuese el del soldado. Aquel mozalbete medio latino, rimador, mujeriego, amante del lujo, valiente y ambicioso, parecía tener indicado su rumbo hacia el mar luminoso. Pero aun en aquellos años de fluctuación juvenil, la cabeza, firmemente sentada sobre los hombros, calculaba ya logros de estanciero, beneficios de labrador, una fortuna alcanzada con oro de vaguada o de arcabuco. Y dejando aquella civilización deslumbradora, con resolución firmísima, a los diecinueve años de edad se embarca para la isla Española. No sigue al Gran Capitán, y va en busca del gran comendador, su conterráneo, el cacereño D. Nicolás de Ovando, modelo de colonizadores. Cortés lleva una buena cuerda en su arco. Ha pasado algunos meses en Valladolid, con un tabelión, y allí "tomó notas y estilo de escribanos, lo cual sabía muy bien hacer".

Buen principio para un capitán de su calibre.

Francisco Pizarro es hijo de uno de los soldados más famosos de España, conocido por tres apodos: el *Largo*, el *Tuerto* y el *Romano*. Este último le venía por haber vivido en el castillo de Santángel.

Su testamento, otorgado en 1522, es una notabilísima expresión de sinceridad, que revela todo un carácter. No olvida a ninguno de sus hijos bastardos. Menciona hasta los nombres de las mancebas. Toma disposiciones para el bien de todos los que merecen su protección o su gratitud. Sólo falta allí el nombre de su hijo natural Francisco Pizarro, que tenía ya cincuenta años de edad y veinte o más de ausencia. Sin duda le creía muerto.

No puede explicarse la emigración de Francisco Pizarro por abandono. Su padre pudo tenderle la mano, y se la habría ten-

dido como a los otros. Es más: pudo haberle facilitado una brillante carrera militar.

Hay un hecho que acaso sirva para que veamos de cerca el origen de la vocación americana de Francisco Pizarro. Si su padre, el *Romano*, era militar, su tío, Juan Pizarro, era colono de las Indias. Ya desde la generación del padre de Francisco Pizarro estaba, pues, indicada la bifurcación de las vocaciones de los hombres de lucha: un hermano iba a pelear en Italia; el otro iba a enriquecerse en América. Francisco Pizarro siguió las huellas de su tío Juan, y emigró antes de los veinticinco años, probablemente sin haber sabido lo que era el servicio de las armas.

Almagro, compañero de Pizarro, tampoco fué militar.

No lo fué Gonzalo Jiménez de Quesada, el conquistador del reino neogranadino y fundador de Santa Fe de Bogotá, pues aun cuando Jiménez de Quesada estuvo en Italia, no hay pruebas de que hubiera sido como soldado. Lo menos aventurado es suponer que desempeñaba tareas de jurista. Nada tenía de soldado Vázquez de Ayllón, el infortunado conquistador de la tierra Chicorana, que se extiende al norte de la Florida. Ambos salían de los tribunales para mandar: Jiménez de Quesada, la más brillante de las expediciones, y Vázquez de Ayllón, la más desastrosa de todas ellas. Letrados fueron Gaspar de Espinosa, uno de los conquistadores de la América Central; Juan de Vadillo, expedicionario en las cordilleras neogranadinas, y el execrado Nuño de Guzmán, que llena las crónicas mejicanas, y que reclama una revisión de su proceso histórico.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, nieto del conquistador de Canaria, Pedro de Vera, sin otro aprendizaje que su cautiverio entre los indios floridanos y su peregrinación del golfo de Méjico al de California, dirigió una columna desde la costa brasileña hasta la Asunción, dando muestras de pericia.

Vasco Núñez de Balboa, héroe de la penetración ístmica, no había sido soldado. No lo había sido Sebastián de Benalcázar ni Hernando de Soto, pues uno y otro pasaron al Nuevo Mundo en los primeros años de la vida.

Hubo, en verdad, algún conquistador que había conocido la guerra peninsular con los moriscos, y después numerosos veteranos de las campañas de Africa e Italia. Pero eran todos o

casi todos hombres de segunda, de tercera y aun de última fila. Francisco Carvajal se distinguió notablemente, sólo en las guerras civiles peruanas. El nombre del *Demonio de los Andes* no va unido al de alguna de las grandes proezas.

Aun había cierta prevención, y un proverbio la expresaba: "Líbrate de veinte años de Italia." Esto significaba que el viejo soldado de las guerras de Europa tenía muchas mañas, con que llena las crónicas su fama, y que se desconfiaba de él. A veces, como pasó en el sitio de Méjico, los consejos de un soldado de Italia eran objeto de burla.

Y en el real de Cortés estaba un soldado que decía que había estado en Italia, en compañía del Gran Capitán, e se halló en la Chirinola de Garallana (Cerignola y Garigliano) e en otras grandes batallas, e decía muchas cosas de ingenios de la guerra, e que haría un trabuco en el Tatelulco, con que en dos días que tirasen a la parte y casas de la cibdad a donde Guatemuz se había retraído, que les haría que luego se diesen de paz. Y tantas cosas dijo a Cortés sobrello, porque era muy allegado aquel soldado, que luego puso en obra de hacer el trabuco, y trujeron cal, y piedra, y madera, de la manera que él lo demandó, y carpinteros, y clavazón, y todo lo perteneciente para hacer el trabuco. E hicieron dos hondas de recias hondas y cordeles, y le trujeron grandes piedras, mayores que botijas de arroba. E ya questaba hecho y armado el trabuco, segund y de la manera quel soldado dió la orden, y dijo questaba bueno para tirar, y pusieron en la honda questaba hecha una piedra hechiza, lo que con ella se hizo es que fué por alto, no pasó adelante del trabuco, porque allí luego cayó a donde estaba armado. Y desque aquello vió Cortés, hobo enojo con el soldado que le dió la orden para que le hiciese, y tenía pesar en sí mismo porque le creyó. E dijo conoscido tenía dél que en la guerra no era para cosa de afrenta, más de hablar, y que no era para cosa ninguna, mas que para hablar...

Si el soldado es capaz, se le respeta y admira. Pero nadie vale por sus antecedentes.

El conquistador, que hasta la víspera ha sido un hombre de negocios, ocupado en salar puercos y en cargar pan cazabe, en abrirse crédito y en contratar embarcaciones, en adquirir artículos de quincallería y en probar el buen estado de las pipas del agua, se encuentra súbitamente obligado a desplegar otro

género de actividades. La vida y la suerte de los que le siguen dependerán de las aptitudes, no militares, sino guerreras, de que dé muestras el improvisado capitán. Porque todos, aun el mismo Valdivia, se han formado en el Nuevo Mundo, educándose o reeducándose para una acción que no enseña Europa.

De los enemigos a quienes acometen, el más temible es el que todavía tiene, directa o indirectamente, maniatadas a las repúblicas de América. Ese enemigo es el suelo. Su inmensidad, sus rigores, sus peligros, acaso no han sido igualados. Solamente para atravesar el istmo, cuya altura máxima no llega a 800 metros, Vasco Núñez de Balboa, mandando menos de 200 españoles y algo más de 500 indios, dió muestras de una energía que los modernos exploradores aprecian cuando ellos mismos tienen que retroceder, con el desaliento en el alma y la palabra *imposible* en los labios.

Hernando de Soto, que descubre el río Mississipí, cuyo lecho le dará sepultura cuando en sus márgenes le mate una fiebre, asombra hoy a los norteamericanos. Recorriendo esas extensiones en ferrocarril, o viendo el mapa de su país, apenas comprenden aquella correría de cuatro años, desatentada a veces, en ocasiones sabia, siempre heroica, por los Estados de Florida, Georgia, Arkansas, Mississipí, Alabama, Luisiana y Tejas.

Cortés, pasando desde Cempoala hasta Méjico, y volviendo de Méjico a la costa veracruzana, para entrar nuevamente, nos parece que hace un viaje de recreo, tan fáciles así son los caminos y tan benigno el clima. Pero cuando pensamos lo que ese mismo Cortés sufrirá en la expedición de Honduras, creemos que el conquistador ha enloquecido y que piensa superar como explorador sus proezas de guerrero, buscando inútiles penalidades y poniéndose en peligros sin objeto.

Este monte era muy bravo y espantoso —escribirá—, por el cual anduve dos días abriendo camino por donde señalaban aquellas guías, hasta tanto que dijeron que iban desatinados, que no sabían adónde iban. Y era la montaña de tal calidad, que no se vía otra cosa sino dónde poníamos los pies en el suelo, o mirando arriba, la claridad del cielo. Tanta era la espesura y alteza de los árboles, que aunque se subían en algunos, no podían descubrir un tiro de piedra.

Bernal Díaz del Castillo añade algunos pormenores que Cortés olvida u omite de propósito para no alargar su *Relación:*

Pues otra cosa había, que eran los montes muy altos, en demasía, y espesos, y a mala vez podíamos ver el cielo, pues ya que quisiesen subir en algunos árboles para atalayar la tierra, no vían cosa ninguna, según eran muy cerradas todas las montañas. Y las guías que trayamos, las dos huyeron, y la otra que quedaba estaba malo, que no sabía dar razón de camino ni de otra cosa. Y como Cortés en todo era diligente, y por falta de solicitud no se descuidaba, trayamos una aguja de marear, y a un piloto que se decía Pedro López, y con el dibujo del paño que trayamos de Guaçacualco, donde venían señalados los pueblos, mandó Cortés que fuésemos con el aguja por los montes, y con las espadas abríamos camino hacia el Este, que era la señal del paño donde estaba el pueblo. Y aun dijo Cortés que si otro día estábamos sin dar en poblado, que no sabía qué hiciésemos. Y muchos de nuestros soldados, y aun todos los más, deseábamos volvernos a la Nueva España. Y todavía seguimos nuestra derrota por los montes, y quiso Dios que vimos unos árboles antiguamente cortados, y luego una vereda chica. E yo y el Pedro López, que íbamos delante, abriendo camino con otros soldados, volvimos a decir a Cortés que se alegrase, que había estancias, con lo cual todo nuestro ejército tomó mucho contento.

Años, y aun siglos después, había restos de los puentes contruídos con maderas preciosas para dar paso a los expedicionarios.

Y después que aquellas tierras y provincias estuvieron de paz, los españoles que por aquellas tierras estaban y pasaban, y hallaban algunas de las puentes sin se haber deshecho al cabo de muchos años, y los grandes árboles que en ellas poníamos, se admiran dello, y suelen decir agora: *Aquí están las puentes de Cortés,* como si dejesen: *Las columnas de Hércules.*

Las obras más difíciles eran necesarias para cruzar por los terrenos pantanosos.

Y puestos ya en mucha necesidad —escribe Cortés—, hicimos una puente en una ciénaga, que tuvo 300 pasos, en que entraron muchas vigas de a 35 y 40 pies, y sobre ellas, otras atravesadas...

En una de aquellas tierras anegadizas, después de cruzar una ciénaga con un puente, ven al final que hay otro tramo más

difícil, pues no daba lugar a hincar maderos. Allí apelaron al recurso de hacer un callejón, por donde salieron "medio a nado".

Entre los grandes obstáculos hay que mencionar los ríos.

Bernal Díaz habla de uno de ellos:

... y hallamos los ríos sin puentes ni canoas, y hobimos de hacer una puente de muy gordos maderos, por donde pasaron los caballos. Y todos nuestros soldados y capitanes fuimos en cortar la madera y acarrearla, y los mejicanos ayudaban lo que podían. Y estuvimos en hacella tres días, que no teníamos que comer sino yerbas y unas raíces que llaman en esta tierra *quequexque*, montesinas, con las cuales se nos abrasaron las lenguas y bocas.

Lo que no dice Cortés en su *Relación*, y lo que también omite Bernal Díaz en su *Crónica*, da tema a las conversaciones de Cortés con su capellán, el curioso López de Gómara, sobre aquel trance.

No se acabaron allí los duelos —cuenta Gómara—, que luego dieron en un río muy grande, y con las lluvias pasadas, muy crecido y recio, tanto, que desmayaban los españoles porque no había barcas, e ya que las hubiera, no aprovecharan. Hacer puente era imposible. Tornar atrás era la muerte. Cortés envió unos españoles el río arriba, a mirar si se estrechaba o se podría vadear, los cuales volvieron muy alegres por haber hallado paso. No vos podría contar cuántas lágrimas echaron nuestros españoles, de placer, con tan buena nueva, abrazándose unos a otros. Dieron tantas gracias a Dios, Nuestro Señor, que los socorría a tal angustia, y cantaron el *Te Deum Laudamus* y *Letanía*, y como era Semana Santa, todos se confesaron. Era aquel paso una losa o peña llana, lisa y larga, cuanto, con más de veinte grietas por do caía el agua sin cubrilla, cosa que parece fábula o encantamiento como los de Amadís de Gaula, pero es certísima. Otros lo cuentan por milagro, mas ello es obra de natura, que dejó aquellas pasaderas para el agua, o la mesma agua con su continuo curso comió la peña de aquella manera. Cortaron, pues, madera, que bien cerca había muchos árboles, y trajeron más de 200 vigas y muchos bejucos, que sirven de sogas. Y nadie entonces haraganeaba. Atravesaban las canales con aquellas vigas, atábanlas con bejucos y así hicieron puente...

La selva es penosa; pero la sierra no lo es menos. Oigamos al propio Cortés:

Decir la aspereza y fragosidad deste puerto y sierras, ni quien lo dijese lo podría significar, ni quien lo oyese lo podría entender, sino que sepa V. M. que en ocho leguas que tuvo este puerto estuvimos en las andar doce días, digo, en llegar los postreros al cabo dél, en que murieron 68 caballos, despeñados y desjarretados, y todos los demás vinieron heridos y tan lastimados, que no pensamos aprovecharnos de ninguno, y ansí murieron de las heridas del trabajo de aquel puerto 68 caballos, y los que escaparon estuvieron más de tres meses en tornar en sí.

En todo este tiempo que pasamos este puerto, jamás cesó de llover de noche y de día. Y eran las sierras de tal calidad, que no se detenía en ellas agua para poder beber, y padescíamos mucha necesidad de sed, y los más de los caballos murieron por esta falta, y si no fuera porque de los ranchos y chozas que cada noche hacíamos, para nos meter, que dellos cogíamos agua en calderas y otras vasijas, que como llovía tanto, había para nosotros y los caballos, fuera imposible escapar ningún hombre ni caballo de aquellas sierras.

*

Pizarro, ascendiendo la cordillera, va con el descanso de turista que lleva Cortés cuando se dirige a la altiplanicie del Anáhuac. Hay que ver a ese mismo Pizarro, durante la campaña descubridora, en los terrenos miasmáticos de la tierra caliente, donde los ríos son lagos; donde los árboles, como los que describe Cortés, llegan al cielo; donde la lluvia no cesa; donde los insectos atormentan al hombre; donde las fiebres lo acechan y el reumatismo lo paraliza; donde al faltar los mantenimientos no se encuentra otro que el fruto salobre de los manglares, la pulpa amarga de los palmitos, y, en el mejor de los casos, aquello que se puede mariscar.

Agustín de Zárate traza una pintura de lo que hizo entonces Pizarro:

Y por ser los vientos contrarios, tomó la costa de la tierra del Perú más de cien leguas más atrás de donde la había de tomar, y así le fué forzoso desembarcar la gente y caballos, yendo su camino por la costa arriba, pasando grandes trabajos y falta de comida, por causa de los esteros que había en las entradas de los ríos, tan grandes, que les era forzado pasarlos a nado los hombres y los caballos, en lo cual valía mucho la industria y ánimo con

que don Francisco los regía, y los peligros en que ponía su persona, pasando muchas veces él mismo a cuestas los que no sabían nadar, hasta que llegaron a un pueblo que estaba junto a la mar, que se dice Coaque, asaz rico de mercaderías, bien poblado y bastecido de comida.

*

Sin otro enemigo que el suelo y el clima, Jiménez de Quesada pierde las tres cuartas partes de su gente, pues

... de cuasi 700 hombres que sacó de Sancta Marta, solamente metió en este valle de la Grita 170 hombres.

Aun hay que contar otros cien hombres perdidos antes. Hubo parajes en que los caballos pasaban la noche con el agua hasta la cincha, y en que los hombres dormían subidos a las copas de los árboles.

Piedrahita habla de una campaña en la que sólo se luchó contra la naturaleza.

No será posible referir las adversidades acaescidas a este valeroso caudillo y su gente, porque fueron tan repetidas las particulares de cada cual en esta jornada, que ninguna de las pasadas lo parecía en su comparación: llegando a estado que para dormir se subían en los árboles, dexando los caballos metidos en agua hasta las cinchas, en todas aquellas tierras anegadizas, y se tenía por suma felicidad la del soldado que alcanzaba un pedazo de carne de los que morían en la jornada, y aun llegaron a sustentarse con 18 granos de maíz que daban de ración, y a comer los cueros de las adargas, después de los perros y gatos que llevaban en el exército.

*

Núñez de Balboa también tuvo que buscar el refugio de los árboles. El y los suyos no se veían, no se oían, no podían auxiliarse ni reunirse. Para avanzar, cuando cedió lo más grueso de la avenida, hacían puentes de bejucos.

En una carta dirigida al Rey dice Balboa:

Y las ciénagas desta tierra no crea V. A. R. que es tan liviano que nos andamos folgando, porque muchas veces acaesce ir una legua

y dos y tres por ciénagas y agua, desnudos y la ropa recogida, puesta en tablachina, encima de la cabeza. Y salidos de unas ciénagas, entramos en otras, y aun andar desta manera, dos, y tres, y diez días...

Gil González Dávila fué otro habilísimo explorador del intrincado mundo ístmico. Era contador de la isla Española. Y se portó como si toda su vida hubiera mandado hombres. Construyó tres embarcaciones, que se perdieron. Empezó la obra nuevamente, perseverando durante año y medio. Después de recorrer más de 200 leguas de costa al oeste de la isla de las Perlas y de haber bautizado 32.000 indios, que le hicieron dádivas por valor de 100.000 pesos, reumático, se le conducía en volandas. Una noche se cayó el techo de la cabaña que ocupaba. Su hamaca fué colgada en los árboles. Allí vivían sus compañeros. Toda la tierra era mar, y para ir a la costa se vieron precisados a hacerlo en balsas por el río. Sucedió entonces aquella pasmosa aventura de la balsa, que fué arrebatada mar adentro y estuvo en peligro de no volver más a tierra.

*

Federmann, el conquistador alemán, que peregrina tres años y medio desde el cabo de la Vela hasta la que sería Santa Fe de Bogotá, y que habiendo salido con 400 hombres, sin otros que se le agregaron, llega con 133 infantes y 30 jinetes, puede contar entre sus grandes venturas la de ir acompañado y servido por Pedro de Limpias, uno de los buenos adalides. Sus exploradores iban abriendo arcabucos y cortando árboles para que la columna pasase. A veces empleaban picos y azadones con que hacían sendero entre las peñas. Si esto era imposible, ataban los caballos y con sogas los subían por las rocas acantiladas. En una meseta de hierba muy crecida, con despeñaderos a los lados, el enemigo hizo resistencia, prendiendo fuego al campo. Las llamas avanzaron furiosamente, y los españoles quedaron cogidos en un paso estrechísimo, entre la lumbre y el despeñadero. Entonces, Limpias, usando de un recurso que acreditaba su ingenio y su sangre fría, echó un contrafuego, evitando así el peligro que corría de que los caballos se espantasen arrojándose con los

jinetes al abismo. Sin embargo, los expedicionarios no salieron de allí completamente indemnes. Murieron los indios de carga.

... y un español enfermo que iba en una hamaca —escribe el padre Aguado— fué dexado de los que le llevaban, por guarecer sus vidas, y allí fué abrasado, y otro, llamado Vivanco, por antiguo temor que debía tener a este elemento, y por no morir en su poder, se arrojó del altura de aquella loma o sierra.

Así avanzaron los soldados de Federmann hasta encontrar las huellas de los que habían remontado por el río Magdalena, y dar la mano a los que procedían de Quito.

Francisco César, el capitán que liga su nombre a uno de los ensueños geográficos de las tierras del Río de la Plata, aparece en el Atrato corriendo hacia la conquista del misterioso Dabaibe y llega hasta el valle del Cauca. Juan de Vadillo, legista, monta a caballo y dirige una expedición famosa, de la que conocemos rasgos interesantes trazados por la pluma minuciosa del geógrafo viajero Cieza de León. Gracias a él, podemos darnos cuenta de lo que son aquellos ásperos caminos por anfractuosidades, en donde todo está cubierto de maleza y en donde las raíces enredan los pies de los infantes y las patas de los caballos.

Lo más alto de la sierra, que es una subida muy trabajosa y una abajada de más peligro, cuando la bajamos con el licenciado Juan de Vadillo, por estar en lo más alto della unas laderas muy derechas y malas, se hizo con gruesos horcones, y palancas grandes, y mucha tierra, una como pared, para que pudiesen pasar los caballos sin peligro, y aunque fué provechoso, no dejaron de despeñarse muchos caballos, y hacerse pedazos, y aun españoles se quedaron algunos muertos, y otros estaban tan enfermos, que por no caminar con tanto trabajo se quedaban en las montañas, esperando la muerte con grande miseria, escondidos por la espesura, por que no los llevasen los que iban sanos, si los vieran. Caballos vivos se quedaron también algunos, que no pudieron pasar por ir flacos. Muchos negros se huyeron y otros se murieron.

*

Si podemos alabar a Núñez de Balboa, a Gil González Dávila, a Cortés, a Pizarro, a Jiménez de Quesada, a Federmann,

a Pedro de Limpias, a Francisco César y Juan de Vadillo como capitanes que saben cruzar países inclementes, bajos o abruptos, hay que dedicar una página para encomiar al cíclope Almagro. La expedición sigue una ruta incásica. Sale del Cuzco, se detiene en Moina, llega a los salares de Aullagas, aguarda la cosecha del maíz en Tupiza, lucha con las tribus en Chicoana, al occidente de Salta, y da tiempo para que venga la estación propicia al paso de la cordillera. Pero esto encierra el peligro de las inundaciones, que, en efecto, le llevan gran parte de sus bastimentos. Los expedicionarios tienen que comer algarrobas. Trabajados por la lucha contra los calchaquíes y contra el agua torrencial, acometen la conquista del camino de la puna. Han venido buscando lo más estrecho, pues al norte se ensancha. Sin embargo, esas treinta leguas van a ser de prueba. Los caballos, con herraduras de cobre, a falta de hierro, no pueden avanzar sin sufrimiento por aquellas cuestas guijarrosas. A los infantes se les destrozan las alpargatas y les sangran los pies. La nieve se ha retirado hasta una altura de quinientos metros sobre la quebrada de San Francisco; pero el viento que pasa silbando es mortal cuando el viajero no va bien alimentado, bien vestido y bien montado. Mueren los indios cargueros. Las cifras, aun eliminando la exageración de los cómputos, son pavorosas. De noche se cuajan los aguajes. De día, una fauna misérrima de tola y llareta quita la esperanza al que carece de bien surtidas alforjas. ¿Toda la columna va a perecer? No. Almagro tiene una inspiración de genio. Parte con veinte jinetes. Camina tres días, dos de ellos sin probar bocado. Pero finalmente desemboca por la quebrada de Paipote en el valle de Copiapó. Es el Almagro de Panamá y de todas partes. Saca mantenimientos hasta de las rocas vivas. Ya la columna tiene comisaría. Ya vuelven los socorros al encuentro de los desanimados. Ya ha resucitado a los muertos. Pero el paso cuesta ciento cincuenta caballos. En una sola noche sucumben setenta. Si no lo creemos, si seguimos a Herrera, que da una cifra de 30, todavía así, la puna tendrá que hacer temblar las carnes de los que desafían ese paso a más de 4.000 metros, en el que no son la altura ni el frío los verdugos, sino las desnudez, el hambre y la fatiga.

La columna del fiel Rodrigo Orgóñez, que ha de pasar después, lo hace en los rigores del invierno. Necesidad, ignorancia o imprevisión, esto es desastroso. Los indios y los negros dejan un reguero de cadáveres. Mueren 26 caballos. Queda el bagaje abandonado. A Orgóñez, que una noche saca la mano de su tienda, se le caen las uñas, "como quemadas por fuego de San Antón". A un español se le pegan los dedos de los pies en las botas.

La tercera columna, que manda Juan de Rada, sufre todavía más; los indios vivos comen indios muertos; los españoles se disputan con cuchillo las lenguas y sesos de los caballos que allí habían perdido Almagro y Orgóñez. Todos los cadáveres se conservaban incorruptos. Aun se les aprovechó para hacer reparos durante la noche.

¿Qué clase de frío es ése? Ya lo dicen desde entonces: "más penetrativo que sensible, sin ser recio". Y el gran cronista añade, por lo que le informan: "En las punas, el ayre, sin sentir, consume los espíritus vitales." Cuando a algún soldado se le caen los dedos, esto le pasa "sin dolor ni pesadumbre". El emparamado muere caminando: "un negro que llevaba un caballo del diestro, en reparando a unas voces que oyó, quedó helado, y el caballo también". Se apodera del hombre tal dejadez, que de nada hace caso, ni aun de salvarse.

Se halló mucho después un mochacho vivo, que se quedó escondido en una choza, de donde salía a cortar con un cuchillo de la carne de un caballo muerto, con que se sustentaba. Y ciertos compañeros que hicieron lo mismo, se acabaron todos, cayendo un día uno y otro día otro. Y dixo que no quería salir, sino acabar allí, con los demás, porque no se hallaba en disposición para ir a ninguna parte, ni gustar de nada.

Este paso ha dejado una leyenda al lado de su historia. Pero el hecho de que Almagro no regresara por el camino de la cordillera, es revelador. Cuando todos quedaron desengañados de Chile, y él cometió el error funesto de volver al Perú, lo hizo por el desierto de Atacama. Aquí encontramos al organizador de marchas. Mientras Francisco Noguerón de Ulloa se embarcaba con 80 hombres para aguardarle en la otra extremidad

del desierto, Almagro dividió la gente en grupos de ocho a diez, que llevaban odres de agua y vencían jornadas de cuatro leguas. El grupo que dejaba un paraje abría bien el suelo para que el otro encontrara lleno el jagüey. Así, dividida, llegó la columna adonde la aguardaban los 80 de Noguerón, que tenían el encargo de establecer allí un resguardo para que al ir saliendo los de tierra no fuesen atacados y muertos por los indios de Tarapacá.

*

Pascual de Andagoya, el precursor de Pizarro y Almagro en el conocimiento del mágico Birú, restablecido de sus males, tuvo la triste suerte de que se le concediera la conquista de la tierra cuya entrada está por el puerto de Buenaventura. Dice este hombre en su *Relación*, conocida del mundo entero, pues la publicaron todos los repertorios de viajes, que se le despachó de Toledo el año 1538 y que a principios del siguiente salió de Sanlúcar de Barrameda con 60 hombres. Hizo su armada de tres navíos y dos bergantines en Panamá. De allí partió, con 200 hombres, el 15 de febrero de 1540. Desembarcó en la isla de las Palmas, y explorando la costa penetró por un camino que llegaba a la Buenaventura. Allí bajaban los indios a hacer sal. Dejando en la costa 50 hombres, Andagoya pretendió entrar, pero sólo avanzó nueve leguas, pues de allí adelante "era y es tan áspera la tierra, que muchos perros, no pudiendo pasar tras la gente, se volvieron a la mar". El día 10 de mayo llegó a Cali, en donde halló 30 hombres, "los diez y ocho tullidos". Los indios habían dado muerte al capitán Pedro de Añasco y al capitán Osorio, con cincuenta y tantos hombres de a caballo, y tenían sitiada la villa de Timaná. Dos días después llegó la noticia de la derrota y muerte de Juan de Ampudia, que venía de Popayán en auxilio de los otros.

No terminaría este capítulo si fuera a mencionar todas las entradas, aun las de mayor importancia. Omito, pues, pormenores de aquella ascensión famosa hecha por Pedro de Alvarado, conquistador de Méjico y de Guatemala, cuando fué a la costa ecuatorial, y desembarcando en Caráquez llegó hasta Pichincha y Ambato. Después de peregrinar desesperadamente,

sin encontrar camino por las tierras bajas, cruzó los desfiladeros en plena estación de ventiscas y heladas. Los expedicionarios sufrieron las mismas penalidades que se cuentan de las columnas conducidas por Diego de Almagro, Rodrigo Orgóñez y Juan de Rada. Ochenta y cinco españoles murieron emparamados.

Tampoco referiré el viaje de Gonzalo Pizarro al país de la Canela, ni su continuación por Orellana hasta la desembocadura del río de las Amazonas, puesto que de uno y otro habrá de hablarse en la *Geografía imaginaria*.

Apenas tocaré la atrevida penetración fluvial hecha por Juan de Ayolas, con 160 hombres, a bordo de dos bergantines y una carabela, para descubrir la sierra de la Plata, anhelo de los fundadores de la casi agonizante Buenos Aires. Comprendiéndose que Ayolas iba condenado a muerte con tan escasos elementos, se le envían otros dos bergantines y 60 hombres más. Entre ellos se contaba Juan de Salazar, el fundador de la Asunción, a quien asesoró Hernando de Ribera, faraute y explorador, adalid no superado. Ayolas realizó la inverosímil entrada al poniente del río. Cayeron 50 hombres. Quedaron 80, que regresaron dolientes, trabajados, sin pólvora ni cuerdas ni ballestas.

Allí, en la Candelaria, junto al río, todos mueren apaleados por los indios. Así acaba la vida y la entrada de Ayolas, el que debió haber sido sucesor de Mendoza.

¿Se quiere saber lo que significaba aquel esfuerzo?

Calcúlese que, con vientos contrarios, la navegación fluvial empleaba tres meses para el viaje de Buenos Aires al puerto en que se fundó la Asunción, y un mes más desde allí a Candelaria, punto de donde partió Ayolas para internarse hacia la sierra de la Plata.

Irala tomó el mando, y bajo su autoridad organizadora se reanudaron las tentativas. La primera, infructuosa, que partió de San Sebastián, un poco más abajo de Candelaria, para buscar a Juan de Ayolas, constituyó un fracaso, lleno de grandes enseñanzas para futuros expedicionarios ansiosos de visitar los dominios del *Rey Blanco*. Oigamos lo que fueron aquellas penalidades, referidas por uno de los que las sufrieron:

Nos pusimos en camino 210 hombres... El primer día hallamos el camino bueno, y otro día el camino bien anegado, y muy mal camino, tanto, que hubo muchos días que no hallamos tierra enjuta para poder reposar, sino siempre el agua a los sobacos y a la cintura... Por causa de estar la tierra toda anegada y las aguas que cada día llovían, fué acordado que se diese la vuelta.

Irala habla también de las lluvias, de los pantanos, del agua hasta la cintura y de la falta de tierra enjuta donde guisar de comer.

El conquistador del Paraguay consigue finalmente llegar al país codiciado, pero sólo para ver, helándosele la sangre, que otro conquistador se le había anticipado y era ya dueño de aquella maravillosa comarca.

Hay dos adalides aún: Hernando de Ribera, ya mencionado, y Nuflo o Nufrio de Chaves. Ribera sale del puerto de los Reyes en un bergantín llamado el *Golondrino,* con 52 hombres. Llega a los pueblos de los indios jarayes, deja la embarcación cuidada por 12 de los suyos, y con 40 hombres, guiado por un indio, camina "por tierra toda poblada, hasta ponerse en quince grados menos dos tercios, yendo la vía del Oeste". Son sus propias palabras. Le lleva el anhelo de ver los pueblos de las Amazonas, mujeres belicosas, "con mucho metal blanco y amarillo".

Nuflo de Chaves va hacia los Mojos y Chiquitos. Busca enlace del Alto Perú con el Paraguay. Funda un establecimiento que asegure las comunicaciones. Santa Cruz de la Sierra servirá de eslabón. Para ello, Chaves va y viene, con poca o con mucha gente. Es peregrino en la exploración y jefe de caravanas migratorias. Podemos señalarle como representativo. Alumnos o imitadores de este adalid son los descontentos de la población creada por él, que, construyendo un bergantín, bajan desde el Alto Perú al Amazonas, por el río Mamoré, y acaso tomando una embarcación más resistente, llegan a Cádiz.

Se realiza lo inverosímil.

La guerra

Si por conquista entendemos toda campaña contra los indios para reducirlos, deben figurar entre los conquistadores el general D. Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires; el general D. Julio A. Roca, presidente de la República Argentina; el general chileno D. José Manuel Pinto, y aun en el siglo XX puede llamarse conquistador al jefe mejicano encargado de pelear contra los indios yaquis rebeldes, que después de haber sido auxiliares del caudillo sonorense Alvaro Obregón, en las turbulencias mejicanas, vuelven a sublevarse.

Pero, en un sentido limitado, sólo llamaré conquistadores a los españoles que establecen los grandes núcleos de civilización europea. La guerra se entenderá, pues, aquí como el acto simultáneo de penetración y de lucha contra el indígena que rechaza a un invasor.

En algún caso no hay guerra. La penetración se consuma pacíficamente, y el establecimiento del centro español no es un acto de violencia. O si la penetración se ha hecho a sangre y fuego, contra las tribus del tránsito, la fundación tiene la aquiescencia de las que ocupan el lugar elegido. A la inversa, cuando nadie se opone a la invasión, el núcleo central resiste y es vencido mediante la cooperación de otros pueblos aborígenes.

Corre en América una sentencia que es la irreprochable síntesis de su historia: los indios hicieron la conquista y los españoles la independencia.

Sin el indio no se concibe la dominación ejercida por aque-

llos grupos de hombres perdidos en tierras ignotas y entre pueblos belicosos.

¿Se quiere un ejemplo de avance pacífico y de pacífica asociación con los indios?

Tomemos la Asunción del Paraguay. Después de haber fracasado en Buenos Aires, donde todo es adverso, pues faltan medios de sustentación cuando las tribus se muestran hostiles, el jefe de la expedición vuelve a España; el segundo, Juan de Ayolas, remonta el río, y dejando un destacamento en Candelaria, a la orilla del Paraguay, corre hacia la sierra de la Plata.

Pero Juan de Salazar, consultando necesidades permanentes, levanta el fortín de la Asunción.

¿Cómo se hace esto?

Desde que va remontando el río, Salazar consulta al faraute Hernando de Ribera, a Gonzalo de Mendoza, a Gonzalo de Morán, a dos religiosos y a otras personas sobre la conveniencia de edificar una casa fuerte en aquel paraje. Los indios carios del cacique Carduaraz aientan paces con los españoles. Salazar parte en prosecución de su viaje, asegurando que cuando regrese hará la fundación. Lo primero era socorrer a Juan de Ayolas. Pero las inundaciones lo impiden, y, de acuerdo con Irala, baja para cumplir su palabra. Así es como, el 15 de agosto de 1537, surge de la selva la ciudad fundadora de ciudades. Así es como nace la puebla de Nuestra Señora María de la Asunción, teniendo por primeros vecinos a los 57 compañeros de Salazar.

Fundar sin mujeres hubiera sido una palabra inadecuada para un simple puesto fronterizo. Lo que dió carácter de ciudad a la Asunción fué la unión con los indios, que eran labradores, y con las indias, que eran fecundas. El mismo Salazar dice que resolvió hacer paces, lo que significa confederarse con los indios carios, "por ser gente que sembraba y cogía, que hasta aquí no se había topado otra ninguna". Respecto de las indias, hay un dato de valor inapreciable: tres años después, el grupo de españoles tenía setecientas mujeres para el servicio doméstico y el de la agricultura. Los indios se enorgullecían del título de *tobayáes* o cuñados. Por eso la Asunción fué llamada, no sólo en verso, sino en prosa, *el Paraíso de Mahoma*.

Pero no anticipo lo que se dirá al tratar de las fundaciones.

Hablo de la guerra y de cómo en ciertos casos no la hay. El Paraguay es uno de ellos. Acaso es el más notable de confederación entre el blanco y el indio, o, si se quiere, de imposición sin campaña militar previa y sin posterior levantamiento. Vemos aquí un acto de fusión de razas, operado sin dificultades.

Hay, desde luego, que distinguir entre las tribus aisladas y las agrupaciones más importantes. La conquista se realizará más fácilmente con las segundas que con las primeras, a menos que la pulverización de los grupos no corresponda a una falta de pugnacidad extremada. Las tribus bravas y poco numerosas, errantes o sedentarias, han sido el mayor obstáculo para la cimentación del régimen creado por los dominadores. Las tribus mansas pero inertes han significado, por otra parte, una rémora pasiva. La resistencia que los unos hacen con las armas se mantiene por los otros con el suicidio individual o colectivo, con la negación del esfuerzo o prestando un mínimum de rendimiento si trabajan.

Las conquistas, fáciles o difíciles, pero de eficacia visible, son las que se efectuaron donde había pueblos labradores de tierras áridas: Méjico y el Perú.

La conquista de Méjico fué militarmente complicada. Presentó problemas de todo orden. La toma de la gran ciudad lacustre abrió un capítulo muy interesante, puesto que fué preciso emplear hasta medios navales. Pero una vez terminada la contienda no hubo levantamientos de importancia que hicieran peligrar la obra de Cortés. En el Perú la conquista se realizó por sí sola. Las disensiones entre Huáscar y Atahualpa, los dos hermanos enemigos, facilitaron la acción de Pizarro. Pero después las divisiones entre Pizarro y Almagro alentaron una sublevación, que costó la vida a muchos centenares de españoles. Allí los indios fueron los que sitiaron a los conquistadores.

Restablecida la autoridad, quedaron los indios, como los de Méjico, formando un vasto cuerpo sometido. Esto pasó también con los chibchas de la Nueva Granada. El resorte de la antigua dominación indígena siguió funcionando en beneficio de la nueva soberanía.

Pasadas las fronteras del fuerte núcleo indígena organizado

BIBLIOTECA PROVINCIAL BURGOS

bajo la autoridad unificadora de incas, zipas y cihuacohuates, el español se imponía a punta de lanza. Los puelches, los taironas, los araucanos, los charrúas, los caribes, los chiapanecas y todos los pueblos independientes resistían con la obstinación que registraron las crónicas. Cuando no les valía le fuerza, apelaban a la astucia.

No tenemos sino recordar cómo entró Hernando de Soto entre apalaches y tuscaroras. Sólo en la batalla de Mobila perdió cerca de 200 hombres. Sus bajas fueron las que pudo haberle hecho un enemigo europeo. No son inferiores a las que en iguales circunstancias sufrió Cortés peleando con aztecas y tlascaltecas, los pueblos más ejercitados en las batallas precolombinas. Juan de Ayolas y sus compañeros acabaron muertos a palos.

Conocidos por los payaguáes su gran flaqueza y falta de sus armas, se comenzaron a tratar con ellos familiarmente, y como amigos les dijeron que los querían llevar a sus casas, para mantenerlos en ellas. Y atravesándolos por unos pajonales, cada dos indios se abrazaron con un cristiano, y salieron otros muchos con garrotes, y diéronles tantos palos en las cabezas, que de esta manera mataron al capitán Juan de Ayolas y a ochenta hombres que le habían quedado.

Valdivia creyó prematuramente pacificadas las tribus que habitaban el norte del Biobío, y aun las de Arauco, por lo que determinó hacer una fundación más allá de aquel río. Fortificando la Concepción, se puso en marcha con 170 hombres para entrar en el país araucano. La erección de la Imperial señala el cenit de la ilusiones de Valdivia. Extiende imprudentemente los límites de las fundaciones, para caer, como cayó, en la celada de que se hablará cuando de ello deba tratarse.

Sin las ficciones de Ercilla, es grandiosa la guerra del Arauco. Los españoles tienen un enemigo que conoce los recursos de la guerra a la europea. Para combatirle sólo cuentan con dos auxiliares; uno es el indio amigo; otro, factor inseguro, la borrachera de los araucanos, que después de cada victoria dejan al español rehacerse o salvarse si escapa en el momento del combate.

Bernal Díaz del Castillo, que sabía cómo peleaban el tlascal-

teca y el azteca, encontraba que no podían ser iguales al chiapaneca.

Fué fortuna para los españoles que estas tribus, poco numerosas, ocuparan lugares excéntricos.

El episodio referido por el cronista es revelador.

Y fuimos abriendo camino nuevo el río arriba, que venían de la población de Chiapa, porque no había camino ninguno, y todos los rededores que estaban poblados habían grande miedo a los chiapanecas, porque ciertamente eran en aquel tiempo los mayores guerreros que yo había visto en toda la Nueva España, aunque entren entre ellos los tlascaltecas, ni mejicanos, ni zapotecas, ni mingues. Y esto digo porque jamás Méjico los pudo señorear, porque en aquella sazón era aquella provincia muy poblada, y los naturales della eran en gran manera belicosos, y daban guerra a sus comarcanos, que eran los de Cinacatán, y a todos los pueblos de la lengua quilena, asimismo a los pueblos que se dicen los zoques, y robaban y cautivaban a la contina a otros pueblezuelos donde podían hacer presa, y con los que dellos mataban hacían sacrificios y hartazgas. Y demás desto, en los caminos de Teguantepeque tenían en pasos malos puestos guerreros para saltear a los indios mercaderes que trataban de una provincia a otra...

Los indios auxiliares de la columna española "iban temblando de miedo". En el primer encuentro los chiapanecas perdieron 15 hombres y tuvieron muchos heridos; pero ellos no anduvieron ociosos, pues mataron a dos españoles, hirieron a 14 y pusieron a muchos indios fuera de combate. Los conquistadores perdieron, además, cuatro caballos. Tal era el tesón de los chiapanecas, que "ni por ballestas, ni lanzas, ni escopetas, ni aun estocadas no les podíamos retraer ni apartar un paso atrás". El cronista pronuncia su fallo: "tuvímoslos por buenos guerreros y osados en el pelear". Y adelante: "Era cosa de espantar cómo se juntaron con nosotros, y comenzaron a pelear como rabiosos leones."

Esta lucha cuerpo a cuerpo no es usual, pero se produce cuando el conquistador carece de caballos o no puede servirse de ellos. En el caso de los chiapanecas, Bernal Díaz del Castillo dice que fueron 32 hombres de a caballo, más 15 ballesteros y ocho escopeteros. Aunque sólo 27 de los hombres montados eran

capaces de pelear, tenemos una diferencia de 11 animales de silla, entre caballos y yeguas, respecto de los que llevó Cortés para su conquista. Es decir, que Cortés, con 16 caballerías, venció a los tlascaltecas, y con menos a Narváez. Después entró en Méjico, llevando 96 caballos, 80 ballesteros y otros tantos escopeteros. La pérdida de la Noche Triste dejó a Cortés sin artillería, sin pólvora y sin ballestas. La batalla de Otumba, uno de los encuentros más importantes, se dió por 440 españoles, entre los que había 20 jinetes, 12 ballesteros y siete escopeteros. Según las descripciones de los que en ella tomaron parte, casi todo lo hicieron los hombres de a caballo y los peones con sus espadas. Para derrotar a los aztecas, Cortés contaba con siete caballos menos que el capitán Francisco Martín para la secundaria expedición contra los chiapanecas, bravos, pero de escaso número.

Hay que hacer una advertencia, y es que en la tierra de Méjico, por llana, se hacía con un caballo lo que en la serranía del sur nadie intentaba con 50. Bernal Díaz del Castillo, como hombre práctico, entró a pie, pues "no era tierra por donde podían caber los caballos". Toda la historia de las conquistas insiste en el tema de los lugares apropiados para que pelearan los jinetes. El enemigo atraía constantemente al español hacia los sitios abruptos, y el español procuraba que el indio no pudiese salir de la llanura. Tal era la obsesión en este punto, que el obispo Valverde criticaba a los fundadores de Lima por haber elegido las cercanías de un pedregal, donde los indios podían desplegarse sin miedo a los caballos. Sólo así explicaba que hubieran amagado la ciudad.

... está situada sobre el río, que va muy tendido, y hace muy gran cascajal, y gente de caballo, por aquella parte, no la puede defender. Y ansí llegaron los indios, cuando vinieron sobrella, por aquella parte del río, que la pusieron en muy gran necescidad, porque entrando los caballos en el río, se mancaban muchos y no podían pelear, y si estuviera situada en llano, como convenía, la pudieran defender cincuenta de a caballo a todos los indios del mundo.

Garcilaso de la Vega es de otra opinión. Piensa que el río fué defensa, y más cuando crecía, sin que opusiese obstáculo

a los jinetes, que después de cruzarlo operaban desembarazadamente en la llanura.

La caballería tuvo siempre mucha importancia. Cuando Jiménez de Quesada, Benalcázar y Federmann llegaron al valle de Santa Fe, se divirtieron "en fiestas y cazas y en el continuo ejercicio de hacer mal a caballo, de que cada uno de los caudillos llevaba excelentes y diestros hombres, y en que fué el hombre más señalado Benalcázar, como en su fidelidad y buen trato". Estas palabras de Piedrahita ilustran un aspecto de la conquista. El mismo escritor pone a la vista lo que del caballo se esperaba cuando, refiriendo la derrota de los españoles, rechazados por los Tayronas, dice que

> ... bajaron aquéllos desordenadamente, al abrigo de los caballos, en que consistió el salvarse todos, por lo bien que la caballería y capitán Juan Muñoz de Collantes, en defensa de los suyos y daño de los enemigos, obraron aquel día.

Este Juan Muñoz de Collantes pasó al Perú con Pizarro. Otra nota más recoge Piedrahita:

> Señalábanse en valor y destreza Céspedes, Ribera y el Zorro, los mejores jinetes que entraron en las conquistas del Nuevo Reyno: executaban muertes y heridas en los contrarios que más sobresalían, y amparada ya de los caballos, obraba la infantería española, hazañas ajenas de toda esperanza.

Lo mismo dice Bernal Díaz describiendo la batalla de Otumba:

> Ya vueltos los de a caballo de seguir la victoria, todos dimos muchas gracias a Dios, que escapamos de tan gran multitud de gente, porque no se había visto ni hallado en todas las Indias, en batalla que se haya dado, tan gran número de guerreros juntos...

La *Florida del Inca*, hablando de los caballos, dice que son "el nervio y la fuerza de nuestro ejército, y que por ellos nos temen los enemigos y nos hacen honra los amigos". En el hermoso libro se refiere el fin conmovedor de los últimos 50 caballos de aquella expedición desgraciada, cuando los fugitivos tuvieron que embarcarse para bajar por el río Mississipí:

En este paso dice Alonso de Carmona que de cincuenta caballos que les habían quedado mataron los veinte que por manqueras estaban más inútiles, y que para los matar les ataron una noche a sendos palos, y los sangraron, y dexaron desangrar hasta que murieron, y que esto se hizo con mucho dolor de sus dueños y lástima de todos, por el buen servicio que les habían hecho, y que la carne la sancocharon y pusieron al sol para que se conservase, y así la guardaron para matalotaje de su navegación.

Proveyeron de canoas para llevar los caballos que les habían quedado, que eran más de treinta, las cuales canoas iban atadas de dos en dos, para que los caballos llevasen las manos puestas en la una y los pies en la otra.

Pero desde las márgenes del río los indios flechaban a los caballos, hasta no dejar sino ocho. Y aun éstos se perdieron, pues en un paraje donde tuvieron que saltar a tierra

... fuéles forzoso desamparar los caballos, porque por la priesa y furia de los indios, no les fué posible embarcarlos, so pena que los atajaran y perecieran todos... Los enemigos, viendo que los españoles se habían puesto en salvo, convirtieron su furia contra los caballos que en tierra dexaron, y quitándoles las xáquimas y cabrestos, porque no les estorbasen al correr, y las sillas, porque no les defendiesen las flechas, los dexaron ir por el campo, y luego, como si fueran venados, los flecharon con grandísima fiesta y regocijo, y echaron a cada caballo cuantas más flechas pudieron, hasta que los vieron caídos.

Así acabaron de perecer este día los caballos que para este descubrimiento y conquista de la Florida habían entrado en ella, que fueron 350, que en ninguna jornada de las que hasta hoy se han hecho en el Nuevo Mundo se han visto tantos caballos juntos, y tan buenos.

Los castellanos, de ver flechar sus caballos, y de no poderlos socorrer, sintieron grandísimo dolor, y como si fueran hijos los lloraban; mas viéndose libres de otro tanto, dieron gracias a Dios y siguieron su viaje. Sucedió esto el doceno día de la navegación de los nuestros.

Tanto estimaban los españoles sus caballos, que dejaron de ellos puntual memoria en sus escritos. Bernal Díaz del Castillo ha hecho inmortales los 11 caballos y las cinco yeguas que pa-

saron en la expedición conquistadora. El caballo zaino de Cortés murió en San Juan de Ulúa. No sabemos para lo que serviría. Pero tenemos noticia de la yegua castaña, muy buena de juego y de carrera, que llevaba Pedro de Alvarado a medias con Hernando López de Avila, y el cronista no omite que después Alvarado compró la parte del otro, o se la tomó por fuerza. Ortiz, el músico, y Bartolomé García, el minero, llevaban también a medias un muy buen caballo oscuro que llamaban el *Arriero*. La yegua rucia, machorra, de Ordás, corría poco, pero era pasadera. Francisco de Montejo y Alonso de Avila llevaban en compañía un caballo alazán tostado, de escasas condiciones. En cambio, la yegua rucia conocida por la *Rabona*, enorgullecía a su dueño, Juan Velázquez de León, muerto en la *Noche triste*. El caballo tresalbo, castaño claro, con que hizo la guerra Juan de Escalante, no servía. Pero el castaño oscuro del extremado jinete Gonzalo Domínguez y el castaño claro de Lares, otro jinete aventajado, valían mucho. La yegua de Juan Sedeño parió en el navío y murió en la primera batalla que dieron dos tlascaltecas a los españoles.

Con la misma delectación se describe el caballo y el jinete en la *Florida de Inca:*

> Delante de todos ellos, un gran trecho, venía Nuño Tovar, corriendo a toda furia encima de un hermosísimo caballo rucio rodado, con tanta ferocidad y braveza del caballo, y con tan buen denuedo y semblante del caballero, que con sola la gallardía y gentileza de su persona, que era lindo hombre de la jineta, pudo asegurar en tanto peligro los dos compañeros...

Estos compañeros eran Gonzalo Silvestre, el inspirador del Inca, y Juan López Cacho.

El Inca da a conocer igualmente los caballos de los dos compañeros salvados, como acaba de verse, por el gentil Nuño de Tovar. Silvestre y Cacho eran "ambos mozos que apenas pasaban de veinte años". Y sus caballos

> ... el de Gonzalo Silvestre, el más cierto en el rastro, y en hallarlo, cuando lo perdían; mas no hay que espantarnos de esta bondad, ni de otras muchas que este caballo tuvo, porque de señales y color

naturalmente era señalado para en paz y en guerra ser bueno en extremo; porque era castaño escuro pezeño, calzado el pie yzquierdo y lista en la frente que había con ella señales que en todas las colores de los caballos, o sean rocines, o hacas, prometen más bondad y lealtad que otras ningunas, y el color castaño, principalmente pezeño, es sobre todos los colores bueno para veras y burlas, para lodos y polvos. El de Juan López Cacho era bayo tostado, que llaman zorruno, de cabos negros, bueno por extremo; mas no igualaba a la bondad del castaño, el cual guiaba a su amo y al compañero.

Si comparamos los caballos de Cortés, pocos y no todos buenos, con los que llevó Hernando de Soto, tan numerosos como escogidos, fácilmente nos persuadiremos de que la conquista de Méjico hubiera sido un juego para Cortés, con 350 caballos, y que el mismo Cortés no hubiera sido capaz de avanzar tres jornadas en la Florida con su media docena de caballos buenos y sus 10 matalotes.

De 1519 a 1528 la cría de ganado caballar se había desarrollado considerablemente en Cuba.

Había ya

... muchos y por extremo buenos caballos, de obra, talle y colores, porque demás de la bondad natural que los desta tierra tienen, los criaban entonces con mucha curiosidad y en gran número, que había hombres particulares que tenían en sus caballerizas a veinte y a treinta caballos, y los ricos a cincuenta y a sesenta por granjería, porque para las nuevas conquistas que en el Perú, Méjico y otras partes se habían hecho y hacían, se vendían muy bien, y era la mayor y mejor granjería que en aquel tiempo tenían los moradores de la isla de Cuba y sus comarcas.

El indio se preocupaba sobre todo por el caballo, y como era el enemigo más temible, siempre lo atacaba de preferencia.

Todos echaron a sus caballos pretales de cascabeles, para poner espanto a los indios.

Esto lo dice Pedro Pizarro hablando de Perú. Pero añade que durante la insurrección, siempre que podían, los indios inutilizaban un caballo. No lo mataban, sino que lo mutilaban.

Fué lo que pasó con el caballo de un Cisneros:

Y llegaron los indios, y quitáronle el caballo, y luego le cortaron las manos y los pies.

Lo mismo hicieron con el de Mancio Sierra de Leguízamo:

... subiendo un andén algo agro, descuidóse, y cayó por las ancas del caballo, y llegaron los indios, y tomáronselo, y cortáronle las manos y los pies, questo hacían los indios a todos los caballos que tomaban.

El cholulteca en el Anáhuac y el araucano en el extremo meridional de América practicaban hoyos para que cayesen en ellos los jinetes. Las tribus que hacían frente a Hernando de Soto tuvieron particular empeño en matar caballos.

Y los españoles no sentían menos la pérdida de los caballos que la de los compañeros. Y los indios gustaban más de matar un caballo que cuatro caballeros, porque les parescía que solamente por ellos les hacían ventaja sus enemigos.

Cuando los españoles perdieron en Mobila 45 caballos no "fueron menos llorados y plañidos que los mismos compañeros, porque veían que en ellos consistía la mayor fuerza de su exército".

Otro dato curioso:

Y Alonso de Carmona añade que cada indio traía ceñidos al cuerpo tres cordeles: uno para llevar atado un castellano, y otro para un caballo, y otro para un puerco, y que se ofendieron mucho los nuestros cuando lo supieron.

Los flecheros floridanos tenían una destreza y un vigor inverosímiles. Con esa habilidad y esa pujanza se aplicaron a no dejar caballo vivo.

En una ocasión, los españoles

... hallaron once o doce caballos, con el corazón atravesado por medio. Hallaron asimismo cuatro caballos, que cada uno tenía dos flechas atravesadas por medio del corazón, acertadas a tirar a un mismo tiempo, una de un lado y otra de otro, cosa maravillosa y dura de creer.

Todos los tiros iban dirigidos al caballo y no al jinete,

... que por sentir estos indios la ventaja que les hacían los españoles a caballo, procuraban y holgaban más de matar un caballo que cuatro christianos, y así, con todo cuidado y diligencia, tiraban antes al caballo que al caballero.

Los españoles llevaban su curiosidad hasta levantar acta notarial de aquellos flechazos mortales, y hasta hacer autopsias de los caballos muertos de un modo raro.

En Chiaza, el gobernador, Soto, requirió a Baltasar Hernández, de Badajoz, que después pasó al Perú, para que certificase cómo el caballo del trompeta Juan Díaz "estaba muerto de una flecha que le había atravesado por ambas tablillas de las espaldas, y pasado cuatro dedos dellas de la otra parte".

A Diego de Soto y a Diego Velázquez les mataron los caballos de flechazos en el codillo. Simón Rodríguez y Roque de Yelves cayeron atravesados. Sus caballos huyeron espantados y llegaron al real. Uno de ellos llevaba una gota de sangre en la pospierna. El albéitar lo examinó y dijo que no era nada. Al siguiente día murió el caballo, y, anatomizado, "hallaron una flecha que, habiendo pasado todo el muslo, y las tripas, y el asadura, estaba metida en lo hueco del pecho, para salir al pretal no le faltaba por pasar cuatro dedos de carne".

Algo semejante sucedió con el caballo de Juan Silvestre:

Los españoles, admirados que un animal tan animoso, feroz y bravo, hubiese muerto tan repentinamente de la herida de una sola flecha, tirada de tan cerca, quisieron luego que amaneció ver qué tal había sido el tiro, y abrieron el caballo, y hallaron que la flecha había entrado por los pechos, y pasado por medio del corazón, y buche, y tripas, y parado en lo último de los intestinos. Tan bravos, fuertes y diestros son en tirar las flechas comúnmente los naturales deste Gran Reino de la Florida.

El indio tlascalteca, que da dos batallas a los españoles, antes de aliarse con ellos, en la primera hace su estreno matando la yegua castaña de Juan Sedeño, quien, por estar herido, la presta ese día a Morón, el de Bayamo.

Y andando en estas priesas entre aquellos grandes guerreros y sus temerosos montantes, parece ser acordaron de se juntar muchos dellos y de mayores fuerzas, para tomar a manos algún caballo. Y lo pusieron por obra, y arremetieron, y echan mano a una muy buena yegua y bien revuelta, de juego y de carrera, y el caballero que en ella iba, muy buen jinete, que se decía Pedro de Morón. Y como entró rompiendo con otros tres de a caballo entre los escuadrones de los contrarios, porque así les era mandado, por que se ayudasen unos a otros, échanle mano de la lanza, que no la pudo sacar, y otros le dan de cuchilladas con los montantes, y le hirieron malamente. Y entonces dieron una cuchillada a la yegua, que le cortaron el pescuezo redondo, y allí quedó muerta. Y si de presto no socorrieran los dos compañeros de a caballo al Pedro de Morón, también le acabaran de matar...

Aquí ya no entra el arquero, sino el indio que esgrime el montante, o macana, como llamaron los españoles el *macuáhuitl*. Bernal Díaz define así la más terrible de aquellas armas: "espadas hechas a manera de montantes de a dos manos" y "espadas de navajas".

Cuando los españoles peleaban pie con pie era patente la superioridad que les daba el acero sobre las cuchillas de piedra de la macana. El indio maya y el azteca tenían que descargar de golpe su arma, descubriéndose casi por completo, mientras que el español daba golpes bajos con su espada, instrumento punzocortante, de efectos seguros en las partes débiles y nobles del cuerpo.

Yo vi entonces medio desbaratado nuestro escuadrón —dice Bernal Díaz, hablando de la segunda batalla con los tlascaltecas—, que no aprovechaban voces de Cortés ni de otros capitanes para que tornásemos a cerrar. Tanto número de indios cargó entonces sobre nosotros, sino que a puras estocadas les hicimos que nos diesen lugar, con que volvimos a ponernos en concierto.

Ya de la primera batalla había dicho: "andábamos juntos pie con pie, y con las espadas les hacíamos mucho daño". De otra batalla escribe: "Conocieron el buen cortar de nuestras espadas".

Pero con esto no podían apartarlos mucho, como se vió des-

pués de la experiencia del viaje hecho a Yucatán por Francisco Hernández de Córdoba, que de 110 soldados perdió 57, entre los que se contaban dos que llevaron vivos los indios.

Cada soldado tenía tres y aun cuatro heridas. El capitán salió con doce flechazos. Sólo un soldado quedó indemne. "Con mucho trabajo quiso Dios que escapamos con las vidas del poder de aquella gente", dice Bernal Díaz. De Yucatán pasaron a la Florida, y allí murió el único soldado que había salido sin heridas.

La expedición mandada por Juan de Grijalba, que fué la segunda, llevaba unos falconetes, para evitar que los indios se acercaran; pero antes de que los españoles llegaran a tierra, ya los indios habían herido a la mitad de los que intentaban saltar de los bateles. Mientras se recibía el refuerzo de otra barcada, hubo encuentro en que fué parte principal el acero: "... les hicimos perder la furia a buenas estocadas y cuchilladas", escribe el mismo Bernal.

Cortés, para 508 hombres, "sin maestres y pilotos e marineros", llevaba "diez tiros de bronce y ciertos falconetes". La artillería fué en su campaña de una importancia decisiva, puesto que la artillería quebrantó el ánimo de los tlascaltecas, que pasaron a ser los principales aliados del conquistador. En las dos batallas que tuvo con "el poder de Tlascala" vemos el papel de la artillería, de la caballería y de la infantería.

No tanto como descripción de batalla cuanto como exposición de un método, tiene valor altísimo un pasaje de Bernal Díaz sobre el primer encuentro con los tlascaltecas.

Se les hizo un ofrecimiento de paz por conducto de tres prisioneros. Los tlascaltecas contestaron atacando.

Entonces dijo Cortés: *Santiago y a ellos.* Y de hecho arremetimos de manera que les matamos y herimos muchas de sus gentes con los tiros, y entre ellos tres capitanes. Ibanse retrayendo hacia unos arcabuezos... Y como había allí unas quebradas, no nos podíamos aprovechar de los caballos, y con mucho concierto las pasamos, y al pasar tuvimos muy gran peligro, porque se aprovechaban de su buen flechar, y con sus lanzas y montantes nos hacían mala obra, y aun las hondas y piedras como granizos eran harto malas. Y desque nos vimos en lo llano, con los caballos y artillería nos lo

pagaban, que matábamos muchos; mas no osamos deshacer nuestro escuadrón, porque el soldado que en algo se desmandaba para seguir algunos indios de los montantes y capitanes, luego era herido y corría gran peligro.

Las reglas invariables eran: 1.ª, disparos de artillería contra las grandes masas, "porque como eran muchos, andaban tan juntos, que por fuerza les habían de llevar copias dellos"; 2.ª, que un jinete no anduviese solo, sino por extrema necesidad, y que juntándose de tres en tres, llevasen los caballos a media rienda, con las lanzas algo terciadas, a la altura de las caras de los enemigos, sin detenerse a dar botes, para que no arrebatasen el arma los indios, y que si acaesciese que les echasen mano, pusiesen espuelas, y sujetando el asta bajo el brazo, la tornasen a sacar o arrastrasen al indio; 3.ª, que no se desmandase el infante, saliéndose del escuadrón.

Gracias a estas reglas, "los de a caballo estaban diestros —escribe el cronista—, y hacíanlo tan varonilmente, que después de Dios, que es el que nos guardaba, ellos fueron fortaleza"; la artillería contribuyó en gran manera al buen éxito, pues "como los indios eran muchos —prosigue Bernal Díaz— y estaban amontonados, los tiros les hacían mucho mal"; finalmente, la infantería cumplió bien, ya que como se ve en la misma descripción, "a puras estocadas" conseguían abrirse camino, cuando, por ser áspero el terreno, no había lugar para que intervinieran los jinetes y los artilleros.

Ni por la masa del enemigo, ni por el terreno, pudo la artillería ser factor de importancia en la mayoría de las campañas. No la vemos, y no podíamos verla, en la Florida, ni en el Arauco, ni en la rebelión del Inca. Aun la acción de Otumba hubo de librarse sin artillería, pues, como queda dicho, Cortés la había perdido totalmente durante la *Noche Triste*. Allí lo que decidió la jornada fué la inspiración de Cortés y la suerte que tuvo de haber abatido la bandera del capitán enemigo, muerto por Juan de Salamanca, el gran jinete de Hontiveros. Hecho esto, y en poder de Cortés el rico penacho del jefe azteca, desconcertados los enemigos, "aflojó su batallar de arte, que se iban retrayendo, y todos los de a caballo siguiéndoles y alcanzándoles".

Con excelente infantería, Cortés sólo empleó sus 19 jinetes para decidir el lance de Otumba; con una caballería de primer orden, Valdivia no se fió de ella para rechazar el ataque nocturno de Andalién, sino que, prefiriendo el combate personal, mandó echar pie a tierra.

Vemos aquí cómo los dos más grandes capitanes, el uno en Méjico y el otro en Chile, resuelven del valor de un procedimiento según las indicaciones de la ocasión.

Los indios habían acudido a Andalién, como los que fueron a Otumba, para que el enemigo quedara inmovilizado por la presión de la masa atacante. En Otumba, los indios llevaban la ventaja de caer sobre fugitivos quebrantados por la derrota; en Andalién, los indios contaban con que, a causa de las sombras nocturnas, se turbarían los caballos, dado que los españoles no fuesen sorprendidos durmiendo. A las diez de la noche dieron en el real. Después de arrojar sus flechas, que caían como granizo, empezó el ataque con lanzas, macanas y porras, armas terribles. El jefe de los indios mandaba tocar el cuerno que servía para las órdenes. Los españoles se guiaban por las trompetas, y, sobre todo, por las voces que daba Pedro de Valdivia.

Entonces fué el momento de necesidad o de inspiración en que el conquistador de Chile tuvo que prescindir de la caballería. El cronista Góngora Marmolejo relata fielmente aquella disposición:

Andaban los indios tan cerrados y tan bien ordenados, que no podían los españoles entrar en ellos, porque en llegando el caballo, aunque los llevasen bien armados, dábanles con las porras tales golpes en las cabezas, que los hacían volver atrás, empinándose, sin que los pudiesen más volver a los indios. Por otra parte, eran tantas las flechas que tiraban, que casi todos los tenían heridos, y con tanta determinación los apretaban, que les iban ganando el campo. Y aunque Pedro de Valdivia peleaba bien armado con un coselete de infante, y su caballo con buenas cubiertas, no pudo hacer que los indios se rompiesen. Viendo que se perdían, para animar a los que peleaban a pie, que eran soldados de su guardia, mandó se apeasen algunos hombres principales, pues por defecto de los caballos no podían llegar a pelear como querían. Luego se apeó Francisco de Ribera, Juan Godíñez y Gregorio de Castanieda, hombres

valientes y conocidos. Viendo apear a éstos, se apearon otros muchos, con sus lanzas y dargas, y algunos arcabuces, pocos, que les ayudaron. Y con mandar Valdivia, juntamente con esto, los acometiesen treinta soldados por las espaldas, los apretaron en tanta manera, que viéndose los indios cercados por todas partes, y el ánimo de los cristianos en crecimiento, y que les faltaba municiones de flechas, careciendo de otras armas, habiendo hecho todo lo que en sí pudieron, siendo muertos tantos, que viendo los montones contra sí de cuerpos muertos, desmayaron de tal manera que volviendo las espaldas comenzaron a huir.

Los yanacones de Santiago salieron a la persecución y no regresaron al campo sino después de haber hecho una carnicería en los inermes y espantados fugitivos.

De los españoles sólo murió uno, el portugués Alonso Hurtado, por el disparo de un arcabuz, pues siendo hombre muy alto, el que hizo fuego sobre las cabezas de los demás hirió al que descollaba entre todos. Para esto sirvió sólo aquel arcabuz.

Ningún español salió de este combate sin heridas. Los caballos también fueron muy duramente maltratados y uno murió. La pelea duró hasta la aurora.

Poco después, los indios derrotados en Andalién se presentaban con resolución, acompañados de otros que nunca habían visto caballos. Entonces bastó el simple despliegue de la fuerza española para que el resplandor de las lanzas y de las cotas les amedrentase.

Según el cronista Góngora Marmolejo, "era bravo el miedo que tenían". Añade, sin embargo:

> ... después acá, han ido en tanto crecimiento de guerra, con el ordinario uso, que se dan hoy los indios por los cristianos en esta tierra, menos de lo que en aquel tiempo se daban los cristianos por ellos...

El editor de la obra ha interpretado mal este pasaje, poniéndole una puntuación y una interpolación que lo vician. Pero, de todos modos, claramente entendemos que mientras en otros países la reputación militar del español subía, en Chile bajaba a expensas de la del indio.

Ya a mediados de diciembre de 1553 todo era pavoroso. El

fuerte de Tucapel había sido tomado y destruído por los indios. El de Purén resistía difícilmente, sostenido por el valiente Juan Gómez de Almagro. Valdivia recibió las desastrosas nuevas y resolvió que ese mismo Juan Gómez de Almagro se le reuniera, con algunos de los hombres de la guarnición de Purén, para restablecer el fuerte de Tucapel, perdido días antes. Salía efectivamente Gómez de Almagro con 13 hombres, cuando los 20 que allí debían quedar le demostraron la imprudencia de partir, dejando la posición en grave peligro. Se abstuvo, pues, de cumplir las instrucciones recibidas. Pero veinticuatro horas después, doliéndose de haber perdido tanto tiempo, emprendió la marcha con sus 13 hombres, para unirse a Valdivia. No bien había recorrido siete de las diez leguas que separan a Purén de Tucapel, encontró una fuerza enemiga que se mostraba victoriosa, con despojos de españoles vencidos.

Juan Gómez recapacitó entonces y pudo comprender la extensión de la trama en que seguramente habían caído tanto él como Valdivia. Efectivamente, si la guarnición de Purén le pidió que retardara el viaje, fué en gran parte por falsas confesiones de un prisionero que sin duda se dejó coger deliberadamente para engañarle. Después de haber demorado su salida, los indios le dieron paso libre para aislarlo así de Valdivia como de los que ocupaban el fuerte de Purén.

El plan era admirable. Lo había concebido un mozuelo, yanacona de Valdivia, que acababa de fugarse y que conocía a maravilla el arte de la guerra de los españoles.

Ese indígena, llamado Lautaro, dejó a Valdivia que saliese de Arauco y que durmiese en un paraje próximo. Todo se anunciaba tétrico. Un yanacona leal aconsejó a Valdivia la retirada. Pero ¿abandonaría a Juan Gómez de Almagro? Ni él ni los jóvenes animosos que le acompañaban podían pensar tal cosa. Llegaron a Tucapel sólo para encontrar allí soledad y ruinas.

¿Qué pasó después?

Una lucha desesperada. Cada batallón indígena desbaratado por la caballería española era sustituído, en renovación de tal modo persistente, que a la batalla siguió la fuga de los derrotados, y a la fuga, el exterminio.

Lautaro, "un demonio, el indio más belicoso que había en la

tierra, diestro capitán, de muy grandes fuerzas y ardides", acababa de darse a conocer y de encender una guerra secular.

Valdivia pereció junto con menos de 40 españoles. Gómez de Almagro y sus 13, llenos de amargura, se abrieron paso. Cayeron seis de ellos. Los otros ocho se dividieron. Murió uno. A Juan Gómez de Almagro le mataron el caballo. El jefe estaba malherido. Tomó entonces la resolución heroica de morir para que los otros lucharan hasta donde fuera posible. Mientras los supervivientes huían y llegaban al fuerte de Purén, que la guarnición desocupó inmediatamente, Juan Gómez de Almagro logró no ser visto, y, finalmente, ayudado por un indio yanacona, pudo incorporarse a los que le habían dejado y a los que desocuparon el fuerte de Purén.

Esos desastres indican que, dada el alma del indígena, los conquistadores no contaban con los medios suficientes, por grande que fuera su fuerza moral.

A las masas resueltas había que oponer masas compactas. La victoria no se lograría sino cuando en el choque entrase el arma blanca, para quebrantar el ánimo del enemigo. La caballería, por sí sola, nada podía resolver. Bien dijo el yanacona de Valdivia cuando éste se precipitó al último combate, si es verdad la expresión que le atribuyen: *Recuerda la noche de Andalién*. Esto quería decir que el caballo herido a macanazos por los indígenas, y perdido entre los escuadrones enemigos, no prestaba el concurso decisivo que de él se esperaba. Si en la lucha dada pocos días después le la memorable noche de Andalién, la caballería obtuvo un resultado brillantísimo, fué porque el arma se empleó para los fines que debía cumplir, es decir, para introducir el pánico en un ejército acobardado a la vista de los jinetes que, saliendo inopinadamente de su fortaleza, avanzaron con la seguridad que les comunicó el amparo de la vecina posición amurallada. Al efectuarse el contacto, los indios estaban ya vencidos por el galope de los caballos.

Valdivia no menospreciaba a sus adversarios, puesto que decía de ellos: *Pelean como tudescos*. Y aun se afirma que después del ataque nocturno, tan penosamente rechazado, pensó no salir a campo abierto, y que fué Pedro de Villagra quien aconsejó aquella resolución audaz.

Si Valdivia sucumbió después, no puede atribuirse su fin trágico a ignorancia o fatuidad, sino a que la lógica de una situación difícil, tal vez imprudentemente complicada por él, hizo necesario exigir de las partidas volantes lo que sólo podía alcanzarse combinando las fortificaciones, la artillería, la infantería y la caballería.

Tan convencido estaba el conquistador del carácter excepcional de aquella guerra, que escribía:

> Prometo por mi fe que ha treinta años que sirvo a Vuestra Majestad, y he peleado contra muchas naciones, y nunca tal tesón de gente he visto jamás en el pelear.

El *chivateo*, o sea la grita de los combatientes indígenas, era de tal suerte, "que parecían hundir la tierra".

Además, los indios se presentaban

> ... bien armados de pescuezos de carneros y ovejas, y cueros de lobos marinos crudios, de infinitos colores, que era en extremo cosa muy vistosa, y grandes penachos, todos con celadas de aquellos cueros, a manera de bonetes grandes de clérigos, que no hay hacha de armas, por acerada que sea, que haga daño al que la trajese, con mucha flechería y lanzas a veinte e a veinticinco palmos, y mazas y garrotes.

Otros indios americanos neutralizaban también con sus medios ofensivos la superioridad que daba al español el caballo. Los puelches o pampas usaban las boleadoras, armas muy eficaces, consistentes en tres bolsas de cuero cerradas, con piedras en el interior y unidas por correas. Dos de esas bolsas eran mayores que la otra, y las tres, arrojadas a la persona o al animal del enemigo, le envolvían, inmovilizándolo y derribándolo. Hacían uso, además, de la bola perdida, pendiente de una cuerda o correa, con la que se le daba impulso, manejándola como honda.

El primer combate serio de los expedicionarios de D. Pedro de Mendoza, en el río de Luján, donde murió el capitán de este nombre, causó una decepción dolorosa sobre la eficacia de los caballos, pues los infantes fueron entonces los que impidieron

la completa derrota y los que indudablemente protegieron a los jinetes que no habían sido muertos en el primer choque.

Nótese que el número de caballos no bajaba de 30 y que los infantes llegaban a 300, para apreciar el esfuerzo de aquellos indígenas, cuyo número no podía ser muy elevado, dada la falta de medios de sustentación de toda la comarca.

Desde entonces, las boleadoras y las bolas perdidas señalaron una línea geográfica a la forma de utilización de la caballería. Más tarde, el indio adoptó el caballo del español, haciéndose gran jinete, y el español aprendió el manejo de las bolas.

*

Las armas de fuego eran de un empleo menos general de lo que se cree.

Muchas veces, los conquistadores se deshacían de sus falconetes y culebrinas, por serles más estorbosos que útiles los tiros. Eso pasó justamente a Hernando de Soto con una pieza de artillería.

... habiendo visto el adelantado que no servía sino de carga y pesadumbre, ocupando hombres que cuidasen della y acémilas que la llevasen, acordó dexársela al curaca Cofa, para que se la guardase. Y para que viese lo que le dexaba, mandó asestar la pieza desde la mesma casa del cacique, a una grande y hermosísima encina, que estaba fuera del pueblo, y de dos pelotazos la desbarató toda, de, que el curaca y sus indios quedaron admirados...

Este abandono tuvo que repetirse frecuentemente, y más aún el hecho de no intentar siquiera el empleo de la artillería, viendo de antemano su completa inutilidad.

Tomemos dos ejemplos.

Cuando Jerónimo de Lebrón subió a Santa Fe, en la Tora quemó todos sus bergantines. La crónica del padre Aguado añade este dato interesante:

... Juntó toda la clavazón y herraje dellos, y juntamente con los tiros de artillería que había llevado, los metió y escondió en una cueva o caverna, y cubriéndola con tierra, lo dejó todo allí.

Pero más digno de nota aún es lo que ordenó Hernando de Soto cuando dispuso que 100 hombres construyeran dos piraguas para atravesar el río de Chicaza. Después del incendio que pusieron los indios al real de los españoles,

... a mucha priesa hicieron sillas, lanzas y rodelas, que todo esto les quemó el fuego, porque en tales tiempos la necesidad a todos hace maestros.

Hecimos de dos cueros de oro fuelles, y con los cañones que llevábamos armamos nuestra fragua, templamos nuestras armas y apercebímonos lo mejor que pudimos.

Cortés, que era consumado político, supo sacar un gran partido de todas las armas de fuego, utilizándolas hasta para impresionar a los indios. En el río de Grijalba, hecha la paz con los caciques, les dijo que los *tepuzques* o metales se enojarían si ellos faltaban a la fe jurada. Mandó entonces poner fuego a una bombarda, que ya tenía cebada para el caso,

... y dió tan buen trueno, y recio, como era menester. Iba la pelota zumbando por los montes, que como en aquel instante era medio día, y hacía calma, llevaba gran ruido, y los caciques se espantaron de la oír.

Utilizó de igual arte el arma de fuego y el rijoso caballo de Juan Ortiz, que, llevado a un sitio en que había estado la yegua parida de Juan Sedeño, pateaba, relinchaba y "hacía bramuras". Cortés dió a entender que el caballo estaba enojado, y los caciques entraron en cavilaciones.

Después, en Cempoala, riendo, dijo a sus capitanes:

¿Sabéis, señores, que me paresce que en todas estas tierras tenemos fama de esforzados? Y por lo que han visto estas gentes..., nos tienen por dioses o por cosas como sus ídolos. He pensado que para que crean que uno de nosotros basta para desbaratar aquellos indios guerreros, que dicen que están en el pueblo de la fortaleza, sus enemigos, enviemos a Heredia, *el Viejo*.

Este era vizcaíno —dice Bernal Díaz—, y tenía mala catadura en la cara, y la barba grande, y la cara medio acuchillada, e un ojo tuerto, e cojo de una pierna, y era escopetero...

Cortés llamó a Heredia y le instruyó en lo que tenía que hacer. Heredia, hombre de mundo, que había peleado en Italia, desempeñó a la perfección su comedia de divinidad irritada.

... cargó su escopeta, e iba tirando tiros al aire, por los montes, por que le oyesen e viesen los indios, y los caciques enviaron a dar mandado a los otros pueblos cómo llevan a un *teul* para matar a los mejicanos questaban en Cingapacinga. Y esto pongo aquí por cosa de risa, por que vean las mañas que tenía Cortés.

Nadie como él sabía que las armas de fuego eran de valor muy limitado para casos de aprieto, especialmente las escopetas, como las llamaban en su ejército, sin que por esto dejase de utilizarlas cuando convenía.

Cortés había salido de Cuba con 13 escopeteros, y después de vencer a Narváez, tenía 80 escopeteros. En Otumba sólo contaba ya con siete. Los ballesteros que sacó de Cuba eran 32. Este número aumentó hasta 80 con la derrota de Narváez, y con la pérdida de la *Noche Triste* bajó a 12. De modo que contra los tlascaltecas pudo oponer, además de toda su artillería, 32 ballesteros y 13 escopeteros; contra los aztecas y tezcocanos de Otumba, 12 ballesteros y siete escopeteros, sin artillería.

Cuando, saliendo de San Miguel, Pizarro se dirigió hacia el interior del Perú, llevaba 62 hombres de a caballo y 106 de a pie. Subió primero los Andes una fuerza de 40 jinetes y 60 peones. Con la menor resistencia, esos 40 caballos hubieran sido 40 estorbos, pues se les llevaba del ronzal, y sólo habría peleado la gente de a pie.

En Cajamarca, Pizarro tenía dos culebrinas y 20 ballestas. Los principales cronistas no hablan expresamente de dos o tres arcabuces que acaso había también. Los indios hacían mofa de las escasas fuerzas españolas. Aunque se ponderaba a los súbditos de Atahualpa la gran fuerza de los cristianos, por su valor, por los caballos, ligeros como el viento, por las agudísimas espadas, por las ballestas y por los tiros de fuego que arrojaban piedras ardientes, contestaban "que todo era nada, que eran poquitos los chrisptianos, e los caballos no trayan armas defensivas, e que de los tiros de fuego no traya Pizarro más que dos, que ya lo sabían".

En la aprehensión de Atahualpa las culebrinas hicieron ruido y dieron la señal, los sesenta caballos desconcertaron a los indios, que, irrumpiendo por la débil tapia, la derribaron, y los infantes acuchillaron a cuantos indios quedaron dentro del corral o cerca de él. Esta celada, salvadora para Pizarro, pues sin ella hubiera perecido, fué todo lo que se hizo para la conquista del Perú.

Tanto Pizarro como Cortés llevaban menor número de escopetas que de ballestas. Lo mismo vemos en la Florida. ¿Por qué? No estamos en presencia de un hecho excepcional. Recordemos que el gran guerrero Montluc dice en sus Memorias:

Il faut noter que la troupe que j'avais n'était que d'arbaletriers.

Hernando de Soto llevaba a la Florida 22 ballesteros y tres flecheros. Entre estos últimos sólo se contaba un indio. Los otros dos procedían de Europa.

El uno dellos era español, que desde niño hasta edad de veinte años se había criado en Inglaterra, y el otro era natural inglés, los cuales, como exercitados en las armas de aquel reino, y diestros en el arco y flechas, no habían querido usar en todo este descubrimiento de otras armas sino dellas, y así las llevaban entonces. El otro flechero era un indio, criado que había sido del capitán Juan de Guzmán, que luego que entró en la Florida lo había preso, el cual se había aficionado tanto a su amo y a los españoles, que como uno dellos había peleado siempre, con su arco y flechas, contra los suyos mesmos.

Para que el arcabuz o escopeta fuera de utilidad, se necesitaba que estuviera muy bien apoyada por la caballería, la artillería y la ballestería, o por ésta cuando menos, pues una ballesta se arma mucho más presto y hacía obra más útil.

Con todo, aun la ballesta, si no estaba bien sostenida por otra arma, de poco servía.

La campaña de la Florida, que nos suministra tantos pormenores de historia interna, va a decir cómo obraban las armas arrojadizas cuando sólo con ellas podía contarse:

El monte que diximos ser más claro, por donde ahora iban

peleando indios y españoles, no lo era tanto que los caballos pudiesen correr por él, por lo cual andaban los infieles tan atrevidos, entrando y saliendo en los christianos, que no hacían caso dellos, y aunque los ballesteros y arcabuceros salían a resistirles, los tenían en nada, porque mientras un español tiraba un tiro y armaba para otro, tiraba un indio seis y siete flechas, tan diestros son y tan a punto las traen, que apenas han soltado una cuando tienen puesta otra en el arco.

Hablando de tales encuentros, el Inca Garcilaso presenta unas reflexiones muy sesudas de sus inspiradores e informantes, juntamente con datos del mayor interés:

Los españoles, aunque heridos generalmente, sin escapar alguno, se defendían de los indios con sus paveses y rodelas, y les ofendían con algunas ballestas que llevaban, porque los arcabuces se habían gastado en clavos para los bergantines, y gastáronlos todos, porque demás de la necesidad que a ello la falta de hierro les forzó, hicieron poco efecto en toda esta jornada y descubrimiento, por la poca práctica y experiencia que nuestros arcabuceros entonces tenían, a que no ayudaba poco el mal recaudo que después de la batalla de Mauvila hallaron para hacer pólvora, porque en ella se les quemó cuanta habían llevado. Por estas razones, los indios no solamente no habían temido los arcabuces, mas antes los habían menospreciado y hecho burla dellos, de cuya causa no los trayan los nuestros.

La arcabucería sólo se introdujo después como arma principal.

Pedro de Vergara fué el primero que llevó al Perú una banda de arcabuceros, organizada y pertrechada a la europea, e introdujo la costumbre de tirar con pelotas o balas llamadas de alambre, por estar partidas en dos mitades y unidas una a la otra por medio de un hilo de hierro.

Pero esto, según vemos en las *Cartas de Indias*, sucedió ya durante las guerras civiles del Perú. Aquellos arcabuceros servían para que los europeos pelearan entre sí a la europea.

*

Hasta ahora nada he dicho del perro, que en la representación popular del conquistador va unido a él como el neblí al cazador de altanería. Nada más erróneo. El perro no fué empleado en las grandes conquistas. No lo fué en la del Perú, porque allí no hubo guerra, ni en la de Méjico, porque la hubo.

La utilidad del perro se relaciona con el indumento y las armas del indio. Cuando, en la primavera de 1517, los españoles llegaron a Yucatán, lo primero que observaron fué la agrupación de la gente en un centro de cierta importancia.

Y desde los navíos vimos un gran pueblo, que al parecer estaría de la costa obra de dos leguas, y viendo que era gran poblazón, y no habíamos visto en la isla de Cuba, ni en la Española, pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran Cairo.

Después de haber desembarcado, pudieron observar que los indios se vestían y armaban de otro modo, hasta entonces no visto por ellos.

Y venían estos indios vestidos con unas jaquetas de algodón, y cubiertas sus vergüenzas con unas mantas angostas, que entre ellos llaman *mastates*, y tuvímoslos por hombres de más razón que a los indios de Cuba, porque andaban los de Cuba con sus vergüenzas de fuera, excepto las mujeres, que trayan hasta a los muslos unas ropas de algodón que llaman naguas.

Al pelear con ellos observaron los medios con que contaban los indios tanto para ofender como para defenderse.

Y trayan armas de algodón, que les daban a las rodillas, y lanzas y rodelas, y arcos y flechas, y hondas y mucha piedra, y con sus penachos puestos. Y luego tras las flechas se vinieron a juntar con nosotros, pie con pie, y con sus lanzas a manteniente nos hacían mucho mal.

Adelante repite Bernal Díaz que las armas de algodón usadas por los indios les llegaban hasta la rodilla.

El perro no podía ser de gran provecho lanzado contra enemigos así preparados y en tal número.

Tampoco tenía aplicación en la Florida, donde los indios

"trayan arcos muy grandes, y buenas flechas y lanzas, y unas a manera de espadas, y vestidos de cueros de venados, y eran de grandes cuerpos".

El perro había tenido hasta entonces su aplicación en tierras de indios desnudos, mansos o bravos.

Hubo entre los perros uno de fama: *Becerrillo*. Peleó en la isla de Borinquén contra los caribes, y murió atravesado por una flecha enherbolada que le dispararon al cruzar un río en persecución de un indio. Un hijo de este perro, llamado *Leoncico*, perteneció a Vasco Núñez de Balboa. *Becerrillo* "ganaba sueldo y parte como ballestero y medio", lo que parecía poco, pues tenía fama de valer "por tres buenos jinetes". *Leoncico*

> ... ganaba asimismo una parte, e a veces dos, como los buenos hombres de guerra, y se las pagaban al dicho adelantado (Núñez de Balboa) en oro y en esclavos. E como testigo de vista —escribe Fernández de Oviedo— sé que le valió en veces más de quinientos castellanos que le ganó, en partes que le dieron en las entradas.

Bruto, lebrel de Soto, murió como *Becerrillo*. Un paje lo llevaba asido por el collar, y al oír la grita de los indios, se soltó, quedando el paje derribado por tierra. El perro se arrojó al agua, y por más voces que le dieron los españoles, el perro avanzó, cruzando la corriente, y clavado de flechas llegó a la opuesta orilla, aunque inmediatamente cayó muerto, "de que al gobernador y a todos los suyos pesó mucho, porque era pieza rarísima y muy necesaria para la conquista". Este perro había hecho pedazos en el agua a un indio que golpeó a un español. En otra ocasión alcanzó y detuvo a cuatro indios huídos. Fueron muchos los casos de salvación de españoles por los perros en lances desesperados. A *Becerrillo* debió la vida Sancho de Arango. Un perro de ayuda, llamado *Capitán*, de Luis Rodríguez, soldado de la Nueva Granada, salvó a este hombre, que pescaba entre indios amigos, como veremos adelante.

Fuera de los servicios individuales, de los que prestaban para rastrear indios huídos y de su empleo para los más crueles castigos, en la guerra propiamente dicha el perro tenía una aplicación muy limitada. Generalmente era sacrificado cuando el

enemigo hacía frente. Sólo se le utilizaba para la persecución, supliendo las deficiencias numéricas de la caballería. Piedrahita, el cronista de la Nueva Granada, al hablar de la acción final dada contra los muzos, señala del modo más preciso la intervención de los perros:

Esta fué la batalla decisiva de la Ladera, en donde soltaron los españoles en el alcance cuantos perros atraillados tenían, que despedazando aquellos miserables cuerpos, pusieron en tal estado la belicosa nación de los muzos, que sujetando unos la cerviz al yugo español, y huyendo otros a la provincia de Carare, que está en las riberas del grande río de la Magdalena, y coligándose con otros forajidos de la provincia de Vélez, y con la nación de los jariguies, causaban lastimosas tragedias en los que navegaban el río... Debióse todo el buen éxito desta conquista a los perros de que usaban los españoles, a quienes los muzos preferían a las armas de fuego y caballos, y a la verdad, como no se suelten al atacar las batallas, son de grande conveniencia en las guerras de Indias, porque acometiendo cara a cara, peligran los más a los tiros de las flechas, y valiéndose al tiempo que los indios huyen o se retiran, hacen tal estrago, que los dexan acobardados para las guerras futuras y aun para turbarlos con su vista.

Y para comprobación desta verdad, acaeció en la misma provincia de Muzo, algunos años después de conquistada, que hallándose a doce leguas de la ciudad un soldado llamado Luis Rodríguez, sin más armas que su espada y rodela, y un perro de ayuda llamado *Capitán*, a quien ató con un tramojo en un rancho que había en el sitio, por acudir sin embarazo los días que se ocupasen en cierta pesquería que hacían más de cien indios, que lo habían convidado a ella con fin de matarlo. Y estando en cierta ocasión desarmado cerca de la orilla del río en que se pescaba, por haber dexado también en el rancho su espada y rodela, confiado en la paz de los indios, se le fueron acercando algunos, con muestras fingidas de amistad, y estando a su salvo, le descargó unos de ellos un macanazo que lo dexó casi privado de sentido.

Al golpe acudieron los compañeros, y asiéndole de brazos y piernas para lanzarlo al río, sucedió volver algo en sí Luis Rodríguez, al tiempo que lo iban arrastrando, y comenzó a forcejear con ellos, y a dar voces, que luego penetraron los oídos del perro, y tal operación hicieron en él, que haciendo fuerza sobre las manos, rompió el cordel a que estaba asido el tramojo, y acometiendo al es-

cuadrón de indios, los desbarató de tal suerte, mordiendo a unos y derribando a otros, que asustados del repentino asalto, no sabían qué senda tomar para escapar de la muerte, por hallarse desarmados los más, con la seguridad de que el perro estaba atado... Entonces Luis Rodríguez, reparando en el socorro impensado de su perro, se levantó animoso, y corriendo al rancho, tomó su espada y rodela, y vuelto a los indios, que ya armados de macanas le hacían cara, trabó nueva pelea en compañía de su perro, y a breve rato los puso en huída, dejándole el campo por suyo...

Se explica el terror de los indios, pues en la guerra habían empleado y empleaban los españoles toda suerte de estratagemas, como una a que acudió el comendador Hernán Rodríguez de Souza, para combinar la furia de los perros y la de los indios amigos.

Habiéndose remontado los adversarios en un peñol, Hernán Rodríguez de Souza

lo sitió por parte baxa con los indios amigos, y ganada la cumbre con sus infantes, y echando por delante los perros, que a dos bocadas abrían aquellos miserables cuerpos hasta las entrañas, los atemorizó de suerte que huyendo de aquel destrozo, elegían el despeño, dexándose caer de los riscos, o quedaban al arbitrio de los picaras y carrapas, que como enemigos mortales suyos, no dexaban indio grande ni pequeño que no matasen para comérselos crudos en el fervor del combate, de que resultó volver al real con doscientas cargas de carne humana.

Pero no todo era entrar, galopar a caballo, lancear indios y soltar perros. Piedrahita, que tantos pormenores instructivos ofrece en su historia, narra la dura campaña hecha por Diego Martínez en el territorio de los Muzos, con 150 hombres.

Competían de suerte los arcos indianos con los arcabuces españoles, que si éstos hacían el estrago ordinario en los cuerpos desnudos, aquéllos despedían tan violentamente sus flechas que no había sayo de armas que las resistiese, hasta que introducido el veneno por las heridas, pedía apresurado remedio en el hierro y el fuego...

Las lanzas españolas, sobre ser pocas, no podían hacer el efec-

to que otras veces, porque la maleza del sitio no permitía que se valiesen de los caballos, ni los perros, soltados de frente, hacían más daños que recibían. Martín de Oñate perdió el caballo y las armas, y todavía se defendió con una espuela jineta. Era este caballero natural de Vizcaya, y uno de los que militaron con Jerónimo Hortal y entraron en el reino con Federmann, digno por cierto de inmortal fama para lustre de su nación.

*

Las armas defensivas del español no podían ser idénticas en la Araucania y en las Antillas, puesto que aun entre Cuba y Puerto Rico había diferencias radicales.

Pero el fantástico guerrero de armadura y cimera se halla tan lejos del conquistador, que conviene decir algunas palabras sobre este punto.

La materia merece atención.

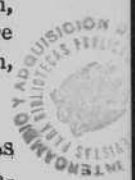
Hernando de Soto, que por el prestigio de su nombre y la magia de sus riquezas llevó a la Florida una juventud brillantísima, cuando tuvo fiestas en Santiago de Cuba para celebrar las futuras victorias, no pudo hacer "justas ni torneos a pie por falta de armaduras", aun cuando "en estas fiestas y regocijos entraban muchos caballeros de los que habían ido con el gobernador".

El hidalgo de Yelves, autor de una crónica de la Florida que contiene muchos datos, hablando del alarde hecho en España por Hernando de Soto, compara las muy buenas armas defensivas de los miembros portugueses de la expedición, con la elegancia imprevisora de los castellanos. Contrariado de ver tantos hombres "muito louçaos, com seda sobre seda e muitos golpes e antretalhos", Soto mandó hacer nuevo alarde en que apareciesen las armas. Los portugueses volvieron a salir "armados de muy boas armas", mientras los castellanos, "os mais, levaban coutas de roim malha e ferrugentes, e todos celadas e valadis e ruyns lanças".

De esta reseña y de la falta de armaduras en Santiago inferimos que los españoles llevaban cotas de malla, buenas o malas, y celadas. Debe tomarse en cuenta que la expedición es posterior a todas las grandes conquistas, exceptuando la de Chile.

Bernal Díaz del Castillo habla de las armas defensivas más útiles, después de lo experimentado hasta 1519.

Y como en aquella tierra de la Habana había mucho algodón, hicimos armas muy bien colchadas, porque son buenas para entre indios, porque es mucha la vara y flecha y lanzadas que daban, pues piedra era como granizo.



Cuando los indios de Chicaza atacaron por sorpresa a los españoles en enero de 1541, vemos cómo se armó instantáneamente Soto.

El gobernador, que por hallarse apercibido para semejantes rebatos, dormía siempre en calzas y jubón, salió a caballo a los enemigos primero que otro algún caballero de los suyos, y por la priesa que los enemigos traían, no había podido tomar otras armas defensivas, sino una celada y un sayo que llaman de armas, hecho de algodón colchado, de tres dedos de grueso, que contra las flechas no hallaron otra mejor defensa los nuestros. Con estas armas, y su lanza y adarga, salió el gobernador, solo contra tanta multitud de enemigos, porque nunca los supo temer.

En la *Noche Triste* habían visto, sin embargo, los españoles que si ordinariamente bastaban los sayos de armas hechos de algodón colchado, podían presentarse casos en que fuesen pobre defensa.

Quiero decir la gran necesidad que teníamos de armas, que por un peto, o capacete, o casco, o babera de hierro, diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello, y todo cuanto habíamos ganado.

Por lo demás, los sayos eran la insustituíble defensa ordinaria. En Mobila, Rodrigo Rangel mandó que le sacaran a Soto "más de veinte flechas que sobre sí llevaba, asidas de las armas". Y el autor vuelve a definirlas, diciendo que son "unos sayos, colchados de algodón, gruesos".

Nunca el hierro fué tan justamente estimado como en la expedición de la Florida, porque seguramente en ninguna otra parte la flecha era tan certera y mortal. Ya se ha visto lo que con ella se hacía a los caballos. Cuando los españoles recorrían

la provincia llamada de los Vaqueros, "sin llegar a las manos con los enemigos, recibieron más daño que en otra alguna de cuantos anduvieron".

El Inca Garcilaso de la Vega cuenta el extraño suceso de un flechazo, por el que se ve el rigor y la puntería de las tribus comanches o apaches:

Yendo Sanjurge por medio del arroyo, le tiró un indio entre las matas un flechazo tan recio, que le rompió unos calzones de malla y le atravesó el muslo derecho, y las tejuelas y bastos de la silla, llegó a herir el caballo con dos o tres dedos de flecha, el cual salió corriendo del arroyo a un llano, echando grandes coces y corcovos, por despedir la flecha, y a su amo si pudiera. Los españoles que se hallaban cerca acudieron al socorro... Llevaron asido a él y a su caballo hasta su cuartel, donde alzándole de la silla, por entre ella y el muslo, le cortaron la flecha...

A Luis de Moscoso, en la batalla de Mobila, le dieron un flechazo que le pasó "una cuera de ante y otra de malla que llevaba debajo, que por ser tan pulida había costado en España 150 ducados, y destas habían llevado muchas los hombres ricos, por ser muy estimadas. También le pasó la flecha un jubón estofado, y lo hirió de manera que por ser a soslayo no lo mató".

Hecha la prueba de la cota,

... de allí adelante quedaron bien desengañados de lo poco que las muy estimadas les podían defender de las flechas, y así, hasciendo burla dellas sus proprios dueños, las llamaban holandas de Flandes, y en lugar dellas hicieron sayos estofados, de tres y cuatro dedos en grueso, con faldamentos largos, que cubriesen los pechos y ancas del caballo. Y estos sayos, hechos de mantas, resistían mejor las flechas que otra alguna arma defensiva, y las cotas de malla gruesas y bastas, que no eran tenidas en precio, con cualquiera otra defensa que les pusiesen debajo, defendían las flechas mejor que las muy galanas y pulidas, por lo cual vinieron a ser estimadas las que habían sido menospreciadas, y desechadas las muy tenidas.

Y aquí recordamos lo que decía el hidalgo de Yelves en Sevilla. Era una autoridad, pues, según Garcilaso, Soto "llevaba

una muy hermosa y lucida compañía de fidalgos portugueses, que algunos dellos habían sido soldados en las fronteras de Africa".

La seriedad del problema se comprende cuando recordamos que sólo en la acción de Mobila

> ... se halló por cuenta que hubo mil setecientas y setenta y tantas heridas de cura. Y llamaban heridas de cura a las que eran peligrosas, y que era forzoso que las curase el cirujano, como eran las penetrantes a lo hueco, o casco quebrado en la cabeza, o flechazo en el codo, rodilla o tobillo, de que se temiese que el herido había de quedar coxo o manco.

De las heridas que pasaban la pantorrilla, el muslo, la región glútea, el brazo por la tabla o molledo, aunque fuese con lanza, el enfermo se curaba solo o pedía la ayuda de un amigo. Aun a los capitanes se les abandonaba por el cirujano, pues no podía éste andar con las cinco o seis, diez o doce heridas que cada combatiente había sacado de la lucha.

Por eso, cuando llegaron a la Florida, se preguntaban con terror si aquellos indios tendrían flechas enherboladas, pues, dada su fuerza y su buena puntería, nadie podría sobrevivir a una acción.

Desde los primeros tiempos, el español supo lo que era aquella arma terrible del veneno en el dardo. Juan de la Cosa murió en Turbaco, y con él quedaron de 70 a 80 españoles, formando un espantoso hacinamiento de carne humana putrefacta. Las flechas enherboladas los habían inmovilizado en el sitio del ataque, y los que no sucumbieron durante el rebato, fueron exterminados allí mismo por los vencedores. Alonso de Ojeda, el pajecillo de la corte de doña Isabel, conquistador de la isla Española bajo las órdenes de Cristóbal Colón y socio después de aquel Juan de la Cosa que moría como dije, se estableció en las riberas del golfo de Urabá, tomando a San Sebastián como santo patrono. En los alrededores de aquella fundación, una flecha disparada por mano oculta de indio le traspasó el muslo. Nunca hasta entonces había sido herido aquel afortunado combatiente, tipo de temeridad acompañada de sonrisas. Se le extrajo la flecha; pero el veneno estaba allí, haciendo su obra fatal. Ojeda

ordenó que calentasen dos planchas de hierro, y cuando el metal pasaba del rojo al blanco, el cirujano, dirigido por Ojeda, aplicó el cauterio, sin que el paciente fuese atado ni sujeto. Una vez quemada la herida, se envolvió a Ojeda con sábanas empapadas en vinagre.

Treinta años después, el conquistador García de Montalvo soñó que, habiendo sido flechado con una arma envenenada, había sanado echándose polvos de solimán. Aquel sueño, real o legendario, expresaba la preocupación de todos los que expedicionaban por tierras de caribes.

En Turbaco, allí donde había muerto Juan de la Cosa, el valiente D. Pedro de Heredia salía de un combate como erizo, con el sayo cubierto de flechas, después de haber hecho maravillas por la desesperación.

Heredia introdujo, a lo que se dice, el uso de la coraza de cuerno, que se llevaba debajo del sayo.

La celada de que indudablemente hacían uso los conquistadores no era la borgoñona clásica de aquel tiempo, sino la media borgoñona. No debe creerse por lo mismo que anduvieran con defensas decorativas, emplumadas para espectáculo. Esas celadas serían de metal o de cuero hervido, probablemente más bien de este material que del otro. Y de seguro no las llevarían continuamente, ni serían iguales para todos los climas y para todas las guerras. Donde el enemigo hacía uso de porras temibles, como en el sur de Chile, los conquistadores se resguardarían de un modo especial. Valdivia llevaba media borgoñona cuando murió. Nuflo de Chaves acababa de quitarse la celada y de tenderse en una hamaca al recibir sobre el cráneo los garrotazos que le dieron muerte. Soto, lo repetiré, salió a rechazar el ataque nocturno de Chicaza sin otras armas defensivas, dice Garcilaso, que una celada y un sayo de algodón colchado, de tres dedos de grueso.

A Juan Pizarro le matan de una pedrada que le rompe el cráneo, porque estando herido y entrapajado, salió a pelear sin cubrirse con su celada.

Si Vasco Núñez de Balboa, Cortés, Pizarro, Benalcázar, Federmann, Jiménez de Quesada, Soto y Alvarado llevaban celada en sus caminatas, ha de haber sido algo semejante al casco de

los modernos coloniales, para protegerse a la vez contra el sol y contra los enemigos. Los capitanes, y más aún los soldados, tendrían un buen repuesto de sombreros de palma, aplicando los tejidos indígenas a la manufactura de esta prenda, y no sería nada extraño que hubiesen hecho celadas de materia vegetal, fuertes y ligeras, colchándolas de algodón. Sobre este punto no encuentro datos suficientes para una descripción del sombrero y del casco; pero si recordamos que uno de los conquistadores de la Florida fabricó una estera que le servía a la vez de cama y de manta, pues se acostaba sobre la mitad y se cubría con la otra mitad, sería imposible suponer que la prenda protectora de la cabeza no sufriera las acomodaciones de la aclimatación.

*

Para que se vea cómo transformaban sus armas los conquistadores, recordaré un pasaje de las guerras "más que civiles" del Perú, pues aunque allí luchaban españoles contra españoles, sabemos que todos ellos se industriaban, dando a las armas nuevas aplicaciones.

De la batalla de Guarina, entre Carvajal y Centeno, dice el Palentino:

Hubo grandes y mortales heridas de lanzada de los de caballo. Porque aquí, aunque muy pocos traen en el Perú arnés ni ristre, hase hallado en aquella tierra una nueva, cruel y desvariada manera de pelear los de caballo, y es que traen lanzas de fresno, gruesas y largas, metidas en unas bolsas de cuero, las cuales cuelgan en unas correas muy recias, asidas del arzón delantero, que dan vuelta por el pecho del caballo, y cuando caminan, llevan enarbolada y acontada la lanza en aquella bolsilla, y cuando se han de encontrar, meten la lanza debajo del sobaco, y requiérenla en la bolsa, y como las correas vienen por debajo del pecho del caballo, es el encuentro con toda la fuerza del caballo, y así la lanza ceba y ha de pasar al enemigo o derribarle, y muchas veces a él y a su caballo, y si queda sana la lanza y el de caballo es para ello, después de hecho el encuentro o errado, ejecuta como jinete. Y para cumplir con estos dos oficios, cabalgan largos, y no como hombres de armas, y traen sillas jinetas como de la brida. Esta invención

hallaron los de Chile, y se dice haberla inventado un clérigo que andaba con ellos.

No faltaban en Chile clérigos capaces de tal innovación.

Allí estaban González Marmolejo, veterano de la entrada a los Chunchos, y Juan Lobo, gran jinete que "peleaba como lobo".

En Chile se hallaba también el bizarro Bartolomé del Pozo, que sucumbió con Valdivia.

Pero es difícil saber, entre veinticinco o treinta eclesiásticos, cuál sería el perfeccionador de los lanceros peruanos.

*

No terminaré esta exposición de las condiciones en que se hizo la guerra durante la conquista sin dar algunos pormenores del choque, allí donde tuvo mayor importancia por la masa de combatientes y por la naturaleza especial del teatro en que se desarrollaron los hechos.

He dicho que contra los tlascaltecas, Cortés empleó las tres armas, y que al luchar contra los aztecas en Otumba casi no se valió sino de la caballería, pues había perdido todos los cañones.

Examinaremos someramente la salida de Méjico en la *Noche Triste* o *Noche de Espanto*, como la llama Bernal Díaz.

Durante los días 29 y 30 de abril, Cortés hizo un trabajo muy complicado para asegurar la comunicación entre la tierra firme y la isla en que estaba la capital azteca. Esta comunicación quedó establecida por la calzada de Tacuba, tomando y guarneciendo las cortaduras. Después de haber concluído su tarea, y a pesar de la atmósfera hostil que le envolvía, Cortés no pensó que el abandono de la ciudad fuera inminente, sino, antes bien, parece que creyó haber dominado la situación, por tener arrasado frente a su cuartel un espacio suficiente para la maniobra y asegurada la comunicación para llegar a la orilla del lago.

En aquel momento, los aztecas le entretuvieron, enviándole parlamentarios. Mientras se trataba de paz, las cortaduras fueron tomadas por el enemigo, con muerte de algunos españoles que las custodiaban.

Todavía después de esto, Cortés no pensó en la salida. Mon-

tó a caballo y restableció nuevamente la línea hasta la orilla tlacopana del lago. Pero al volver se encontró sólo con jinetes, y separado de los infantes. Con grandes dificultades y peligro logró volver a su alojamiento. En el cuartel se decía ya que había muerto.

Estaba Cortés al frente de 1.800 españoles, en su mayoría recién llegados, pues eran de los que llevó Narváez, y carecían, por lo tanto, de la decisión del núcleo primitivo.

Todos pensaban que la salida debió haberse efectuado por la mañana de aquel día, al establecer la línea continua, con toma de las cortaduras; pero ya que no se aprovechó el momento, convenía, en un plan irreprochablemente académico, aguardar hasta que amaneciera para realizar el esfuerzo salvador.

Se presentaba una incógnita terrible. Los aztecas habían deshecho ya la parte inicial de las otras calzadas. Si durante la noche desbarataban la de Tacuba, "era preciso morir todos". Son palabras de Cortés. El conquistador añade:

> Y porque de todos los de mi compañía fuí requerido muchas veces que me saliese, e porque todos, o los más, estaban heridos, y tan mal que no podían pelear, acordé de lo hacer aquella noche.

Dos circunstancias favorecieron a Cortés: había niebla y lloviznaba. Además, para que se aflojara la vigilancia, se envió un mensaje de paz.

La vanguardia, mandada por Gonzalo de Sandoval, se componía de 200 peones y 20 jinetes. Cuatrocientos tlascaltecas se alternaban en la conducción de una puente portátil que cargaban 40 hombres.

En el centro iba Cortés, con la artillería, los bagajes y el tesoro. Custodiaba a las personas de distinción, es decir, a los prisioneros aztecas y a las mujeres.

La retaguardia se puso bajo las órdenes de dos excelentes capitanes, tan aguerridos como Cortés y Sandoval: Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León.

La columna pasó las cuatro primeras cortaduras, dominadas por los españoles durante todo el día. Pero no bien acabó la

isla, el desorden más espantoso cundió de un extremo a otro. Si había habido algún concierto, "maldito aquél", escribe el soldado cronista. Los fardos, los caballos y los hombres formaban puente para que pasaran los que se salvaron. Algunos, poseídos de pánico, volvieron al cuartel, y después de una larga resistencia fueron sacrificados en el templo del Huichilobos.

Velázquez de León, afortunadamente para él, murió con 80 españoles durante la lucha de los puentes.

Bernal Díaz da una imagen exacta de la retirada:

> Los de a caballo no podían pelear en las calzadas, porque, yendo por la calzada, ya que arremetían a los escuadrones mejicanos, echábanseles al agua, y de la una parte la laguna, y de la otra azoteas, y por tierra, les tiraban tanta flecha y vara y piedra, y con lanzas muy largas que habían hecho de las espadas que nos tomaron, como partesanas, mataban los caballos con ellas, y si arremetía alguno de a caballo y mataba algún indio, luego le mataban el caballo, y así no se atrevían a correr por la calzada. Pues vista cosa es que no podíamos pelear en el agua, ni hacer cosa ninguna, sin escopetas ni ballestas, pues todas quedaban en la puente, y siendo de noche, ¿qué podíamos hacer sino lo que hacíamos? Que era que arremetiésemos 30 y 40 soldados que nos juntábamos, y dar algunas cuchilladas a los que nos venían a echar mano, y andar y pasar adelante, hasta salir de las calzadas: porque si aguardáramos los unos a los otros, no saliéramos ninguno con vida, y si fuera de día, peor fuera. Y aun los que escapamos fué que Dios Nuestro Señor fué servido darnos esfuerzo para ello. Y para quien no lo vió aquella noche, la multitud de guerreros que sobre nosotros estaban, y las canoas que dellos andaban, arrebatar nuestros soldados, que llevaban a sacrificar, era cosa de espanto.

*

El sitio de Méjico fué un conjunto de operaciones tan complicado, que los preparativos duraron desde julio de 1520 hasta que en junio de 1521 logró Cortés ver completamente aislada la ciudad enemiga. Primeramente estableció su base política y militar, fundando la villa de Segura de la Frontera, en el territorio que conquistó a los de Tepeaca, cuyo pueblo estaba aliado con los aztecas y era, por consiguiente, adversario de los tlas-

caltecas. Hecho esto, abrió el nuevo año, que iba a ser de acción decisiva, con la organización de un ejército auxiliar indígena, cuyo efectivo constaba, por lo menos, de 20.000 hombres; con los elementos de guerra pedidos a la isla Española, consistentes en armas, municiones y caballos; con la incorporación de combatientes europeos recién llegados, y con la construcción de 13 bergantines, que, desarmados, debían llevarse al lago de Tezcoco para establecer de un modo absoluto el cerco de la gran capital azteca.

Y aquí viene una reflexión. Cortés, durante los primeros meses de su permanencia en aquella ciudad, es decir, de noviembre de 1519 a mayo de 1520, preso ya Motecuzoma, había botado al agua dos bergantines, que fueron el asombro de los pueblos indígenas, pues los españoles "mareaban las velas de arte que iban volando".

¿Cómo no los había construído en mayor número para utilizar toda su artillería, y, salvándola, salvarse de un desastre como el de la *Noche Triste*?

Seguramente, la inadvertencia pasada le sirvió de aviso para lo futuro.

Cuando tenía ya los 13 bergantines que fabricó para las operaciones del sitio, salió de Tlascala con 550 peones de espada y rodela, 80 ballesteros y escopeteros, 40 jinetes y nueve piezas de artillería.

Aprovechando una rebelión en Tezcoco, Cortés se apoderó de esta ciudad el 30 de diciembre. Hecho esto, desarrolló las operaciones preliminares del sitio de Méjico. Destruyó la ciudad de Itztapalapan; ocupó las de Chalco y Mizquic, señoreando así toda la ribera oriental del lago; practicó reconocimientos por el norte y poniente; mandó que Sandoval expedicionase contra las tribus que amenazaban por el sur, e hizo personalmente una gran excursión en torno del valle para quebrantar en el de Cuernavaca a los tlahuicas, aliados de los aztecas.

Estas operaciones presentaron dificultades muy serias algunas veces, pues Cortés llegó a quedar herido, desmontado y en manos de los aztecas, que lo llevaban ya a la piedra sacrificatoria cuando se le salvó. Finalmente, botó los bergantines el día 23 de abril en Tezcoco. El 20 de mayo empezaba el movi-

miento combinado de ataque a la poderosa y bien defendida ciudad lacustre. Pedro de Alvarado mandaba 30 jinetes, 150 peones y 18 ballesteros y arcabuceros. Su centro era Tacuba.

Cristóbal de Olid estaba encargado de otra columna, formada de 33 jinetes, 170 peones y 18 ballesteros y arcabuceros. Tenía su cuartel en Coyoacán.

Gonzalo de Sandoval ocupó el pueblo de Itztapalapan con 24 jinetes, 150 peones y 17 ballesteros y arcabuceros.

Las fuerzas indígenas de que disponía cada uno de estos jefes probablemente no bajaba de ocho a diez mil hombres, atraídos por el saqueo, y muchos de ellos movidos por un odio hereditario.

El primer hecho de importancia fué la toma del punto de convergencia de las calzadas de Itztapalapan y Coyoacán.

Después de que Sandoval se adueñó de Itztapalapan, apoyó a Cortés, que con la artillería de los bergantines tomó el fuerte situado en el sitio donde la calzada del oriente se unía a la del sur. Ya Olid y Alvarado habían podido cortar el agua de Chapultepec, de que se surtía la ciudad, pues, siendo salada la del lago, necesitaba la de tierra firme.

Sandoval pasó entonces a la calzada del norte, que conducía al Tepeyac, dándose así la mano él y Alvarado, éste y Olid.

Cercada la ciudad, hubo ataques muy frecuentes, de estéril audacia, hasta que, arrasados los barrios del sur y del oriente, los bergantines pudieron operar destructoramente con la artillería. Cortés se unió a Alvarado, quien, por su parte, continuaba la ocupación, arrasando el noroeste de la isla, hasta establecer contacto con las fuerzas de Sandoval.

Esto no se hacía sin choques sangrientos y pérdidas notables para los sitiadores, cada vez que los aztecas lograban envolver al enemigo.

Una de las pruebas más terribles para los conquistadores era la de ver cabezas de combatientes muertos en otros puntos de la ciudad, que los aztecas les arrojaban juntamente con la noticia de haber quedado ya totalmente destruída tal o cual columna sitiadora.

Además de esto, los españoles luchaban contra la acción depresiva del sacrificio de los prisioneros.

Ya questábamos retraídos cerca de nuestros aposentos —dice Bernal Díaz en una página inmortal—, tornó a sonar el atambor muy doloroso del Huichilobos, y otros muchos caracoles y cornetas, y otras como trompetas, y todo el sonido dellas espantable. Y mirábamos al alto cu en donde las tañían, y vimos que llevaban por fuerza, las gradas arriba, a nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés, que los llevaban a sacrificar. Y desque ya los tuvieron arriba, en una placeta que se hacía en el adoratorio, donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos dellos les ponían plumajes en las cabezas, y con unos como aventadores les hacían bailar delante del Huichilobos. Y desque habían bailado, luego les ponían despaldas, encima de unas piedras algo delgadas que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedernal los aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecían a sus ídolos que allí presentes tenían, y los cuerpos, con los pies, dábanles por las gradas abajo. Y estaban aguardando abajo otros indios carniceros que les cortaban brazos y pies. Y las caras desollaban, y las adobaban después como cuero de guantes, y con las barbas, las guardaban después para hacer fiestas en sus borracheras, y se comían las carnes de brazos y piernas con chimole, y las barrigas e pies echaban a los tigres e leones...

La ciudad se iba reduciendo por la destrucción progresiva, hasta no quedar de ella sino una área mínima. El hambre y su compañera la peste acababan con la población sitiada.

Y era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres —dice Cortés—, que no había persona a quien no quebrantase el corazón.

Espectáculo más horrible fué el del furor de los indios sitiadores, cuyo número aumentaba con el éxito creciente de la empresa.

Por fin, después de setenta y cinco días, si contamos desde el 30 de mayo, la Gran Tenochtitlán quedó totalmente aniquilada, y cautivo el último señor azteca.

La ciudad era un montón de cadáveres sobre un montón de ruinas.

Digo que juro, amén, que todas las casas y barbacoas de la laguna estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos,

que yo no sé de qué manera lo describa. Pues en las calles y en los mismos patios del Tatelulco no había otra cosa, y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos.

El cronista habla de "la hedentina", y dice que todos los vencedores se retiraron a sus cuarteles. Cortés "estuvo malo del hedor que se le entró en las narices". Tres días con sus noches duró la salida de hombres, mujeres y niños, que iban por las calzadas, flacos, amarillos, sucios, malolientes.

Y hallóse toda la ciudad como arada, y sacadas las raíces de las yerbas que habían comido, y cocidas hasta las cortezas de algunos árboles. De manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada.

Al despedirse los aliados, se fueron contentos, llevando abundantes despojos. Parte de su cargamento consistía en "harta carne cecinada de los mejicanos, que repartieron entre sus parientes y amigos, y como cosas de sus enemigos, la comieron por fiestas". Es de suponer que esa carne había sido preparada antes de que el hambre reinara en el interior de la ciudad, y que los prisioneros tomados por los sitiadores pertenecían a la flor de la juventud guerrera, tanto de los aztecas como de los aliados de éstos.

*

Queda por puntualizar un aspecto de los hechos que forman la materia de este capítulo.

El encuentro en que pereció Valdivia, el conquistador de Chile, nos muestra que los indígenas aprendían algo de los españoles. ¿Lautaro, el yanacona rebelde, les enseñó a escalonar y graduar sus ataques, para llegar al exterminio del adversario en una serie de choques? El leal Agustinillo recordó a Valdivia la noche de Andalién para que no omitiese las precauciones tomadas entonces. Valdivia desdeñó el consejo, y el indio, amaestrado por el español, venció a su maestro.

No hay que exagerar la acción de Lautaro. Todos los indios araucanos tenían entendimiento.

Pedro Pizarro habla de un guerrero noble u *orejón* peruano que se armó con despojos de los españoles.

Este orejón traía una adarga en el brazo, y una espada en la mano, y una porra en la mano de la adarga, y un morrión en la cabeza.

El mismo cronista recuerda

... una albarrada de piedra, con unas troneras, por donde nos tiraban con cuatro o cinco arcabuces que tenía (Manco), que había tomado a españoles. Y como no sabían atacar, los arcabuces no podían hacer daño, porque la pelota la dejaban junto a la boca del arcabuz, y ansí se caía en saliendo.

El hecho, aislado y en cierto modo caricaturesco, apenas tiene importancia. Pero hay otros que sí merecen atención. Mientras el indio de las tierras cálidas fué siempre el mismo, y el de las más pobladas al copiar la civilización española quedó sometido y pacificado, el salvaje del norte y el del sur, especializando la guerra, la hicieron secularmente con armas europeas. Para que se vea esto bastaría aquella carta escrita en 1601 por el coronel Francisco de Campo, hablando de los araucanos:

Y aseguro a V. S. que yo he visto mucha caballería, y muy buena, que más lindos caballos, ni más ligeros, ni de mejores tallas, no he visto, que confiados en esto se atreven a tanto.

Había un cuerpo de 1.000 indios, con 250 cotas y 750 coseletes y celadas y 43 arcabuces.

Años después, los indios sabían formar en media luna, con jinetes a los extremos.

Avancemos un siglo y pasemos de la América del Sur a la del Norte.

Allí veremos a los apaches dando sorpresas en pequeñas partidas. Tienen caballos excelentes, sin otro arnés que un fuste ligero. Los cascos están envueltos con cueros que quitan al montar. Y mientras no lo hacen, llevan sus animales del diestro.

De sus refinadas astucias nace que, tomando bien sus medidas, nunca yerran el golpe, bastando diez indios para, en poco más de un minuto, dejar veinte de los nuestros en el campo y obligar a otros tantos a la fuga.

No cabe en explicación decir la rapidez con que atacan ni el ruido con que pelean y el terror que derraman en nuestra gente, ni la prontitud con que dan fin de todo.

Quizá parecerá increíble esta verdad a quien no se haya hallado en esta guerra; pero mucho podrá inferir quien sepa lo que es una sorpresa, las ventajas de quien la logra y la inacción y fallecimiento del sorprendido...

¿Armas?

El soldado presidial llevaba escopeta, dos trabucos, espada y lanza. Se defendía con cuera y adarga.

El indio tenía algunas veces fusil. Pero siempre empleaba lanzas, macanas y flechas.

Esta última es la favorita y más terrible en sus manos, y la considera superior al fusil, pues a corta distancia el efecto es el mismo, y la repetición de sus tiros tanta, que mientras un fusil se carga, puede un indio tirar veinte flechas, con que puede matar veinte hombres.

Pero llegarán los tiempos del arma de repetición, y entonces una partida de indios a caballo, con Spencer o Rémington, hará correrías inimaginables, así por las distancias como por el número de los ataques victoriosos.

Los pobladores

Se exploraba y se peleaba únicamente para poblar. El que no hacía esto era un fracasado. Hoy la perspectiva histórica nos presenta a los conquistadores bajo un aspecto que los contemporáneos ignoraban. El fabuloso portugués Alejo García, penetrando hasta el Alto Perú desde las costas brasileñas de Santa Catalina; Sebastián Caboto, volviendo a Europa con una onza de plata y mil quintales de ilusiones, después de remontar los majestuosos ríos que llevan sus aguas al mar Dulce; Juan Díaz de Solís, muriendo en este mismo estuario a manos de charrúas; Juan de Ayolas, sacrificado en la Candelaria por los payaguáes; Gonzalo Pizarro, subiendo al Ecuador, y Orellana, bajando desde el Ecuador hasta la desembocadura del gigantesco río de las Amazonas, para morir allí después de haber dado a conocer su descubrimiento en la corte; Hernando de Soto, arrojando toda su fortuna a una empresa cuya única recompensa fué que el río Mississipí recogiera el cadáver del gran conquistador para darle tumba en su lecho; Almagro, derramando oro a raudales para atravesar la puna y recorrer el desierto de Atacama; Cortés, yendo por tierra de Méjico a Honduras; Alvar Núñez Cabeza de Vaca, pasando del golfo de Méjico al de California y expedicionando desde Santa Catalina hasta la Asunción, sólo para revelarse pésimo administrador, nos interesan, como otros incontables héroes de las correrías, que en su tiempo eran censurados, si no es que condenados como culpables de actividad indisciplinada, estéril y dañosa.

Llamábanles despobladores, porque, arrebatando el nervio de la virilidad a las colonias ya cimentadas, se dirigían adonde sólo podían disipar fuerzas. No se les hacía el balance de las pérdidas pecuniarias. Eso no importaba. Pero se les tomaba cuenta hasta del último de los hombres que por ellos dejaba un asiento estable. A Diego de Almagro se le llamó "el recogedor" en una célebre copla, y a Pizarro el "carnicero", cuando el uno reclutaba gente para llevarla al Perú, mientras el otro aguardaba los refuerzos en islas y costas inhospitalarias.

Hoy parece un acto heroico que Pizarro trazara en el suelo la línea de separación entre el arrojo y la pusilanimidad. Entonces el símbolo se llamaba crimen.

A los que sucesivamente intentaron la empresa de la Florida y de Chicora, es decir, de una zona que va desde la actual Virginia Oriental hasta Tejas, se les ajustaba este número de pérdidas de hombres:

Juan Ponce de León	30
Lucas Vázquez de Ayllón	220
Pánfilo de Narváez	400
Hernando de Soto	700
TOTAL	1.400

Fernández de Oviedo, refiriéndose especialmente a Soto, decía: "Esto no era poblar ni conquistar, sino alterar e asolar la tierra, e quitar a todos los naturales la libertad, e no convertir, ni hacer a ningún indio chripstiano ni amigo..." Así se juzgaba de la conducta. Hablando de los planes, el escritor contemporáneo lo hacía con mayor severidad: "a dónde iba, ni el gobernador ni ellos lo sabían, sino que su intento era de hallar alguna tierra tan rica que hartase sus cobdicias, y saber los secretos grandes que el gobernador decía que sabía de aquellas partes, segund muchas informaciones que se le habían dado".

Pedro Mártir, relatando las expediciones efectuadas en sus días, censura a los que buscan países productores de viñas salvajes, cuyas ramas se enredan en los troncos de los árboles; países donde hay encinas, donde se da el olivo y donde crecen todas las especies vegetales de Europa. ¿Para qué salir de los límí-

tes fijados por los trópicos? ¿Para qué buscar lo que produce Europa?

Hoy no es ése el cargo que se hace a aquellos hombres. Todo lo contrario. Se les reprocha, en inglés y en español, en un inglés traducido del español y en un vehemente español que con pocas variantes viene desde principios del siglo XIX, el abandono de las mejores tierras templadas, como son la de Chicora, Gualdape y Florida, en el norte; la de la pampa bonaerense, en el sur, y la de los llanos de Venezuela, por dirigirse a las serranías argentíferas y a los lavaderos donde se coge el oro.

The Spanish conquerors paid little attention to agriculture. For many decades the regions that were best adapted for farming colonies were shamefully neglected by the goldhunting Spaniards.

Los conquistadores españoles no prestaron atención a la agricultura. Durante muchas décadas, las regiones más adaptadas para colonias de labranza, fueron vergonzosamente descuidadas por los españoles, buscadores de oro.

Examinemos los cargos.

El cultivo de la cuenca del Mississipí y de las costas del Océano Atlántico, desde Virginia hasta la Florida, no pudo hacerse sino cuando los angloamericanos importaron millones de negros, aparte de los que produjo su propio criadero. Además, el desenvolvimiento no pudo empezar antes de que la revolución industrial del siglo XVIII les abriera un mercado de extraordinaria potencia adquisitiva para su algodón.

¿No es notable, en vista de esto, que Soto, después de haber recorrido inmensas extensiones durante varios años, convencido de que aquellas tierras no tenían ninguno de los atractivos de un Perú, acabara por formar la resolución de establecer una colonia junto al Mississipí, donde hoy está la Nueva Madrid, y otra en donde hoy se encuentra la Nueva Orleans?

De igual modo, desamparada Buenos Aires en 1541, por imposibilidad notoria de sostener aquel punto aislado, entre pueblos indígenas de una bravura singular, vuelve a poblarse, ya definitivamente, en 1580, aun cuando nunca se abandona el anhelo, y desde 1556, por lo menos, se expresa en una represen-

tación de *Los conquistadores viejos*, entre los que figura el mismo Juan Salazar de Espinosa, que había fundado la Asunción.

No debe causar extrañeza que Buenos Aires tardara tantos años en repoblarse, sino que hubiera habido quien se decidiera a ello con 60 vecinos, cuando vemos que para dominar el extenso territorio de la provincia, venciendo la rebeldía de los indios, ha sido necesario llegar hasta el siglo XIX, y que para la explotación agrícola han hecho falta, con centenares de miles de inmigrantes, el mercado de la superpoblaba e industrializada Europa.

Caracas no podía haber sido fundada antes del tiempo en que lo fué sino contando con una población de la que carecía España entonces. Desde 1555, al empezar los trabajos de colonización emprendidos por Juan de Villegas, hasta que en 1579 Caracas queda declarada residencia del gobernador de Venezuela, hay una lucha constante contra las tribus. En ella vemos las figuras legendarias de los conquistadores y pobladores, luchando con los caciques de la resistencia. Villegas echa las bases de Nuestra Señora de la Concepción y de Nuestra Señora de Barquisimeto; Villacinda funda a Valencia; Diego García de Paredes, a Trujillo, la ciudad ambulante, destruída, y creada de nuevo por Pablo Collado; el mestizo margariteño Fajardo intenta varios establecimientos y a él se debe la designación del sitio en que nació Caracas; Diego de Losada, el bravo entre los bravos, vuelve con ánimo de resucitar la extinguida población del valle de Caracas; Garci González prosigue el empeño debelador del indígena.

Guaicaipuro y Paramaconi llenan la trágica historia de esos años inciales, en que para edificar hay que pelear.

¿Pudo hacerse más?

Si el reproche consiste en que toda la España emigrante no se precipitara hacia Venezuela, preguntaré cuál hubiera sido el objeto de hacerlo. Había otros territorios en que la ganadería y la agricultura podían desarrollarse más rápidamente porque tenían población consumidora.

Además, pasada la faja costera venezolana, el llano, territorio aislante, ofrece obstáculos más que ventajas. Recuérdese lo que decía Humboldt sobre el esfuerzo secular necesario para

desbarbarizar con arado y azada la imponente extensión pecuaria.

Se cree que los conquistadores buscaban solamente el oro, y que por buscarlo desdeñaban la producción.

El oro no era una pasión española. Todos los pueblos sintieron antes y han sentido después la fiebre de los metales preciosos.

Es un error, sostenido en la ignorancia de la estructura social que presentan los países mineros, afirmar que la explotación de los metales preciosos significa el abandono de otras actividades. Los que dicen esto no conocen la técnica de la extracción metalífera. Nunca requiere ésta sino un pequeño número de brazos, que no merma el de los millones que cultivan la tierra. Pero los declamadores imaginan que toda la población mejicana, por ejemplo, se dedicaba a extraer metales para un grupo de esclavistas. Ignoran que en ningún tiempo los trabajadores de las minas de Méjico pasaron de unos cuantos millares. En los primeros años que siguieron a la llegada de Cortés, la minería no pudo ocupar el número de brazos que empleaba a fines del siglo XVIII, y mucho menos los que requería para sus labores en los últimos años del siglo XIX.

Véase un cuadro estadístico de Méjico, según el censo de 1895:

Población total de la República.....	12.491.573	habitantes.
Ocupaciones:		
Minería.....	79.205	—
Industria fabril.....	114.901	—
Comercio.....	195.634	—
Transportes, industrias domésticas, oficios, etcétera.....	602.953	—
Agricultura y ganadería.....	2.890.991	—

Si hubiera sido mejicano el capital con que se trabajaban las minas mejicanas en 1895, probablemente la producción agrícola se habría intensificado, y después de elevar los jornales habría acudido a la cooperación de inmigrantes.

En los siglos de la colonia la minería aplicó las utilidades al fomento de la producción agrícola y pecuaria, poblando zo-

nas que antes habían sido desiertos. Así se formó en la Nueva España el vergel de Guanajuato, cuyo territorio fué llamado por Humboldt la Lombardía de América.

Potosí ejerció su influencia en una gran porción del mundo austral, y aquel Cerro de la Plata, ansiosamente buscado por Ayolas, Irala y todos los pobladores de la primera Buenos Aires y de la Asunción, aquella Cólquide escondida más allá del mortífero Chaco, fué la vida de los pueblos del norte argentino. Gracias al Potosí, pudieron esos pueblos producir los artículos de que se mantuvo la segunda Buenos Aires.

De suerte que allí, como en Méjico, la minería se mostró benéfica para la actividad agrícola y pecuaria.

Aquellos españoles a quienes se estigmatiza por el desprecio con que ven el cultivo de la tierra, la fecundan cada vez que sacan de ella metales preciosos.

Otro prejuicio con que se habla sin examen de la conquista es el del supuesto desprecio del español por los oficios manuales. No hay tal desprecio. Los historiadores que al tratar de esto afectan la estimación más alta por el trabajo material nunca han tenido en sus manos un berbiquí, ni una gubia, ni un fuelle, ni un martillo, ni un arado, ni una podadera. Disertan elocuentemente sobre la nobleza de las artes industriales y la importancia vital de la agricultura, para hacer el elogio de los angloamericanos. Pero ignoran que los célebres *Pilgrim Fathers*, los idealizados héroes que fundaron la casta puritana de la Nueva Inglaterra, contaban entre sus innegables virtudes la de no labrar personalmente los campos de cuyos productos vivían. Si de las colonias anglosajonas del norte se pasa a las del sur, encontramos caballeros cuya fastuosidad se alimentaba con el trabajo de los esclavos negros y de los siervos rubios. Para no leer enfadosos trabajos de historia, puede acudirse a las deliciosas páginas de *Moll Flanders*, novela escrita por Defoe, quien explica minuciosamente cómo pasaban de las cárceles de Inglaterra a las plantaciones de América, hombres y mujeres que no iban precisamente por su voluntad, ni movidos por un amor desenfrenado al trabajo manual. El novelista de *Robinson* pinta una época y un aspecto de la colonización inglesa.

Todavía hoy ha podido escribirse en la *Quaterly Review* esto, que encuentro en el tomo correspondiente a 1921, y que suscribe W. R. Inge:

The Germans in South Brazil have lost their vigor; like our countrymen in South Africa, they sit under a tree and hire a coloured man to work for them.

Los alemanes del Brasil meridional han perdido su vigor. Como nuestros compatriotas en el Africa del Sur, se sientan a la sombra de un árbol y pagan a un hombre de color para que trabaje por ellos.

Con este preámbulo, que era indispensable, ya puede verse en su realidad objetiva la serie de las fundaciones.

No voy a repetir el orden sucesivo. Baste recordar que las Grandes Antillas son un centro de expansión y que de ellas se pasa por un lado a Venezuela, por otro al istmo y por otro a Méjico. La Nueva Granada toma una corriente pobladora para su parte interior. Los establecimientos de las costas se ligan con los que van a formarse en el océano Pacífico. El movimiento independiente que llega a la Asunción se une más tarde al que baja del Perú y al que cruza los Andes, procedente de Chile.

Ahora sigamos a aquellos hombres que, empezando por buscar sedas, marfil, aromas y especias, además de oro, encuentran oro, perlas, esmeraldas y plata. Sigámosles también cuando, en busca de plata, remontan el río de este nombre para quedar cautivos en el edén paraguayo. Adondequiera que vayamos con ellos, habremos de ver que, junto a su ensueño de riquezas prodigiosas, siempre llevan el pensamiento de la colonización, porque sin fijeza en el suelo y sin sus productos, tienen que renunciar a la quimera.

Se les acusa de abandonar las áreas de cultivo, como las pampas bonaerenses, y van precisamente a las áreas de cultivo para intensificar el del cereal americano y para introducir los del Viejo Mundo. La Nueva España, la Nueva Granada, Venezuela, el Perú, Chile y el norte argentino recibirán en breves años los beneficios de los animales de labranza y del arado, desconocidos en el Nuevo Mundo.

Donde el azteca y sus aliados o rivales, donde el chibcha,

donde los súbditos del poder incaico practican el riego, se aclimatarán más fácilmente todas las especies animales y vegetales en que se funda la superioridad del Viejo Mundo sobre el Nuevo, porque allí encontrarán, aun dentro de los trópicos, la altura necesaria para que prosperen el trigo, la vid y la oveja. ¿No uno de los hechos que más asombraron a Humboldt fué precisamente la escasa altura en que cultivaban el trigo los venezolanos? En el siglo XVI, Tocuyo exportó trigo, y después el país tuvo productos agrícolas más remuneradores.

Lejos de ser un absurdo abandonar tierras bajas por tierras elevadas, fué un acierto, siendo como eran esas tierras elevadas las de la Nueva España, las de la Nueva Granada y las del Perú.

¿Acaso la caña de azúcar no se cultiva en el valle de Cuernavaca, por Hernán Cortés, a 1.500 metros sobre el nivel del mar?

¿Y en la Nueva Granada, no la vemos hasta el nivel de los 2.000 metros?

Como en Venezuela, el trigo se daba en la vecindad inmediata del café y de la caña de azúcar.

Examinemos de cerca este aspecto del conquistador.

Todo ejército tiene su intendencia. La del conquistador está en las Antillas. Después irá moviéndose. En su segundo viaje, Colón lleva las famosas ocho puercas. Con ellas desembarcan también vacas y yeguas. Para las tareas de fundación, la corona había dispuesto que pasaran veinte labradores. El trigo, primera ilusión, se dió a los cuarenta días; pero vino el desengaño. En las Antillas el cereal importado de Europa no pasaba de ser un adorno muy interesante para la jardinería colonial. Se hizo un ensayo en los lugares montañosos, y después de discutir varios años si aquella explotación era costeable, acabó por desistirse de proseguir el intento. Sólo Cuba tuvo una feliz experiencia, localizando la producción del trigo.

Los veinte labradores de Colón adolecieron, y el clima los inutilizó. La primera fundación española, si no contamos la de los 39 españoles que dejó el almirante en el fuerte construído con el maderamen de la *Santa María*, sólo quedó señalada por un recuerdo lúgubre.

Para hacer pan, con cereal europeo allí cultivado, se molió la cebada.

Los pobladores de la Isabela que no perecieron o no abandonaron la isla, aprendieron a comer pan cazabe, y los que no se acostumbraron a la nueva alimentación, dependieron de España para la provisión de trigo.

Sin embargo, la fiebre del oro no dominó a todos, y muchos empezaron la explotación de la ganadería y de la agricultura.

Se funda Santo Domingo. Nacen Concepción de la Vega, Santiago y Bonao.

En 1497 los Reyes envían un refuerzo de 330 artesanos. Con ellos va al Nuevo Mundo el factor más poderoso de la organización iniciada.

El comendador de Lares, Frey Nicolás de Ovando, llega en 1502. Funda la Verapaz, que es posteriormente Santa María del Puerto de Yaguana; la Buenaventura, San Juan de la Maguana, Puerto de Plata, Puerto Real, Lares de Guahaba, Higuey, la Sabana y Yaquimo.

La isla ya tiene aspecto de colonia europea.

A Ovando se le había ordenado que llevara 200 familias. En todos los pueblos castellanos empezó a pregonarse con trompetas y atabales que recibirían premio todos los que pasaran a las India y cosecharan allí trigo, arroz, vino y aceite.

Como siempre, o como la mayoría de las veces, el efecto producido no fué el que se buscaba, pero sí el mejor que podía resultar.

En vez de trigo, arroz, vino y aceite, la isla dió abundantemente algodón, caña y cueros.

Ya en 1518 decía el licenciado Alonso Zuazo:

> Hállanse hatajos de vacas que se perdieron en número de 30 ó 40, señaladas con su hierro, e a cabo de tres o cuatro años parecen en los montes en número de 300 ó 400. Otro tanto es de los puercos e ovejas e yeguas e de los otros ganados.

El buen conquistador es buen ganadero. Antes que nada, ya lo hemos visto, compra puercos y los lleva consigo, vivos o salados. Sobre todo, se procura puercas de vientre. Sebastián de Benalcázar denota que es hombre de experiencia cuando sale

BIBLIOTECA PROVINCIAL · BADAJOZ

de Quito arreando su manada de puercas. Busca *El Dorado;* pero no olvida que ha de conseguirlo, si lo consigue, atendiendo primeramente a lo que le enseñan sus treinta años de adalid centroamericano. El ganado porcino de la Nueva Granada es don de Benalcázar.

Hernando de Soto, que por algo tenía también una larguísima experiencia americana, hacía mucho caso de los puercos. Cuando volvió de los *Vaqueros* al Mississipí, halló una puerca que a la ida se le había perdido. Estaba parida, con 13 lechones, todos señalados, cada uno con diferente señal, lo que se explicaba por habérselos repartido los indios.

Como Soto llegó a tener más de 300 cabezas, daba a algunos caciques para que criasen. Cuando el jefe murió, todavía después de hacer tocino, los sucesores se reservaron docena y media, "porque no tenían perdida la esperanza de poblar, cerca de la mar, si hallaban buena dispusición".

Valdivia habla también de los cerdos diciendo: "De las dos porquezuelas y cochinillo que salvamos cuando los indios quemaron esta ciudad, hay ya ocho o diez mil cabezas..."

Domingo Martínez de Irala, al dejar en la isla de San Gabriel su notable explicación para que se guiasen los que pretendieran ir a la Asunción desde el estuario, tuvo la precaución y el cuidado de abandonar allí unos puercos, que, reproduciéndose, sirviesen de matalotaje. Recomendaba a los expedicionarios que no sacrificasen todos los animales, sino que "se conservara un casal para perpetuar la casta", a fin de que cualquiera otro viajero encontrara allí medios de subsistencia, entre los que se contaba también un depósito de maíz y fríjoles, nombre que da a esta leguminosa, llamada después poroto en la América del Sur.

El cerdo acompaña a los conquistadores desde el río Mississipí hasta el de la Plata y el Biobio.

El licenciado Zuazo prosigue:

> Están los montes llenos de algodón, e agora hago hacer ingenios para lo limpiar.

El algodón se da todavía con más abundancia en la isla de Jamaica.

Y esto del algodón —dice Las Casas— fué la primera granjería que aquellos españoles en aquella isla tuvieron; porque hacían hacer a las gentes della, en especial a las mujeres, grandes telas de algodón, y camisas, y hamacas, de que usábamos por camas, y traíanlos a esta isla (esto es, a Santo Domingo), y a la de Cuba, y a la Tierra Firme, desque fueron españoles a ellas, y las vendían, de donde llevaban vino y harina de Castilla, y aceite, y vinagre, y ropa de lienzo y de paño, y otras cosas que de Castilla venían, y ellos habían menester. Y desta isla llevaban ganados y yeguas, de que allí se han bien multiplicado. Llevaban o venían de Tierra Firme a les comprar caçabi, maíz, e hamacas, y telas que compraban los marineros para hacer velas, de los indios, y carabelas, que por estas islas andaban al tracto.

Después de los ganados y del algodón, Zuazo menciona uno de los artículos de producción cuya importancia fué creciendo:

Hay asimismo cañaverales de azúcar de grandísima admiración: la caña, tan gruesa como muñeca de hombre, e tan larga como dos estados de mediana estatura. Ya también se les consiente hacer ingenios para hacer el azúcar, que será una cosa de grandísima riqueza.

Tanto o más que la locura del oro reinaba la de la caña. Desde que Cortés rodeó el valle de Méjico y entró en el de Cuernavaca para preparar el sitio de la capital azteca, probablemente quedó enamorado de esa tierra, que reúne los encantos del clima tropical y las ventajas de los templados. Allí edificó un palacio el conquistador, y pocos años después de tomada la gran ciudad enemiga, ya tenía trapiche.

Méjico exportaba azúcar al Perú; pero inmediatamente uno de los pobladores de este país inició la siembra de caña, y aquella corriente mercantil quedó detenida.

¿En la Nueva Granada la caña de azúcar entró por el puerto de Buenaventura, es decir, por el océano Pacífico? Dejemos la cuestión de primacía, curiosa como es. Por ahora sólo hay que ver el hecho, y no sus circunstancias, para abreviar.

No bien se hubo poblado el Tucumán, empezó a ser azucarero.

El Paraguay enviaba muestras de azúcar a Sevilla en 1556,

o sea antes de los veinte años de su fundación. Esto fué obra de los primeros conquistadores.

Hay un hecho, o más bien una cadena de hechos, muy sugestivos. Cuando los conquistadores pierden contacto unos con otros, adquieren noticias por las aves de corral. De esto tenemos tres casos. Y seguramente habrá otros muchos.

Hemos visto cómo se embarcan los supervivientes de la expedición de Soto y cómo siguen la línea de la costa para llegar a la de la Nueva España. Cuando calculan que están cerca de la desembocadura del río Pánuco, desembarcan algunos para practicar un reconocimiento. Se dividen en grupos.

... y los unos truxeron un medio plato de barro blanco, de lo muy fino que se labra en Talavera, y los otros una escudilla quebrada del barro dorado y pintado que se labra en Malosa, y dixeron que no habían hallado otra cosa, y que eran muy buenas señales y muestras de estar en tierra de españoles.

Pero hallaron algo mejor, y fué que los indios no sólo hablaban español, sino que había entre ellos quien lo leyera y escribiera. Nada ha de haber sido tan alentador como que los naturales poseyesen animales domésticos europeos.

... y con toda priesa tomaron dos cestillas de guayabas que los indios habían cogido, y un poco de zara (maíz) que hallaron en una choza, y un pavo de los de tierra de Méjico, que en el Perú no los había, y un gallo y dos gallinas de las de España, y un poco de conserva hecha de unas pencas de un árbol llamado maguey...

Cuando Pizarro hizo el descubrimiento de Túmbez, bajó a tierra un soldado, Alonso de Molina, con un gallo, un puerco y un negro. Después bajó el artillero griego Pedro de Candía. Pasadas las escenas cómicas de la sorpresa que causó aquel hombre pintado que no se desteñía, aquel animal gruñón y el que cantaba, diciendo *Atahualpa*, según creían oír los indios, Pizarro dejó gallinas para casta. El español también se quedó entre los indígenas. Y cuando, años más tarde, llamó Pizarro a aquella puerta ecuatoriana del Perú, ya Alonso de Molina había desaparecido; pero el curaca local hizo a los españoles un presente de gallinas.

Juntamente con ellas, el cacique había hecho cría de cerdos.

Tenemos otro ejemplo, corriéndonos mucho más hacia el Sur. Diego de Rojas, conquistador de Méjico, y Felipe Gutiérrez, que lo había sido de la América Central, obtuvieron una concesión para bajar del Alto Perú al puesto de los Tumbúes, donde Caboto estableció un fuerte. Los nuevos conquistadores del Río de la Plata llevaban 200 hombres, divididos en tres grupos, y uno de éstos encontró indios que hablaban español y que tenían gallinas, señal de que ya la tierra había entrado bajo la denominación que los expedicionarios pretendían establecer.

Entre los tópicos que más interesaron a los colonizadores de la América del Sur, se repite el de saber a qué altura de los Andes la gallina se hacía estéril.

Preocupación o realidad, ello es que lo discutían.

El Inca escribe sobre esto un pasaje de mucho interés:

> Y por ser cosa notable —escribe el autor de los *Comentarios Reales*—, es de saber que las gallinas no sacaban pollos en la ciudad del Cozco, ni en todo su valle, aunque les hacían todos los regalos posibles, porque el temple de aquella ciudad es frío. Decían los que hablaban desto, que la causa era ser las gallinas extranjeras en aquella tierra, y no haberse connaturalizado con la región de aquel valle, porque en otras más calientes, como Yucay y Muyna, que están a cuatro leguas de la ciudad, sacaban muchos pollos. Duró la esterilidad del Cozco más de treinta años, que el año de 1560, cuando yo salí de aquella ciudad, aun no los sacaban. Algunos años después, entre otras nuevas, me escribió un caballero que se decía Garci Sánchez de Figueroa que las gallinas sacaban ya pollos en el Cozco, en gran abundancia.

Pormenores como éste llenan muchas páginas de las crónicas de los conquistadores.

Todo poblador tenía que ver mucho y muy de cerca los menesteres de labranza, ganadería y economía doméstica.

Cortés sale para la que iba a llamar Nueva España con pocos elementos de los que necesita un fundador. En este punto, Soto, que era riquísimo, y que contaba, además, con la experiencia de todos los que le habían precedido, es un modelo de pre-

visión. Primeramente procuró y obtuvo que se le hiciese gobernador de Cuba, pues de ese modo tendría base americana su conquista.

La gobernación de Cuba pidió Hernando de Soto con mucha prudencia, porque es cosa muy importante para el que fuere a descubrir, conquistar y poblar la Florida.

El cronista de Soto dice que éste no saló de España sin llevar "mucho hierro, acero, barretas, azadas, azadones, serones, sogas y espuertas, cosas muy necesarias para poblar".

Otra era la situación de Cortés. Cuba no estaba sometida a su autoridad, sino él a la de Diego Velázquez. Le faltaba dinero. Y, por último, ni había mercado en que surtirse, ni era prudente hacer ostentación de miras colonizadoras faltando la debida autorización.

No bien hubo ganado la gran ciudad, Cortés habla constantemente de los elementos de cimentación. Se encontraba aislado, al frente de un pequeño grupo europeo, con aliados indios, pero sin que desapareciese la posibilidad de un alzamiento. Había fundado tres villas españolas, e iba a hacer la primera experiencia americana de establecimiento de una populosa ciudad indígena, señoreada por españoles.

Pidió armas y artillería. Envió para ello fondos a Sevilla. Pero la Casa de Contratación, en donde dominaba la influencia del obispo D. Juan de Fonseca, desoía las peticiones de Cortés. El conquistador dispuso que saliesen exploradores a buscar cobre y estaño para fabricar piezas de artillería. Buscando esos metales, se halló también hierro. Para municiones, envió a que se sacase azufre del Popocatépetl. Recogió buen salitre. Compró una media culebrina, de los bienes que pertenecieron al adelantado Juan Ponce de León. Tomó cañones de los navíos que llegaban. Finalmente, pudo informar al Emperador que había reunido 70 piezas de artillería.

Así que ya, loado sea Dios, nos podemos defender.

Faltaban caballos. ¿Cómo hacer tantas entradas a Pánuco, a Michoacán, a Colima, a Oajaca y a Tabasco sin animales de silla y de basto?

En Cuba se prohibió la saca de yeguas, para conservar el monopolio. Cortés levanta su queja y pide a la corona que no haya taxativas en el envío de ganado caballar. Hay un rasgo muy curioso en la carta que contiene estos particulares. Cortés dice a Carlos V que él tendría medio para vencer la resistencia de los ganaderos antillanos, aun sin acudir a la autoridad reguladora. Con prohibir que se descargaran en Veracruz los artículos exportados por las Antillas, permitiendo sólo la entrada de yeguas, aquellos ganaderos cederían en su oposición, que era insensata, puesto que el comercio de la Nueva España enriquecía a las islas.

Viene a continuación un párrafo demasiado elocuente para que sea preciso explicar su contenido:

> También he hecho saber a Vuestra Cesárea Majestad la necesidad que hay que a esta tierra se traigan plantas de todas suertes. Y por el aparejo que en esta tierra hay de todo género de agricultura, y porque hasta agora ninguna cosa se ha proveído, torno a suplicar a Vuestra Majestad, porque dello será muy servido, mande enviar su provisión a la Casa de la Contratación de Sevilla, para que cada navío traiga cierta cantidad de plantas, y que no pueda salir sin ellas, porque será mucha causa para la población y perpetuación della.

Todavía hay algo más importante, y son las *Ordenanzas* dadas por Cortés para que las tierras se poblaran y para que tanto los españoles como los naturales se perpetuaran. El fin de las *Ordenanzas* de Cortés era que no se repitiese en Méjico un esquilmo destructor. De allí el descontento que causaron sus disposiciones.

Cortés ve la cuestión indígena con profundidad y la resuelve genialmente.

El indio de Méjico es superior al de las islas y al del istmo. Vacila en imponerle un yugo, y si después de muchas deliberaciones resuelve adoptar para la Nueva España el sistema de las encomiendas, lo hace reglamentando el servicio para que no pese de un modo abrumador sobre las espaldas de la raza vencida. Crea exenciones en favor de algunas ramas indígenas que han sido auxiliares del conquistador. Y, finalmente, procura que de

hecho una gran masa de la población indígena goce de plena libertad.

Hay para Cortés cuatro clases de indios:

1.ª Los que eran esclavos antes de la conquista, y que se destinan al trabajo de las minas. A esta clase se asimila otra clase de indios esclavizados durante la guerra por determinados actos de rebelión.

2.ª Los indios encomendados a los españoles para que trabajen, dando tributo a los encomenderos o ayudándoles en sus granjerías.

3.ª Los indios que como amigos se hacen acreedores a una exención de restricciones y que serán el nervio de la colonización de los territorios despoblados.

4.ª Los que, sin merced especial, por vivir en grandes centros urbanos o por otras causas, formen la masa de labradores y artesanos.

Esto aparece en la *Tercera* y en la *Cuarta Relación*, que son documentos fundamentales de la conquista de América.

Por una carta mía hice saber a Vuestra Majestad cómo los naturales destas partes eran de mucha más capacidad que no los de las otras islas, que nos parecían de tanto entendimiento y razón cuanto a uno medianamente basta para ser capaz, y que a esta causa me parecía cosa grave por entonces compelerles a que sirviesen a los españoles, de la manera que los de las otras islas, y que también, cesando aquesto, los conquistadores y pobladores destas partes no se podían sustentar...

Estableció, pues, las encomiendas a más no poder:

... fuéme casi forzado —dice— depositar los señores y naturales destas partes a los españoles, considerando en ello las personas y los servicios que en estas partes a Vuestra Majestad han hecho, para que en tanto que otra cosa mande proveer, o confirmar esto, los dichos señores y naturales sirvan y den a cada español a quien estuvieren depositados lo que hubieren menester para su sustentación. Y esta forma fué con parecer de personas que tenían y tienen mucha inteligencia y experiencia de la tierra. Y no se pudo ni puede tener otra cosa que sea mejor, que convenga más, así para la sustentación de los españoles, como para conservación y buen tratamiento de los indios...

Este es un aspecto de la cuestión del trabajo indígena, tal como la planteaba el conquistador, que muestra sus continuas meditaciones.

El número de los esclavos que manda herrar y vender en almoneda es muy corto, y el sistema se abandona por ineconómico, pues nadie quiere tener esclavos en tierra de tanta población estable, pacífica y laboriosa.

Lo más importante es su criterio sobre el trabajo libre. El pasaje de la *Cuarta Relación* encierra un dato fundamental.

Se reconstruye la capital azteca. Se hace la repartición de solares a los vecinos. Se procede al nombramiento de regidores. Pero cree Cortés que conviene dar confianza a los indios, y restablece la magistratura del *cihuacoatl* azteca.

Y para que más autoridad su persona tuviese, tornéle a dar el mismo cargo que en tiempo del señor tenía, que es ciguacoat, que quiere tanto decir como lugarteniente del señor. Y a otras personas principales, que yo asimismo de antes conocía, les encargué otros cargos de gobernación desta ciudad, que entre ellos se solían hacer. Y a este ciguacoat y a los demás les dí señorío de tierras y gente, en que se mantuviesen, aunque no tanto como ellos tenían, ni que pudiesen con ellos ofender en algún tiempo. Y he trabajado siempre de honrarlos y favorecerlos. Y ellos lo han trabajado y hecho tan bien, que hay hoy en la ciudad poblados hasta treinta mil vecinos, y se tiene en ella la orden que solía en mercados y contrataciones. Y héles dado tantas libertades y exenciones, que de cada día se puebla en mucha cantidad, porque viven muy a su placer, que los oficiales de artes mecánicas, que hay muchos, viven por sus jornales entre los españoles, así como carpinteros, albañiles, canteros, plateros y otros oficios. Y los mercaderes tienen muy seguramente sus mercaderías, y las venden. Y las otras gentes viven, dellos de pescadores, que es gran trato en esta ciudad, y otros de agricultura, porque hay ya muchos dellos que tienen sus huertas, y siembran en ella toda la hortaliza de España de que acá se ha podido haber simiente. Y certifico a Vuestra Cesárea Majestad que si plantas y semillas de las de España tuviesen, y Vuestra Alteza fuese servido de nos mandar proveer dellas, como en la otra *Relación* lo envié suplicar, según los naturales destas partes son amigos de cultivar las tierras y de traer arboledas, que en poco espacio de tiempo hobiese acá mucha abundancia, de que no poco ser-

vicio pienso yo que redundaría a la Imperial Corona de Vuestra Alteza, porque sería causa de perpetuarse estas partes, y de tener en ellas Vuestra Sacra Majestad más rentas y mayor señorío que en lo que agora, en el nombre de Dios Nuestro Señor, Vuestra Alteza posee. Y para esto puede Vuestra Alteza ser cierto que en mí no habrá falta, y que lo trabajaré por mi parte cuanto las fuerzas y poder me bastare.

Debe tenerse en cuenta que estos indios, exentos de esclavitud y servicio, fueron, como ya dije, verdaderos conquistadores y pobladores de extensos territorios mejicanos.

La experiencia antillana había sido negativa por varias razones. Cortés, como casi todos los contemporáneos, culpaba a los españoles, acusándolos de no tener fijeza. Eran por ello esquilmadores y destructores.

Como muchas veces lo he dicho, destruir entonces significaba despoblar, aun cuando no fuese en el sentido de exterminar la población, sino más bien de ahuyentarla y desparramarla.

Estos efectos se atribuían principalmente al trabajo de las minas, que, efectivamente, cayó como una plaga sobre el indígena. Pero no menos duro fué el de la agricultura.

Los pueblos antillanos, sobre todo los sedentarios y pacíficos, eran de una debilidad orgánica que justificaba estos calificativos: "gentes flacas, delicadas y tiernas de complexión". No se habían disciplinado en el esfuerzo que exige una agricultura de riego, como la mejicana y la andina. Ni hijos de príncipes, decía Las Casas, podían sufrir menos trabajos que ellos. Estaban condenados a desaparecer en masa. Con amos buenos, y aun angelicales, no se hubieran sobrepuesto a las pestes que los arrebataban, como sucede siempre que hay contactos de razas en distintos planos de civilización, ni hubieran podido contrarrestar el desaliento que los llevaba al suicidio individual y colectivo.

Las encomiendas, que se basaron en un plan de protección, quedaron desnaturalizadas por concederse a cortesanos ausentes y a residentes con ansia de abandonar la tierra. Otra causa de que la institución se hiciese odiosa fué que la autoridad pública no individualizaba los indios, sino que los daba por número, llenando constantemente las faltas originadas por la fuga, por la incapacidad o por la muerte. No había, por lo tanto, un freno

de interés que moderase las crueldades con que era tratada la raza indígena.

Pero cuando ya nada queda por decir contra aquellos encomenderos antillanos, es preciso reconocer que no hubiera habido régimen de trabajo, aun el más caritativo, para aquella flaca gente. Una experiencia hecha por Rodrigo de Figueroa demostró que aislados, entregados a sí mismos, lejos de multiplicarse, iban desapareciendo. Observadores como Fr. Bernardino de Manzanedo pensaban que la raza indígena de las Grandes Antillas estaba destinada a extinguirse, aun tratada con dulzura.

Los cálculos hiperbólicos que se han aventurado sobre la población precolombina de las Grandes Antillas no son indiferentes para quien desee apreciar los hechos. Suponer que en la isla Española hubiera habido, no ya los tres y aun los cinco millones de habitantes que a veces calcula el obispo Las Casas con su aritmética fulgurante, sino el millón, que es su término más bajo, esa población suponía un adelanto agrícola suficiente para que cupieran holgadamente como amos, no uno ni diez, sino muchos millares de españoles.

Con una densidad apreciable de población indígena no hubieran erogado los dominadores las sumas, para ellos enormes, que les costaba la importación de negros, después de haber fracasado en el salteamiento de indios lucayos y de Tierra Firme.

Hay un aspecto de esta cuestión demográfica que no se ha tenido en cuenta, y es el factor del mestizaje para la desaparición del indio antillano.

Esto no se ocultó a los contemporáneos. Véase lo que se decía en la exposición dirigida por un obispo al Rey:

> Señor: los indios se van acabando, porque los españoles, a falta de mujeres, se casan con indias. Indio que puede haber una de ochenta años, lo tiene a buena ventura.

La india servía en la casa como cocinera o como camarera. Esta india era manceba del español soltero. El que había dejado a su mujer en España, tenía india combleza.

El Rey D. Fernando sabía todo esto, y le dice a D. Diego Colón:

Cerca de las indias que hacen yerros a sus maridos, no os hagáis rigurosamente si los maridos no acusan; pero a los cristianos castigadlos, de modo que aquéllos no lo sepan, para evitar escándalo.

Esto es en 1505. Y seis años después moderaba el excesivo celo. Bien estaba que no hubiera juego, ni perjurios, ni amancebamientos, ni otras muchas cosas de que Dios es deservido.

Pero esto débese fazer sin escandalizar a los que no quisieren casarse, porque ya vos sabéis que en estos reinos, ni en otros de la cristiandad, a los que no quieren casarse nadie los apremia para ello, y sería mejor se apremie en estos reinos, que están poblados y arraigados, que no en esas partes, que nuevamente se pueblan, y para con Dios cúmplese con procurar que se casen, sin les fazer premia ni ley para que lo fagan, cuanto más que esto toca a los perlados e no a vos.

Hay toda una categoría social de españoles que por estar casados con hijas de caciques para tener derecho a mandar sobre indios como herederos del señorío indígena, adquirían perpetuidad en las encomiendas. El hijo de estos matrimonios era español, era encomendero y era cacique. Una espada, una rodela, una coraza y un perro le daban preeminencia de poblador; su ascendencia indígena, título cacical.

De las islas pasó a todo el continente uno de los factores de las nuevas sociedades, que fué el mestizaje. Legalmente, el hijo de español casado con india era español; socialmente, el bastardo del español también figuraba como español si el padre cumplía con sus deberes, como en el caso de Cortés y su hijo Martín el mestizo, en el de Pizarro y en el de Almagro, procreadores también de mestizos.

Pero aun el indio de sangre pura sufrió un cambio profundo al recibir los animales domésticos, los útiles de labranza, las semillas, los instrumentos y todo lo que Cortés menciona como indispensable para la cimentación de Méjico.

Es pasmosa la rapidez con que se propagaran las especies animales y vegetales de Europa en los países americanos, y lo es la presteza con que se introdujeron las artes mecánicas.

López de Gómara cuenta el origen legendario del trigo.

Un negro de Cortés que se llamaba, según pienso, Juan Garrido, sembró en un huerto tres granos de trigo que halló en un saco de arroz. Nacieron los dos, y uno de ellos tuvo ciento ochenta granos. Tornaron luego a sembrar aquellos granos, y poco a poco hay infinito trigo: da uno ciento, y trecientos, y aun más lo de regadío y puesto a mano. Siembra uno, siegan otro, y otro está verde, y todo a un mesmo tiempo, y así hay muchas cogidas por año. A un negro y esclavo se debe tanto bien.

El negro habla de este modo:

Dize que él, de su voluntad, se vino a tornar cristiano a Lisboa, y estovo en Castilla siete años, y vino a Santo Domingo, y estovo otros tantos, de donde hizo algunas entradas en otras yslas, de donde fué a San Joan de Puerto Rico, y estovo mucho tiempo, y después vino a esta Nueva Spaña, y se halló en la toma desta cibdad de México y en las demás conquistas, y después con el Marqués a la ysla, y que fué el primero que coxió y sembró trigo en esta tierra, de la cual ha venido aver lo que al presente ay; y truxo a esta Nueva Spaña muchas semillas de verdura, y ques casado y tiene tres hijos, y está muy pobre...

Bien podemos creer en el negro Garrido, aun considerando fabulosos los tres granos de que habla Gómara. Si el negro, como él dice, llevó muchas semillas de verdura, no es fácil que omitiera la diligencia de llevar trigo. Todo puede ser.

Hay una leyenda sobre el origen del trigo para cada conquista. Como Juan Garrido en Méjico, Inés Muñoz en Lima, halla algunos granos de trigo dentro de un barril de arroz. Pero Garcilaso atribuye a María Escobar el papel de Ceres limeña. En Quito, un fraile franciscano, el P. José Rixi, natural de Gante, es el iniciador del cultivo, y allí se conservaba el tarro en que fueron los primeros granos. Estas noticias revelan todo lo que significaba la introducción de los cereales europeos.

Se da a la historia poesía de leyenda. López de Gómara, con su laconismo de refinado, dice, hablando de los primeros trabajos hechos en tiempo de Cortés como fundador de Méjico:

Españoles han puesto morales para seda, sembrado trigo y criado ganados, y todo se da muy bien, que Francisco de Terrazas cogió seiscientas hanegas, de cuatro que sembró.

Las cuatro hanegas de Terrazas emulan con los tres granos de Garrido.

Lo que aquí se dice de Méjico, en lo relativo a empeño por la agricultura, puede aplicarse a las fundaciones hechas desde Durango hasta El Salvador.

En Centroamérica, ya desde los días inmediatos a la conquista, pudo informar un curial: "si no es aceite, de necesidad no falta cosa acá para sostenerse los hombres, e aun buen aceite se hace de pepitas de cuesco de mameyes, sino que no hay cantidad". En Nicaragua, los registros hablan de españoles que son sastres, zapateros, carpinteros, cerrajeros, espaderos y silleros. Lo mismo se ve en Méjico y en las otras ciudades fundadas por los conquistadores.

En 1539, el doctor Robles, oidor de Panamá, escribía a la corte:

"Si la mudanza de esta audiencia se hiciere a Lima, suplico se nombre otro oidor, y a mí me dejen aquí para gobernar, pues tengo mi casilla y modo de vivir, con mi mujer e hijos... Incito a fabricar edificios perpetuos, a plantar viñas y otras plantas, haciendo entender a las gentes las buenas cualidades de la tierra.

De estas buenas cualidades poco tenía que enseñar el oidor, pues los ganaderos Luque, Pizarro y Almagro se le anticiparon.

Verdad es que la gente de Panamá, como habitadora de un lugar de tránsito, tendía a la inquietud; pero bien sabía sacar partido de lo que más convenía. Era mucho lo que ganaba con los transportes. Para ello tenía recuas de mulas, compraba negros y fabricaba embarcaciones.

En Natá y en la Villa de los Santos había labradores ricos, entre los que se contaban muchos indios libres.

Rodríguez Fresle, en su curiosísimo *Carnero*, cuenta cómo llegaron las primeras simientes a la Nueva Granada, llevadas por el licenciado Jerónimo Lebrón,

... el cual, con las nuevas que le dieron los soldados que habían bajado de este reino, de las riquezas que había en él, le vino voluntad de ir a gozar de ellas. Entró en este Nuevo Reino, habiendo partido de Santa Marta por el año de 1540, con más de doscientos

soldados, trayendo por guías y pilotos los soldados que de este reino habían bajado con los generales (Benalcázar, Jiménez de Quesada y Federmann), por cuyo consejo trajo hombres casados y con hijos, y otras mujeres virtuosas, que por ser las primeras, casaron honrosamente. Trajo asimismo las mercaderías que pudo, para venderlas a los conquistadores, que carecían de ellas, y se vestían de mantas de algodón, y calzaban alpargatas de lo mismo. Fueron éstas las primeras mercaderías que subieron a este reino, y las más bien vendidas que en él se han vendido. Los capitanes y soldados viejos que con él venían, trajeron trigo, cebada, garbanzos, habas y semillas de hortaliza, que todo se dió bien en este reino, con que se comenzó a fertilizar la tierra con estas legumbres, porque en ella no había otro grano sino era maíz, turmas, arracachas, chugas, hibias, cubias, otras raíces y frijoles, sin que se tuviera otras semillas de sustento.

Tres años después entró el gobernador D. Alonso Luis de Lugo, llevando mucha gente. El introdujo las primeras vacas, vendiéndolas a mil pesos de oro por cabeza.

Pedro Cieza de León, el cronista y geógrafo viajero que describe lo que ha visto desde Urabá hasta Potosí, recorriendo "bien mil y docientas leguas", no cesa de mencionar las siembras de trigo, según lo que pudo observar antes de que mediara el siglo XVI.

Empieza sus notas en Panamá. Hablando de los vecinos, dice que "son contratantes y no piensan estar allí más tiempo de cuanto pueden hacerse ricos". Hay, sin embargo, españoles, probablemente de los viejos, o hijos de los conquistadores, ya todos muertos, con estancias y granjerías, donde "han plantado muchas cosas de España, como son naranjos, cidras, higueras".

La más sustanciosa de las noticias es la de no ser la tierra apropiada para el trigo, por lo que el pan sale menos caro importando la harina.

En el término desta ciudad no se da trigo ni cebada. Los señores de las estancias cogen mucho maíz, y del Perú y de España traen siempre harina.

De modo que Panamá descubre, conquista y puebla el Perú, para que el Perú le envíe harina.

Cieza de León deja a un lado la costa venezolana. Pero por el P. Pedro Simón se sabe que a mediados del siglo XVI, como ya lo dije arriba, del Tocuyo salían provisiones de trigo destinadas a Coro, a la isla Española y a Cartagena de Indias. También se cultivaba el arroz.

Es de importancia para el asunto la transcripción íntegra del pasaje dedicado por el P. Simón al cultivo del valioso cereal europeo, pues además de los datos que contiene vemos allí reflexiones de climatología, reveladoras de la acucia con que se procuraba el fomento de la agricultura.

Son abundantes estas dos ciudades, Tocuyo y Baraquicimeto (que en todo corren casi igual fortuna), de todas frutas de la tierra, y en especial el Tocuyo de las de España, como son uvas, melones, higos, granadas y toda hortaliza, mucho y muy buen trigo, en especial en los valles de Quibor, que está cinco leguas de la ciudad. Causa extrañeza que se pueda dar trigo, por ser tierra calidísima, y por haberse visto en pocas o ningunas partes darse en tierras tan calientes. Pero a mí me pareció ser la causa de cogerse tanto y tan bueno aquí, el regarse las sementeras con una quebrada de una buena molada de agua que baxa de las cumbres de una serranía, que por baxar algo fresca y regarse de noche, refresca la tierra, dándole el temple que pide el trigo, contra el que naturalmente tiene la tierra, que de suyo sólo es apta para dar sus frutos naturales, como son plántanos, mameyes y otros. Da también mucho y muy buen arroz. El trigo con tanta abundancia, que del de los dos valles dichos se sustentan las ciudades del Tocuyo, Baraquicimeto, Carora, la laguna de Maracaybo, Coro, y embarcan buena parte de harinas dello, a las ciudades de Santo Domingo y Cartagena.

Humboldt, que no se moría de amor por los conquistadores, trata desde un punto de vista general esta cuestión del trigo y da pormenores que corroboran los datos del P. Simón respecto de Venezuela.

Las buenas cosechas de Egipto y de Argel, como las de los valles de Aragua y las del interior de la isla de Cuba —dice el autor del *Viaje a las regiones equinocciales*—, prueban suficientemente que el aumento de calor no es perjudicial para la producción del trigo y de otras semillas alimenticias, a menos que venga acompañado de

un exceso de sequedad o de humedad. A esta circunstancia indudablemente debe atribuírse el conjunto de aparentes anomalías que observamos entre los trópicos, por lo que se refiere al límite inferior del trigo. Nos sorprende ver al oriente de la Habana, en el famoso distrito de las Cuatro Villas, que este límite descienda casi hasta el nivel del océano, en tanto que al oeste de la Habana, en el declive de las montañas de Méjico y Jalapa, a 677 toesas, o sea 1.320 metros de altura, llega a tal grado la exuberancia de la vegetación, que el trigo no puede espigar. En los primeros tiempos de la Conquista española, el cereal europeo se cultivaba con resultados favorables en varias regiones tenidas hoy por excesivamente cálidas o por demasiado húmedas para este ramo de la agricultura. Los españoles trasladados a América, bajo la presión de hábitos tradicionales, no se resolvían a hacer del maíz la base de su alimentación, y esto les impedía ver que el trigo sería menos productivo que el café o el algodón. Experimentaban todo género de semillas, y hacían esto con tanta mayor audacia cuanto que sus razonamientos no tenían la traba de las falsas teorías. La provincia de Cartagena, cruzada por la cadena montañosa de María y Guamoco, producía trigo hasta fines del siglo XVI, y en la provincia de Caracas este cultivo, iniciado desde los primeros tiempos, se localizó en las anfractuosas tierras de Tocuyo, Quibor y Barquisimeto, que ligan la cadena del litoral con la Sierra Nevada de Mérida. Todavía se cultiva allí el trigo, y los alrededores de Tocuyo exportan más de ocho mil quintales de excelente harina. Pero aun cuando la provincia de Caracas incluye numerosos lugares muy propicios para el trigo, creo que en general este artículo nunca adquirirá allí extraordinaria importancia. Los valles más templados no son suficientemente extensos y no forman verdaderas altiplanicies, con una elevación respecto del mar que haga más tentador el cultivo del trigo que el del café. Actualmente viene la harina de España o de los Estados Unidos.

No podía haber organización, según las observaciones que consigna Cieza de León, en países como la provincia de Popayán, donde los indios "en tres o cuatro días hacen una casa, y en otros tantos siembran la cantidad de maíz que quieren, y lo cogen dentro de cuatro meses. Y si allí también los van a buscar, dejado aquel sitio, van adelante, o vuelven atrás, y adonde quiera que van o están hallan que comer y tierra fértil, y aparejada y dispuesta para darles fruto. Y por esto sirven cuando

quieren, y es en su mano la guerra o la paz, y nunca les falta de comer".

Cali, en cambio, era un jardín valenciano.

Junto a estas estancias pasan muchas acequias y muy hermosas, con que riegan sus sementeras, y sin ellas, corren algunos ríos pequeños, de muy buena agua. Por los ríos y acequias ya dichas hay puestos muchos naranjos, limas, limones, granados, grandes platanales, y mayores cañaverales de cañas dulces. Sin esto, hay piñas, guayabas, guabas y guanábanas, raltas, y unas uvillas que tienen una cáscara por encima, que son sabrosas, caimitos, ciruelas. Otras frutas hay muchas y en abundancia, y a su tiempo singulares; melones de España, y muchas verduras, y legumbres de España y de la misma tierra. Trigo hasta agora no se ha dado, aunque dicen que en el valle de Lile, que está de la ciudad cinco leguas, se dará. Viñas, por el consiguiente, no se han puesto. La tierra disposición tiene para que en ella se críen muchas, como en España.

Habla de Popayán.

Pasado, pues, este río, todo el término que hay desde él a la ciudad de Popayán, está lleno de muchas y hermosas estancias, de las que llamamos en nuestra España, alcarías o cortijos. Tienen los españoles en ellas sus ganados. Y siempre están los campos y vegas sembrados de maíces. Ya se comenzaba a sembrar trigo, el cual se dará en cantidad, por ser la tierra aparejada para ello.

Trata de Pasto.

Los españoles tienen en todo este valle sus estancias y caserías, y las vegas y campiña deste río están siempre sembradas de muchos y muy hermosos trigos, y cebadas, y maíz, y tienen un molino en que muelen trigo, porque ya en aquella villa no se come pan de maíz, por la abundancia que tienen de trigo.

Esta misma observación va haciendo desde Quito hasta Potosí.

De Quito dice:

Es la disposición de la tierra muy alegre, y en extremo parece a la de España, en la yerba y en el tiempo, porque entra el verano

por el mes de abril y marzo, y dura hasta el mes de noviembre. Y aunque es fría, se agosta la tierra, ni más ni menos que en España.

En las vegas se coge gran cantidad de trigo y cebada, y es mucho el mantenimiento que hay en la comarca desta ciudad, y por tiempo se darán toda la mayor parte de las frutas que hay en nuestra España...

Hay muchos valles calientes, donde se crían muchos árboles de frutas y legumbres, de que hay grande cantidad en todo lo más del año. También se dan en estos valles viñas, aunque, como es principio, de sola la esperanza que se tiene de que se darán muy bien, se puede hacer relación, y no otra cosa. Hay árboles muy grandes de naranjos y limas, y las legumbres de España que se crían son muy singulares, y todas las más principales que son necesarias para el mantenimiento de los hombres.

Habla del maíz, de la patata y de la quínoa, semejante a bledo morisco, cuyas semillas, menudas, blancas y coloradas, servían para brebajes y para comer guisadas, como el arroz.

Otras muchas raíces y semillas hay, sin éstas; mas conociendo el provecho y utilidad del trigo y de la cebada, muchos de los naturales subjetos a esta ciudad de Quito, siembran de lo uno y de lo otro, y usan comer dello, y hacen brebajes de la cebada. Y como arriba dije, todos estos indios son dados a la labor, porque son grandes labradores...

De Puerto Viejo pondera la fertilidad, por haber en su tierra gran cantidad de maíz, yuca, ajes, batatas, guayabas, guabas, aguacates y otras frutas.

Hay también gran cantidad de melones de los de España y de los de la tierra, y se dan por todas partes muchas legumbres y habas, y hay muchos árboles de naranjos y limas, y no poca cantidad de plátanos... También hay puercos de la casta de España...

Las particularidades que ofrece sobre Loja nos interesan para dilucidar el punto de la propagación de las especies animales y vegetales por los conquistadores.

En los valles y llanadas de riberas de ríos hay grandes florestas, y muchas arboledas de frutas de las de la tierra, y los españoles en

este tiempo han ya plantado algunas parras y higueras, naranios y otros árboles de los de España. Críanse en los términos desta ciudad de Loja muchas manadas de puercos de la casta de los de España, y grandes hatos de cabras y otros ganados, porque tienen buenos pastos y muchas aguas de los ríos, que por todas partes corren, los cuales abajan de las sierras, y son las aguas dellos muy delgadas. Tiénese esperanza de haber en los términos desta ciudad ricas minas de plata y de oro, y en este tiempo se han ya descubierto en algunas partes. Y los indios, como ya están seguros de los combates de la guerra, y con la paz sean señores de sus personas y haciendas, crían muchas gallinas de las de España, y capones, palomas y otras cosas de las que han podido haber. Legumbres se crían bien en esta nueva ciudad y en sus términos.

En un hermoso capítulo que trata "De la fertilidad de la tierra de los llanos (del Perú), y de las muchas frutas y raíces que hay en ellos, y la orden tan buena con que riegan los campos", trae las siguientes líneas, insuperables como descripción geográfica:

Agora en este tiempo, por muchos destos valles, hay grandes viñas, de donde cogen muchas uvas. Hasta agora no se ha hecho vino, y por eso no se puede certificar qué tal será. Presúmese que por ser de regadío, será flaco. También hay grandes higuerales, y muchos granados, y en algunas partes se dan ya bembrillos. ¿Pero para qué voy contando esto, pues se cree y tiene por cierto que se darán todas las frutas que de España sembraren? Trigo se coge tanto como saben los que lo han visto, y es cosa hermosa de ver, campos llenos de sementeras, por tierra estéril de agua natural, y que estén tan frescos y viciosos, que parecen matas de albahaca. La cebada se da como el trigo. Limones, limas, naranjos, cidras, toronjas, todo lo hay mucho, y muy bueno, y grandes platanales. Sin lo dicho, hay por todos estos valles otras frutas, muchas y sabrosas, que no digo, porque me parece que basta haber contado las principales. Y como los ríos abajan de la sierra por estos llanos, y algunos de los valles son anchos, y todos se siembran o solían sembrarse cuando estaban más poblados, sacaban acequias en cabos y por partes que es cosa extraña afirmarlo, porque las echaban por lugares altos y bajos, y por laderas de los cabezos y haldas de sierras que están en los valles, y por ellos mismos atraviesan muchas, unas por una parte y otras por otra, que es gran delectación caminar por aquellos valles, porque parece que se anda entre huertas

y florestas llenas de frescuras. Tenían los indios, y aun tienen, muy gran cuenta en esto de sacar el agua por estas acequias. Porque, como los ríos no se sequen, es en mano destos indios echar el agua por los lugares que quieren. Y están siempre estas acequias muy verdes, y hay en ellas mucha yerba de grama para los caballos, y por los árboles y florestas andan muchos pájaros de diversas maneras, y gran cantidad de palomas, tórtolas, pavas, faisanes y algunas perdices, y muchos venados... En muchas partes destos valles hay gran cantidad de cañaverales de cañas dulces, que es causa que en algunos lugares se hacen azúcares y otras frutas con su miel. Todos estos indios yungas son grandes trabajadores...

Aquí se nos presenta un punto que es necesario aclarar. Cieza de León habla de los valles que "solían sembrarse cuando estaban más poblados". La despoblación del Perú es una fábula, como la de la despoblación de Méjico. Impresionados por restos monumentales de obras que hicieron generaciones sucesivas, los contemporáneos de la conquista y casi todos los que después han escrito, crearon una demografía fantástica. Don Carlos Bosque, con criterio de agrónomo experto y datos de historiador erudito, la destruye, ofreciendo consideraciones muy pertinentes. ¿Por qué en 1928 se trabaja para regar el Perú occidental, el Perú histórico, llevándole aguas que pertenecen a la cuenca del río de las Amazonas? Los que desembocan en el Océano Pacífico son de escasísimo caudal para dar vida a estas tierras, todas áridas, que ocupan un sitio entre las más renuentes del mundo. "Mientras en la República Argentina se calcula que la cantidad de agua precisa para el riego puede ser la de 0,20 de litro por hectárea y segundo, en el Perú ha tenido que fijarse el canon de 0,80. Si hoy el Perú, para sostener y aumentar su población de cuatro millones, tiene que acudir a los ríos tributarios del Amazonas, construyendo un gigantesco túnel, ¿cómo podían vivir aquellos hormigueros humanos creados por una fantasía sin nociones de cálculo."

La verdad es que el arado y el buey dispersaron la antigua población peruana, desocupando a muchos labradores y empleándolos gradualmente en el transporte, el comercio, las artes industriales y la minería. Pero entre dispersión o nueva ubicación y despoblación, hay una gran distancia.

Los conquistadores causaron mayor asombro con la rueda y con las bestias de tiro y carga que con el caballo de guerra, el cañón y el arcabuz.

Cuando en Méjico hicieron molino de agua, que antes no lo había —escribe López de Gómara—, tuvieron gran fiesta los españoles, y aun los indios, especial mujeres, que les era principio de mucho descanso; mas empero un mejicano hizo mucha burla de tal ingenio, diciendo que haría holgazanes los hombres, e iguales, pues no se sabría quién fuese amo ni quién mozo, y aun dijo que los necios nacían para servir, y los sabios para mandar y holgar.

Algo semejante a lo que opinaba este indio darwinista oyeron los conquistadores del Perú.

El mestizo Garcilaso de la Vega, hijo de conquistador, nos comunica su propia impresión y la de los naturales.

Los primeros bueyes que vi arar fué en el valle de el Cozco, año de mil y quinientos y cincuenta, uno más o menos, y eran de un caballero llamado Juan Rodríguez de Villalobos, natural de Cáceres. No eran más de tres yuntas. Llamaban a uno de los bueyes *Chaparro*, y a otro *Naranjo*, y a otro *Castillo*. Llevóme a verlos un ejército de indios que de todas partes iban a lo mismo, atónitos y asombrados de una cosa tan monstruosa y nueva para ellos y para mí. Decían que los españoles, de haraganes, por no trabajar, forzaban a aquellos grandes animales a que hiciesen lo que ellos habían de hacer. Acuérdome bien de todo esto, porque la fiesta de los bueyes me costó dos docenas de azotes: los unos me dió mi padre porque no fuí al escuela; los otros me dió el maestro porque falté della. La tierra que araban era un andén hermosísimo que está encima de otro, donde ahora está fundado el convento del Señor San Francisco, la cual casa, digo, lo que es el cuerpo de la iglesia, labró a su costa el dicho Juan Rodríguez de Villalobos, a devoción del Señor San Lázaro, cuyo devotísimo fué. Los frailes franciscos compraron la iglesia y los dos andenes de tierra, años después, que entonces, cuando los bueyes, no había casa ninguna en ellos, ni de españoles, ni de indios. Ya en otra parte hablamos largo de la cómpreda de aquel sitio. Los gañanes que araban eran indios. Los bueyes domaron fuera de la ciudad, en un cortijo, y cuando los tuvieron diestros, los trujeron al Cozco, y creo que los más solemnes triunfos de la grandeza de Roma, no fueron más mirados que los bueyes aquel día.

Si proseguimos con Cieza de León en su viaje, veremos lo que él vió en el valle de Chimo.

Esta ciudad de Trujillo es tierra que se tiene por sana, y a todas partes cercada de muchos heredamientos, que en España llaman granjas o cortijos, en donde tienen los vecinos sus ganados y sementeras. Y como todo ello se riega, hay por todas partes puestas muchas viñas, y granados, y higueras, y otras frutas de España, y gran cantidad de trigo, y muchos naranjales, de los cuales es cosa hermosa ver el azahar que sacan. También hay cidras, toronjas, limas, limones. Frutas de las naturales hay muchas, muy buenas. Sin esto, se crían muchas aves, gallinas, capones.

En Lima los españoles formaron acequias para sus huertos y jardines, que eran "muchos, frescos y deleitosos". Pero tenemos algo más interesante:

Fuera de la ciudad, a una parte y a otra, hay muchas estancias y heredamientos, donde los españoles tienen sus ganados y palomares, y muchas viñas y huertas, muy frescas y deleitosas (como los jardines de Lima), llenas de las frutas naturales de la tierra, y de higuerales, platanales, granados, cañas dulces, melones, naranjos, limas, cidras, toronjas, y las legumbres que se han traído de España: todo tan gustoso que no tiene falta, antes digno por su belleza, para dar gracias al gran Dios y Señor Nuestro, que lo crió.

¿Pero quién plantó esos jardines de la ciudad y esas huertas de los alrededores?

¿Serían los religiosos de los conventos, o los oficiales de la corona real?

Agustín de Zárate, esbozando un retrato de Pizarro, el analfabeto conquistador, hombre de instinto, pone estos rasgos:

También fué el Marqués muy aficionado de acrescentar aquella tierra, labrándola y cultivándola. Hizo unas buenas casas en la ciudad de los Reyes, y en el río della dejó dos paradas de molinos, en cuyo edificio empleaba todos los ratos que tenía desocupados, dando industria a los maestros que los hacían.

La víspera de su muerte, acaecida el 26 de junio de 1541,

Pizarro habló con Juan de Rada, a la sombra de los naranjos plantados por el propio marqués.

Esos jardines que vió Cieza de León en Lima eran de los que formaron los mismos conquistadores.

Vamos a terminar el viaje de Cieza. En el valle del Guarco "el trigo se da bien". En el de Chincha "hay mucho trigo". En Arequipa encuentra "muy excelente trigo, del cual hacen pan muy bueno y sabroso". En Cajamarca "se da trigo tan bien como en Sicilia". En los Chachapoyas, "la tierra es fértil y el trigo y cebada se da bien, y lo mismo hacen parras de uvas y higueras y otros árboles de fruta que de España han plantado". León de Guanuco tiene "trigo en gran abundancia, y maíz". Como todas las anteriores comarcas, ésta le ofrece el espectáculo de las huertas, de la ganadería y de los viñedos. Sube a la pampa de Bombón y toca los límites de la altura en que no grana el maíz. Pero Tarama "es de mejor temple, causa de que se coja mucho maíz y trigo". Huamanga tiene lugares "donde se coge gran cantidad de trigo de lo que siembran, del cual se hace pan tan excelente y bueno como lo mejor del Andalucía". Andaguailas "es bien bastecida de mantenimientos, y dase trigo, y por los valles calientes hay muchos árboles de fruta".

Son inapreciables sus noticias sobre el Cuzco. No puede omitirse una sola palabra, recordando que está a 4.000 metros de altura sobre el nivel del mar.

Cerca desta ciudad hay muchos valles templados, y a donde hay arboledas y frutales, y se cría lo uno y lo otro bien; lo cual traen lo más dello, a vender a la ciudad. Y en este tiempo se coge mucho trigo, de que hacen pan. Y hay plantados en los lugares que digo muchos naranjos y otros árboles y de frutas de España y de la misma tierra. Del río que pasa por la ciudad tienen sus moliendas, y cuatro leguas della se ven las pedreras donde sacaban la cantería, losas y portadas para los edificios, que no es poco de ver. Demás de lo dicho, se crían en el Cuzco muchas gallinas y capones, tan buenos y gordos como en Granada. Y por los valles, hay hatos de vacas, y cabras, y otros ganados, así de España como de lo natural. Y puesto que no haya en esta ciudad arboledas, críanse muy bien las legumbres de España.

El *puesto* quiere decir *aunque*.

Y ya que habla de huertas, recordaré el suceso de los espárragos, que tanto conmovía al barón de Humboldt, como expresión de lo que sentían aquellos veteranos, al recordar la patria lejana en la adoptiva que transformaban cultivándola.

García de Melo, natural de Trujillo, tesorero que era entonces en el Cozco de la Hacienda de Su Majestad, envió a Garcilaso de la Vega, mi señor, tres espárragos de los de España, que allá no los hubo. No supe dónde hubiesen nacido. Y le envió a decir que comiese de aquella fruta de España, nueva en Cozco, que por ser la primera se la enviaba. Los espárragos eran hermosísimos. Los dos eran gruesos como los dedos de la mano, y largos de más de una tercia; el tercero era más grueso y más corto, y todos tres tan tiernos, que se quebraban de suyo. Mi padre, para mayor solemnidad de la yerba de España, mandó que se cociesen dentro de su aposento, al brasero que en él había, delante de siete o ocho caballeros que a su mesa cenaban. Cocidos los espárragos, trujeron aceite y vinagre, y Garcilaso, mi señor, repartió por su mano los dos más largos, dando a cada uno de los de la mesa un bocado, y tomó para sí el tercero, diciendo que le perdonasen, que por ser cosa de España quería ser aventajado por aquella vez. Desta manera se comieron los espárragos con más regocijo y fiestas que si fuese el ave Fénix. Y aunque yo serví la mesa, y hice traer todos los adherentes, no me cupo cosa alguna.

Pedro Cieza de León sube a los Collas. Allí no hay cereales, por el temple áspero de la tierra. Pero llega a la Paz, "donde siembran maíz y algunos árboles, aunque pocos, y se cría hortaliza y legumbres de España. Los españoles son bien proveídos de mantenimiento y pescado de la laguna, y de muchas frutas que traen de los valles calientes, adonde se siembra gran cantidad de trigo, y crían vacas, cabras y otros ganados".

Por último, va a la Plata, o Chuquisaca.

Las estancias y heredamientos tienen en este tiempo gran precio, causado por la riqueza que se ha descubierto de las minas de Potosí. Tiene muchos términos y pasan algunos ríos por cerca della, de agua muy buena, y en los heredamientos de los españoles se crían muchas vacas, yeguas y cabras.

En Chile, la experiencia es otra. Pedro de Valdivia, aislado de España y aun del Perú, entre indígenas enemigos, tiene que

labrar la tierra o perecer. Dice D. Pedro González, en *Diezmos de Chile:* "Lo mismo Valdivia que los principales caballeros araban con sus personas y animaban a la demás gente a que arasen o sembrasen con sus manos y caballos." Algunos de los conquistadores de Méjico, antiguos labriegos, habían expresado su deseo de mejoramiento:

Para no salir de cavadores, no valía la pena de moverse de sus pueblos.

Y tenían razón. Pero en Chile los caballeros bajaron a ser cavadores. Y también tuvieron razón, porque otros mejores, Cortés entre ellos, habían justificado las palabras de Herrera:

Ellos eran soldados, y cuando convenía gastadores, y otras veces carpinteros, y maestros de axa, pues el que más noble y principal era, cuando convenía hacer puente o balsa para pasar algún río o para otra cosa conveniente para alguna empresa, echaba mano de la hacha para cortar el árbol, y así fué esta milicia de las Indias, en todas cosas muy exercitada...

El asalto que dieron a Santiago los indios en las primeras horas de la mañana del domingo 11 de septiembre de 1541, hallándose ausente Valdivia con 100 hombres y en la población sólo 50, mandados por Alonso de Monroy, fué un desastre que se puede comparar al de la *Noche Triste.* Y aun éste era muchísimo menor, puesto que Cortés contaba con el auxilio de los tlascaltecas, y en último resultado con la libre comunicación para tener hombres y pertrechos de España y de las islas. Cuando Valdivia recibió aviso de aquel ataque, sostenido tenazmente durante todo el día y resistido con prodigiosos esfuerzos por los españoles, el gobernador se puso en marcha para encontrar quemadas todas las casas, salvo unas cuantas, y destruídos los elementos de vida allí acumulados para dos años.

Todo había desaparecido en el incendio:

... la comida, y la ropa, y cuanta hacienda teníamos —escribe Valdivia—, que no quedamos sino con los andrajos que teníamos para la guerra, y con las armas que a cuestas teníamos, y dos porquezuelas, y un cochinillo, y una polla y un pollo, y hasta dos almuerzas de trigo...

Esperar recursos del Perú era un sueño. Mantenerse de la tierra dominada por los indios, una quimera.

Y en esto, comienza la guerra de veras como nos la hicieron —prosigue Valdivia—, no queriendo (los indios) sembrar, manteniéndose de unas cebolletas y una simiente menuda, como avena, que da una yerba, y otras legumbres que produce de suyo esta tierra, sin sembrar y en abundancia, que con esto y algún maicejo que sembraban entre las sierras, podían pasar como pasaron.

El pequeño grupo capitaneado por Valdivia debía hacerlo todo: techos, ropa, sementeras, crianza.

Entonces apareció lo que era una hueste conquistadora, pues mientras sólo se trataba de pelear y dominar, nadie lucía ciertas habilidades. Entre los conquistadores de Chile hallamos todo género de inclinaciones y aptitudes, como lo enseña monseñor Errázuriz en su *Pedro de Valdivia:*

Había entre esos soldados, que todos o casi todos se preciaban de hidalga cuna, muchas clases de artesanos: zapateros, sastres, carpinteros, albañiles, etc. De seguro, si los sastres tuvieron poca ocupación durante los cuatro años que siguieron a la fundación de Santiago, los carpinteros y albañiles la tuvieron de sobra en la construcción de las casas, y sus jornales debieron de ser elevadísimos, consideradas la urgencia de la obra y la escasez de los obreros. Así, un albañil, Diego de Velasco, fué a España en 1548, es decir, siete años después del incendio de Santiago, y se fué muy rico, con más de diez mil pesos que ganó en el oficio...

¿Qué albañil podía hacer esa fortuna en siete años, considerando el poder adquisitivo de los pesos?

Para repoblar la ciudad sólo quedaron, como dice Valdivia, dos puercas y un cochinillo, un pollo y una polla. Inés Suárez, la combleza de Valdivia, que después de ser una heroína aprendió a leer, y, casándose legalmente con otro conquistador, formó un hogar cristiano, era la salvadora y la conservadora de aquellos animales. A los dos años tenían cerdos y gallinas para toda la colonia.

Los conquistadores habían llevado media fanega de trigo peruano, y sólo quedaban las dos almuerzas de que habla Valdivia,

o sea cuatro puñados. Sembróse este trigo en lugar donde todos pudieran ejercer vigilancia. La estación había avanzado para prometerse buena cosecha, o, por lo menos, cosecha segura, sin cuidar individualmente cada planta. Así se hizo, recogiéndose 12 fanegas. Tal fué el origen de la agricultura chilena.

Lo que esto costó en esfuerzos de españoles y de yanaconas peruanos excede a todo lo que hicieron otros conquistadores.

Primeramente hubo que acudir al reparo de aquel pueblo destruído.

Empezó, pues, Valdivia por fortificarse.

... determiné hacer un cercado de estado y medio de alto, de mil y seiscientos pies en cuadro, que llevó doscientos mil adobes de a vara de largo y un palmo de ancho, que a ellos y a él hicieron a fuerzas de brazos los vasallos de Vuestra Majestad, y yo con ellos. Y con nuestras armas a cuestas trabajábamos desde que lo comenzamos hasta que se acabó, sin descansar hora. Y en habiendo grita de indios, se acogían a él la gente menuda y bagaje, y allí estaba la comida poca que teníamos guardada, y los peones quedaban a la defensa, y los de a caballo salíamos a correr el campo y pelear con los indios y defender nuestra sementeras.

Después habla el conquistador de las faenas propiamente agrícolas.

Habíamos de comer del trabajo de nuestras manos, como en la primera edad. Procuré de darme a sembrar, y hice de la gente que tenía, dos partes, y todos cavábamos, arábamos y sembrábamos en su tiempo, estando siempre armados, y los caballos ensillados de día. Y una noche hacía cuerpo de guardia la mitad, y por sus cuartos velaban, y lo mismo la otra. Y hechas las sementeras, los unos atendían a la guarda de ellas, y de la ciudad, de la manera dicha, y yo con la otra andaba a la continua, ocho y diez leguas a la redonda della, deshaciendo las juntas de indios, do sabía que estaban, que de todas partes nos tenían cercados.

Mientras llegaba la segunda cosecha, pues la primera fué toda destinada a semilla, era preciso vivir de otros recursos.

... a muchos de los cristianos les era forzado ir en un día a cavar cebolletas, para se sustentar aquel y otros dos, y acabadas aquéllas,

tornaba a lo mesmo, y las piezas todas (los indios peruanos), nuestro servicio y hijos, con esto se mantenían. Y carne no había ninguna. Y el cristiano que alcanzaba cincuenta granos de maíz cada día, no se tenía en poco, y el que tenía un puño de trigo no lo molía para sacar el salvado. Y de esta suerte hemos vivido, y tuviéranse por muy contentos los soldados si con esta pasadía los dejara estar en sus casas; pero conveníame tener a la continua treinta o cuarenta de a caballo, por el campo, el invierno, y acabadas las mochilas que llevaban, venían aquéllos e iban otros. Y así andábamos como trasgos, y los indios nos llamaban *cupais*, que nombran a sus diablos...

Cuatro años después, el mismo conquistador escribía:

En esta tierra se pueden sustentar todos los que están y viniesen, atento a que se cogerán de aquí a tres meses, por diciembre, que es el medio del verano, en esta ciudad, diez o doce mil fanegas de trigo, y maíz sin número. Y de las dos porquezuelas y cochinillo que salvamos cuando los indios quemaron esta ciudad, hay ya ocho o diez mil cabezas. Y de la polla y el pollo, tantas gallinas como yerbas, que verano e invierno se crían en abundancia.

Podía muy bien decir, sin jactancia, que no había cogido truchas a bragas enjutas, y hablar de este modo:

En lo que yo he entendido, después que en la tierra entré y los indios se me alzaron, para llevar adelante la intención que tengo de perpetuarla a Vuestra Majestad, es en haber sido gobernador en su real nombre, para gobernar sus vasallos, y capitán para los animar en la guerra, y ser el primero a los peligros, porque así convenía; padre para los favorecer con lo que pude, y dolerme de sus trabajos, ayudándoselos a pasar como de hijos, y amigo en conversar con ellos; geómetra en trazar y poblar; alarife en hacer acequias y repartir aguas; labrador y gañán en las sementeras; mayoral y rabadán en hacer criar ganados, y, en fin, poblador, criador, sustentador, conquistador y descubridor.

No tardó en tener Chile árboles frutales y hortalizas. Llegaron los naranjos, los limoneros, los cerezos, los ciruelos, las higueras, los guindos, los manzanos, los perales y los melocotoneros. También se propagaron las sandías y los melones.

El olivo, que había pasado al Perú y a Méjico, se aclimató

en Chile. La vid se cultivó con tales resultados, que el vino fué artículo de exportación.

El pavo de Méjico, que se había propagado en el Perú, entró en Chile.

Tras de los caballos llegaron las cabras y ovejas. En 1552, antes de que muriera Valdivia, Francisco de Castañeda pasó con vacas el desierto de Atacama.

El capitán Gonzalo de los Ríos inició el cultivo de la caña de azúcar. El trapiche produjo grandes rendimientos en Chile.

Dos conquistadores, el clérigo González Marmolejo y el alemán Bartholomeus Blumenthal, castellanizado como Bartolomé Flores, fueron grandes ganaderos.

El mismo Bartolomé Flores y Rodrigo de Araya establecieron dos molinos en Santiago.

El cultivo del cáñamo y del lino impulsaron las industrias textiles y las de la jarcia.

Francisco de Aguirre, conquistador y poblador de La Serena, llevó al lado opuesto de los Andes sus enseñanzas de viticultor y horticultor, azucarero y molinero.

No faltaban en Chile los oficios de curtidores, silleros, obrajeros, botilleros, fundidores y algunos más, desempeñados por los conquistadores.

*

El Paraguay nos presenta otro caso de aislamiento, y a la vez un modelo de fundaciones. Aquel grupo, que aun después de la despoblación de Buenos Aires, en 1541, y de la concentración de todos los españoles en la Asunción, se componía de 350 hombres, y que sólo recibió 390 más, llevados por Alvar Núñez Cabeza de Vaca en 1542, estaba perdido en la inmensidad. Para ir de España al Río de la Plata se empleaba, por lo menos, y sin eccidentes, de tres meses y medio a cuatro meses. Los bergantines hechos allí para remontar los ríos no podían llegar en menos de dos o tres meses desde el desierto estuario. Aun no se encontraba comunicación con el Alto Perú en 1548, nueve años después de haberse fundado Chuquisaca.

Sin embargo, aquellos hombres no solamente lograron pre-

valecer, sino que además prosperaron, después de luchar con el infortunio.

Un incendio destruyó casi totalmente la ciudad, el 4 de febrero de 1543. Era un domingo, y tres horas antes de que amaneciese empezó el fuego.

El gobernador, a la sazón, hizo dar el arma, para que acudiesen a ellas y sacasen sus armas, y quedasen armados para se defender y sustentar en la tierra. Y por salir los cristianos con sus armas, las escaparon. Y quemóseles toda su ropa. Y quemáronse más de docientas casas, y no les quedaron más de cincuenta casas, las cuales escaparon por estar en medio un arroyo de agua. Y quemáronseles más de cuatro o cinco mil hanegas de maíz en grano, que es el trigo de la tierra, y mucha harina de ello, y muchos otros mantenimientos de gallinas y puercos en gran cantidad. Y quedaron los españoles tan perdidos y destruídos, y tan desnudos, que no les quedó con que se cubrir las carnes. Y fué tan grande el fuego, que duró cuatro días. Hasta una braza debajo de la tierra se quemó.

Entre lo destruído por el fuego había objetos de lujo. ¿Cómo tenían aquellas gentes dagas florentinas, medias de seda, calzas de terciopelo, cortinas de raso y almohadones de Granada? Caprichos del azar. Un marino genovés, León Pancaldo, que casualmente había tocado en el Río de la Plata, llevando artículos de lujo para comerciar con los ya fabulosamente ricos países del mar del Sur, tuvo que desprenderse de ellos, dándolos a cambio de dudosos pagarés.

Pero a los pobladores de la Asunción les quedaba su capital, que era una herrería situada en la Casa Fuerte, con su fragua, su yunque, dos mazos, un martillo y dos pares de tenazas.

Una fragua aparejada para labrar, que está situada en la dicha casa con una yunque e dos mallas, e un martillo, e dos pares de tenazas de hierro.

Es de presumir que la herramienta hubiera aumentado después del arribo de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Don Fulgencio R. Moreno, que ha hecho una monografía de alto valor histórico sobre la Asunción, describe las nuevas habitaciones. Después del incendio, los vecinos construyeron paredes

más sólidas, de tierra apisonada, y espaciaron las casas, situando cada una de ellas dentro de una palizada, donde tenían el huerto, el gallinero y la zahurda.

La *Herrería* era el centro industrial. Allí se trabajaba para las habitaciones, para el arsenal y para la armería. Esto no es cosa de risa. La Asunción aparejó entonces una carabela, que hizo felizmente la travesía del Océano. Diego Martínez, conquistador, más tarde clérigo, era industrial, y a él se debieron los fuelles, los cuchillos, las tijeras, las agujas y los anzuelos de que tanto habían menester los pobladores. La Herrería fué la escuela industrial, en que los mestizos hicieron arcabuces "sin haberlos visto", pues el arma, que era una curiosidad en los primeros tiempos, ha de haber desaparecido con las expediciones constantes. Finalmente, la Herrería funcionaba como casa de moneda, pues no había otra que planchuelas de hierro, hasta que entró como valorímetro la tela del algodón y la del caraguatá.

Después de esto, no maravillará que la Asunción, sin tener trapiche, hubiera enviado a Sevilla muestras de azúcar, hecha con la caña que allí se cultivaba, y que fué exprimida en un instrumento de la invención del industrioso Diego Martínez. No sin orgullo podía decir Juan Salazar de Espinosa, el fundador de la ciudad:

> El azúcar se hace sin haber maestro, ni ingenio, ni trapiche.

Con la caña y el ganado vacuno llegaron el trigo, la cebada, el arroz y la vid. También se cultivaba todo género de árboles frutales. La Asunción tenía granadas, higos, naranjas y cidras. Los melones y las hortalizas se daban corrientemente.

El ganado caballar empezó a propagarse en Buenos Aires desde los primeros días. Al abandonarse la ciudad, se dió suelta a más de 40 cabezas, acaso por falta de medios de transporte. Esto pasaba en 1541. Un año después recibió el Paraguay 72 caballos y yeguas que iban en la columna de Alvar Núñez. Nuflo de Chaves introdujo las ovejas y cabras, que adquirió en Charcas. Los portugueses Escipión y Vicente de Goes llevaron de la costa del Brasil siete vacas y un toro. Pero en 1568 llegó un poderoso contingente de ganado vacuno, que procedía de Char-

cas, como las ovejas y cabras que dieciséis años antes había conducido Nuflo de Chaves. Al frente de la gran expedición ganadera de 1568 estaba Felipe de Cáceres, teniente de Juan Ortiz de Zárate, y en ella se distinguió el mestizo Juan de Salazar, hijo del hombre que había fundado la ciudad treinta y un años antes.

La Asunción, ya lo he dicho, fué colonizadora, como lo fueron Santo Domingo, Puerto Rico, Jamaica, Cuba, Panamá, Méjico, Lima, La Serena y Santiago.

La Asunción, dirigida por Domingo Martínez de Irala, poblador admirable, a quien sólo faltó teatro para mostrar todas sus aptitudes, que tardíamente han venido a reconocérsele, se extendió primero hacia el Guayrá, donde García Rodríguez de Vergara fundó la población de Hontiveros u Ontiveros. Ruiz Díaz de Melgarejo formó el asiento de Ciudad Real en la confluencia del Paraná y el Pequiry. A él se debe también la cambiante Villarrica. Santa Cruz de la Sierra fué inspiración debida a Nuflo de Chaves. Santiago de Jerez y Concepción del Bermejo señalan una tendencia de expansión hacia el Norte y el Oeste, tan explicable como la del Oriente.

Pero la del Sur, varias veces intentada, ofrecía obstáculos y peligros. El clima y el indígena la contrariaban.

Por eso, nótese el hecho, Juan de Garay, el fundador de Santa Fe y repoblador de Buenos Aires en un período que va de 1573 a 1580, es un hombre que puede considerarse americano por la formación y que capitanea mestizos.

Nacido en la Orduña, criado en Villalba de Losa, pasa Garay al Nuevo Mundo con su tío el oidor Pedro de Zárate, cuando no ha cumplido los quince años. Es testigo de la tumultuosa vida peruana. Presencia la fundación de Santa Cruz de la Sierra. Lleva ganado vacuno a la Asunción en 1568, y de allí parte, cinco años después, al frente de 84 hombres, de los cuales 75 son españoles paraguayos, hijos de indias guaraníes, "muchachos y mal pertrechados". Esos son los fundadores de Santa Fe.

Mientras los muchachos mal pertrechados hacen una obra imperecedera en Santa Fe, y preparan así los cimientos de Buenos Aires, el poderoso Ortiz de Zárate, con europeos de los que llevó Alvar Núñez, no logra sostener una Zaratina de San Salva-

dor, a la izquierda del Paraná, cerca de la confluencia del Uruguay. Este fracaso es una de las más memorables *chapetonadas* de América.

Buenos Aires nace del concurso de 50 ó 56 hijos de la tierra paraguaya y de 10 peninsulares.

A las dos fundaciones de Garay tenemos que añadir la de San Juan de Vera de las Siete Corrientes.

El norte de la actual República Argentina se formó, ya lo he dicho, por una acción en la que hemos de ver cómo aparece el resultado de los trabajos agrícolas y pecuarios de los conquistadores del Alto Perú, de Chile y de la Asunción. Esta envía vacas a Buenos Aires y caballos a Chile. La Serena dota de ganados y simientes a los fundadores que pasan la cordillera andina. Lo mismo hace el Alto Perú. La Asunción también contribuye con elementos de importancia.

Un técnico de nuestros días, el ingeniero Soldano, tratando cuestiones agrícolas, dice lo siguiente, que cita don Carlos Bosque:

> El mismo día en que se funda Córdoba, se traza la acequia para riego de los campos y para moler el grano de un trigo que se ha de sembrar en tierras vírgenes del arado.

Y añade que en el trazo de esa acequia no tiene nada que censurar la agronomía del siglo XX.

Cuando Garay establecía la agricultura y la ganadería en Santa Fe, Jerónimo Luis de Cabrera hacía la fundación de Córdoba, aprovechando semillas y animales que desde mediados del siglo habían llevado al Barco, y, por derivaciones, a Santiago del Estero y a Tucumán, Núñez de Prado, partiendo del Perú, y Francisco de Aguirre, procedente de las fundaciones chilenas.

*

Para integrarse, para extender su acción o para servir a la monarquía en sus propósitos de trazar la ruta oceánica del Maluco, todas las conquistas fueron empresas de navieros.

Tres años después de haberse establecido al primer asiento

español en la isla de Haití, ya el astillero daba embarcaciones que cruzaban el océano Atlántico. Tres años después de haberse descubierto el mar del Sur, ya se navegaba por sus aguas en barcos que los mismos españoles fabricaban.

Los conquistadores, navieros de ocasión, hubieran tenido que renunciar a sus planes sin el auxilio de los constructores, carpinteros de ribera, pilotos y otros hombres entendidos. Pero, aun así, son admirables la sagacidad, la decisión, la energía y la constancia de los jefes que se improvisaban directores de arsenales. Vasco Núñez de Balboa labraba la madera en Acla y la pasaba a cuestas hasta el otro mar, trabajando personalmente en la carpintería y en la conducción. Los cables, áncoras y jarcias se llevaban de Santa María de la Antigua por los oficiales. Indios y españoles se dividían aquellas labores, mortales para los unos y agotantes para los otros. Cada corriente de agua que serpenteaba debía cruzarse infinito número de veces. Apenas se estableció el astillero, las avenidas arrastraron los materiales. Balboa se refugió en las copas de los árboles. Cuando bajaron las aguas, los conquistadores, alimentándose de raíces, tuvieron que entregarse a buscar las piezas de madera perdidas.

Gil González Dávila perdió las naves que había construído en el río de Belén, y emprendió nuevamente su trabajo en la isla de las Perlas.

Apenas tomó Cortés la ciudad que debería ser capital del virreinato, para cuyo sitio había fabricado bergantines, prosiguió los descubrimientos, y formando el asiento de Zacatula, en la costa de la mar del Sur, envió 40 españoles, carpinteros y marineros, para que labraran dos bergantines y dos carabelas, embarcaciones destinadas a buscar el estrecho y a abrir el tráfico de la Especiería.

Fué el conquistador de Méjico a las Hibueras, después a España, y cuando regresó, en 1530, con algunos aventureros nobles, llevaba también menestrales y más de 400 marineros.

En Acapulco mandó construir dos naos, la *San Miguel* y la *San Marcos;* las surtió de armas, de vituallas y de rescates, y las envió a hacer descubrimientos, bajo las órdenes de su primo, Diego Hurtado de Mendoza.

Fabricaba después otras tres embarcaciones en Tehuante-

pec —*Santa Agueda, San Lázaro* y *Santo Tomás*—, que debían aguardarle en Chiametla.

Llegó a reunir 300 españoles, 37 mujeres y 130 caballos. Algunas vicisitudes redujeron sus elementos; pero pudo embarcarse con 70 hombres, entre los que había muchos herreros y carpinteros. Llevaba además fragua y aparejos para labrar un bergantín.

Si se quiere ver cómo había crecido la zona de la ganadería, bastará decir que en la costa occidental de Méjico podía Cortés encontrar novillos a 30 castellanos, puercos a 10 y ovejas a 4. Este era el precio de una fanega de maíz.

Sus aventuras fueron más patéticas que las de 1519 a 1521; pero la fama de las unas ha oscurecido las otras.

Volvió al puerto de Acapulco, después de su expedición, que llegó hasta el golfo de California o mar de Cortés.

Allí le dieron noticias de Pizarro, que, sitiado en Lima, pedía socorro, y se lo enviaba con dos naos, que conducía Hernando de Grijalba. Aparte de las cosas útiles, le hizo un obsequio de vestidos de seda, ropa de martas, sitiales, almohadas de terciopelo y otros objetos de lujo que había llevado a la expedición. De Cuernavaca salieron 60 hombres, otras tantas cotas de malla, ballestas, herraje y 17 caballos para el conquistador del Perú.

Francisco de Ulloa navegaba por cuenta de Cortés en el mar de este nombre, y llegó hasta pasar los 32 grados de latitud.

Una de las expediciones más notables de Cortés, aparte de éstas y otras que no puedo mencionar aquí, es la que envió a las Molucas en auxilio de la flota de Loaysa.

El conquistador de Méjico fué también conquistador del Océano Pacífico.

Alvarado se hizo dos veces naviero. La una de ellas, cuando partió de Guatemala para tomarle la delantera a Pizarro. En Nicaragua reforzó su armada. Embarcó los 500 hombres que con todos sus pertrechos vendió a Almagro, y renunció a la empresa peruana.

Vuestra Majestad sabrá que yo salí del puerto de Guatemala con diez naos y seiscientos hombres de mar y tierra, y ducientos y veynte y tres caballos...

Por lo que dice Bernal Díaz, la segunda grande armada de Alvarado excedió a cuanto había hecho Cortés en este sentido, pues "puso en la mar del Sur trece navíos de buen porte, y entre ellos una galera y un patache, y todos muy bien bastecidos". Llevó de Veracruz, "que son más de ducientas leguas, hasta donde se labraron los navíos", hierro, anclas, pipas y muchas otras cosas necesarias. Bernal Díaz calcula que el gasto equivalió a lo que hubieran costado 80 embarcaciones en Sevilla.

Alvarado destinaba las que él aparejó para la siempre anhelada expedición de las Molucas. Muerto el conquistador en la Nueva España, el virrey Mendoza dispuso de los mejores navíos para el viaje a las islas de Occidente, encomendada a Ruy López de Villalobos, según convenio anterior con Alvarado, y de otros para que Juan Rodríguez Cabrillo extendiera el reconocimiento de las costas californianas.

Por lo anterior vemos que las Antillas, Guatemala, el istmo y Méjico eran navieros. El Perú tenía que serlo también. Chile no menos. Pero el Perú, descubierto y conquistado con embarcaciones del istmo, pudo después adquirir con oro sus armadas. Toda la política se desarrollaba según las vicisitudes que iba siguiendo el dominio del mar. Durante las guerras civiles la flota tuvo un papel decisivo. Sólo más tarde, cuando ya habían desaparecido los conquistadores, se dió impulso a las empresas marítimas del género de las organizadas por Vasco Núñez de Balboa, Hernán Cortés y Pedro de Alvarado.

Valdivia procuró desde el primer momento resolver el problema de las comunicaciones por mar y atender a los descubrimientos de la parte austral para tener asegurada la ruta del estrecho de Magallanes. El primer barco que llegó a Chile, en 1543, se llamaba el *Santiaguillo*, y lo mandaba un Diego García de Villalón, totalmente falto de conocimientos náuticos. "Los españoles lloraban de gozo." Tal era el aislamiento.

La aventura del *Santiaguillo* reviste un interés muy grande para la historia económica. Esa embarcación pertenecía a un negociante de Tarapacá, Lucas Martínez Vegazo, quien la empleaba "para el trato de sus minas", según dice Valdivia. El barco llevaba buena parte de la fortuna de Martínez Vegazo, pues además lo había armado y equipado por su cuenta, envian-

do gente, que hacía mucha falta en Chile, y un cargamento cuyo valor era de 26.000 pesos, y por el que pagó Valdivia más de 70.000, ganancia merecida por el riesgo de la empresa, pues el barco iba a la ventura y el vendedor fiaba su mercancía para cuando pudiera pagársele, aceptando que no se le pagara si los negocios de Valdivia iban mal.

Los peligros del mar eran incalculables. Una embarcación que llevaba mercancías de negociantes ilusionados con las ganancias de aquel tráfico sufrió el más espantoso desastre. En Copiapó bajaron el piloto y los marineros para hacer provisión de agua. Todos ellos fueron muertos por los indios, y el bote se perdió también. Quedaban a bordo tres españoles y un negro. Siguieron hacia el sur, y antes de que Valdivia pudiese darles auxilio, un temporal los arrojó a la costa. Los naturales quemaron la embarcación, se apoderaron de los efectos y mataron a los náufragos.

El *San Pedro* fué barco de mayor interés histórico. Llevaba artículos por valor de 10 ó 12.000 pesos. Pero había algo más importante que esto, según el informe de Valdivia al Emperador.

> El capitán, piloto y señor del navío, y que lo trujo, después de Dios, y guió acá, se llamaba Juan Bautista de Pastene, genovés, hombre muy práctico de la altura y cosas tocantes a la navegación, y uno de los que mejor entienden este oficio de cuantos navegan a este mar del Sur, persona de mucha honra, fidelidad y verdad.

Valdivia habilitó el puerto de Valparaíso, según acta del 3 de septiembre de 1544, y nombró a Pastene teniente de capitán general en la mar, dándole el *San Pedro* y el *Santiaguillo* para que expedicionara con rumbo al estrecho de Magallanes.

Hasta entonces Valdivia no había hecho sino una desgraciada tentativa de naviero. Cuando, tres años antes, abrió la explotación aurífera de Malgamalga, desde luego, pretendió establecer un astillero en Concón. El oro y un barco asegurarían el tráfico. Efectivamente, se fabricó "un buen bergantín que había hecho hacer con harto trabajo". Pero esta obra quedó anegada en sangre, pues, atacados los españoles, murieron 13 de ellos, sus negros y muchos indios aliados. El bergantín fué reducido a cenizas.

Ya después, hasta la llegada del *Santiaguillo* y del *San Pedro*, Valdivia no tuvo sino un barquichuelo costero, en el que enviaba a la Serena el trigo, las gallinas y los puercos de que habían menester sus pobladores para sustentarse.

La primera Buenos Aires construyó bergantines, y con ellos se hicieron las expediciones fluviales, de las que iba a resultar la formación del centro paraguayo.

La Asunción, ya lo he dicho, tuvo arsenal, y de su muelle salió una carabela que llegó hasta España.

Nuflo de Chaves, en todo activo, fué constructor de una armada de 23 navíos, con los que remontó el río Paraguay.

Ya hemos visto también que en el Alto Perú hubo quien fabricara una embarcación para bajar por el Mamoré y el Amazonas, como lo hizo Orellana en la expedición de la Canela.

Jiménez de Quesada, Federmann y Benalcázar bajaron por el río Magdalena en un bergantín que para ello fabricaron, aun cuando Benalcázar dice que él fué el armador.

No hago una historia de la embarcación en la conquista y población de América. Presento sólo hechos aislados para que se conozca un aspecto de los conquistadores.

*

La mujer no desempeña un papel secundario como pobladora. Su importancia se pone de manifiesto con la competencia que le hace la india. Genésicamente, la española da un producto cuantitativamente menor. Pero su importancia social compensa todas las desventajas numéricas.

Ya se vió cómo en las islas los indios se quedan sin sus indias. El español se casa canónicamente con la hija del cacique para hacerse cacique. De la yanacona y naboria se sirve como de mancebas. El resultado, pronto habrá de verse, es que la población indígena desaparezca. Otras causas la aniquilan: pestes, trabajos, desalientos. Pero el número de indígenas, que no es excesivo, produce otro resultado. Con la afluencia de blancos en cantidad respetable y de negros en masa creciente, el hijo de español e india tira a blanco o se amulata. No hay mes-

tizos para la demografía. Lo mismo pasa en otros países de escasa población indígena y de pululante negrería.

En donde el español halla compactos núcleos de indios, el mestizo forma la capa arsorbente de la población, porque la favorece mayor número de combinaciones que a los blancos y a los indios sin mezcla.

Los españoles no tuvieron que vencer grandes obstáculos para la mezcla de sangre.

Oviedo hace este cuadro de las mujeres indias:

Comúnmente son buenas de su persona; pero también hay muchas que de grado se conceden a quien las quiere, en especial las que son principales, las cuales ellas mismas dicen que las mujeres nobles y señoras no han de negar ninguna cosa que se les pida, sino las villanas. Pero asimismo tienen respeto las tales a no se mezclar con gente común, excepto si es cristiano, porque como los conoscen por muy hombres, a todos los tienen por nobles comúnmente, aunque no dejan de conocer la diferencia y ventaja que hay entre los cristianos de unos a otros, en especial a los gobernadores y personas que ellas ven que mandan a los otros hombres, mucho los acatan, y por honradas se tienen cuando alguno de los tales las quieren bien...

Apenas hay crónica en que no aparezca cómo se dan las indias a los españoles y cómo las ofrecen los indios.

En la *Década Primera* dice Herrera, hablando de la gente de Ojeda:

Los bailes, cantares y sacrificios que los indios hacían eran muchos, y las comidas que les daban, y regalos que les hacían era increíble, ofreciéndoles sus mujeres con toda prodigalidad, y con tanta importunidad que no bastaban a resistir.

Anacaona, la cacica haitiana, era

muy deshonesta en el acto venéreo con los christianos, o por esto e otras cosas semejantes, quedó reputada y tenida por la más disoluta mujer que de su manera ovo en esta isla. Con todo, era de grande ingenio, e sabía ser servida e acatada e temida de sus gentes e vasallos, e aun de sus vecinos.

Esta hembra absoluta y disoluta, como la llamaba Gómara, ¿procedía así por liviandad o por política?

Aparte del atractivo que el hombre más fuerte tiene para la mujer del pueblo conquistado, entraba por mucho el elemento de que habla Herrera, esto es, la especie de agasajo y homenaje consistente en el ofrecimiento que hacen los hombres de las mujeres de su familia o de su tribu.

Desde el primer instante el indio procura que el español posea y fecunde a la india, si ella es de calidad, y quiere que la utilice en oficios serviles, si es de baja extracción.

La conquista de Méjico da de esto ejemplos muy frecuentes.

Apenas había ganado Cortés la batalla de Cintla, vino el señor del pueblo con otros comarcanos.

... y le trujeron pan, gallipavos, frutas y cosas así de bastimento para el real, y hasta cuatrocientos pesos de oro en joyuelas, y ciertas piedras turquesas de poco valor, y hasta veinte mujeres de sus esclavas, para que les cociesen pan y guisasen de comer al ejército, con las cuales pensaban hacerle gran servicio, como los veían sin mujeres, y porque cada día es menester moler y cocer el pan de maíz, en que se ocupan mucho tiempo las mujeres.

Entre las de Potonchán estaba doña Marina, que, hablando la lengua de Méjico, pues era de raza azteca, pudo ser intérprete, por entender también la lengua de los mayas que conocía el rescatado cautivo Jerónimo de Aguilar.

Doña Marina dió al mestizaje de la Nueva España el primer caballero de Santiago que tuvo esa nueva casta. Con D. Martín Cortés, hijo de india y de conquistador, se ejemplifica la falta del prejuicio contra la mezcla de sangres. Mestizo es el historiador Pedro Gutiérrez de Santa Clara. El historiador Garcilaso de la Vega es también mestizo. Pronto la nobleza de España tendrá casas fundadas por indias de América.

Cuando Cortés llegó a Cempoala, se le hizo otro donativo de mujeres, no tan útil como el de Potonchán, por lo que respecta a la insustituíble doña Marina, pero mucho más importante desde el punto de vista del empeño con que los indios procuran este parentesco.

El señor de Cempoalan dijo que si quería estar allí, mucho en buen hora, y si no, que cerca estaban los navíos para tratar sin mucho trabajo ni tiempo lo que acordasen. Hizo llamar ocho doncellas, muy bien vestidas, a su manera, y que parescían moriscas, una de las cuales traía mejores ropas de algodón, y más labradas, y algunas piezas y joyas de oro encima. Y dijo que todas aquellas mujeres eran ricas y nobles, y que la del oro era señora de vasallos, y sobrina suya, la cual dió a Cortés, con las demás, para que la tomase por mujer, y las diese a los caballeros de su compañía que mandase, en prenda de amor y amistad perpetua y verdadera. Cortés recibió el don con mucho contentamiento, por no enojar a su dador...

Bernal Díaz prodiga pormenores de un realismo que con razón omite Gómara, cronista cortesano.

Bautizada la sobrina del cacique gordo de Cempoala, se llamó doña Catalina, del nombre de la madre y de la mujer legítima de Cortés, quien probablemente la respetaría, no obstante que el cacique la daba, con las otras, "para hacer generación". Y digo que Cortés no sería amante de aquella mujer, porque era muy fea. Había otra, sobrina de un gran cacique, a la que se puso por nombre Francisca.

Esta era muy hermosa, para ser india, y la dió Cortés a Alonso Hernández Puertocarrero.

En Tlascala se afirmó la paz con los españoles, entregando los indios a Cortés algunas doncellas principales para que los conquistadores, tan buenos y esforzados, hicieran generación y tuvieran a los de la república por hermanos y parientes. Esas doncellas, a las que se bautizó, llamando a una doña Luisa, a otra doña Elvira y a las demás con otros nombres, fueron entregadas por Cortés a Pedro de Alvarado, a Cristóbal de Olid, a Alonso de Avila y a Juan Velázquez de León.

Bernal Díaz añade datos muy curiosos:

Antes que más pase adelante, quiero decir cómo de aquella cacica, hija de Xicotenga, que se llamó doña Luisa, que se dió a Pedro de Alvarado, que ansí como se la dieron, toda la mayor parte de Tlascala la acataba y le daban presentes y la tenían por su señora,

y della hobo el Pedro de Alvarado, siendo soltero, un hijo que se dijo D. Pedro, e una hija que se dice doña Leonor, mujer que agora es dè D. Francisco de la Cueva, buen caballero, primo del duque de Albuquierque, e ha habido en ella cuatro o cinco hijos, muy buenos caballeros, y aquesta señora doña Leonor es tan encelente señora, en fin como hija de tal padre, que fué comendador de Santiago, adelantado y gobernador de Guatimala, y es el que fué al Perú con grande armada, y por la parte del Xicotenga, gran señor de Tlascala, que era como rey.

El mismo cronista resume unas palabras que el gran señor de Méjico dijo a Cortés:

"Mirá, Malinche, que tanto os amo, que os quiero dar a una hija mía muy hermosa para que os caséis con ella y la tengáis por vuestra legítima mujer."

Y Cortés le quitó la gorra por la merced, y dijo que era gran merced la que le hacía, mas que era casado, y tenía mujer, e que entre nosotros no podemos tener más de una mujer, y que él la ternía en aquel agrado que hija de tan gran señor meresce, y que primero quiere se vuelva cristiana, como son otras señoras hijas de señores.

Tan fácilmente daban los indios una mujer a los españoles, como los españoles una cuenta verde o un espejo a los indios.

Deseaba Motezuma —dice el cronista Cervantes de Salazar— según la afición que mostraba a los españoles, hacerles en todo placer y darles contento, tanto, que después de haber dado a Cortés una hija suya, bien hermosa, le ofresció otra muy más linda, pensando que así como él tenía muchas mujeres, Cortés tuviera muchas amigas, aunque fueran hermanas. Verdad es que le pesó a Cortés, por el parentesco que había, por no poder rescebir la segunda, pero trató de casarla luego con Cristóbal de Olid, el cual vino en ello luego, por ser muy linda, hija de tan gran señor, y mandárselo Cortés. Como Motezuma supo el casamiento, holgó mucho dello, y envió a su yerno joyas ricas, y de ahí adelante le trataba como a deudo.

Un Alonso de Ojeda, homónimo del famoso conquistador, era feliz poseedor de

una bolsa grande nueva, de las plegadas y de bolsicos, labrada con seda, que se decía burjaca. Miróla Motezuma, holgóse mucho de verla, espantado de que tuviese tantas partes, y tan bien hechas, donde guardar muchas cosas. Alegre con ella, dió un silbo bajo, que es manera de llamar los señores. Vinieron luego ciertos principales. Díxoles muy quedo que luego traxesen ciertas cosas. Apenas había acabado de mandarlo, cuando luego dieron a Ojeda dos indias muy hermosas, muchas mantas ricas, una hanega de cacao y algunas joyas, pagándole la burjaca hasta más de lo que ella valía, aunque fuera de oro.

Bernal Díaz del Castillo pidió a Motecuzoma una india hermosa. El gran señor mandó dársela, y juntamente con la india, le hizo merced de tres tejuelos de oro y dos cargas de mantas, "por verle con motolínea", es decir, con pobreza.

El hecho de la entrega de indias es general, y no hay para qué recargar de anécdotas este pasaje.

El inca Garcilaso de la Vega dice:

En aquellos principios, viendo los indios alguna india parida de español, toda la parentela se juntaba a respetar y servir al español como a su ídolo, porque había emparentado con ellos. Y así fueron estos tales de mucho socorro en la conquista de las Indias.

Las mujeres, por su parte, ya lo dije, se daban de mil amores, aunque no las entregaran sus padres o hermanos.

Después del sitio de Méjico,

... el Guatemuz y todos sus capitanes dijeron a nuestro capitán Cortés que muchos capitanes y soldados que andaban en los bergantines, y de los que andábamos en las calzadas batallando, les habíamos tomado muchas hijas y mujeres de algunos principales, que le pedían por merced que se las hiciese volver. Y Cortés les respondió que serían muy malas de las haber de poder de los compañeros que las tenían, y puso alguna dificultad en ello, pero que las buscasen y trujesen ante él, y vería si eran cristianas o se querían volver a sus casas, con sus padres y maridos, y que luego se las mandaría dar. Y dióles licencia para que las buscasen en todos tres reales, y un mandamiento para quel soldado que las tuviese, luego se las diese, si las indias se querían volver de buena voluntad con ellos. Y andaban muchos principales en busca dellas, de casa en casa, y

eran tan solícitos que las hallaron. Y había muchas mujeres que no se querían ir con sus padres, ni madres, ni maridos, sino estarse con los soldados con quien estaban, y otras se escondían, y otras decían que no querían volver a idolatrar, y aun algunas dellas estaban ya preñadas. Y desta manera no llevaron sino tres, que Cortés mandó expresamente que las diesen.

Después de la prisión de Atahualpa, Pizarro envió 30 hombres a caballo para que levantaran el campo y tiendas del señor prisionero. Salió este piquete por la mañana, y antes de mediodía entró en el real "con una cabalgada de hombres y mujeres, y ovejas, y oro y plata, y ropa". Esto dice Francisco de Jerez. Y Agustín de Zárate añade un dato muy interesante respecto de las mujeres recogidas.

Preso Atabaliba, otro día de mañana fueron a coger el campo, que era maravilla de ver tantas vasijas de plata y de oro como en aquel real había, y muy buenas, y muchas tiendas, y otras ropas y cosas de valor, que más de sesenta mil pesos de oro valía sola la vajilla de oro que Atabaliba traía, y más de cinco mil mujeres a los españoles se vinieron, de su buena gana, de las que en el real andaban.

Gómara entra con su nota literaria:

Hallaron en el baño y real de Atabaliba, cinco mil mujeres, que aunque tristes y desamparadas, holgaron con los cristianos.

Ya he hablado del Paraguay, en donde el mestizaje tomó un carácter especialísimo.

Domingo Martínez de Irala hizo estancia en el puerto de Tapuá, por haber tenido allí amores él y sus compañeros con las hijas del cacique Moquiracé, antes de que se fundara la Asunción. Este sitio, dice D. Fulgencio R. Moreno, fué "el primitivo centro del activo mestizaje hispanoguaraní", que se habría de extender hasta el Guapay, el Paraná y el Plata. Las hijas de Irala casaron con gobernadores del Paraguay. Uno de sus nietos, y nieto, por tanto, de una india, fué el historiador de la conquista Ruy Díaz de Guzmán.

Estas uniones, generalizadas entre todos los pobladores, sin duda con licenciosos excesos, constituían, no obstante, la garantía más eficaz del valioso apoyo indígena.

Los naturales se llamaban *tobayáes*, o sea cuñados de los españoles, y a ese título les servían.

A pesar de todo esto, la mujer española ocupa un lugar preeminente. Si la india, por excepción, es mujer legítima del conquistador, y ordinariamente su concubina o su combleza, la española es pocas veces barragana y casi siempre esposa. Además, ella establece las normas de la vida doméstica, creando el tipo de la sociedad en formación.

Doña María de Toledo, sobrina de los Reyes Católicos, mujer de D. Diego Colón y virreina de la isla Española; doña Isabel de Bobadilla, sobrina de la marquesa de Moya, una de las más allegadas de la Soberana de Castilla; doña Juana de Zúñiga, segunda mujer de Hernán Cortés, hija de los condes de Aguilar y sobrina de los duques de Béjar; doña Beatriz de la Cueva, segunda mujer de Pedro de Alvarado, perteneciente, como la primera, doña Francisca de la Cueva, a la familia de Francisco de los Cobos, secretario de Carlos V; doña María de Bobadilla, hija de Pedrarias Dávila, casada con Hernando de Soto, fueron en América organizadoras de las nuevas sociedades: doña María de Toledo, como virreina, durante las ausencias de su marido; la mujer de Soto, como gobernadora de Cuba; la de Alvarado, desempeñando las mismas funciones en Guatemala; la de Cortés y la de Pedrarias, sin desempeñar cargo alguno, pero ejerciendo influencia oficial y extraoficial.

Todas ellas llevaron consigo doncellas distinguidas de España para casarlas con los próceres de la conquista. Pedro de Alvarado decía de las que pasaron con su mujer que esa mercancía no habría de quedársele en la tienda mucho tiempo.

A Garcilaso de la Vega le contaron sobre esto una historia que él repite.

Llegado a Huautimallan D. Pedro de Alvarado, fué bien recibido. Hiciéronle por el pueblo muchas fiestas y regocijos, y en su casa muchas danzas y bailes, que duraron muchos días y noches. En una dellas acaeció que estando todos los conquistadores sentados en una

gran sala, mirando un sarao que había, las damas miraban la fiesta desde una puerta que tomaba la sala a la larga. Estaban detrás de una antepuerta por la honestidad, y por estar encubiertas, una dellas dijo a las otras: *Dicen que hemos de casar con estos conquistadores.* Dijo otra: *¿Con estos viejos podridos nos habíamos de casar? Cásese quien quisiere, que yo por cierto no pienso casar con ninguno dellos. Dolos al diablo. Parece que escaparon del infierno, según están estropeados: unos cojos y otros mancos; otros sin orejas; otros con un ojo; otros con media cara. Y el mejor librado la tiene cruzada una, y dos, y más veces.* Dijo la primera: *No hemos de casar con ellos por su gentileza, sino por heredar los indios que tienen, que según están viejos y cansados, se han de morir presto, y entonces podremos escoger el mozo que quisiéremos, en lugar del viejo, como sueles trocar una caldera vieja y rota por otra sana y nueva.* Un caballero de aquellos viejos, que estaba a un lado de la puerta, en quien las damas, por mirar a lejos, no habían puesto los ojos, oyó toda la plática, y no pudiendo sufrirse, o escuchar más, la atajó, vituperando a las señoras, con palabras afrentosas, sus buenos deseos. Y volviéndose a los caballeros, les contó lo que había oído, y les dijo: *Casaos con aquellas damas, que muy buenos propósitos tienen de pagaros la cortesía que les hiciéredes.* Dicho esto, se fué a su casa, y envió a llamar un cura, y se casó con una india, mujer noble, en quien tenía dos hijos naturales. Quiso legitimarlos para que heredasen sus indios, y no el que escogiese la señora, para que gozase de lo que él había trabajado, y tuviese a sus hijos por criados y esclavos. Algunos ha habido en el Perú, que han hecho lo mismo, que han casado con indias, aunque pocos. Los más han dado lugar al consejo de aquella dama. Sus hijos dirán cuán acertado haya sido, pues desde los espitales en que viven, ven gozar a los hijos ajenos de lo que sus padres ganaron, y sus madres y parientes ayudaron a ganar.

La anécdota habla de una situación excepcional. Lo ordinario era que el español casado con española fuese de edad proporcionada y tuviese hijos en ella.

Esto se ve en las nóminas de conquistadores y pobladores, como la que D. Francisco del Paso y Troncoso sacó del Archivo de Indias, y que se publicó sin mencionar al investigador. Allí figuran 1.385 individuos avecindados en la Nueva España. De ellos, 1.220 casados y 165 solteros o viudos. Basta leer al azar algunas de estas noticias para hacerse cargo de la vida

doméstica del conquistador y poblador, bajo el aspecto que vengo reseñando.

El documento se titula:

> *Relación de las personas que pasaron a esta Nueva España, e se hallaron en el descubrimiento, toma e conquista della, así con el Marqués del Valle, Don Hernando Cortés, como con el capitán Pánfilo de Narbáez, como después, y las mujeres e hijos de los conquistadores e pobladores desta Nueba España, e otras personas que han dado peticiones e memoriales a Vuestra Señoría Ilustrísima, sobre lo tocante al repartimiento general desta tierra: son las siguientes, así vezinos desta ciudad de México, como de otras ciudades e villas desta Nueba España.*

Es difícil saber el número de indias que hay entre las consortes de los declarantes, porque muchos de ellos omiten toda indicación. Pero se ve que si el conquistador ha formado ya familia anteriormente, manda por ella al establecerse. El soltero puede elegir entre la hija o la viuda de un conquistador y la india señora de vasallos. A veces la india reúne las dos circunstancias: es india señora de vasallos y viuda de conquistador.

Gonzalo Fernández de Oviedo da particularidades muy instructivas sobre el caso de un conquistador de los que fueron con Narváez y tomaron parte en el sitio de la ciudad azteca. Juan Cano, que así se llama, aparece en la nómina declarando que es natural de Cáceres, que sus abuelos sirvieron a los Reyes Católicos en las guerras de Granada e Italia, y que está casado "con doña Isabel, hija legítima de Montezuma e única heredera". Doña Isabel, según refiere Oviedo, se había casado primeramente con Cuautémoc, el último señor azteca, y después con el conquistador Pedro Gallego. Eran hijos de Juan Cano y de doña Isabel: Pedro Cano, Gonzalo Cano de Saavedra, Juan Cano, doña Isabel y doña Catalina. Juan Cano se mostraba orgulloso de tener aquella esposa, pues afirmaba que podía competir en discreción y gracia con cualquiera de las más distinguidas señoras de España.

Hubo un Cristóbal de Valderrama, que sirvió en Michoacán y en Colima. La viuda de este conquistador, muy secundario, se decía hija de Motecuzoma, y tenía de él algunos hijos. Nadie solicitaba enlace con esta viuda.

Sebastián Hernández, soldado de Soto en la Florida, se quedó avecindado en Pánuco, y allí se casó "con una mujer de la tierra", viuda del conquistador Diego Hernández. No se puede saber si esa mujer de la tierra era criolla, mestiza o india.

El conquistador Francisco García se casó con la india Leonor García.

Pedro Díaz de Vargas estaba casado con india, hija de un principal de Tlascala. Este matrimonio había amparado "huérfanos pobres".

Pero indudablemente hubo muchos que o por interés, o por conveniencia, o por afecto, o por alguna otra causa se unieron legítimamente con indias.

Si el soltero elige mujer española, ya dije que se le presentan dos partidos: la hija y la viuda del conquistador. Se crea una especialidad parasitaria: la de los que, sin ser conquistadores, conquistan viudas y herederas de conquistadores.

Luis de Villegas, natural de Segovia, se casa con Ana de Estrada, hija legítima de Francisco de Estrada, conquistador.

Cristóbal Hidalgo no es conquistador, pero lo es su mujer, viuda del conquistador Sebastián Rodríguez. El príncipe consorte de una media encomienda en Malinalco, dice que "la dicha su mujer se halló en la dicha conquista, y sirvió en curar los enfermos que había".

Frecuentemente, la viuda del conquistador prefiere otro conquistador, si reincide en el casamiento. Antonia Hernández se casó en primeras nupcias con Miguel de Güemes, uno de los primeros conquistadores de la Nueva España; en segundas nupcias, con otro conquistador llamado Baltasar Rodríguez; en terceras nupcias, con Bartolomé de Perales, y, por último, con Juan de Moscoso, que había servido en Santa María, en Cartagena y en la pacificación de Jalisco.

Pero dada la fecundidad de los matrimonios, el hecho más

frecuente es que el poblador, fuera o no fuera conquistador, se casara con hijas de conquistadores.

Diego Hurtado, conquistador de la Nueva Galicia, dice que "es casado con una hija de los primeros conquistadores de la isla Española".

A algunas mujeres las casan. María de Medina declara que

es hija de Jerónimo de Medina y de doña Rosa, su mujer, naturales de Illescas, y quel dicho su padre, y Gonzalo Hernández de Medina, su agüelo, sirvieron a los Reyes Católicos, y que ha diez y siete años que vino a esta Nueva España, con la dicha su madre, y desde a dos años la casaron con Juan de Cisneros, difunto, conquistador que fué desta ciudad de Méjico y Nueva España, el cual falleció, sirviendo en la última pacificación de Jalisco a Su Majestad, del cual le quedaron cuatro hijos y dos hijas...

Esta María de Medina tenía dos hermanas casadas, y un hermano, casado con una hija de Pedro de Meneses, uno de los primeros conquistadores.

La función de la mujer española, que ella desempeñó sin duda, puesto que la familia americana reprodujo los rasgos de la severa vida doméstica penisular, fué más de ejemplaridad y enseñanza que de acción directa. Y así en el Paraguay, donde el mestizaje tuvo tanta extensión y donde la incomunicación sólo se interrumpía raras veces, el tipo y tenor de vida no se apartaron del modelo español.

Bastaba una mujer de la Península para que todas, por imitación, siguiesen sus huellas.

Gonzalo Fernández de Oviedo dice lo que indudablemente otros muchos callaron.

Refiriéndose a la muerte de su esposa escribe:

Esta mujer llorada había construído a su gusto la casa en el Darién, con buenos aposentos altos y bajos, e un hermoso huerto de muchos naranjos, e otros árboles, sobre la ribera de un gentil río que pasa por la ciudad.

Naturalmente, no todas las mujeres alcanzaban la perfección de la de Oviedo.

El mismo dice cómo vivían muchos españoles.

Viendo muerta a mi mujer, estuve para perder el seso, porque además de tan grata compañera y de ser mi deseo vivir en el estado matrimonial, como cristiano, no era acostumbrado a las mancebas que mis vecinos tenían, y algunos duplicadas.

Estos concubinatos no se formaban exclusivamente con indias. Muchos hacían mala vida con españolas, y, lo que es peor, con españolas de las de cuatro efes, que eran las feas, flacas, frías y flojas.

Dos capitanes de Pedrarias, ambos nobles y caballeos, llevaban de España dos amigas. Una de ellas era vieja e muy fea e de mala gracia, en la cual concurrían las cuatro efes que a las tales se suelen atribuir.

Pero esto no autoriza para hacer generalizaciones ultrajantes, pues desde los primeros días se distinguió el hogar honesto, muy apartado de las uniones irregulares, y más de las escandalosas con mujeres de España que de los amancebamientos hechos utilitariamente con indias.

Hubo mujeres que se distinguieron, como Aldonsa de Villalobos, fundadora y gobernadora de la Margarita, en donde levantó la fortaleza concedida a su padre, Marcel Villalobos; como doña Elvira González, la mujer del capitán Juan de Montalto, que consumó una batalla con los indios en el río Magdalena; como Inés Suárez, que salvó a Santiago con sus varoniles determinaciones y con sus cuidados en la cría de animales domésticos; la admirable Inés Suárez, que aprendió a leer en Chile y que pasó de la ignominia de sus relaciones criminales con el jefe de la conquista a un estado de honestidad que la hizo respetable; como Isabel de Guevara, la que describe y representa el heroísmo de las mujeres en las terribles penalidades paraguayas.

Esta Isabel merece unas líneas, aun cuando no sea sino para la reproducción de lo que ella misma escribe, con un acento de verdad y un sentido de la expresión literaria que conmueven y despiertan admiración.

Tomo estas notas de la *Carta que doña Isabel de Guevara escribió a la princesa gobernadora doña Juana, exponiendo los*

BIBLIOTECA PROVINCIAL BURGOS

trabajos hechos en el descubrimiento y conquista del Río de la Plata por las mujeres para ayudar a los hombres. (Asunción, a 2 de julio de 1556.)

Doña Isabel dice que los hombres

... vivieron en tanta flaqueza, que todos los trabajos cargaban a las pobres mujeres, ansí de lavarles la ropa, hacerles de comer lo poco que tenían, alimpiarlos, hacer centinela, fondar los fuegos, armar las ballestas cuando algunas veces los indios venían a dar guerra, hasta cometer a poner fuego en los versos (1) y a levantar los soldados, los questaban para ello, dar arma por el campo a voces, sargenteando y poniendo en orden los soldados, porque en este tiempo, como las mujeres nos sustentamos con poca comida, no habíamos caído en tanta flaqueza como los hombres.

En el camino fluvial para ir a la Asunción,

... las fatigadas mujeres fueron un precioso auxiliar para los hombres: ellas los metían a cuestas en los bergantines: ellas los curaban y los miraban y les guisaban la comida, trayendo la leña de fuera del navío, que se tenía por afrentada la que menos hacía, sirviendo de marear la vela, y gobernar el navío, y sondar la proa, y tomar el remo al soldado que no podía remar, y esgotar el navío; ellas anduvieron en la Asunción rozando y carpiendo, y recogiendo el bastimento, sin ayuda de nadie, hasta tanto que los soldados guarecieron de sus flaquezas y comenzaron a señorear la tierra y adquirir indios y indias de su servicio, hasta ponerse en el estado en que agora está la tierra, muy fértil de bastimentos.

No falta quien ridiculice a Isabel de Guevara, diciendo que esta carta, obra de algún leguleyo, es de un contenido totalmente falso. Se lleva la saña hasta reprochar que la autora o signataria ignorara en la remota Asunción que cuando ella se dirigía a la Reina doña Juana ya ésta tenía meses de estar sepultada. Para algunos escritores, argentinos por nacionalización, las primeras mujeres que pasaron a la patria adoptada, no eran sino unas "pelanduscas" o rameras.

Marina Vélez de Ortega ofrece un caso ejemplar de otro

(1) Versos eran piezas de artillería ligera.

orden. La Nómina de Paso y Troncoso extracta así una exposición de esa mujer al virrey Mendoza:

Que es vecina de la ciudad de los Angeles, y natural de Guadalcanal, e hija legítima de Antón Ruiz de Ortega y de Catalina Martín, e que es mujer de Cristóbal Martín Camacho, natural de Moguer, el cual pasó a esta Nueva España con Garay, y sirvió a Su Majestad en algunas conquistas della, y no declara en cuáles, e ques una de las primeras mujeres que vinieron a esta Nueva España, e una de las primeras vecinas de la dicha ciudad de los Angeles, donde siempre ha tenido su casa poblada, con cinco doncellas huérfanas, criándolas e industriándolas dende niñas, entre las cuales tiene una hija legítima de Joan Gómez de Peñaparda, conquistador desta Nueva España, y que todas son muy pobres, y ella con ellas, y padesce necesidad.

La mujer del conquistador aparece enseñando el bordado a las indias, aclimatando plantas útiles y decorativas, creando instituciones benéficas, y, sobre todo, formando la base moral de las nuevas sociedades.

El españolismo de la conquista

Las empresas de que hablo no fueron obra de regionalismo, aunque determinadas regiones contribuyeron más que otras a un esfuerzo cuyo carácter nacional nadie podría discutir.

Hay que distinguir el primer período, que es el de los Reyes Católicos, del segundo, en el que domina D. Fernando, y del tercero, cuando entra ya el Emperador.

Oviedo señala muy bien estas diferencias.

Porque en tanto que la Altísima Reyna doña Isabel vivió, no se admitían ni dexaban pasar a las Indias sino a los proprios súbditos e vasallos de los señoríos del patrimonio de la Reyna, como quiera que aquellos fueron los que las Indias descubrieron, e no aragoneses, ni catalanes, ni valencianos, o vasallos del patrimonio real del Rey Cathólico, salvo por especial merced a algún criado e persona conoscida, se le daba licencia, no seyendo castellano... Mas después, el Rey Cathólico, gobernando los reynos de la Serenísima Reyna doña Juana, su fija, nuestra señora, dió licencia a los aragoneses e a todos sus vasallos que pasaran a estas partes con oficios e como les plugo. Y después, la Cesárea Majestad extendió más la licencia, e pasan agora de todos sus señoríos e de todas aquellas partes e vasallos que están debaxo de la Monarchía...

Se han hecho diversas tentativas para fijar numéricamente las aportaciones de cada región; pero la insuficiencia de los datos impide un resultado de exactitud incontrovertible.

Don Rufino J. Cuervo, aprovechando una lista formada con 160 nombres de individuos de patria conocida que pasaron en

los primeros tiempos de la conquista, encuentra 57 andaluces, 47 castellanos y leoneses, 20 extremeños, 20 portugueses, 10 vascongados y cuatro gallegos, tres valencianos y catalanes, tres navarros y aragoneses, un murciano y un canario.

Cuervo formó su lista registrando las obras de Piedrahita, Oviedo y Baños, López de Gómara y Juan de Castellanos.

¿Cuál sería el resultado si en vez de consultar libros de cuatro cronistas hubiera visto también los de Pedro Mártir, Las Casas, Fernández de Oviedo, Garcilaso de la Vega, Bernal Díaz del Castillo, el P. Aguado, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Schmidel, Góngora Marmolejo, Rodríguez Fresle, Ocáriz y otros cuatro o cinco más, indispensables para este objeto?

Don Ciriaco Pérez Bustamante, catedrático de Historia en la Universidad de Santiago de Compostela, auxiliado por dos de sus alumnos (Lorenzana y González García), da la procedencia de muchas de las personas que aparecen como declarantes en la Nómina de Paso y Troncoso.

Halla: 362 de Andalucía, 188 de Extremadura, 175 de Castilla la Vieja, 129 de Castilla la Nueva, 75 de León, 23 de las Provincias Vascongadas, 16 de Aragón, 15 de Galicia, 11 de Murcia, 10 de Asturias, 7 de Cataluña, 4 de Navarra, 3 de Valencia, 3 de las islas Canarias, 1 de las Baleares. Además, figuran 30 portugueses, 20 italianos, 15 americanos, 6 franceses, 3 flamencos, 2 ingleses y 1 griego.

Para el total de 1.023 individuos que tienen patria conocida en la Nómina hay 36 nacidos en lugares de situación dudosa, y por otra parte, aparecen 259 cuyo expediente no hace mención de la procedencia.

En vista de esto, ¿nos preguntaríamos si la conquista y población de Méjico, puesto que se trata de Méjico especialmente, tiene más de portuguesa que de vascuence, aragonesa, gallega, murciana, asturiana y catalana? ¿Resultaría más italiana que aragonesa, tan americana como gallega, con igual número de flamencos que de valencianos y de canarios, más inglesa que balear y tan balear como griega?

El erudito investigador Thayer Ojeda hace un cálculo muy interesante para la población de Chile en el siglo XVI, fijando el tanto por ciento: 27,3 castellanos, 26 andaluces, 13 leoneses,

5,1 vascos. La cifra de los castellanos se descompone así: 16,2 para Castilla la Nueva y 11,1 para la Vieja.

Haciendo una comparación de los resultados, aun cuando éstos sean de listas parciales, tenemos como muy probable que, si bien concurrieron a la conquista elementos de todas las regiones, se manifestaron de un modo particularmente activo los andaluces, los castellanos, los extremeños y los asturoleoneses.

El españolismo de la conquista proviene de un cauce troncal con canales secundarios de alimentación. La línea principal podría trazarse desde las Peñas de Europa, en los Pirineos Astúricos, hasta el golfo de Cádiz. Ocupando esta línea una posición occidental, es fácil suponer que la zona galaicoportuguesa contribuiría de un modo excepcionalmente activo. Pero no es así. Los portugueses fueron a las conquistas hechas por súbditos de los Reyes Católicos y de Carlos V; pero la frontera política impuso limitaciones, y, además, el portugués tuvo ingentes empresas nacionales a que atender. Los gallegos, emigrantes después, no se presentaron en masa, y concurrieron muy aisladamente. También fué de valor secundario la acción de las regiones que se extienden al oriente de una línea tirada desde el cabo Higura, en el fondo del golfo de Vizcaya, hasta el cabo de Gata.

Don Rufino J. Cuervo dice una verdad cuando afirma que "la historia y la filología están conformes para probar que los primeros pobladores de América representaban todas las comarcas de la Península Ibérica". No podemos rechazar un hecho palmario como el que le ofrece "el habla americana, en la cual se hallan mezclados términos y locuciones de toda la Península Ibérica". Pero esto debe entenderse con una salvedad muy importante. Los portugueses, bajo sus propias banderas, trasplantaron un Portugal a la tierra americana. Los conquistadores que reconocían a los Reyes Católicos y a Carlos V no trasplantaron al Nuevo Mundo una España portuguesa, ni una España gallega, ni una España bable, ni una España vascongada, ni una España catalana, ni una España valenciana. Trasplantaron una España castellana, que lingüísticamente tuvo acentuadas modalidades andaluzas, extremeñas y leonesas.

Conviene hablar de la intervención del extranjero en las

conquistas, pues ya vimos, por lo que dice Oviedo, la importancia de elementos de procedencia extrapeninsular cuando el Rey de España fué Emperador de Alemania, y soberano de los Países Bajos y de otros Estados. Además, sin esto, el extranjero entraba más o menos disimuladamente. Dondequiera encontramo italianos, ingleses, franceses, alemanes, griegos, moriscos y hasta turcos.

Es decisivo un pasaje de Oviedo, que debe conocerse en toda su integridad.

Y torno a deciros, letor, que no olvidéis lo que dije en mi introdución e prohemio, para doquier que pasáredes por estas historias e capitanes, pues a los más dellos se puede aplicar lo que allí dije tan al proprio como los que allí nombré, lo qual no es poca desventura e desasosiego para estas tierras e nuevos pobladores dellas, e no menos dañoso a los naturales indios, sobre cuyas cabezas e generaciones carga el peso de semejantes bullicios. Lo qual en la verdad es anexo a la guerra, e mucho más en los exércitos destas partes, porque no son los conquistadores de una lengua —puesto que hablan castellano— sino de cuantas hay en chripstianos, e aun no sé si se pueden decir tales, porque al humo destas riquezas andan bárbaros africanos e levantiscos de muchas generaciones, e italianos de todas partes e provincias de Italia, e alemanes, e franceses, e ingleses, e de otras nasciones tantas, que sólo Dios los puede acá conoscer, si ellos no se quisiesen manifestar por quien son. Las culpas de los motines e travesuras e contestaciones, todas se atribuyen a los españoles, como es raçón, pues que los cabos e los que mandan son de España; mas en esas mesmas revueltas siempre intervienen extranjeros, porque para la salsa de tales guisados es menester un poco de vinagre o de otro sabor apartado del principal manjar, para que con más facilidad se efectúe e se traguen e concluyan todas estas defensiones, de las cuales muchas se ovieran excusado si aquellos principios de la población destas partes se continúan, en las quales no se admitían extranjeros, ni aun de todas partes de España, sino solamente castellanos.

Es tanto más difícil saber si el conquistador sale de España o de Hungría, cuanto que por lo regular cambia de nombre, adoptando uno español. Hace esto no sólo con propósito de ocultación del origen, sino por comodidad, cuando manifiesta a las claras su procedencia.

Bartholomeus Blumenthal entró en las conquistas debidamente autorizado, con expresión de las armas, caballos, esclavos y todo lo que podía llevar consigo. A nadie engañaba. Y, sin embargo, al españolizarse como Bartolomé Flores, no imaginaríamos que se trataba de un extranjero.

¿Qué pensar de otros muchos?

Podría formarse una nómina interminable.

Citaré sólo el caso del capitán Zapata, riquísimo minero. El tal capitán Zapata era un turco que tenía por nombre Emir Sigala.

Hay notoria exageración en lo que dice Oviedo de los extranjeros, pues entre ellos figuraron no pocos, de todas las procedencias, que se distinguieron por su buen natural y por sus costumbres morigeradas.

El mencionado Bartolomé Flores fué uno de los pobladores más estimables.

*

Entrando ya en el campo de la psicología de los conquistadores, encontramos un hecho y un problema.

El hecho es el gran valor cualitativo de Extremadura en la conquista. Y el problema es el de la influencia del azar en este hecho.

Frey Nicolás de Ovando, comendador de Lares y después comendador mayor de Alcántara, fué el plasmador de América, como gobernador enviado por los Reyes en 1502.

Con Ovando, o en pos de él, pasó a las Antillas una brillante juventud.

Si en vez de este brocense hubiera sido enviado un prócer de la Rioja o de otro lugar, con las mismas cualidades que mostró tener Ovando, ¿no habría aparecido un Cortés de distinta región española? ¿O es que acaso únicamente en Extremadura había madera de grandes conquistadores?

Pero dejemos esto y notemos que las primeras figuras de la conquista son de la otra Extremadura y no de la de Ovando.

¿También es un azar que de los cinco extremeños de primera fila, cuatro procedan de la Baja Extremadura, y sólo Pi-

zarro, inferior en todo, de la Alta? Balboa, Cortés, Valdivia y Soto, que llenan gran parte del continente americano, desde el río Mississipí hasta el Biobio, nacen dentro del estrecho territorio limitado por el Guadiana, el Ardila y el Zújar.

Haría falta un libro entero para enumerar las proezas realizadas por los hijos de las dos Extremaduras. Baste aquí recordar que fué extremeño el primer improvisado navegante —Francisco de Orellana—, a quien se debió el conocimiento del Amazonas. Lo fué Benalcázar, aun cuando el lugar de su nacimiento ha pasado a ser de Córdoba. Y siendo extremeño Pizarro, Extremadura domina casi todo el campo que comprende la conquista.

El resto de España aparece con menos figuras de primera importancia. Y hay una nota más interesante todavía. De dos capitanes que se destacan y que culminan por su tesón extraordinario —Jiménez de Quesada y Almagro—, uno es letrado y otro analfabeto. De las grandes figuras extremeñas, sólo Pizarro y Benalcázar no saben leer. De todos los conquistadores, sólo el rústico Pizarro, aunque ilegítimo, es hijo de padre ilustre. Benalcázar pertenece al pueblo anónimo. Almagro no sabe quiénes son sus progenitores. Los otros forman parte de la casta de los hidalgos. No puede suponérseles tan oscuros como se cree porque les faltan partidas de bautismo, pues los registros parroquiales no existían cuando ellos nacieron. El famelismo, que también se les atribuye, no se comprueba en algunos casos. El padre de Cortés había llegado a capitán en las guerras con los portugueses. Retirado, construyó una buena casa en la calle de la Feria, que ya no existe, de la parte principal del pueblo de Medellín, donde hoy se extiende el paseo. El capitán Martín Cortés, hombre activo y de mucha habilidad, poseía un molino, llamado de Matarrata, en el río Ortega; un colmenar en el sitio de La Merchana; una viña en la Vega; 5.300 maravedís de censos sobre casas particulares, y nueve fanegas de trigo de renta anual. Hernán Cortés hubiera podido seguir cualquier carrera con holgura. Interrumpió voluntariamente la de legista, y se fué a las Indias antes de los veinte años.

Poco se sabe de los otros conquistadores. Vasco Núñez de Balboa, nacido en Badajoz o en Jerez de los Caballeros, que da

lo mismo, puesto que Jerez de los Caballeros pertenece a Badajoz, era un hidalgo pobre. A los veintiese años, en 1502, empezó sus andanzas con Rodrigo de Bastidas, el virtuoso. Balboa, para Pedro Mártir, fué en España y después en el Nuevo Mundo, un *egregius digladiatur*, hombre más de acción que de consejo. Pero Las Casas, que no tenía mucha ternura cuando hablaba de él, hizo un retrato diferente:

> Era mancebo de hasta treinta y cinco o pocos más años (en 1510), bien alto y dispuesto de cuerpo, y buenos miembros, y fuerzas, y gentil gesto de hombre muy entendido, y para sufrir mucho trabajo.

No sabemos cómo se educaría ni si se educaría. Lo que consta es su estancia en Moguer como paje de la casa señorial de Puertocarrero, con la que estaba emparentado, y que en las Antillas había sido un encomendero de mala suerte o de poca habilidad, puesto que llegó a la insolvencia. Después aparece su capacidad sobresaliente, y se ve el resultado de diez años de iniciación americana.

Valdivia, nacido en Campanario, Villanueva, Castuera o Zalamea, puntos comprendidos en la comarca de la Serena, hizo una distinguida carrera militar en Europa.

Hernando de Soto pasó casi niño al Nuevo Mundo, y allí aprendió cuanto supo.

Pizarro cumpliría los veinticinco años en América, en 1497, si tenía cincuenta cuando murió su padre, el coronel Pizarro, en Pamplona.

Sebastián de Benalcázar, miembro de una familia de campesinos, huyó cuando no tenía cumplidos los catorce años, y se alistó en la expedición de Pedrarias Dávila. Si no creemos este dato tradicional, tendría dieciocho o veinte años cuando emigró a Santo Domingo, en 1498. Dejó el apellido Moyano por el nombre de la patria, que sonaba bien y resultó apropiado para un gran adalid.

Jiménez de Quesada, cordobés, era letrado, hijo de buenos padres.

Las Provincias Vascongadas aparecen desde el primer mo-

mento de la conquista de América compensando por medio de la calidad lo que les faltaba en número. Con el soldado europeo Domingo Martínez de Irala alcanzan una de las cúspides.

Como Jiménez de Quesada y como Valdivia, Martínez de Irala llegó al Nuevo Mundo cuando ya su formación estaba hecha. Como ellos, conquistando, se enseñó a conquistar. Y, como ellos, mucho tuvo que aprender, en tanto que Balboa, con doce años de América, Cortés con quince, Pizarro y Benalcázar con treinta, Almagro y Soto con un número poco más o menos igual, ya estaban cursados cuando empezaron a ser conquistadores.

Todo esto es necesario tomarlo en cuenta para que abandonemos ese tipo irreal de conquistador formado por algunos rasgos entre los que figura su irredimible inferioridad psíquica.

La ignorancia destructora

Como no estoy escribiendo una apología, quiero insistir en el analfabetismo de Pizarro, Almagro y Benalcázar. Sin llegar a la paradoja de sostener que la falta de letras trajo para ellos una ventaja, puede asegurarse que los inconvenientes, muy limitados, fueron de orden personal, pues la conquista, en su conjunto, nunca tuvo carácter analfabético. Los conquistadores tramitaban sus asuntos por medio de cartas. Dejaban cartas enterradas en sitios que para ello tenían cuidado de señalar previamente o en los que ponían alguna indicación.

Cortés dispuso que un capitán reconociese la Boca de Términos.

Y esto que le mandó fué por consejo del piloto, porque cuando por allí pasásemos con todos los navíos, no nos detener en entrar en él, y que después de visto, que pusiese una señal y quebrase árboles en la boca del puerto, o escribiese una carta y la pusiese donde la viésemos, de una parte o de otra del puerto, para que conociésemos que había entrado dentro, o que aguardase en la mar a la armada, barloventeando después que lo hubiese visto.

Cuando Cortés atravesó las inextricables selvas en su expedición a las Hibueras, y temía haberse perdido para siempre, ponía señales de su marcha.

Y diré que siempre por los pueblos y caminos por donde pasábamos, dejábamos puestas cruces donde había árboles para se labrar, en especial ceibas, y quedaban señaladas las cruces, y son más fijas

hechas en aquellos árboles que no de maderos, porque crece la corteza y quedan más perfetas, y quedaban cartas en partes que las pudiesen leer, y decía en ellas: *Por aquí pasó Cortés...*

En esa misma expedición, al encontrar provisiones, Bernal Díaz dió la noticia:

... y luego hice tinta, y en un cuero de atambor escribí a Cortés que enviase muchos indios, porque había hallado otras estancias con maíz...

Cuando Almagro dejó a Pizarro en Tacamez, para ir él a buscar nuevos elementos en Panamá, los descontentos que se quedaban forzados quisieron escribir exponiendo sus quejas. Los dos jefes velaban para impedirlo. Pero alguno de los inconformes logró hacer una carta y esconderla en un ovillo de lana de la tierra. La carta llegó a su destino. Terminaba con la célebre redondilla:

Pues señor gobernador,
mírelo bien por entero,
que allá va el recogedor
y acá queda el carnicero.

De manera que no sólo había quien escribiera, sino quien rimara, bajo el mando de los dos iletrados conquistadores.

Los de la Florida tenían una correspondencia constante.

y donde quiera que llegaban, dexaban señales en los árboles, y cartas escritas, metidas en huecos dellos.

Recordaré una vez más la que escribió Irala para que se guiasen los que, llegando a la desembocadura del Río de la Plata, quisieran subir al Paraguay.

Lázaro Fonte, expedicionario de los de Jiménez de Quesada, que había sido condenado a confinamiento en Pasca, supo allí la llegada de la columna de Federmann, y escribió una carta a su jefe. No tenía papel ni tinta, que suplió con un pedazo de cuero de venado y con bija colorada.

El Inca Garcilaso de la Vega habla de unos indios perua-

nos, que llevaban unos melones y una carta de conquistadores que gustaban de hacer cultivos y sabían escribir.

... y porque los primeros melones que en la comarca de los Reyes se dieron, causaron un cuento gracioso, será bien lo pongamos aquí, donde se verá la simplicidad que los indios en su antigüedad tenían, y es que un vecino de aquella ciudad, conquistador de los primeros, llamado Antonio Solar, hombre noble, tenía una heredad en Pachacamac, cuatro leguas de los Reyes, con un capataz español que miraba por su hacienda, el cual envió a su amo diez melones, que llevaron dos indios, según la costumbre de ellos, con una carta. A la partida les dijo el capataz: *No comáis ningún melón de éstos, porque si lo coméis, lo ha de decir esta carta.*

En el camino, los mensajeros comieron dos melones, tomando la precaución de poner la carta donde ésta no viese lo que ellos hacían. Cuando, al llegar, el amo preguntó por los dos melones que faltaban y les reprendió por habérselos comido, tuvieron como cosa de arte recóndita aquel prodigio.

Ese cuento se repetía en todos los países americanos, desde las Antillas hasta Chile, lo que indica que en todas partes había quien escribiera cartas.

El conquistador analfabeto tenía secretarios, y muy buenos secretarios a veces, como en el caso de Pizarro, que escribieron crónicas todavía hoy leídas.

Y puesto que hablamos del analfabetismo de Pizarro, recordaré una anécdota.

Si el hecho es real, demuestra el valor atribuído a las letras por los conquistadores, y si es inventado por ellos, prueba los inconvenientes que a sus mismos ojos revestía la ignorancia.

El cronista Garcilaso refiere la anécdota de este modo:

Atahualpa, como se ha dicho, fué de buen ingenio y muy agudo. Entre otras agudezas que tuvo, que le apresuró la muerte, fué que viendo leer y escribir a los españoles, entendió que era cosa que nacían con ella. Y para certificarse desto, pidió a un español de los que le entraban a visitar, o de los que le guardaban, que en la uña del dedo pulgar le escribiese el nombre de su dios. El soldado lo hizo así. Luego que entró otro, le preguntó: *¿Cómo dice aquí?* El español se lo dijo. Y lo mismo dijeron otros tres o cuatro. Poco

después entró D. Francisco Pizarro, y habiendo hablado ambos un rato, le preguntó Atahualpa qué decían aquellas letras. Don Francisco no acertó a decirlo, porque no sabía leer. Entonces entendió el inca que no era cosa natural, sino aprendida. Y desde allí adelante tuvo en menos al gobernador, porque aquellos incas, como dijimos en la aprobación que sus noveles hacían para que los armasen caballeros, tuvieron en su filosofía moral que los superiores, así en la guerra como en la paz, debían hacer ventaja a los inferiores, a lo menos en todo lo que les era necesario aprender y saber para el oficio, porque decían que hallándose en igual fortuna, no era decente al superior que el inferior le hiciese ventaja. Y de tal manera fué el menosprecio y el desdeñar, que el gobernador lo sintió y se ofendió dello. Así lo oí contar a muchos de los que se hallaron presentes.

Esta pluralidad en el testimonio, si no abona la anécdota, acredita que entre los conquistadores el analfabetismo era causa de menosprecio.

No siempre, puesto que a veces, como cuando Jiménez de Quesada oyó en Santa Fe una lección muy docta de Benalcázar sobre el arte de colonizar, el letrado tenía que inclinarse y reconocer el enciclopedismo del hombre práctico.

La imagen falsa del conquistador, no sólo analfabeto, sino radicalmente incapaz, viene del prejuicio antiespañol. Del país más ignorante salía el hombre más ignorante. Se olvida que Carlos VIII, el Cabezón, Rey de Francia, era analfabeto cuando ocupó el trono. Entre los conquistadores del Paraguay había tres ingleses: dos de ellos no sabían firmar, y el otro no podía hacerlo porque le había estropeado la diestra uno de sus compatriotas. ¿Cómo extrañar este analfabetismo inglés? Si Macaulay no falsea los hechos, al hablar de la Inglaterra de fines del siglo XVII, su pintura de la nobleza rural es muy halagadora para el conquistador americano. Pizarro y Almagro son pozos de sabiduría al lado de aquellos próceres llenos de prejuicios y de odios, ayunos de noticias y faltos de curiosidad. El heredero de una casa señorial pasaba la infancia entre mozos de mulas y guardabosques, y su instrucción apenas si le permitía poner la firma al pie de una notificación judicial. El que iba al colegio, antes de cumplir los veinte años estaba de vuelta, y no tardaba en olvidar lo aprendido, preocupado sólo por los

menesteres de su hacienda y sin otros deseos que los de sus placeres. ¿En qué podía un hombre de ésos superar a Pizarro?

Sin embargo, se afirma que la ignorancia española destruyó civilizaciones, aun cuando es difícil comprender cómo aniquilaría civilizaciones que no tenían animales de tiro y de carga, exceptuando el llama, ni vacas y cabras para leche, ni un solo cereal panificable; civilizaciones que no habían conocido la rueda ni habían llegado a la edad del hierro; civilizaciones en las que, por lo mismo, el hombre, independientemente de circunstancias sociales, desempeñaba tareas de cuadrúpedo. No era destructora de civilizaciones la acción que emancipaba a múltiples pueblos de religiones políticas sanguinarias, consumidoras de carne humana, por precepto ritual, y tampoco podía ser destructora de civilizaciones una dominación que impedía las luchas contra pueblos pacíficos que servían de alimento a los más belicosos.

La acusación hecha a los conquistadores por haber privado a la ciencia de los medios de conocimiento de las edades precolombinas, se basa en deficiencia de datos y errores de concepto.

Ninguno de los pasos de la conquista impidió el conocimiento de la arquitectura y de la escultura precolombinas del Perú y de las altas tierras de Méjico. En la más importante de las áreas arqueológicas americanas, que es la de los pueblos mayaquichés, no penetró la conquista, ni había allí algo que destruir, pues todo era ruinas, muchas de las cuales han venido a ser descubiertas en el siglo XX.

La indignación de los profanos se detiene muy particularmente en la destrucción de *manuscritos*, o, más propiamente, de pinturas jeroglíficas.

¿Cuáles?

La civilización incásica no las tenía.

En la zona mayaquiché, donde se encuentra el mayor avance de fonetismo, no hubo destrucción, y el desesperante misterio no es obra de los conquistadores, sino de las limitaciones interpretativas.

Queda el área propiamente mejicana como terreno de la barbarie destructora de códices. Sobre esto se ha escrito mu-

cho. Y aun hay quien pretende que los conquistadores, sin culparles, por otra parte, pues no eran arqueólogos, ni historiadores, ni artistas del siglo XIX, tenían a gloria la destrucción de códices. Hay en la Nómina de Paso y Troncoso, efectivamente, conquistadores que declaran, como lo hace Pedro Guerrero, "haber servido en haber destruído y hecho quemar muchos ídolos y sacrificios"; como Jerónimo Ruiz de la Mota, que "fué enviado a muchas provincias desta Nueva España, por visitador, a quemar e destruir los ídolos"; como Juan Juárez, que en Michoacán "evitó muchas idolatrías". ¿Pero esto es quemar jeroglíficos?

En su magistral estudio sobre la destrucción de códices mejicanos atribuída al eminente obispo Zumárraga, faro de la civilización americana, D. Joaquín García Icazbalceta hace estas aclaraciones, que fijan puntos capitales de la cuestión:

Por Sahagún sabemos que en tiempo del Rey Izcóati se quemaron las pinturas, "para que no viniesen a manos del vulgo y fuesen menospreciadas". Primera destrucción hecha por indios.—Pomar e Ixtlilxóchitl afirman que los tlaxcaltecas quemaron los archivos de Tezcoco. Segunda destrucción, también por indios.—A la llegada de los españoles, muchos poseedores de pinturas las escondieron o enterraron, para preservarlas de las contingencias de la guerra, como suele hacerse con las cosas preciosas. (Mendieta, lib. IV, cap. 41.) Muertos o alejados los dueños, aquellos papeles quedaron perdidos. Tercera causa de destrucción.—Cortés, para ganar la ciudad, tuvo que demoler las siete octavas partes de ella, inclusos los teocallis; y como las pinturas no habían de estar en la calle, sino en los edificios, debieron perecer con ellos. Estos resultados de la guerra no deben admirarnos. En nuestros días (1871-1881) las bombas prusianas han reducido a cenizas la rica biblioteca de Estrasburgo. Todos estos estragos habían pasado ya cuando llegaron los misioneros. Es indudable que destruyeron algunas pinturas; pero nadie hasta ahora ha podido especificar el cargo, diciendo qué misionero quemó, cuáles pinturas y cuándo. Hoy no nos hallamos ya en aptitud de calificar cuál era la importancia de lo que destruyeron, y es suposición gratuita decir que fueron anales históricos. Si algún daño hubo a los principios, recayó en papeles sueltos, no en los grandes depósitos que ya no existían. En todo caso, aquello duró poco tiempo, pues en 1533 ó 34, a más tardar, ya se recogía y explicaba la pintura a que

se ha dado el nombre de *Codex Zumárraga*, y eso a pesar del horror que debía inspirar, por estar manchado de sangre humana. (*Anales del Museo*, tomo II, pág. 85). No sería la única en que concurriera esa repugnante circunstancia; y, a la verdad, que trayendo así a la memoria las antiguas crueldades, provocaban a destruírlas. Es constante que los misioneros conocieron muy pronto la conveniencia de conservar esos documentos...

y que en el año de 1534

... ya no se destruían pinturas, sino que se interpretaban y las llevaba con aprecio el señor Fuenleal a España.

Quedaron, pues, a pesar de todo, pinturas jeroglíficas en suficiente número para que los eruditos tuvieran ocupación durante varios siglos.

Ni los conquistadores, ni los misioneros, ni el tiempo, más destructor aún, privaron a la historia de los elementos que necesitaba.

García Icazbalceta cita hechos irrefragables relativos a la existencia de pinturas jeroglíficas:

... Boturini, mediado el siglo XVIII, halló todavía no pocas importantes y desconocidas. No faltan ejemplos de que pinturas consideradas como destruídas por los misioneros hayan aparecido después, conservadas y aun hechas por ellos mismos. Así el *Tonalámatl* o calendario de los 260 días, que Sahagún deseaba ver destruído, no lo fué, sino que se conservó en el convento de San Francisco, de Méjico, y ha sido litografiado en nuestros días. El otro calendario, formado por un religioso, y que, según Mendieta, había sido extirpado (si es, como parece por las señas, el de Fr. Toribio de Motolinia, de que habla Torquemada), no pereció, pues yo le tengo original. Aun puede probarse que las librerías de los indios existían, precisamente cuando más se lloraba su destrucción. Así resulta de una curiosa correspondencia entre los padres jesuítas Tovar y Acosta. El primero había escrito una historia de los indios, que comunicó al segundo, y éste, al avisarle el recibo, le pregunta, entre otras cosas, "qué certidumbre y autoridad tenía la historia". A lo cual satisface así el P. Tovar: "El virrey D. Martín Enríquez, teniendo deseo de saber esas antiguallas de esta gente con certidumbre, mandó juntar las librerías que ellos tenían de estas cosas, y los de Méjico,

Tezcuco y Tula se las trujeron, porque eran los historiadores y sabios en estas cosas." Las cartas no tienen fecha; pero como el virrey Enríquez gobernó de 1568 a 1580, de todos modos aparece que en tiempos de Torquemada e Ixtlilxóchitl, grandes lamentadores de la falta de librerías aztecas, las había por lo menos en tres ciudades principales, los indios las traían a Méjico y el virrey las ponía a disposición del P. Tovar.

Los que más entendían de esto siempre sostuvieron que habían quedado materiales históricos.

Sahagún:

De estos libros y escrituras, los más de ellos se quemaron al tiempo que se destruyeron las otras idolatrías; pero no dejaron de quedar muchas escondidas, que las hemos visto, y aun ahora se guardan, por donde hemos entendido sus antiguallas.

Clavigero, que deplora la pérdida de las pinturas indígenas, lamenta asimismo la desaparición de algunos preciosos manuscritos de los primeros españoles. Estos preciosos manuscritos serían los que él menciona al decir que los misioneros procuraron remediar el daño, ora informándose verbalmente de los mismos habitantes, ora buscando las pinturas que se habían escapado de las primeras investigaciones. Después ataca a Robertson y dice de él:

Exagera la ignorancia de los conquistadores y los estragos hechos en las pinturas históricas de aquella nación por la superstición de los primeros misioneros, sino con respecto al increíble número de ellas que antes había...

Y concluye:

Es, pues, absolutamente falso que se perdiese de un todo la noticia de los hechos antiguos.

Lo que se conservó fué debido al azar, al celo de indios curiosos y a la aplicación de los españoles, que procuraron desentrañar el sentido de aquellas pinturas.

Se dice, en defensa de los conquistadores, para dar mayor

evidencia al cargo de la destrucción, que no eran arqueólogos, historiadores ni artistas.

Sí lo eran. Podemos afirmar que sin Hernán Cortés, sin Bernal Díaz del Castillo y sin el Conquistador Anónimo se habría perdido la vida palpitante de la ciudad lacustre, con sus calles. sus palacios, sus vergeles, sus jardines de aclimatación, sus canales, sus mercados, sus trajes, sus joyas y sus costumbres. Supongamos que hubieran dejado en perfecta conservación las escrituras. ¿Qué nos dirían esas imágenes deformes, sin los tres inmortales testimonios que acabo de citar? Y sin Fr. Bernardino de Sahagún, ¿de qué nos serviría tener jeroglíficos por toneladas?

Oigamos una vez más a García Icazbalceta. Habla de los misioneros; pero aquí ellos y los conquistadores ocupan el mismo banquillo de acusados, por destrucción incomprensiva.

Empecemos dando una nota, con la que acaba el pasaje de García Icazbalceta:

> Y si bien se mira, los que más afectan condolerse de la pérdida de las pinturas son los que menos las conocen, y que jamás se ocuparían en estudiarlas.

Vamos al valor de lo destruído.

Esas personas que nada saben de la historia antigua mejicana condenan a los maestros por quienes adquirimos la mínima parte que es posible alcanzar de aquel confuso pasado, con pinturas o sin ellas.

Hablando de los primeros catequistas y destructores, resume así su fallo el insigne crítico:

> Si éstos se hubieran limitado, como con justísimo derecho podían hacerlo, a predicar la fe, conservando con esmero hasta el último papel borroneado por los aztecas y salpicado de sangre humana, pero sin escribir ellos cosa alguna, hoy no quedaría de la historia antigua de Méjico ni lo poco que creemos saber.
>
> Porque, en efecto, la escritura jeroglífica de aquellos pueblos era del todo insuficiente para conservar la memoria de los sucesos pasados: pudiera servir, cuando más, para dejar asentada una especie de tabla cronológica, sin pormenor alguno, sin explicación de las causas de los acontecimientos, ni del carácter de los personajes, sin

nada, en fin, de lo que exige la Historia para merecer tal nombre. La indicación vaga de unas épocas cosmogónicas, no siempre en el mismo orden; una serie de reyes con notables discrepancias de fechas y aun de sucesión; áridas e incompletas noticias de peregrinación y guerra, mezclado todo con fábulas absurdas y pueriles; nóminas de tributos y otros apuntes sueltos por el estilo, no constituyen la Historia. Por más que hoy se pondere el alcance de la escritura jeroglífica de los mejicanos, y aun se pretenda atribuírles el uso de signos fonéticos, que, por mi parte, nunca he acertado a encontrar, lo cierto es que su sistema, como Clavigero mismo dice, era "imperfecto, embrollado y equívoco..." Si algo leemos en las pinturas y de algo sirven para esclarecer uno u otro hecho histórico, es porque sabemos de antemano el hecho, y porque los misioneros nos dejaron el conocimiento de la lengua y de muchos de los signos con que los aztecas representaban lo que podían, a cuya obra ayudaron los intérpretes de los primeros años. Sin tales auxilios, las pinturas serían ininteligibles; pruébalo que el códice de Dresde, que no es mejicano, ni tiene interpretación, permanece mudo, y apenas si se sabe a qué pueblo pertenece. La interpretación de ciertos jeroglíficos aztecas es hoy tan clara como la de una charada cuya solución se conoce. Careciendo de todo antecedente, ¿qué leeríamos al ver un deforme muñeco, sentado en cuclillas, con rostro de perfil y ojo de frente, ceñida la cabeza con una diadema puntiaguda, y acompañado de una pierna llagada o herida? Ahora decimos sin vacilar que es el rey Tizoc, pero porque ya sabemos que así se le representaba. Y a pesar de eso, ¡cuántas y cuántas interpretaciones muy acreditadas han venido al suelo! En la famosa pintura del *Viaje de los aztecas*, todos, y aun personajes tan graves como Sigüenza, Clavigero y Humboldt, vieron la historia de tiempos remotísimos: el diluvio universal, la confusión de las lenguas, la dispersión de las gentes y qué sé yo cuántas cosas más, lo cual quedó aceptado como cosa indudable, hasta que el señor Ramírez, y después el señor Orozco y Berra, probaron que no hay allí diluvio, ni Torre de Babel, ni cosa que lo valga, y que todo se reduce a la peregrinación de los mejicanos, no desde el misterioso y lejano Chicomóztoc, sino puramente dentro de los límites del valle de Méjico.

Los que se indignan por la destrucción de los templos ignoran probablemente lo que eran esos templos, y que aun sin la conquista a mano armada y el proselitismo religioso, hubiera sido necesario echarlos por tierra cuando se encontraban dentro

de poblado. Un templo se componía de una cerca en cuyo interior había pirámides con graderías, rematadas por pequeños adoratorios, que tenían las paredes "tan bañadas y negras de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente", como dice Bernal Díaz del Castillo. Aparte de las pirámides, había en el cercado algunos aposentos para los sacerdotes y para el servicio, sin carácter monumental.

Han subsistido grandes moles piramidales, como las de Teotihuacán, y ellas dan fe de lo que eran los templos. Allí se ejercitan los conocimientos y el ingenio de los arqueólogos.

Muy distantes de presentarse como tales, y aun como simples coleccionistas, los conquistadores, sin embargo, demostraron el mayor interés por los objetos artísticos, especialmente por las obras de plumería y argentería.

Eso se ve en las remesas hechas al soberano, a personas distinguidas de España y a los monasterios de la Península.

¿Qué era todo ello sino un deseo de que se apreciaran y se conservaran las manifestaciones del arte de los aborígens?

Hay a centenares muestras de espejos, collares, pinjantes, máscaras, rodelas, armaduras, pájaros, mariposas y lagartos, monstruos y otras creaciones de lapidarios, plumeros y orífices aztecas.

Hasta enviaban los pájaros que crían la admirable pluma verde con que se hacían las maravillosas capas de reyes, sacerdotes y guerreros.

Los inventarios de remisiones que pueden verse en los cajones del Archivo de Indias, y que se han publicado en las colecciones documentales, nos presentan a los destructores de idolatrías como conservadores animados de una extraña curiosidad si los objetos despertaban la emoción del arte.

Cuando, consumada la conquista, supo Cortés que los franciscanos andaban destruyendo cúes,

> decía que para qué los habían quemado, que mejor estuvieran por quemar, y mostró tener grande enojo, porque quería que estuviesen aquellas casas de ídolos por memoria.

Esto declaró Rodrigo de Castañeda.

Si en algunas ocasiones y en ciertos países pudo darse el

caso de una inconsiderada destrucción, esto no debe atribuirse a la ignorancia, sino a la incoercible pasión de la codicia, más que de los conquistadores, de los pacíficos exploradores de *huacas*, que recorrieron gran parte de la América del Sur en busca de tesoros cuando ya no quedaba rastro de los compañeros de Pizarro, Almagro y Benalcázar.

Por lo que respecta a la desaparición de los palacios prehispánicos, el cargo no debe hacerse al conquistador, es decir, al destructor, sino al constructor, que no encontró íntegramente utilizables aquellos edificios por faltar en ellos algunos de los elementos fundamentales de la arquitectura palacial europea. Ni la planta, ni los muros, ni los techos, ni los claros podían servir para edificios como los que empezaron a levantar los españoles.

Cuando Martín de Sepúlveda, el cantero sevillano, recibió órdenes de Cortés para fabricar la iglesia, las casas que iban a ser de la Real Audiencia y el caño de agua viejo, no ha de haber querido trabajar inútilmente arrasando lo que podía conservarse, y cuando Diego Díaz enseñaba el arte a los indios, tampoco se ha de haber esforzado en que sus discípulos olvidaran conocimientos útiles, sino que todo su empeño se dirigía a que aprovecharan la práctica anterior dentro de las condiciones impuestas por la técnica de que él era maestro.

Crueldad

Aceptado el Evangelio de Las Casas, los españoles dieron muerte a 40 millones de seres humanos en América.

Cuarenta cuentos de ánimas que hemos echado de aquellas infelices Indias.

El cronista oficial Herrera decía:

Se falla que faltan en sesenta e ocho años, muertos a nuestras manos, quarenta millones en todas las Indias, e de solo cargar los hombres, quince millones.

Las cifras lascasianas de la *Destruyción* eran datos indiscutibles. No se hacía el examen de sus computaciones fantásticas.

Basándose en ellas, quedaba demostrado que ningún otro pueblo excedía ni igualaba al español en crueldad.

Siglos más tarde, fué una sorpresa descubrir que en ningún tiempo tuvo 40 millones de habitantes la América precolombina.

Hay otro hecho no menos desconcertante. El número de indios es mayor cuatro siglos después de la conquista que en el momento de iniciarse la ocupación española del continente.

De esto no saco un cuadro color de rosa, ni pretendo inferir que hubo una conquista hecha por ángeles.

La guerra, y particularmente la de conquista, presenta siempre un fondo sombrío de pasiones. Aun cuando la redujéramos a un esquema, quedaría la necesidad imponiendo sus condiciones inhumanas.

Pero precisamente porque la guerra es un desencadenamiento necesario de brutalidad, conviene estudiar las manifestaciones del hecho con el mayor cuidado.

Ya en distintos pasajes he pretendido establecer la diferencia entre la ocupación de territorios que habitaban pueblos pacíficos y las campañas verdaderamente conquistadoras de Puerto Rico, Méjico, la Florida, Venezuela, Nueva Granada, la sierra del Perú, el Chaco, el Río de la Plata y Chile.

No será, pues, idéntica la crueldad inútil, embravecida ante tribus imbeles, que el choque rudísimo con fuerzas de igual potencia, momentáneamente al menos. La Florida, Venezuela, Méjico, la Nueva Granada, Chile y el Río de la Plata proporcionan ejemplos de combates y hasta de campañas en que el conquistador no anda desbarrigando gente pacífica, como dice Las Casas.

Una parte de la conquista se hizo para someter a pueblos conquistadores que practicaban la guerra con todas sus crueldades, que conocían sus astucias más refinadas y que la llevaban hasta su término, esto es, hasta la esclavitud o el exterminio de las tribus vencidas. En los jeroglíficos aztecas la victoria de un ejército y la toma de un pueblo se indican por la destrucción del teocali. La conquista española no se llevó a territorios en que fueran desconocidos los horrores de la guerra, pues la discordia reinaba en casi toda la extensión del continente. Los conquistadores europeos continuaron luchas anteriores, muchas veces a su pesar, para que no se les rebelaran los indígenas. Este fué el caso de los fundadores de la Asunción. El veedor Alonso Cabrera decía:

> Los indios cariós con quien en el Paraguay vivimos es gente muy belicosa, astuta, deseosa de matar, e para los conservar y tener seguros en nuestra amistad es necesario hacer guerra a los indios que son sus enemigos e nuestros... E como no les demos guerra contra aquellos a quien deseen destruir, inmediatamente volverán las armas contra nosotros, por pensar que como gente poderosa nos podrán acabar.

Y esos enemigos de los *cariós* no eran pueblos de tímidas gacelas. Eran, entre otros y principalmente, los temibles guaicurúes, "generación a la que todas las otras le tienen gran

temor", pues tanto ellos como sus antepasados "habían tenido guerra con todas las generaciones de los yapirúes y agaces y guatatáes y naperús", saliendo siempre vencedores los guaicurúes. Había que aceptar esa lucha, sin objeto para el español, cuando el grupo colonial estaba amenguado e iba faltando el material de guerra. Se criticó a Irala con dureza "por consentir la antropofagia guerrera de los guaraníes y las bulliciosas ceremonias que seguían a las nupcias de los agaces", como se le censuraban los excesos poligínicos. ¿Pero podía oponerse a esa crueldad, y sus desenfrenos de gran turco no serían, más bien que un gusto personal, una necesidad impuesta por razones de orden político?

Aquí vemos ya que en alguna parte al menos los conquistadores recibían lecciones de inhumanidad y que no las daban a los pueblos indígenas.

En la Nueva Granada, las tribus caribes que habitaban los valles de la cordillera amagaban gravemente la civilización chibcha. Los conquistadores no podían encontrar precisamente ejemplos de inocencia primitiva entre paeces, muzos, panches y pijaos. Se dice que en 1540, cuando los paeces, confederados con los yalcones, asaltaron repetidas veces la naciente población de Timaná, abandonaron la lucha, retirándose para ver el resultado desde una altura vecina. Y cuando los yalcones fueron rechazados, los paeces persiguieron a sus aliados, haciendo captura de fugitivos y provisión de carne para mucho tiempo.

¿No sucedió lo mismo al retirarse los auxiliares de Cortés, una vez terminado el sitio de la capital azteca?

En la Florida, donde no había canibalismo, se hablaba así de las victorias indígenas:

> ... mataron los hombres que pudieron haber a las manos, que fueron más de ciento y cincuenta, y les quitaron los cascos de la cabeza, para se los llevar a su tierra, en señal de blasón que entre todos estos indios se usa de gran victoria y venganza de sus injurias.

Todavía hay algo más:

> Saquearon todo el pueblo, robaron particularmente las casas

del señor, con más contento y aplauso que otra alguna, porque eran suyas. Cautivaron muchos muchachos, niños y mujeres, y entre ellas dos hermosísimas mozas, mujeres de Capaha, de muchas que tenía, las cuales no habían podido embarcarse con el cacique, su marido, por la turbación y mucha priesa que el sobresalto de la no pensada venida de los enemigos les había causado.

La esclavitud no era siempre una condición envidiable.

En los pueblos de la jurisdicción y vasallaje de Cafachiqui, por do pasaron nuestros españoles (con Soto), hallaron muchos indios naturales de otras provincias, hechos esclavos, a los cuales, para tenerlos seguros y que no se huyesen, les deszocaban un pie, cortándoles los nervios por cima del empeine, donde se junta el pie con la pierna, o se los cortaban por cima del calcañar. Y con estas prisiones perpetuas e inhumanas los tenían metidos la tierra adentro, alejados de sus términos. Y servíanse dellos para labrar las tierras y hacer otros oficios serviles...

Esta enemistad entre indios es el medio de mayor eficacia con que cuenta la conquista española. Los cempoaltecas y los tlascaltecas luchan bajo las órdenes de Cortés para destruir el poderío de los aztecas; los cañarís y los huancas se asocian al español contra la dominación incásica; los pijaos, de bravura legendaria, mantienen su resistencia veinte años, y sólo se someten cuando los coyaymas y natagaymas se alistan para combatir en favor del rey. Pero no trato de señalar este auxilio. Mi objeto es que se vea cómo entraman las guerras de la conquista en las de los pueblos indígenas y cómo las crueldades van encadenándose.

El conflicto de los dos hermanos, Atahualpa y Huáscar, ilustra la cuestión.

Mayor y más sedienta de su propia sangre que la de los otomanos —dice Garcilaso— fué la crueldad de Atahualpa, que, no hartándose con la de doscientos hermanos suyos, hijos del gran Huayna Capac, pasó adelante, a beber la de sus sobrinos, tíos y parientes, dentro y fuera del cuarto grado, que como fuese de la sangre real no escapó ninguno, legítimo ni bastardo. Todos los mandó matar con diversas muertes: a unos degollaron; a otros ahorcaron; a otros echaron en ríos y lagos, con grandes pesgas al cuello por

que se ahogasen, sin que el nadar les valiese; otros fueron despeñados de altos riscos y peñascos: todo lo cual se hizo con la mayor brevedad que los ministros pudieron, porque el tirano no se aseguraba hasta verlos todos muertos o saber que lo estaban. Porque con toda su victoria no osó pasar de Sausa, que los españoles llaman Jauja, noventa leguas del Cozco.

Al pobre Huáscar Inca reservó por entonces de la muerte, porque lo quería para defensa de cualquiera levantamiento que contra Atahualpa se hiciese, porque sabía que con enviarles Huáscar a mandar que se aquietasen, le habían de obedecer sus vasallos. Pero para mayor dolor del desdichado Inca, le llevaron a ver la matanza de sus parientes, por matarle en cada uno de ellos, que tuviera él por menos pena ser el muerto que verlos matar tan cruelmente.

No pudo la crueldad permitir que los demás prisioneros quedasen sin castigo, porque en ellos escarmentasen todos los demás curacas y gente noble del Imperio, aficionada a Huáscar. Para lo cual los sacaron maniatados a un valle, en el llano de Sacsahuana (donde fué después la batalla de Gasca y Gonzalo Pizarro), y hicieron dellos una calle larga. Luego sacaron al pobre Huáscar Inca, cubierto de luto, atadas las manos atrás, y una soga al pescuezo, y lo pasaron por la calle que estaba hecha de los suyos, los cuales, viendo a su príncipe en tal caída, con grandes gritos y alaridos se postraban en el suelo, a le adorar y reverenciar, ya que no podían librarle de tanta desventura. A todos los que hicieron esto mataron con unas hachas y porras pequeñas de una mano, que llaman champi (otras hachas y porras tienen grandes, para pelear a dos manos). Así mataron delante de su rey casi todos los curacas y capitanes, y la gente noble que habían preso, que apenas escapó hombre dellos.

Sigue otro capítulo. Allí describe Garcilaso cómo "pasó la crueldad a las mujeres y niños de la sangre real". Dice que la crueldad no sabe hartarse, antes tiene más hambre y más sed cuanto más sangre y carne humana coma y beba. Son palabras de Garcilaso. De esta sangre, Atahualpa "tragó y sorbió cuanta quedaba", que era la "de las mujeres y niños de la sangre real, la cual, debiendo merecer alguna misericordia por la ternura de la edad y flaqueza del sexo, movió a mayor rabia la crueldad del tirano". Mandó, pues, que "los ministros de la crueldad", con la mayor diligencia, hiciesen junta de mujeres y niños en el campo de Yahuarpampa, que es campo de sangre, nombre

que ya tenía por la batalla que allí había ganado el Inca Huiracocha, príncipe que después de la victoria contra los chancas destronó a su tímido padre, otro ejemplo de la armonía entre aquellos soberanos.

Reunidas, pues, las víctimas en la sangrienta pampa, se procedió, según Garcilaso, al exterminio.

Ejecutaron su crueldad de muchas maneras. Dábanles a comer no más de maíz crudo y yerbas crudas en poca cantidad. Era el ayuno riguroso que aquella gentilidad guardaba en su religión. A las mujeres, hermanas, tías, sobrinas, primas hermanas y madrastras de Atahualpa, colgaban de los árboles y de muchas horcas muy altas que hicieron. A unas colgaron de los cabellos. A otras por debajo de los brazos. Y a otras, de otras maneras feas, que por la honestidad se callan. Dábanles sus hijuelos, que los tuviesen en brazos: teníanlos hasta que se caían y se aporreaban. A otras colgaban de un brazo. A otras, de ambos brazos. A otras, de la cintura, porque fuese más largo el tormento y tardasen más en morir, porque matarlas brevemente fuera hacerles merced, y así la pedían las tristes, con grandes clamores y aullidos.

A los muchachos y muchachas fueron matando poco a poco, tantos cada cuarto de luna, haciendo en ellos grandes crueldades, también como en sus padres y madres, aunque la edad dellos pedía clemencia. Muchos dellos perecieron de hambre.

Rebájese cuanto se quiera. Déjense estos cuadros para el repertorio de las leyendas. Y si nos quedamos únicamente con el comprobado fratricidio que comete Atahualpa, tenemos bastante para juzgar sobre "aquel reinado suave que los reyes Incas tuvieron, en que hicieron ventaja a todos los demás reyes y naciones del Nuevo Mundo", según el propio Garcilaso, descendiente de los Incas legítimos.

Según Miguel de Estete, Atahualpa solía hablar con llaneza de sus fratricidios.

... porque a lo que él mismo dijo, él había muerto a otros muchos de ellos, que habían seguido la parcialidad del hermano, y uno, dicen, que viéndole con embajada de su hermano, le hizo quitar el cuero vivo, delante de él, y con la cabeza del hermano, guarnecida de oro, bebía. Esta se tomó el día de su desbarate...

Miguel Cabello Balboa, que por su estancia en Quito podía haber recibido una versión menos desfavorable para Atahualpa, corrobora lo dicho por Garcilaso.

Quízquiz entró después al Cuzco, a la cabeza de su ejército, y fué allí donde llegó al colmo de su salvajismo. Hizo llevar a la plaza pública de la ciudad a todas las concubinas favoritas de Huáscar, a todas las que él había hecho madres, a las que estaban encinta y a veinticuatro hijos de este príncipe, a quien hizo sacar de su prisión para que fuese testigo del triste espectáculo que le preparaba... Cuando toda la familia del Inga se halló reunida en la plaza, Quízquiz la hizo degollar íntegra en presencia de Huáscar, sin perdonar a una sola persona...

Al día siguiente, Quízquiz, no contento con haber saciado su furor en los vivos, hizo sacar de su tumba el cuerpo de Topa-Inga, lo hizo arrastrar a Rocrocoma, y entregarlo a las llamas para afligir a los peruanos.

La palabra crueldad se hallaba escrita en todas las comarcas por donde pasó la conquista.

Colón, en el asiento de su diario correspondiente al lunes 26 de noviembre de 1492, cuando no ha conocido aún sino a los indígenas desnudos y mansos, flor de la inocencia primitiva, descubre que viven bajo el terror de pueblos feroces.

Estimaba (el almirante) que la tierra que hoy vido de la parte de sueste del cabo de Campana era la isla que llamaban los indios Bohío. Parécelo porque el dicho cabo está apartado de aquella tierra. Toda la gente que hasta hoy ha hallado diz que tiene grandísimo temor de los Caniba o Canima, y dicen que viven en esta isla de Bohío, la cual debe ser muy grande, según le parece, y cree que van a tomar a aquéllos, a sus tierras y casas, como sean muy cobardes, y no saber de armas. Y a esta causa le parece que aquellos indios que traía no suelen poblarse a la costa del mar, por ser vecinos a esta tierra, los cuales diz que después que le vieron tomar la vuelta de esta tierra, no podían hablar, temiendo que los habían de comer, y no les podía quitar el temor, y decían que no tenían sino un ojo y la cara de perro, y creía el almirante que mentían...

Los indios mansos no vivían cerca del mar por miedo a los

antropófagos. Cuando pensaban que Colón les llevaba hacia la tierra habitada por éstos, se ponían a temblar y perdían el habla. Por último, acaso inventaban la existencia de cíclopes y cinocéfalos para que Colón se atemorizara y desistiera del viaje a la tierra de los feroces cautivadores, si no es que realmente creían en aquellos monstruos.

El día 26 de diciembre, hablando el almirante con un cacique, "le dijo por señas que los Reyes de Castilla mandarían destruir a los caribes, y que a todos se los mandarían traer, las manos atadas".

Con fecha del domingo 13 de enero de 1493,

> Dice más el almirante: que en las islas pasadas estaban con gran temor de Carib, y en algunas le llamaban Caniba, pero en la Española Carib, y que deben de ser gente arriscada, pues andan por todas estas islas y comen la gente que pueden haber.

En el segundo viaje de Colón, los descubridores conocen a los caribes, "los cuales van por mar 150 leguas a saltear, con muchas canoas que tienen".

El viajero da particularidades, juzgándolas interesantísimas:

> Esta gente saltea en las otras islas, que traen las mujeres que pueden haber, en especial mozas y hermosas, las cuales tienen para su servicio e para tener por mancebas, e traen tantas que en cincuenta casas ellos no parecieron, y de las cativas se vinieron más de veinte mozas. Dicen también estas mujeres que éstos usan de una crueldad que parece cosa increíble: que los hijos que en ellas han se los comen; que solamente crían los que han de sus mujeres naturales. Los hombres que pueden haber, los que son vivos, llévanselos a sus casas, para hacer carnicería dellos, y los que han muerto, luego se los comen. Dicen que la carne del hombre es tan buena, que no hay cosa en el mundo. Y bien parece, porque los huesos que en estas casas hallamos, todo lo que se puede roer, todo lo tenían roído, que no había en ellos sino lo que por su mucha dureza no se podía comer. Allí se halló en una casa, cociendo en una olla, un pescuezo de hombre. Los mochachos que cativan, córtanlos el miembro e sírvense dellos fasta que son hombres. Y después, cuando quieren hacer fiesta, mátanlos e cómenselos, porque dicen que la carne de los mochachos e de las mujeres no es buena

para comer. Destos mochachos se vinieron para nosotros, huyendo, tres: todos tres cortados sus miembros.

Desde el primer viaje que hizo Bernal Díaz del Castillo a las costas mejicanas, vió gotas de sangre en los adoratorios, y le pareció que los naturales "habían sacrificado a sus ídolos ciertos indios". En el segundo viaje ya hablaba de lo que parecía por las gotas de sangre.

Echados los bateles en el agua, fué el capitán Joan de Grijalba con muchos de nosotros los soldados a ver la isleta, porque había humos en ella, y hallamos dos casas hechas de cal y canto, y bien labradas, y cada casa con unas gradas por donde subían a unos como altares, y en aquellos altares tenían unos ídolos de malas figuras, que eran sus dioses, y allí hallamos sacrificados de aquella noche cinco indios, y estaban abiertos por los pechos, y cortados los brazos y los muslos, y las paredes llenas de sangre, de todo lo cual nos admiramos. Y pusimos por nombre a esta isleta, isla de Sacrificios, y ansí está en las cartas del marear.

La supremacía de los aztecas se fundaba en el terror. Aun los pueblos que no estaban conquistados y dominados por ellos, pero que eran sus enemigos, recibían la imposición de mantener el pacto de la siniestra *Xochiyoayoatl*, o *Guerra Florida*, lucha mensual que tenía por objeto proporcionar víctimas humanas a los dioses.

Había en los templos una parte que se llamaba el *Zompantli* (de *tzontli*, cabeza, y *pantli*, fila o hilera). Allí se conservaban las sartas de cabezas. Según Clavigero, sobre un terraplén al que se subía por una escalinata de treinta gradas alineábanse más de 60 vigas muy altas, a cuatro pies de distancia una de otra. Esas vigas tenían agujeros para atravesar bastones en que ponían los cráneos, perforándolos por las sienes.

Toda la falsificación histórica lascasiana consiste en haber creado un indio ideal, pacífico, ocupante de un territorio que cultivaba con el sudor de su rostro. El español hizo la conquista matando al vencido, esclavizando al superviviente, usurpando el poder que correspondía al legítimo soberano y privando a los naturales de lo que por derecho les correspondía.

La existencia del *hombre primitivo* en parte de las islas y en algunos lugares del continente dió a estas afirmaciones un valor universal. No se tomó en cuenta la complejidad que presentan los hechos.

Cuando el desnudo y flaco arahuaca fué sometido a esclavitud, en condiciones terriblemente desfavorables para la víctima, amagada a la vez por las enfermedades que trae el contacto de razas disímiles, agotada por esfuerzos para los que era del todo incapaz y por no moderarse la esclavitud ni con las inhibiciones morales ni con los frenos del interés, puesto que el indígena que faltaba a un explotador se le reponía del fondo común, se produjeron tres hechos:

1.° La protesta encendida de los hombres religiosos, entre los que tomaron partido inmediatamente por el indígena los dominicos, y antes que nadie el P. Antonio Montesinos.

2.° El tráfico del salteamiento de indios de otras islas y del continente, para sustituir a los de las islas.

3.° La introducción de la esclavitud negra, que resolvió el problema.

Así, pues, cuando empezaron las grandes conquistas, ya el español que iba a ellas no era el mismo de los primeros días: llevaba una experiencia y temía a sanciones que le obligaban a moderar sus ímpetus dominadores.

Haciendo una comparación, será fácil persuadirnos de que Cortés no hubiera procedido como Ovando en los castigos de Jaraguá. Ya hemos visto que Ovando, el comendador mayor, según Las Casas, era "honestísimo en su persona, en obras y palabras; de cudicia y avaricia muy grande enemigo, y no pareció faltarle humildad, que es esmalte de virtudes". Dice que gobernó a los españoles "con mucha prudencia; era tenido y amado y reverenciado dellos en gran manera". Fué el organizador de la vida colonial.

De este caballero sin mancha y de este magistrado excepcional, narra el mismo Las Casas un hecho espeluznante. Tiene noticia Ovando de que se prepara un alzamiento. Va a Jaraguá con 300 infantes y 70 caballos, cifra que da Las Casas. El gobernador aprovecha un juego de cañas, al que asisten la reina Anacaona y los principales caciques, para prenderlos. Pone de

acuerdo a los españoles, diciéndoles pormenorizadamente lo que han de hacer a una seña suya.

Entra la señora y reina, noble Anacaona, y que muchos y grandes servicios había hecho a los cristianos, y sufrídoles hartos insultos, agravios y escándalos. Entran ochenta señores que por allí más a mano se hallaron, ella y ellos, con su simplicidad, y descuidados. Esperan la habla del comendador mayor. No habla, sino pone en la joya, que a los pechos tenía, la mano. Sacan los satélites sus espadas. Tiémblanles a Anacaona y a todos aquellos señores las carnes, creyendo que los querían allí despedazar. Comienzan a dar gritos Anacaona, y todos, y a llorar, diciendo que por qué causa tanto mal. Los españoles danse priesa en los maniatar. Sacan sola a Anacaona, maniatada. Pónense a la puerta del caney o casa grande, gentes armadas, que no salga nadie. Pegan fuego. Arde la casa. Quémanse vivos los señores y reyes, en sus tierras, desdichados, hasta quedar todos, con la paja y la madera, hechos brasas. Sabido por los de caballo, que comenzaban los de pie a atar, comienzan ellos, encima de sus caballos, y con sus lanzas, por todo el pueblo corriendo, a alancear cuantos hallaban. Los españoles de pie, con sus espadas, no dormían entonces, sino cuantos podían desbarrigaban. Y como se había llegado infinito número de gente, de diversas partes al rescibimiento, negro para ellos, del nuevo Guamiquina de los cristianos, fueron grandes los estragos y crueldades que en hombres, viejos y niños, inocentes, hicieron, y el número de gentes que mataron. Y acaecía que algunos españoles, o por piedad o por cudicia, tomaban algunos niños y muchachos, para escapallos y que no los matasen, y poníanlos a las ancas de los caballos, venía otro por detrás, y pasábalo con una lanza. Otro, si estaba el muchacho en el suelo, aunque lo tuviese otro por las manos, le cortaba las piernas con la espada. A la reina y señora Anacaona, por hacelle honra, la ahorcaron. Alguna gente, que pudo desta inhumana matanza huir, pasáronse a una isleta llamada el Guanabo, que está ocho leguas de allí, dentro, en la mar, en sus barquillos o canoas, por escapar. A todos los cuales, por que se huyeron de la muerte, condenó a que fuesen esclavos, e yo tuve uno dellos que me lo dieron por tal.

No he omitido un solo elemento de juicio. Va desde el retrato moral del comendador, hecho por el mismo Las Casas en uno de los capítulos anteriores, hasta el descuartizamiento de los

niños por los peones de espada. Lo único que nos falta es la narración de un testigo presencial y la voz del acusado.

Todo el mundo habla de este hecho por lo que dice Las Casas, sin comprender que la especie está compuesta de dos parts inconciliables: las virtudes que atribuye al comendador mayor y la perversidad o el cretinismo que supone el acto. El horripilante incendio del caney, con los caciques atados, el lanceamiento y descuartizamiento de los niños, se hacen a la vista de Ovando, lo primero por sus órdenes y lo segundo por su tolerancia.

Comparemos la narración de Las Casas, que he transcrito sin omitir una sola palabra, con la de Oviedo, para quien, como para Las Casas, el comendador mayor "era muy gran varón de república e muy reto".

Oviedo cuenta así lo sucedido:

... teniendo el comendador mayor información de la traición acordada, el año de mill e quinientos y tres, fué con septenta de caballo e doscientos peones a la provincia de Xaragua, que estaba en lo secreto alzada, por consexo de Anacaona, la que para ello estaba confederada con otros muchos caciques. E certificado desto el gobernador, mandó que un domingo los chripstianos jugasen a las cañas, e que los caballeros viniesen apercebidos, no solamente para el juego, mas para las veras, e pelear con los indios assimismo, si conviniese, y assí se hizo.

Aquel domingo, después de comer, estando juntos todos aquellos caciques e principales indios de aquella comarca confederados, dentro de un caney o casa grande, assí como la gente de caballo llegó a la plaza, llamaron al comendador mayor, para que viniese al juego de cañas, al cual hallaron que estaba jugando al herrón con unos hidalgos, por disimular con los indios. E luego vino allí aquella cacica Anacaona, e su hija Aguaymota, e otras mujeres principales. E Anacaona dixo al comendador mayor que ella venía a ver el juego de cañas de sus caballeros chripstianos, e que aquellos caciques que estaban juntos, lo querían assimismo ver e le rogaban que les hiciese llamar. E luego el comendador mayor les envió a decir que viniesen allí, e dixo que primero los quería hablar e darles ciertos capítulos de lo que habían de hacer. E mandó tocar una trompeta, e juntóse toda la gente de los chripstianos, e hicieron meter a todos los caciques en la posada del comendador

mayor, e allí fueron entregados a los capitanes Diego Velázquez e Rodrigo Mexía Treillo, los cuales ya sabían la voluntad del comendador mayor, e hiciéronlos atar todos, e súpose la verdad de la traición, e fueron sentenciados a muerte. E assí los quemaron a todos dentro de un hubio o casa, salvo a la dicha Anacaona, que desde a tres meses la mandaron ahocar por justicia. Y un sobrino suyo, que se llamaba el cacique Guaorocuya, se alzó en la sierra que dicen Baoruco, e el comendador mayor envió a buscarle e hacerle guerra, ciento e treynta españoles que andovieron tras él hasta que lo prendieron, e fué ahorcado. Después de lo cual, se hizo la guerra a los indios de Guahava, e de la Sabana, e de Amigayahua, e de la provincia de Guacayarima, la cual era de gente muy salvaje... Aquella gente fué de la más salvaje que hasta agora se ha visto.

En esta guerra andaron con gente de pie e de caballo, seys meses, el capitán Diego Velázquez, hasta el mes de hebrero de mill e quinientos e quatro, que se acabaron de conquistar las provincias que es dicho, e assí quedó pacificada la isla.

El castigo que se dixo de susso, de Anacaona e sus secazes, fué tan espantable cosa para los indios, que de ahí adelante asentaron el pie llano, e no se rebelaron más.

En este relato no hay niños alanceados y descuartizados en las calles del pueblo. Los caciques, después de atados, son juzgados, a la manera soldadesca, sin duda, y, por último, quemado en un buhío o casa. Aquí se encuentra la parte que horripila. Para apreciar el hecho es necesario saber que entonces una de las formas de aplicación de la pena de muerte, en toda Europa, era la que Ovando empleó en Jaraguá. Algunas legislaciones, como la inglesa, tenían la hoguera por castigo menos contumelioso que la horca, y así, para atenuar la sanción, estaba dispuesto que se aplicase a las mujeres. La última quemada lo fué en 1789. Debe tenerse en cuenta que el sentenciado no moría necesariamente por el fuego, sino que solía estrangulársele por piedad, y así debe entenderse cuando sin alguna explicación se nos habla de tales ejecuciones capitales. Los españoles no llevaron a América una penalidad insólita, que los otros países europeos tuvieran por bárbara.

La prudencia política con que procediera Ovando es otra cuestión muy diferente. Las Casas hace una reserva al hablar

de Ovando, pues dice: "Este caballero era varón prudente y digno de gobernar mucha gente, pero no indios..." Oviedo da otra opinión: "honraba a los buenos, como era razón, y a los de menos calidad era muy manso y gracioso, e a todos los que bien servían, favorescía y ayudaba, e a los indios hacía muy bien tratar, e assí era muy amado de todos en general".

Las palabras de Oviedo tienen un fundamento objetivo:

... lo que medró en este tiempo con el cargo que tuvo, fué quince casas de piedra que hizo, muy bien edificadas, en la calle desta fortaleza desta cibdad, en ambas aceras. E las seys questán juntas de una parte, dexó a los pobres del Hospital de Sanct Nicolás, quél fundó, e las otras nueve dexó a su Orden e Convento, como buen religioso. E cuando se ovo de partir desta cibdad, le prestaron quinientos castellanos para su camino, porque de no ser cobdicioso, gastó cuanto tenía en los pobres e necesitados.

Parece que una de las ocupaciones o entretenimientos del conquistador era el de acorralar indios para exterminarlos, cuando no los aperreaba o alanceaba en campo libre.

De la célebre matanza de Cholula se habla como de uno de esos grandes horrores.

Las Casas no podía dejar de aprovecharla, y lo hace de un modo que levanta la protesta del historiador inglés Arthur Helps, autor de la *Spanish Conquest in America* y de *The Life of Hernando Cortés.*

Helps dice:

Las Casas, en una obra, la única suya que ha tenido gran difusión en el mundo entero, da una relación infiel de la matanza de Cholula, callando enteramente la traición de los cholultecas, y que esa traición, o más bien la creencia en ella, fué causa única de la matanza. Atribuye a Cortés el deseo de sembrar el terror, y este es el motivo con que explica el hecho.

El pasaje de Las Casas en su *Brevísima relación de la destruyción de las Indias,* no puede ser más expresivo:

Acordaron los españoles de hacer allí una matanza, o castigo (como ellos dicen), para poner, y sembrar su temor e braveza en todos los rincones de aquellas tierras.

Cortés había entrado por Cempoala, cuyo cacique le recibió amistosamente, y se le sometió. La república de Tlascala hizo una resistencia tenaz; pero, vencida, se constituyó en aliada leal, resuelta y animosa. Cortés prosiguió su marcha hacia la capital de los aztecas. Cholula, fuerte república como Tlascala, no se le oponía declaradamente de un modo que autorizase el empleo de la fuerza, ni mostraba una franca resolución de alianza. Evitar el paso por Cholula hubiera sido una manifestación de flaqueza, con el inconveniente además de alentar a los aztecas y dejar un enemigo a la espalda que podía anular la cooperación tlascalteca. Pero, por otra parte, entrar en Cholula significaba el planteamiento de un problema pavoroso. ¿Cómo salir? Los indios aliados consideraban temerario que el reducido grupo español, con 5.000 tlascaltecas, se aislase de aquella gran ciudad, rodeada de un territorio densamente poblado. Cortés no vaciló, porque no había término medio. Era preciso aceptar todos los azares. Bien dice Bernal Díaz del Castillo que los españoles "andaban con la barba sobre el hombro". La vigilancia de Cortés y el precioso auxilio de doña Marina le confirmaron las sospechas que ya tenía de un gran peligro. Los aztecas enviarían fuerzas a Cholula, y los españoles no saldrían de la ciudad. Cortés había anunciado la continuación de su viaje. Pidió tamemes a los cholultecas, quienes los enviaron al real de Cortés, juntamente con hombres armados que servirían de escolta. Todo estaba a punto para la marcha, según los ofrecimientos, o para el exterminio de los españoles, según la denuncia.

Cortés tenía los informes que a doña Marina dió una mujer: cerca de la ciudad acampaban los aztecas; los cholultecas habían sacado sus mujeres, hijos y alhajas. El mismo había visto tapiadas algunas calles, obstruído el camino principal, hoyos practicados en ciertos sitios, para mancar los caballos, montones de piedras en las azoteas, y capitanías dispuestas en lugares convenientes.

Todavía tomó más datos para proceder.

E yo tuve uno de los naturales de la dicha ciudad, que por allí andaba —escribe Cortés— y conformó con lo que la india y los naturales de Tlascaltécal me habían dicho. E así por esto como por

las señales que para ello había, acordé de prevenir, antes de ser prevenido, e hice llamar a algunos de los señores de la ciudad, diciendo que los quería hablar, y metílos en una sala. E en tanto, fice que la gente de los nuestros estuviese apercebida, y que en soltando una escopeta, diesen en mucha cantidad de indios que había junto a el aposento, y muchos dentro de él. E así se hizo, que después que tuve los señores dentro en aquella sala, dejélos atando, y cabalgué, e hice soltar el escopeta, y dímosles tal mano, que en dos horas murieron más de tres mil hombres. Y por que Vuestra Majestad vea cuán apercebidos estaban, antes que yo saliese de nuestro aposentamiento, tenían todas las calles tomadas y toda la gente a punto, aunque como los tomamos de sobresalto, fueron buenos de desbaratar, mayormente que les faltaban los caudillos, porque los tenía yo presos. E hice poner fuego a algunas torres e casas fuertes, donde se defendían y nos ofendían. E así anduve por la ciudad peleando, dejando a buen recaudo el aposento, que era muy fuerte, bien cinco horas, hasta que eché toda la gente de la ciudad por muchas partes della, porque me ayudaban bien cinco mil indios de Tlascaltécal, y otros cuatrocientos de Cempoal. E vuelto al aposento, hablé con aquellos señores que tenía presos, y les pregunté qué era la causa que me querían matar a traición. E me respondieron que ellos no tenían la culpa, porque los de Culúa, que son los vasallos de Muteczuma, los habían puesto en ello, y que el dicho Muteczuma tenía allí, en tal parte, que según después pareció, sería legua y media, cincuenta mil hombres de guarnición para lo hacer... Y después de les haber hablado muchas cosas de su yerro, solté dos de ellos. Y otro día siguiente estaba toda la ciudad poblada y llena de mujeres y niños, muy seguros, como si cosa alguna de lo pasado no hubiese acaescido. E luego solté todos los otros señores que tenía presos, con que me prometieron de servir a Vuestra Majestad muy lealmente. En obra de quince o veinte días que allí estuve, quedó la ciudad y tierra tan pacífica y poblada, que parecía que nadie faltaba della, y sus mercados y tratos por la ciudad como antes los solían tener. Y fice que los desta ciudad de Chururtécal y los de Tlascaltécal fuesen amigos, porque lo solían ser antes, y muy poco tiempo había que Muteczuma, con dádivas, los habían aducido a su amistad, y hecho enemigos de estotros...

No se crea que estoy sacando los sucesos con pinzas para justificar la conducta inhumana de los conquistadores. La crueldad brota a cada paso. Es acompañante de la acción. Pero esa

crueldad, y precisamente aquí está lo que nos interesa conocer, no puede llamarse coadyuvadora, sino más bien óbice. El conquistador de genio la evita y el incapaz la comete. Desaparece cuando hay disciplina y brota como flor venenosa en los momentos de relajación de la autoridad.

La matanza perpetrada por Pedro de Alvarado en el templo mayor de Méjico ilustra la cuestión.

El bermejo *Tonatiú*, Pedro de Alvarado, era un brillante jefe de columna, pero le faltaban ideas, y se mostró completamente nulo siendo cabeza, a menos que se tratara de continuar una obra ya empezada, como la conquista de Guatemala, que fué una simple prolongación de la de Méjico.

Cuando Cortés abandonó violentamente la capital de los aztecas para combatir a Pánfilo de Narváez en la costa del golfo, hizo la desdichada elección de Alvarado para que con 140 españoles quedase al cuidado de la ciudad y del prisionero Motecuzoma. Se aproximaba la fiesta *Tóxcatl*, y los nobles acudieron a Pedro de Alvarado solicitando que les permitiera celebrarla. El jefe accidental accedió a lo pedido. Los nobles se reunieron desarmados, como estaba dispuesto, y mientras danzaban en el recinto del templo, los españoles cayeron sobre ellos, haciendo una carnicería espantosa. Volvió Cortés, y los refuerzos considerables que su habilidad le había proporcionado en la lucha con Pánfilo de Narváez sirvieron sólo para que los aztecas consumaran la venganza de la *Noche Triste*. Tan amenazadora era la situación cuando Cortés entró por las calles de la ciudad silenciosa, que el mismo Alvarado solicitaba que se le prendiese, como medio de aplacar a los indignados aztecas. Cortés no quiso hacer el aparente castigo, porque juzgó que, sin llenar su objeto, aumentaría las proporciones de la sublevación.

Se ha tratado de explicar la matanza del templo. Parece probable que Alvarado temía una confabulación de caciques. Obtuvo confesiones o delaciones por medio del tormento. Lo que hubiera de verdad en las noticias, nadie lo sabe. Alvarado procedió entonces como supuso que habría obrado Cortés en su lugar. Pero era imposible que la cabeza vacía se sustituyese a la fértil del sagaz conquistador. Alvarado hizo, pues, una pésima copia de la matanza de Cholula, pensando que Cortés hu-

biera procedido en un caso como en otro, cosa inadmisible desde el momento en que la conducta, para ser hábil, ha de seguir la cambiante diversidad que presentan las circunstancias. Además, la omisión de un simple pormenor altera completamente el resultado.

Sin comparar a los dos conquistadores, es de justicia para el autor de la matanza del templo mayor decir que no faltaban quienes le justificaran.

Cervantes de Salazar trae en su *Crónica de la Nueva España* una versión que no puede omitirse. Hubo un diálogo entre Cortés y Alvarado, por el que se ve la desesperada situación del que marchaba y del que se quedaba.

Cortés dijo, según Cervantes de Salazar:

"Conviene que en todo os deis buena maña, pues quedáis vendido, como yo lo voy."

Le recomendaba que acariciara y regalara a los aztecas, pero sin dejar de mostrar los dientes cuando conviniera.

Y, finalmente, el cronista da esta explicación de la matanza:

Dicen algunos que los tlaxcaltecas fueron los que malsinaron a aquellos caballeros mejicanos e pusieron a Alvarado en que hiciese lo que hizo, y cierto, debieron los mejicanos en aquella fiesta de tratar contra los nuestros, porque aunque ellos lo negaron, súpose después, de muchas indias que los españoles tenían de servicio, que por la mañana, el día del baile, habían puesto las mujeres infinita cantidad de ollas con agua al fuego, para comer a los españoles cocidos en chile, porque pensaban tomarlos sobre seguro, y habíanlos descuidado con salir desnudos al baile, e tenían, según las indias dixeron, las armas escondidas en las casas que estaban cerca del templo, para tomarlas cuando menos pensasen los españoles. Fué digno castigo de que el sueño se les volviese al revés, y pasasen por la pena del talión.

El acto cruel de Alvarado comprometió la conquista. Con tres errores semejantes, todos los esfuerzos anteriores habrían quedado anulados.

*

Pasemos de Méjico al Paraguay. Alvar Núñez Cabeza de Vaca, adelantado del Río de la Plata, hombre meritísimo como explorador, era poco diestro como conquistador, y pernicioso, por lo tanto.

El adelantado había dirigido una expedición victoriosa contra los guaicurúes, mandando un ejército hispanoguaraní. El resultado de esta victoria fué que los yapirúes y guatatáes acudieron para ponerse bajo la autoridad representada por el gobierno de la Asunción. Al antiguo aislamiento sucedió un comercio activo con el Chaco.

Solamente los agaces no entraban en aquella corriente amistosa, pues aunque conservaban buenas relaciones con los castellanos, esporádicamente luchaban con algunas parcialidades guaraníes. Alvar Núñez tomaba estas guazábaras como un desacato, y se propuso ejecutar castigos que fuesen ejemplares. Domingo Martínez de Irala se interponía para evitar actos irreparables, pues, conociendo a las tribus y siendo amigo del cacique Abacotén, sabía que el adelantado erraba el camino. Entre sus actos más reprobables figura el asesinato de los prisioneros, hombres y mujeres. Los españoles se indignaron. "Doblóse la mala opinión contra él", escribe Oviedo. Algunos llegaron a declararle más digno de la nota de salvaje que los nómades de la otra banda.

Don Fulgencio R. Moreno juzga la conducta del adelantado diciendo que sus actos de crueldad fueron, no solamente innecesarios, sino perjudiciales, y que no hubo antecedentes que los motivaran. De igual modo reprueba la ejecución del cacique Aracaré, por cuya muerte se sublevaron algunas parcialidades guaraníes.

*

En los actos de Pizarro resplandece también la torpeza. El pueblo estaba vencido y bien vencido. Aceptaba la nueva dominación.

Otra virtud usaron los indios del Perú, y fué —escribe Garcilaso— que el indio rendido y preso en la guerra, se tenía por más sujeto que un esclavo, entendiendo que aquel hombre era su

dios y su ídolo, pues le había vencido, y que como a tal le debía respetar, obedecer y servir, y ser fiel hasta la muerte, y no le negar ni por la patria, ni por los parientes, ni por los propios padres, hijos y mujer. Con esta creencia posponía a todos los suyos por la salud del español su amo. Y si era necesario, mandándolo su señor, los vendía, sirviendo a los españoles de espía, escucha y atalaya. Y mediante los avisos destos tales, hicieron los cristianos grandes efectos en la conquista de aquella tierra. Creían de veras que estaban obligados a dar la obediencia y la obligación natural a la deidad del que en particular le había rendido y preso. Y así eran lealísimos sobre todo encarecimiento. Peleaban contra los suyos mismos, como si fueran enemigos mortales, y no dudaban matar su propia parentela en servicio de su amo y de los españoles...

Pizarro y su tribu no comprendieron el partido que podían sacar de la conservación de los dos hermanos enemigos. Dejaron que Atahualpa asesinara a Huáscar, y aun lo estimularon para que cometiera aquel crimen. Después asesinaron a Atahualpa. Y cuando podían haberse enterado de que el único obstáculo para la pacificación era la resistencia de los miembros de la dinastía, cometieron errores como el de provocar el alzamiento de Manco Cápac, a quien convirtieron en un enemigo mortal, obligándole a que se escapara, porque "le meaban en la cara, e le mataban las candelas de sebo, pegándoselas ardiendo en las narices, e se echaban con sus mujeres, delante del mismo inca". A este hombre, así ofendido, se le dió libertad para que buscase oro, y él, naturalmente, la aprovechó para organizar el movimiento antiespañol que había de durar hasta 1573, representado por Manco Cápac, Sayri Túpac, Titu Cusí y Túpac Amaro, ajusticiado en el Cuzco por el virrey Toledo.

Seguramente esta continuada resistencia, que en alguna ocasión causó graves preocupaciones, hubiera sido evitada por conquistadores como Hernando de Soto, que en los consejos de Pizarro era adversario de la crueldad contraproducente.

*

Aun el hombre superior, como Vasco Núñez de Balboa, se deja arrastrar a los actos más horripilantes.

Y es que en las conquistas parece haber una zona especial, marcada por las crueldades: tierras de oro y de perlas, de espesuras y de fiebres.

Vasco Núñez de Balboa, político y hasta generoso con los indios, da a su gente el ejemplo de las crueldades.

Según Fernández de Oviedo,

... muchas ovo, y muchos indios hizo atormentar, y a otros aperrear en este camino, para que le dieran oro. Ya a unos se tomaban las mujeres, ya a otros las hijas, y como Vasco Núñez hacía lo mesmo, por su ejemplo o dechado, los mílites se ocupaban en la mesma labor, imitándole.

El cronista acusa a Vasco Núñez de haber callado estas crueldades. Pero habla de otras, que Vasco Núñez menciona con satisfacción. Los españoles hallaron al hermano de un cacique

vestido como mujer, con naguas, y usaba como mujer con los hombres, y otros dos indios de la mesma manera, que usaban como mujeres, y assí con naguas. Y esto se hacía en aquellas partes principalmente entre los caciques e otros indios, e se preciaban de tener tres e quatro, y aun veynte indios, para este sucio y abominable pecado. E en aqueste viaje hizo Vasco Núñez quemar e aperrear cuasi cincuenta destos, y los mismos caciques se los traían, sin se los pedir, lo qual hacían porque les daba a entender que Dios en el cielo estaba muy enojado con ellos, porque hacían tal cosa, e que por eso caían tantos rayos e tan espantables truenos.

Oviedo, enemigo de Las Casas, hace una estadística lascasiana sobre la destrucción en la América Central, en la que ve el resultado de las violencias, de la injusticia y de la ineptitud, sin olvidar los desórdenes causados por los extranjeros y la cólera divina que catigaba los pecados de los indios:

De todas estas mudanzas de gobernadores e del remover indios e de otras cosas no bien hechas, ha resultado que en Castilla del Oro, desde el año de mill e quinientos e catorce hasta el de mill e quinientos e quarenta y dos, faltaron más de dos millones de indios. Parte, y mucha, para este daño, han seído los gobernadores, e los cobdiciosos e desconcertados conquistadores, e mucha más cau-

sa, querer Dios castigar las idolatrías e crueles sacrificios e culpas de los mesmos indios, e las mezcladas naciones que allá han pasado de levantiscos e extranjeros.

Si consideramos que en 1920 todas las Repúblicas de la América Central, desde Guatemala hasta Panamá, tienen una población de seis millones de habitantes, ¿es concebible la destrucción de dos millones de indios en la faja menos poblada, entonces y ahora, puesto que Panamá, saneada, con tráfico internacional y mil recursos de vida, no llega a 400.000 habitantes, y que Costa Rica apenas alcanza medio millón, cifra de la que excede Honduras, con 560.000 habitantes, y Nicaragua, con 700.000?

Los indios y mestizos de estos países, así como los de Guatemala y del Salvador, que pasan muy largamente de tres millones, son descendientes de aquellos pueblos destruídos por los conquistadores como azotes de Dios.

Todos los cronistas, así de Venezuela como de la Nueva Granada, ponderan los desmanes de "semejantes guerras —dice el P. Aguado—, que entonces y aun agora, por rebozo llamamos jornadas o descubrimientos".

El mismo P. Aguado escribe, refiriéndose a los rigores empleados por Felipe de Hutten, el conquistador de Coro:

> ... fueron muertos muchos, y presos más de treinta, de los cuales empaló diez por aquellos cerros, para atemorizar la tierra. Castigo, cierto, abominable y cruel, que por mano de cristianos no se debía dar a ninguna gente, o ha sido tan ordinario en algunas partes de Indias, que el que conforme a ley natural defendía su patria, mereciendo por ello antes premio que pena, le daban tan de ordinario este castigo y pena de empalarlo, como si así fuera de justicia. Esto está ya extirpado y quitado por mano de algunos cristianísimos jueces que el Rey ha enviado a Indias.

Los hombres de que habla el P. Aguado no eran verdaderos conquistadores, sino salteadores y rancheadores.

Llamaban salteadores propiamente a los que se ocupaban en hacer esclavos, imitando lo que se practicaba en las costas africanas. Uno de esos hombres era el vasco Juan Bono de Quexo,

quien, llegando con una nave a la isla de la Trinidad, mandó a los indios que construyesen una casa de madera. Cuando estuvo acabada, reunió a los indígenas y con torpe violencia quiso apoderarse de ellos, logrando sólo apresar 180, después de una matanza.

El obispo de Coro, Miguel Jerónimo de Ballesteros, en carta del día 20 de octubre de 1550, entre otros muchos cargos que hace al conquistador de Venezuela, Juan de Venegas, teniente de los Belzares, dice:

... y a los dos principales (de Maracapana) hizo asar en una barbacoa, y a todas sus naborias herró y vendió a trueco de vino, puercos y ropa, a vecinos de la Margarita.

El rancheo era el rescate violento de oro.

... y al saquear algún pueblo y tomar todo lo que en él hay, llaman ranchear —dice el P. Aguado—, y al oro que desta suerte se ha habido, llaman oro de rancheo. Y desta suerte van colorando los actos de la avaricia y rapiña, con vocablos exquisitos e inusitados.

Esta actividad negativa, perniciosa, condenable y condenada por todos los contemporáneos, es a veces compañera de los descubrimientos geográficos, que para muchos de los censores no eran de importancia, porque sólo contemplaban el bien público cuando veían al explorador creando establecimientos permanentes. Los salteos y rancheos continuaron hasta que por una parte se resolvió el problema de la mano de obra en las Antillas, con la esclavitud negra, y hasta que, por otra parte, el cordón de las fundaciones continentales canalizó la actividad, así en lo que respecta a la utilización del indígena como en la industria minera. Los métodos de violencia duraron más en esta zona que en las de población precolombina densa, pero fueron igualmente marginales.

La crueldad, que es el aspecto de que estamos tratando, presentó casos de regresión al salvajismo y hasta de adopción de la antropofagia.

Recuérdese que cuando Juan de la Cosa fué al Darién, por

los años de 1504, se encontró perdido, con otros expedicionarios, en el golfo de Urabá. De 200 hombres que eran, en año y medio murió la mitad, o más. Y, desesperados, pasaron a Zamba, de donde salieron después a las Antillas. Durante este viaje, muy fructuoso, por otra parte, ocurrió que algunos españoles,

viéndose en extrema necesidad, mataron a un indio que tomaron, e asaron el asadura, e la comieron, e pusieron a cocer mucha parte del indio en una gran olla, para llevar que comer en el batel donde iban los que esto hicieron. Y como Johán de la Cosa lo supo, derramóles la olla que estaba en el fuego a cocer aquella carne humana, e riñó con los que entendían en este guisado, afeándolo.

Felipe Gutiérrez, hijo del tesorero Alonso Gutiérrez, "hombre asaz rico e honrado", organizó en España una malhadada expedición conquistadora destinada a Veragua, con mucha costa y poquísima o ninguna previsión. Entre las mil torpezas cometidas por este conquistador, debe mencionarse la de llevar caballos de la isla Española para una tierra donde los caballos eran estorbo. "Pero no dejaba de aprovecharlos —dice Oviedo—, aunque fueran más, para los comer."

Y, en efecto, dió a sus 400 soldados, "muy hermosa gente", aquella carne comprada a precio de oro. Las expediciones marítimas que iban en busca de víveres antillanos fracasaron o fueron utilizadas por otros conquistadores. Los soldados hacían entradas estériles, pues sólo encontraban resistencia o ranchos desiertos. Dos de aquellos españoles, llamado uno Diego Gómez y otro Juan de Ampudia, asaron la carne de un indio que había muerto otro español. Estos dos nuevos caníbales tomaron gusto por aquel manjar, y a la noche siguiente consiguieron que ocho españoles se les unieran para una fiesta semejante.

Mataron a un sevillano enfermo, y se lo comieron. Después mataron a otro enfermo. Los diez se habían juramentado para guardar silencio. Pero hubo riña entre ellos sobre el que debía llevarse los sesos. Vino la delación. Los dos principales autores de los crímenes fueron condenados a la hoguera, y los otros herrados, con excepción del que había hecho la denuncia.

El caso de Francisco Martín en la expedición de Alfinger es más repugnante.

Ya veremos si son reales los hechos que consigna el padre Aguado. Pero transcribo la narración en que habla del tal Martín, sin suprimir o alterar una sílaba:

Andaban sus compañeros y él tan acosados de la hambre, que se podía bien decir por ellos que rabiaban de hambre. Cúpole a un indio que les había quedado, la suerte del sacrificio, y así lo sacrificaron y mataron, dándole por sus propias manos la muerte, por que fuese más aceto. Estando haciendo puestas o pedazos el cuerpo muerto, para dar a cada uno su parte, quitaron el miembro genital, como cosa más inmunda, y echándolo a mal, lo qual, como viera esto Francisco Martín, arremetió a él y alcanzólo, y alzándolo del suelo, sin esperar a ponello en el fuego, se lo comió así crudo, como se había quitado del cuerpo, que fué cosa, por cierto, no de hombre, sino de más que bruto y carnicero animal. Y por esto no cuento la diligencia que todos ponían en que no se perdiese cosa ninguna de lo que en un cuerpo humano hay. La sangre no era menester llegalla al fuego, porque en abriendo el muerto, con las manos la sacaban, y se la bebían, y aun como suelen decir, se quedaban lamiendo las manos. Y por no ser molesto, no quiero pasar adelante con estos abominables enxemplos de crueldad.

Francisco Martín, enfermo, no pudo seguir con sus compañeros, y se quedó entre indios, donde fué muy atormentado, y alcanzando el amor de la hija del cacique, llegó a capitán. Después se incorporó a una partida de conquistadores y les refirió los actos de antropofagia de que había sido testigo y héroe. Oviedo los relata, y nada dice del asqueroso pormenor que difícilmente hubiera sido revelado por el propio Martín. Hay que tener su aventura como parcialmente legendaria.

La *Relación* hecha por Alvar Núñez de los trabajos que pasaron en la Florida los españoles de la expedición de Narváez, contiene datos como éste:

Los que morían, los otros los hacían tasajos. Y el último que murió fué Sotomayor, y Esquivel lo hizo tasajos, y comiendo dél se mantuvo...

Allí los españoles eran caníbales, y los indios, en el extremo más duro, se sustentaban con raíces y la esperanza de las tunas. Pero en otros lugares acontecía lo que cuenta Herrera:

... la gente del licenciado Juan de Badillo, pasando por este pueblo del cacique Cirichia, cerca de Anserma, como los indios tenían alzados los bastimentos, no se hallaba maíz ni otra vitualla, y había un año que los españoles no comían carne sino de caballos que se morían, o de algunos perros, y saliendo treinta soldados a buscar comida, dieron junto al río Grande en cierta gente huída, que tenía una gran olla de carne, y como la hambre de los castellanos era grandísima, no miraron sino en comer, y ya que estaban bien hartos, un castellano sacó de la olla una mano de hombre, con sus dedos y uñas, y aunque su asco y arrepentimiento fué grandísimo, al fin, muerta la hambre, y muy corridos, se volvieron al ejército.

Para que nada falte, referiré el episodio canibalesco de la primera Buenos Aires.

Ruy Díaz de Guzmán da una versión ya algo distante de los hechos, con rasgos que no son acaso muy fieles.

En este tiempo padecían en Buenos Aires cruel hambre, porque faltándoles totalmente la ración, comían sapos, culebras y las carnes podridas que hallaban en los campos, de tal manera, que los excrementos de los unos comían los otros, viniendo a tanto extremo de hambre como en tiempo que Tito y Vaspaciano tuvieron cercado a Jerusalem. Comieron carne humana. Y así le sucedió a esta mísera gente, porque los vivos se sustentaban de la carne de los que morían, y aun de los ahorcados por justicia, sin dejarles más de los huesos, y tal vez hubo hermano que sacó la asadura y entrañas a otro que estaba muerto, para sustentarse con ella.

El bávaro Schmidel, como testigo, dice que "no quedaban ratas, culebras ni sabandija..." Y añade este dato: "Llegamos a comer hasta el cuero de los zapatos." Cita los actos de antropofagia; pero en la misma explicación que da de sus circunstancias aparece que fueron movimientos individuales, ocultos, reprobados por la masa general de los expedicionarios, y castigados. La carne devorada fué de tres individuos muertos por justicia y cuyos cadáveres colgaban de la horca. Esos condenados lo habían sido por el robo de un caballo que tomaron para comérselo. Se comprende que pagaran con la vida aquel delito, siendo los caballos un factor de vida para los pobladores. Pero a la vez no puede menos de ser extraño que conservasen esos

animales faltando todo alimento. De seguro la situación estaba muy lejos de haber llegado al último extremo, y tanto el robo del caballo como el festín con la carne de los ladrones, y más aún el acto del que devoró la asadura de su hermano, pueden ponerse en la categoría de hechos dudosos o de una delincuencia ocasional.

Si excepcionalmente el español caníbal comía carne de indio o de español, era más frecuente que el indio comiera carne española. Y se le avisaba, como en Méjico, donde daban los sitiados las noticias de los banquetes hechos con los cuerpos de los prisioneros sacrificados. En 1518, los indios de la América Central se comieron "al tesorero Alonso de Peralta, al hidalgo Zúñiga y a otros dos mancebos que salieron de León y se llamaban los Baezas. Pedrarias mandó buscar a los malhechores, y que se los comieran los perros alanos y lebreles".

Pedrarias no resplandece aquí como un magistrado notable por su ponderación, sino como un soldado capaz de infundir terror, desmoralizando a los suyos.

Pero es de advertir que al citar este aperreamiento, como acto de crueldad española, se omite la causa del castigo.

Cieza de León habla de un Roque Martín, a quien él conoció, que guardaba los cadáveres de los indios muertos en el camino de Cartagena a Cali, "y haciéndolos cuartos, los tenía en la percha para dar de comer a sus perros".

El cronista no es benévolo con Roque Martín, pues dice que "después indios lo mataron, y aun cree que lo comieron", en demostración de que "Nuestro Soberano Señor Dios castiga a los que son crueles para con los indios".

Si Dios vuelve por los buenos, favoreciendo a los que llevan por guía su estandarte, que es la Cruz,

quiere que no sea el descubrimiento como tiranos, porque los que esto hacen, vemos sobre ellos castigos grandes. Y así, los que tales fueron, pocos murieron sus muertes naturales, como fueron los principales que se hallaron en tratar la muerte de Atabaliba, que todos los más han muerto miserablemente y con muertes desastradas. Y aun paresce que las guerras que ha habido tan grandes en el Perú, las permitió Dios para castigo de los que en él estaban. Y así, a los que esto consideren, les parescerá que Caravajal

BIBLIOTECA PROVINCIAL BURGOS

era verdugo de su justicia, y que vivió hasta que el castigo se hizo, y después pagó él con la muerte los pecados graves que hizo en la vida. El mariscal D. Jorge Robledo, consintiendo hacer en la provincia de Pozo, gran daño a los indios, y que con las ballestas y perros matasen tantos como dellos mataron, Dios permitió que en el mismo pueblo fuese sentenciado a muerte, y que tuviese por su sepultura los vientres de los mismos indios, muriendo asimismo el comendador Hernán Rodríguez de Sosa y Baltasar de Ledesma, y fueron juntamente con él comidos por los indios, habiendo primero sido demasiado crueles contra ellos. El adelantado Belalcázar, que a tantos indios dió muerte en la provincia de Quito, Dios permitió de le castigar, con que en vida se vió tirado del mando de gobernador por el juez que le tomó cuenta, y pobre, y lleno de trabajos, tristezas y pensamientos, murió en la gobernación de Cartagena, viniendo con su residencia a España. Francisco García de Tovar, que tan temido fué de los indios, por los muchos que mató, ellos mismos le mataron y comieron.

En todas las crónicas hay idéntica afirmación, hecha con el propio acento. Dios castiga a los conquistadores. Y sólo escapan en esta vida cuando la suprema sabiduría, que es la bondad suprema, no ha querido darles una sanción terrenal que los purifique, reservándoles acaso una más grave después de la muerte. Sin pretensiones de penetrar en el secreto de los designios de la Divinidad, los cronistas dicen lo que pueden alcanzar, pero siempre suponiendo que Dios no premia las malas acciones.

Habla Herrera de la muerte de Sagipa. El cacique da sólo 4.000 pesos. Los soldados, insolentes y codiciosos, se sienten defraudados. Requieren a Jiménez de Quesada, pidiéndole que arranque al prisionero los tesoros de Bogotá. Suponen que el jefe español está de acuerdo con el Sagipa. Nombran un representante para que ponga demanda en juicio contra Jiménez de Quesada. Es el caso de Cortés, a quien los oficiales del Rey exigen el tormento de Cuautémoc. Cortés atormenta a Cuautémoc. Jiménez de Quesada, a Sagipa. El azteca sobrevivió a la prueba del fuego; pero al chibcha "allí bárbaramente le mataron, sin que descubriera nada".

No podía faltar el castigo. Piedrahita da cuenta de cómo se efectuó.

Los más culpados, sin el general, en la muerte del Zippa, fueron Hernán Pérez de Quesada, Gonzalo Suárez Rondón y Gonzalo Martín Zorro, y los sucesos futuros de todos cuatro, manifestaron su culpa. Baste saber por ahora, por si no hubiere lugar de referirlo a su tiempo, que el capitán Zorro, en un juego de cañas que se hizo en la plaza de Santa Fe, lo mató de un cañazo, atravesándole la adarga y las sienes, D. Diego Venegas, nieto por parte de madre del cacique de Guatabita, en cuya hermana tuvo a Sacrezazippa aquel hermano de Nemeque, que murió peleando en el peñol de Ubaque...

Faltan los otros tres.

Estando en un barco, los dos hermanos Quesadas murieron fulminados por un rayo, y Gonzalo Suárez quedó lisiado de un brazo.

Diego García de Loyola, capitán famoso, que prendió al inca Túpac Amaro, y que fué casado con una hija del inca Sayri Túpac, murió desastrosamente en Chile. Llevaba una fuerza competente para visitar los presidios de Arauco. Ya de vuelta, viéndose en territorio pacificado, se quedó con 30 veteranos. Entregáronse todos a dormir en un paraje, y los indios, cayendo de sorpresa, los degollaron, sin darles lugar para una defensa.

Garcilaso de la Vega, filosofando, saca la conclusión obligada de todos los cronistas, que era también la del público:

Este fin tuvo el gobernador Martín García Loyola, que dió harta lástima en el reino de Chile, y ocasión en el Perú a que indios y españoles hablasen de su fallecimiento, y dijesen que la fortuna había encaminado y ordenado sus hechos y negocio, de manera que los vasallos del príncipe que él prendió lo matasen, en venganza de la muerte que a su inca dieron, pues teniendo a las espaldas y tan cerca, enemigos tan crueles, tan deseosos de la destruición y muerte de los españoles, se durmiesen de manera que se dejasen matar todos, sin hacer resistencia alguna, siendo como eran capitanes tan prácticos y veteranos en aquella tierra.

Esta voz del pueblo es muy elocuente, puesto que por sacar la moraleja de las muertes lastimosas, aceptaba errores como el de llamar vasallos de Túpac Amaro a los araucanos, y suponía que obraban en retribución de la dolorosa prisión del inca.

López de Gómara, en el último capítulo de su *Historia de las Indias*, titulado *Loor de españoles*, no omite la nota del castigo. Hablando de la minería, expresa el juicio de los que habrían de leerle:

> Oso decir sobre esto que todos cuantos han hecho morir indios así, que han sido muchos, y casi todos han acabado mal. En lo cual, parésceme que Dios ha castigado sus gravísimos pecados por aquella vía.

La conquista llevaba consigo una opinión que hablaba en alta voz. Los que hacían la crónica no se entregaban a la apologética. Lejos de ello, todo lo censuraban, empezando por el error y acabando por la crueldad. Así se ha formado la abundantísima documentación que existe sobre esto. Los que sólo ven la conquista bajo su aspecto más odioso, no han tenido que hacer sino copiar a los mismos conquistadores, en sus relaciones, y a los cronistas libres u oficiales. Allí la censura habla más que el elogio.

Pizarro mata a dos mujeres incas. Almagro mata a dos hermanos del inca Manco.

El historiador de los conquistadores, Pedro Pizarro, que ha sido paje del marqués, no vacila en afirmar que si los almagristas asesinan a éste, es por las crueldades que él evoca. "Nuestro Señor le castigó en el fin que tuvo." Y también Dios castigó a Almagro, permitiendo su muerte "por los hermanos del Inga que mató".

Ni para el uno ni para el otro alega circunstancias atenuantes.

Pizarro procedió contra la mujer de Manco después de que el inca rebelde le había burlado, después de que el mismo inca hizo perecer a un negro y a unos indios que iban con presentes y después de que llevó su saña hasta matar una haca, regalo de Pizarro. Entonces el conquistador, ciego de rabia, mandó que unos cañaris atasen y flechasen a la mujer de Manco.

La muerte de la hermana de Atahualpa acaso habría encontrado más disculpa si Pedro Pizarro hubiera querido defender a D. Francisco, pues otra hermana de Atahualpa, manceba del conquistador, fué realmente la que, con pérfidas insinuaciones,

logró que muriese ajusticiada aquella hermana suya, como causante del cerco que los indios pusieron a Lima.

El caso de Almagro no es muy diferente. Manco, que pretendía alzarse, queriendo que no hubiese ninguno de su sangre a quien los españoles diesen la borla del imperio, solicitó de Almagro que matase a dos de sus hermanos.

Pero el cronista pone sobre todo la justicia de Dios, que no conoce sutilezas.

*

No se blanquea un cuervo con la negrura de otro. Pero como únicamente se ha querido ver un solo cuervo —que es el de la conquista española—, conviene presentar plumas de aves no muy claras.

El conde Ficalho, gran historiador y eminente naturalista, empleando el método comparativo, hace un estado de la crueldad, que reproduzco para no privarlo de su encanto literario.

En el hermoso libro que dedica al médico portugués García de Orta, autor de los *Coloquios dos simples e drogas da India*, dice el conde Ficalho:

Cuando nos entristecen los actos de rapiña, de violencia y de salvaje crueldad que deslustran nuestras guerras indianas, podemos recordar lo que a la sazón acontecía en la culta Italia. Cuando vemos a Vasco de Gama ordenando que se queme una embarcación llena de hombres, mujeres y niños, a D. Francisco de Almeida mandando el saqueo e incendio de Dabul, indefensa, o cuando descendiendo a un plano inferior, recordamos los crímenes acompañados de villanía, cometidos por los gobiernos de D. Duarte de Menezes, del viejo D. García de Noronha y de tantos otros, es necesario tener en cuenta que aquél era el siglo XVI. En Europa, en las más civilizadas ciudades de Italia, donde se creaban las maravillosas obras de arte, causa de nuestra admiración, donde *renacían* las letras y las *ciencias*, hubo a la luz del sol escenas de la violencia más extraordinaria. En ese siglo, la banda del duque de Valentinois, para asegurar el paradero de algún tesoro, colgaba de los brazos a dos ancianas y a ocho ancianos, encendiéndoles hogueras debajo de los pies, hasta que expiraron; el propio duque, en el patio del palacio, cubierto de ricos atavíos, daba a sus invitados, lu-

cida sociedad compuesta de damas y caballeros, el espectáculo de matar personalmente con flechas a los que debían sufrir la última pena; Benvenuto Cellini, el grande artista, asesinaba a sus enemigos, apuñalándolos en la plaza pública, bajo la luz del sol, y los cardenales, sus protectores, sonreían; Hércules de Este mandaba que se vaciara un ojo o que se cortara una mano a doscientos ochenta prisioneros, antes de venderlos. Y nótese que esos próceres no estaban, como los portugueses, a millares de leguas de la patria y deslumbrados por las riquezas orientales, casi aislados, entre pueblos enemigos, a los que era necesario imponerse por el terror o por el exceso de energía. Aquí a lo menos, la presión de las circunstancias puede darnos una sombra de disculpa; allí las violencias venían simplemente del desequilibrio de los espíritus, que sin peso ni medida se precipitaban a donde los impelían las pasiones o la índole. Era una época de héroes, de santos o de malvados.

Cuando Pizarro mataba al Inca Atahualpa, que no era sino un rebelde y un usurpador, sanguinario y fratricida, Enrique VIII de Inglaterra asesinaba a su mujer, Ana Bolena. Ese mismo Rey ahorcaba a 72.000 ingleses, resolviendo así el problema del exceso de población. Young decía en 1790: "Matar a un campesino católico en Irlanda era cosa de la que nadie hacía el menor caso." Cuando, a fines del siglo XVI, los ingleses tomaron el puerto de Cádiz, saquearon concienzudamente la ciudad y quemaron 290 casas. Llevaron también tea a la iglesia Mayor, a la de la Compañía de Jesús, al monasterio de Santa María, al Hospital de la Misericordia y a la Candelaria. ¡Qué podía esperar Cádiz, lejano puerto enemigo, si Edimburgo y Leith habían sufrido una completa destrucción en 1544!

El número de ciudades saqueadas e incendiadas por los piratas en la América española, es el de las que había fundadas junto al mar. Los atentados se repetían con una frecuencia que haría eterna la relación. Franceses, ingleses y holandeses paseaban sus latrocinios por las costas del golfo de Méjico y por las del océano Pacífico. Atravesaban el istmo de Panamá y entraban en el lago de Nicaragua. No había guerra que explicara o excusara estas correrías. Los países que reprochaban acremente a los españoles su crueldad, su codicia y su abandono de toda actividad útil para hacerse mineros, empleaban un número

mayor de hombres en robar los metales preciosos fundidos y acuñados por España que ella en extraerlos y beneficiarlos. Este homenaje a la minería americana duró varios siglos, y estuvo siempre acompañado de excesos brutales.

La más insignificante de las campañas emprendidas por los colonos ingleses contra los indios era un compendio ilustrativo de la equidad con que están repartidas las pasiones violentas y destructoras entre todas las razas. Recuérdese la guerra minúscula hecha en Connecticut para vengar la incursión de los indios durante el invierno de 1636 a 1637. Noventa hombres cayeron por sorpresa sobre el pueblo indígena y le pusieron fuego. Más de 500 personas de ambos sexos y de todas edades perecieron en el ataque, quemadas unas, acribilladas otras a balazos y no pocas pasadas a cuchillo. Esa noche tenía la tribu 150 huéspedes, que sufrieron la suerte común. Los hombres que sobrevivieron al ataque fueron ejecutados, y las mujeres y los niños reducidos a la esclavitud, pasando algunos de ellos a las Antillas, donde se les vendió.

Míster Walter Hart Blumenthal escribe lo siguiente sobre la historia de las relaciones entre indios y blancos:

En la guerra fronteriza que el ejército de Virginia, mandado por el coronel William Christian, hizo a los indios cheroquis durante el año de 1776, a todos los guerreros vencidos de esta tribu se les arrancaba el cuero cabelludo. Los prisioneros eran vendidos como esclavos. Algunos, puestos en libertad, volvían *sin los gorros de dormir, para que los suyos vieran la suerte que les había cabido.* Un grupo de ciudadanos de Pittsburgh dió una proclama que lleva la fecha del 17 de mayo de 1791, ofreciendo cien dólares por cada cuero cabelludo de indio hostil, juntamente con las dos orejas. Ese ofrecimiento, hecho por un habitante del condado de Alleghany, se sostenía hasta el 15 de junio próximo. Otras localidades hicieron igual cosa. El resultado de esto fué que la gente mal entretenida de la frontera se dedicara a la cacería humana, y que muchos indios traficantes fueran llevados a lugares solitarios en donde se les privaba de su valiosa *techumbre.*

En 1763, cuando el general inglés Bouquet guarnecía el fuerte Pitt (hoy Pittsburgh), defendiéndolo de los indios, sir Jeffrey Amherst, gobernador militar inglés de Virginia, le escribió preguntándole si no habría medio de enviar la viruela a las tribus desafec-

tas, pues debía hacerse uso de todas las estratagemas posibles para reducirlas a la obediencia. Bouquet contestó: "Procuraré inocular a los indios con algunas mantas que caigan en sus manos, cuidando de que la enfermedad no me ataque. Y como es una pena exponer la vida de hombres buenos, desearía que empleáramos el método español, cazando indios con perros ingleses sostenidos por soldados fronterizos y caballería ligera, que consumaría la extirpación de estos bichos."

El mismo escritor menciona la extinción de unas rancherías de 3.000 indios a orillas del Mystic. Se puso fuego a unas palizadas, y 600 personas "murieron en el holocausto". Otras murieron en la fuga, atravesadas por las balas, y algunas lograron escapar.

Blumenthal cita estas palabras de un contemporáneo, Nathaniel Morton:

Daba espanto ver cómo se freían en la hornaza. Pero la victoria parecía un dulce sacrificio.

Otro, Mathe, escribía:

Hoy enviamos seiscientas almas de indios al infierno.

Sería inútil proseguir citando hechos de la dominación europea en todos los continentes, semejantes, por otra parte, a los de la dominación del negro sobre el negro y del amarillo sobre el amarillo. Veamos al blanco luchando contra el blanco, en guerra civil.

Difícilmente podrá presentar la conquista un hecho que se parezca a la famosa marcha del gran general Sherman, cuando se dirigió de Atlanta al mar.

Shotwell, historiando la Guerra Separatista, habla de esta notable operación militar.

La marcha de Sherman por el territorio de Georgia fué una zona de destrucción de 60 millas de anchura. Lo quemado incluía "más de dos mil graneros y setenta molinos, aproximadamente, juntamente con el trigo, la harina y los instrumentos de labranza". Por habérsele dado muerte a un teniente de ingenieros, hecho que, según se demostró después, había sido acto

legítimo de guerra, "Sheridan mandó quemar todas las casas en una área de cinco millas, y esta orden fué ejecutada".

Aun los actos de antropofagia que hemos presenciado entre los españoles de la conquista, tienen su representación en Europa.

Recordemos el episodio de aquel marinero del almirante Boisat, que en el sitio de Leyden "arrancó el corazón a uno de los españoles y lo devoró públicamente, crudo y chorreando sangre". Este es un canibalismo de odio. Lo hay de hambre en la Borgoña invadida por el ejército de Condé.

Un contemporáneo dice:

La gente vivía de las hierbas de los jardines y de los campos. Los animales muertos eran recogidos en los muladares; pero esta mesa no duró mucho tiempo servida. Las puertas de las ciudades no permitían la entrada, por temor a la muchedumbre de los hambrientos, y hasta donde alcanzaba la vista, en un trayecto de media legua por lo menos, los caminos estaban henchidos de gentes pálidas, descompuestas, extenuadas, casi todas yacentes, y muchas agonizando. En las ciudades no había regalo mejor que la carne de perros y de gatos, y después tuvo mucha demanda la de ratas. Yo mismo vi personas bien vestidas recogiendo ratas muertas que habían sido arrojadas por las ventanas de las casas, y ocultarlas para comérselas. Llegóse, por último, a la carne humana, y los soldados muertos servían de pasto a los supervivientes. En ciertos pueblos se descubrió que las madres mataban a sus hijos para no morir. Los hermanos mataban a los hermanos. Las ciudades eran la imagen misma de la muerte.

Esto pasa en 1631. La conquista española queda muy atrás, por el tiempo y por la naturaleza de los horrores de que habla. Pero en días menos crueles y más próximos a la conquista, en 1574, el Parlamento de Dôle condena a un tal Gilles Garnier. Debe quemársele vivo "por haberse tornado en licántropo y apoderándose de una niña de diez o doce años, cerca del bosque de la Serre, a un cuarto de legua de la ciudad, haber matado a la criatura, con manos que parecían garras y con los dientes, devorándola cerca del mencionado bosque". Todas son palabras de la sentencia, que menciona otros hechos semejantes de antropofagia cometidos por el mismo licántropo.

Genios y figuras

Sin un Hernán Cortés, la epopeya del Anáhuac hubiera perdido su aspecto deslumbrador. Con un Cortés o un Vasco Núñez de Balboa en el Perú, el aspecto de la conquista de este país sería totalmente diverso.

La inferioridad manifiesta de Pizarro se agrava por haber tenido la empresa dos cabezas. Y todavía, como si con esto no hubiera bastante, la confusión aumenta al presentarse los hermanos del primer conquistador, "tan soberbios como pobres y tan sin hacienda como deseosos de alcanzarla".

Después de haber sido Pizarro y Almagro "un espejo y exemplo de buenos e conformes amigos, su estrecha unión acabó trágicamente. No les valió partir la hostia, lo que en ninguna manera debe entenderse de un modo literal, con el sacrilegio que implica la palabra, sino como un juramento que se hace poniendo cada uno la diestra sobre la del sacerdote que sostiene el Santísimo Sacramento.

Plegue a Dios, hijos —les había dicho el clérigo Luque, cuando Pizarro salió para España—, que no hurtéis la bendición el uno al otro.

Palabras de penetrante psicólogo.

Muertos violentamente los dos iniciadores de la conquista peruana, la tragedia continúa, puesto que hay otros Pizarros, y, además, un Almagro de reserva.

Todo, sin embargo, habría concluído pacíficamente, como en

Méjico, en Chile y en el Paraguay, sin el continuo refuerzo que llegaba de diversas partes para las contiendas civiles.

El Perú inquietaba a los conquistadores de los otros países. La tentación de sus riquezas les hacía aborrecibles los mejores de ellos, y abandonaban cuanto habían adquirido por aquel paraíso. Llegó, por lo tanto, a ser excesivo el número de pretendientes y muy escasas las ocasiones de recompensa.

Cuando las *Nuevas Leyes*, limitativas de los derechos o más bien de los privilegios que reclamaban los conquistadores, hechos encomenderos, y de los encomenderos que nunca habían sido conquistadores, crearon una nueva causa de malestar, los descontentos sin posición tomaron a su cargo las reivindicaciones de los que, a falta de esos defensores, acaso no hubieran pensado en acudir a las armas.

Finalmente, esta situación peligrosa, que exigía suma prudencia y mano muy firme, se agravó cuando la corona envió sucesivamente dos incapacidades, como fueron la del gobernador Vaca de Castro y la del virrey Blasco Núñez Vela.

La pacificación no pudo hacerse ni cuando llegó el astuto licenciado Pedro de la Gasca, formado de la madera de los grandes gobernantes, pero que encontró un país en el que sólo una labor continuada sabría eliminar las causas profundas de aquel desasosiego.

Se había formado un tipo de hombres que nada tenían de extraordinario por el genio, ni por la industria, ni por las obras, sino por la mezcla de amor a lo imprevisto y de una inquietud que se cree carácter propio de los conquistadores. El producto de que hablo fué accidental y derivado. Vasco Núñez Vela hizo una definición exacta cuando dijo que se componía de "hombres corajudos y desleales".

Pero ¿qué tenían de conquistadores?

Desde los Contreras de Nicaragua, nietos de Pedrarias Dávila, hasta Francisco Hernández Girón, el rebelde ocasional e irresoluto, brillante y desdichado, cuya cabeza iba a ser la última que adornara el rollo de las ejecuciones, no podemos decir que estos hombres hayan sido conquistadores.

No se habla, pues, de ellos en este libro, y tendrán su sitio en otro. Algunos serán héroes de la *Geografía imaginaria*.

Allí veremos a Francisco de Carvajal, el *Demonio de los Andes*, bufón siniestro, para rectificar mucho de lo que se ha escrito sobre su extraña figura. Allí aparecerá el satánico Lope de Aguirre, que no deja huellas de conquistador, sino las de una repugnante vesania homicida. Allí encontraremos también a hombres como Pedro de Hervía, el rebelde que machacó la cabeza del corregidor de Charcas, D. Pedro de Hinojosa, con una barra de plata. Todos estos casos de extravagancia criminal pertenecen a la categoría de la gente vaga y sin asiento pobladora del Perú.

Aquí será suficiente decir por qué se dirigían al Perú y lo que les atraía en ese país encantado.

Algunos iban, como cuenta Piedrahita, desesperados y horrorizados de otras tierras. Fué el caso de los de Santa Marta,

> ... que cuando pasaban navíos, se arrojaban al mar para que los recogiesen, como lo consiguieron muchos, y entre ellos los capitanes Ponce y Villalobos, y otros hombres famosos que en el Perú dieron muestras de su valor, aunque con malos fines.

Diego de Tapia, que había llegado a Méjico después del desastroso término que tuvo la expedición de Soto, no se avino, como Luis de Moscoso, a una vida de tranquilidad, casándose y avecindándose. No faltó quien propusiese a Tapia hacerle su dependiente o estanciero, y él contestó con soberbia:

> Yo voy ahora al Perú, donde pienso tener más de veinte estancias. Si queréis iros conmigo, yo os acomodaré en una dellas, de manera que volváis rico en muy breve tiempo.

Vestido de pieles, ya protegía a su protector.

Otros no se iban al Perú famoso por las esperanzas de mejoramiento material. Soñaban con la independencia. Allí acababan los dominios del rey.

> ... y nos fuimos todos al Perú —dice Alonso de Carmona—, no tanto por sus riquezas como por las alteraciones que en él había cuando Gonzalo Pizarro empezó a hacerse gobernador y señor de la tierra.

Regularizados los asuntos del Perú, la prudencia de los virreyes dispuso nuevas entradas para ocupar esa gente baldía. Pero tampoco voy a tratar de las conquistas secundarias ni de las expediciones oceánicas, reservadas también para la *Geografía imaginaria.*

*

Limitaré mi atención a señalar algunas de las variedades que presentan los conquistadores.

Hay un factor que no debe olvidarse. Allí donde presta su concurso la empresa se facilita. Si falta, las dificultades aumentan.

Ese factor es el baquiano y faraute.

¿Cómo se forma?

Nada más dramático que el caso del español perdido entre indígenas. Por excepción, vuelve al seno de sus compatriotas, después de haber aprendido la lengua de los naturales y de conocer a maravilla el país. Pero lo más frecuente es que se pierdan sus huellas y que no vuelva a saberse de él. Sucede, asimismo, que el español renuncia definitivamente a los suyos y toma el partido del indígena contra el europeo.

Unas veces, el español perdido entre las tribus es reo a quien se abandona por castigo de crímenes o delitos; en ocasiones, los azares de un naufragio le llevan a sitio en que recibe la caridad salvadora de los indios; no faltan casos de prisioneros a quienes se perdona la vida, y que acaban por hacerse gratos; hay desesperados que, no resistiendo los rigores de una marcha, exhaustos, se dejan caer en tierra o se apartan de la columna expedicionaria, y buscando una muerte que abrevie sus penas, encuentran otra existencia; finalmente, o acaso antes que ninguno, hay los que, cediendo a un desencanto de todo lo conocido, o enamorados de la vida salvaje, entran en ella por propia y deliberada determinación.

Daré particularidades sobre algunos de estos casos.

En la hermosa narración que Pero Vaz de Caminha hace del descubrimiento de Alvarez Cabral, refiere cómo los expedicionarios discutieron si para el conocimiento de la tierra sería

preferible tomar indios o dejar portugueses. La resolución fué que llevar indios no daría resultado, puesto que éstos, forzados, dicen que hay cuanto se les pregunta,

... e que milhor e mujto milhor emformaçom da terra dariam dous homeens, d' estes degradados que aquy leixassem...

Parece que no sólo quedaron "os dous degradados", sino otros, pues huyeron cinco marineros, "atraídos pelo encanto da terra", dice Jaime Cortesão, basándose en un documento de los archivos de Módena, que cita Harrisse.

El diplomático italiano informa a su Gobierno de una práctica seguida en el reino de Portugal, donde el rey disponía que ciertos delincuentes fuesen destinados a lugares e islas descubiertas, con la promesa de que si alguna vez volvían se les perdonaría el delito y se les haría merced de 500 ducados, a cambio de las noticias que trajesen. Pero el informante cree que pocos regresan,

... benché in un locho que se chiama Sancta Croce, per essere dilectevole di bona aria et de dolcissimi fructi abondante, fugirno cinque marinari dele nave del Re, et non volseno piu tornare in nave, et li restarno.

Se comprende que en el Brasil se enamoraran de la tierra y del aire los marineros portugueses; ¿pero qué decir de aquel momento terrorífico en que Magallanes deja a unos infelices para que mueran o para que vivan desesperados en el inhospitalario mundo austral?

Al otro día mandó Magallanes sacar a tierra el cuerpo de Mendoza, y lo hizo descuartizar, con pregón de traidor. El día 7, mandó degollar a Gaspar de Quesada, y descuartizarlo, con igual pregón, lo que verificó su mismo criado y sobresaliente, Luis de Molino, por librarse de ser ahorcado, cuya pena le había comprendido. Sentenció a dejar desterrados en aquella tierra a Juan de Cartagena y al clérigo Sánchez de la Reina, que habían procurado amotinar la gente. Y perdonó a más de cuarenta hombres, dignos de muerte, por ser necesarios para el servicio de las naos...

Cuando esto hacía Magallanes, Cortés acababa de encontrar unos náufragos, supervivientes de una expedición enviada por Balboa para dar cuenta de sus descubrimientos.

Cortés iba atenido a lo que informaran dos indios de Yucatán, Melchorejo y Julianillo, que los anteriores expedicionarios llevaron para enseñarles el español. Pero un hecho le reveló que por allí había españoles perdidos, y no descansó hasta encontrarlos.

Como Cortés en todo ponía gran diligencia, me mandó llamar a mí —dice Bernal Díaz— e a un vizcaíno que se decía Martín, y nos preguntó que qué sentíamos de aquellas palabras que nos hobieron dicho los indios de Campeche, cuando venimos con Francisco Hernández de Córdoba, que decían *Castilán, Castilán*, según lo he dicho en el capítulo que dello habla. Y nosotros se lo tornamos a contar, según e de la manera que lo habíamos visto e oído. E dijo que ha pensado en ello muchas veces, e que por ventura estarían algunos españoles en aquellas tierras. Y dijo: *Paréceme que será bien preguntar a estos caciques de Cozumel si saben alguna nueva dellos.* E con Melchiorejo, el de la Punta de Cotoche, que entendía ya poca cosa de la lengua de Castilla, e sabía muy bien la de Cozumel, se lo preguntó a todos los principales, y todos a una dijeron que habían conocido ciertos españoles, y daban señas dellos, y que en la tierra adentro, andadura de dos soles, estaban, y los tenían por esclavos unos caciques, y que allí en Cozumel, había indios mercaderes que les hablaron pocos días había; de lo cual todos nos alegramos con aquellas nuevas.

Díjoles Cortés que luego los fuesen a llamar con carta, que en su lengua llaman *amales*, y dió a los caciques, y a los indios que fueron con las cartas, camisas, y los halagó, y les dijo que cuando volviesen les daría más cuentas. Y el cacique dijo a Cortés que envíase rescate para los amos con quien estaban, que los tenían por esclavos, por que los dejasen venir. Y ansí se hizo...

Jerónimo de Aguilar, que iba a desempeñar un papel histórico, se presentó a Cortés con un remo al hombro, una cotara vieja calzada y la otra en la cinta, una manta muy ruin, un braguero peor y un bulto atado, en el que llevaba un libro de *Horas*. Este libro había sido su reliquia y contacto con la civilización durante los años de vida indiana. Aguilar era natural de Ecija y había recibido órdenes menores,

Contó sus infortunios. Náufragos en los Alacranes, él y sus compañeros habían sido arrebatados en un batel a aquella tierra. Algunos de ellos fueron sacrificados. Otros, y entre ellos las dos mujeres de la expedición, murieron de dolencias y trabajos. Sólo sobrevivían él y un Gonzalo Guerrero, natural de Palos, el cual no quiso irse con los españoles.

La contestación dada por Guerrero a su amigo Aguilar es ilustrativa:

Hermano Aguilar, yo soy casado —le dijo— *y tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerra. Los vos con Dios, que yo tengo labrada la cara e horadadas las orejas. ¿Qué dirán de mí, desque me vean esos españoles, ir desta manera? E ya veis estos mis tres hijos cuán bonicos son. Por vida vuestra, que me deis desas cuentas verdes, que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las dieron, de mi tierra.*

Y asimismo la india mujer del Gonzalo habló al Aguilar en su lengua, muy enojada, y le dijo: *Mira con qué viene este esclavo a llamar a mi marido. Los vos, y no curéis de más pláticas.*

Guerrero nada tenía ya de cristiano. Se había horadado el labio inferior y había sido jefe de la resistencia que se hizo a Francisco Hernández de Córdoba.

Soto halló en la Florida a un Juan Ortiz, que le sirvió tanto como Aguilar a Cortés. El conquistador de Méjico se valía de Aguilar y de doña Marina, pues ella recibía las razones en la lengua maya, que hablaba Aguilar, y las transmitía en náhoa a los indios de Méjico. Muy diferente fué la situación de Soto.

Asimesmo es de advertir que cuando el gobernador llegó a Chicaza, por la mucha variedad de lenguas que halló, conforme a las muchas provincias que había pasado, que casi cada una tenía su lenguaje diferente de la otra, eran menester diez, y doce, y catorce intérpretes para hablar a los caciques e indios de aquellas provincias, y pasaba la razón dende Juan Ortiz hasta el postero de los intérpretes, los cuales se ponían como a tenores para recebir y dar la razón al otro, según se iban entendiendo unos a otros.

Cuando los expedicionarios de Soto llegaron a tierras de la Nueva España, el cirujano se preparaba a servir de intérprete,

pues había estado en Méjico; pero no fué necesaria su dudosa habilidad, ya que un indio a quien se mostró unas tijeras dijo la palabra española.

Hallaron hasta un cacique letrado, que había aprendido a leer con un clérigo doctrinero, y que se presentó llevando

... ocho indios cargados con gallinas de las de España, y con pan de maíz, y con fruta y pescado, y con tinta y papel, porque él se preciaba de saber leer y escrebir, y lo estimaba en mucho.

De este modo, el español que vivía entre indios y el indio que vivía entre españoles se daban a veces la mano en las más extrañas y novelescas aproximaciones.

Pizarro, como Alvarez Cabral en el Brasil, dejó en Túmbez dos españoles para que sirviesen de intérpretes y guías, llevándose a la vez dos indios: Francisco y Felipe. Este, a quien todos los cronistas llaman Felipillo, fué el principal faraute de la conquista, pues no volvió a saberse de los españoles.

En el Río de la Plata los portugueses prestaron señalados servicios. Como vimos ya, y como veremos más adelante, hubo muchos de ellos abandonados en la tierra o que voluntariamente se quedaron en ella.

Cuando la expedición de Loaysa pasó por la isla de San Mateo, cerca de la equinoccial, se tuvo una extraña noticia.

Un portugués que iba en la armada dijo que aquella isla había sido poblada de portugueses, y que los esclavos negros mataron a sus señores y a todos los cristianos. Así encontraron muchos huesos de hombres, edificios de casas, y se halló hincada una gran cruz de madera, con unas letras que decían: *Pedro Fernández pasó por aquí el año de mil y quinientos y quince.*

La noticia de Loaysa es de octubre de 1525. En abril de 1526 andaba por la costa de Santa Cruz la nao *San Gabriel*, que mandaba D. Rodrigo de Acuña, separado de la expedición de Loaysa. Surgió en la bahía de los Patos para tomar agua y otros refrescos.

Llegó un indio con una carta que enviaban unos cristianos, en la que decían haberles notificado los naturales del país que estaba

allí una nao, y que deseaban respuesta. Don Rodrigo envió al contador de la nao para que hablase con ellos, y a los tres días volvió con un hombre, que dijo a Don Rodrigo haberse perdido con un galeón de los de la expedición de Juan Díez de Solís, diez cristianos, existiendo cuatro de ellos que hicieron allí su asiento; que mandase bajar la nao cerca de su casa, que distaba quince leguas, donde le darían bastimentos, y rescataría alguna plata y metal que tenía.

Don Rodrigo fué con la nao al puerto donde vivía el cristiano. Envió a tierra al contador y al tesorero para asentarse en una casa donde rescatasen con los indios, y el clérigo de la nao fué a bautizar a algunos hijos que había de aquellos cristianos.

Rescató, en efecto, dos arrobas de metal y dos marcos de plata, pero se anegó el batel, ahogándose 15 hombres. El contramaestre, Sebastián de Villarreal, quería quedarse en la tierra. Nueve hombres se habían huído ya. Después lo hicieron cinco o seis más. Por último, desaparecieron dos pajes. Casi todos los tripulantes habían pedido licencia para abandonar el servicio. Era un viento de locura.

No será extraño que al llegar la expedición de Caboto encuentre guías e intérpretes. Había una verdadera colonia de marineros de Solís y de Loaysa. Melchor Ramírez y Enrique Montes refirieron las prodigiosas aventuras del viaje hecho por el portugués Alejo García desde la costa brasileña hasta los dominios del *Rey Blanco*, es decir, hasta el Perú. Después, Caboto encontró en el estuario del Río de la Plata a Francisco del Puerto, paje que había sido de Solís. Más tarde, dos compañeros de Caboto, Juan de Fustes y Héctor de Acuña, que, como Melchor Ramírez, Enrique Montes y Francisco del Puerto, vivieron largos años entre los indígenas, prestaron grandes servicios en la Asunción. Ya hemos visto la parte que tuvo en la fundación de esta ciudad el faraute y adalid Hernando de Ribera, graduado entre los indios. Y el piloto portugués Gonzalo de Acosta ofrece a los pobladores de la Asunción el concurso de su pericia náutica y de su larga residencia en el Brasil salvaje.

*

Cuando Almagro llegó al escondido país de Chile, allí estaba, como aguardándole, un español huído, Pedro Calvo Ba-

rrientos o Gonzalo Calvo de Barrientos, a quien se llama también Casco y Gasco. Pizarro había mandado que le cortaran las orejas, y él, afrentado, se fué adonde nunca le vieran españoles. Vivía, pues, con los indios en Chile. Prestó algunos servicios a Almagro, pero ya no quiso volver con sus compatriotas. Más tarde, cuando Pedro de Valdivia envió al Perú el mensaje de angustiosa petición de refuerzos que llevaba Alonso de Monroy, deudo de Cortés, con cinco de los mejores jinetes, Barrientos apareció de nuevo. Esta expedición, que iba "a comprar hombres", llevaba oro labrado en frenos, espuelas, estribos, empuñaduras, chifles y vasos para mayor seguridad. Asaltados los españoles por los indios de Copiapó, murieron cuatro de ellos en la guazábara. Sólo escaparon Monroy y Pedro de Miranda. Pero salieron heridos y se les dió alcance, quedando prisioneros. Hay variedad en las narraciones, y se dijo que Miranda, músico, halló en el aduar una flauta quitada a algún español muerto por los indios y que con ella domó el furor de los vencedores. Otros atribuían la salvación de los prisioneros a la generosidad de la cacica. Entre los indios vivía Casco, Gasco o Calvo de Barrientos, y los dos cautivos le obligaron a que les prestase su cooperación para huir. Dando lecciones de equitación al hijo de la cacica, atacaron a la escolta con armas ocultas que llevaban y se pusieron en salvo. Llegaron felizmente al Perú y encontraron quien les siguiera para auxiliar a Valdivia. Pero el español salvaje desapareció para siempre.

*

A veces un cautiverio es causa de grandes resultados, como el de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, autor de un libro que describe importantes pormenores de la vida de los indígenas.

En la expedición de Ordás, el licenciado Gil González Dávila, alcalde mayor, degolló a los hermanos Silva por justicia. Esos Silvas llevaban un esclavo morisco, que, despechado, huyó, yendo a parar entre los aruacas. Así pudo adquirir datos preciosos de una rama de los indígenas pobladores de la América del Sur, que siempre ha despertado gran interés.

... e dixo que los señores principales le dieron sus hijas por mujeres, e que tenía siete u ocho dellas en diversas partes, e que era muy honrado e visitado de otras naciones a doquiera que había de ir por tierra, e que lo llevaban los indios en los hombros, e le hacían muchas fiestas, e que en lo que les servía era en la guerra e armadas, e lo llevaban por capitán general, e que tenían por opinión que doquiera que él fuese quedaban vencedores.

*

La guerra araucana tenía que ser fecunda en incidentes de este género. Sólo citaré la aventura del maestre de campo Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, natural de Chile, y su grata experiencia de algunos meses pasados como prisionero del cacique Maulicán, cuyas virtudes celebra en un poema titulado *Cautiverio feliz*.

Este soldado, humanista y versificador de buen gusto, es flor tardía del siglo XVII.

En plena borrasca del período conquistador hubo tal vez cautiverios tan felices como el de Bascuñán, y además voluntarios; pero no sabemos de muchos cómo terminarían, pues las huellas de los desaparecidos se pierden para siempre.

Ya son aquellos de quienes habla el P. Aguado, que

... comenzaron a irse quedando por el camino, arrimados a árboles, perecidos de hambre, contando de los regalos que en Italia habían tenido...

¿Estos desventurados del Cenú, murieron? ¿O de los 200 rezagados, algunos acabarían en la esclavitud, si no es que en el sacrificio? ¿Conocerían la dicha perfecta del olvido y de una fácil existencia?

Tampoco sabemos cómo terminaría la más patética de las desapariciones de que hablaba Gonzalo Silvestre.

Habiendo caminado los españoles dos leguas (de Naguatex), echaron menos a un caballero natural de Sevilla, que había por nombre Diego de Guzmán, el cual había ido a esta conquista como hombre noble y rico, con muchos vestidos costosos y galanos, con buenas armas y tres caballos que metió en la Florida, y se trataba en todo como caballero...

¿Por qué se fué este hombre a morir entre indios o a vivir cubierto con cueros de venados?

Tenía el vicio del juego.

... y pasando adelante en la pasión y ceguera de su juego, había perdido una india de su servicio, que por su desdicha le había cabido en suerte, de las que el gobernador prendió... Averiguóse asimismo que muy llanamente había pagado todo lo que había perdido, salvo la india, y que había dicho al ganador que le esperase cuatro o cinco días, que él la enviaría a su posada, y que no se la había enviado, y que la india faltaba juntamente con él.

Baltasar de Gallegos le escribía una carta, que llegó a su destino y fué devuelta, llevando el nombre de Don Diego escrito con carbón.

Con mucho menos se ha hecho más de una novela.

*

Prosigamos nuestra revista de conquistadores.

Hemos visto cómo se asocian, cómo viajan por mar y tierra, cómo pelean y cómo hacen fundaciones. Les hemos seguido también cuando cometen los más reprobables actos de crueldad, para que no falte en el cuadro el contraste de la sombra.

Pero es preciso estudiar la parte interior de aquellos hombres. Hay que seguir la reacción personal, puesto que si algo distingue al español, en bien y en mal, es precisamente su individualismo.

Por eso, la semejanza que todos ellos ofrezcan será la de la rebeldía mental, ya que de la otra se hace tan liberalmente partícipes a los españoles.

El siglo era de sorpresas y se vivía en los límites de lo maravilloso. Sin embargo, los españoles, que de un modo especial contribuían a los descubrimientos geográficos, negaban asenso a muchas fábulas que eran moneda corriente en otros países. La leyenda doradista tuvo numerosos héroes y mártires; pero sus creyentes más firmes eran los extranjeros. Inglaterra dispensó al doradismo una aceptación espléndida que nunca tuvo en España, de donde salió la fábula, probablemente con intención burlesca.

Voy a presentar algunos hechos demostrativos de este rasgo psicológico.

Una vez más acudo a diferentes lugares, a distintos tiempos y a situaciones muy diversas para que la elección de los casos no se deseche por arbitraria.

Cuando los españoles llegaron a Cempoala, sintieron la primera emoción de una Nueva España.

E ya que íbamos entrando entre las casas, desque vimos tan gran pueblo, y no habíamos visto otro mayor, nos admiramos mucho dello. Y como estaba tan vicioso y hecho un vergel, y tan poblado de hombres y mujeres, las calles llenas, que nos salían a ver, dábamos muchos loores a Dios, que tales tierras habíamos descubierto. Y nuestros corredores del campo, que iban a caballo, paresce ser llegaron a la gran plaza y patios donde estaban los aposentos, y de pocos días, segund paresció, teníanlos muy encalados y relucientes, que lo saben muy bien hacer, y paresció al uno de los de a caballo que era aquello blanco que relucía, plata, y vuelve a rienda suelta a decir a Cortés cómo tenían las paredes de plata. Y doña Marina e Aguilar dijeron que sería yeso o cal, y tuvimos bien que reír de su plata e frenesía, que siempre después le decíamos que todo lo blanco le parescía plata.

En Túmbez, puerta del Perú, los compañeros de Pizarro creyeron ver desde las embarcaciones algo como un ensueño de libros fantásticos proyectados sobre aquel golfo. Alonso de Molina, soldado natural de Ubeda, fué comisionado para que desembarcase, y desempeñó su encomienda, llevando consigo un negro, un gallo y un puerco.

No se sabe quién quedó más sorprendido, si Molina, de lo que le mostraron, o los indios, de ver aquel gallo y aquel puerco, y más que los animales, el hombre teñido, que no soltaba el barniz aun frotándole.

El relato que hizo Molina en los navíos despertó la desconfianza general. Se comisionó entonces al artillero Pedro de Candía, astrólogo griego, que bajó a tierra y regresó ponderando todavía más las cosas de que hablaba el soldado de Ubeda. El astrólogo mencionaba muy particularmente "un jardín en el que las yerbas eran de oro y que tenía árboles con frutas de lo mismo".

La incredulidad subió de punto, aun cuando las mentiras de los dos exploradores tenían una atenuante, "pues lo que faltó en esta ciudad se halló en otras".

Aquella actitud, que vemos en la *Relación del primer descubrimiento*, se encuentra confirmada por lo que dice Pedro Pizarro sobre la desconfianza con que oían los expedicionarios toda descripción de maravillas:

... preguntando a indios qué era el Cuzco, dijo que era un pueblo grande donde residía el señor de todos ellos, y que había mucha tierra poblada y muchos cántaros de oro y de plata, y casas chapeadas en planchas de oro. Y cierto, el indio dijo verdad, y menos de lo que había, y como la gente estaba tan desconfiada, no le creían, antes decían que era ardid del gobernador, e inducido al indio para que lo dijese así para animar la gente. Y ansí no creían nada de la noticia que de la tierra había.

En España, cuando estuvo Pizarro negociando las capitulaciones, alguien le creyó, y, desde luego, en la corte se le dió asenso; pero el público desconfiaba. Herrera habla de este sentimiento general.

Partióse con esto de Sevilla, Francisco Pizarro, derramándose por toda España la nueva de que dejaba descubierta grandísima tierra y muy grande. Miraban todos las ovejas que trajo, las mantas, los plumajes, y lo que más admiraba, los indios vestidos a su usanza. Y Pedro de Candía, que había visto lo de Túmbez, y lo contaba, no era creído. Decían que era industria para embarcar la gente y llevarla para la conquista. Ni nadie se quería persuadir que hubiese en el Perú casas de piedra, ni la policía con que vivían los indios, y la mucha riqueza de oro y plata que había.

El péndulo llegaba en sus oscilaciones al extremo contrario. ¿Qué podían decir los escépticos cuando anclaban junto a la Torre del Oro las embarcaciones cargadas con el despojo de los incas?

Las carretas tiradas por bueyes iban de las Muelas a la Casa de Contratación, llevando las cajas que contenían barras de metales preciosos. Las vasijas de oro y de plata, algunas de ellas enormes, eran un argumento decisivo contra la duda. Hu-

manamente, tenía que pasarse al entusiasmo y aun al frenesí. Pero siempre dentro de la ley que marca las oscilaciones del péndulo. Vuelve a la duda y sube a la incredulidad.

Por lo demás, hay tal número de hechos en el camino de los conquistadores que no tienen manera de estacionarse en una fascinación o en un pirronismo inmutables. El sentido de la realidad se exalta, y así acumulan todo lo que sus escritos enseñan sobre la geografía, la historia, la etnografía, la arqueología, la zoología, la botánica, la medicina y otras materias, como puede verse por las citas que de ellos hacen los escritores más autorizados.

En el orden psicológico nada tan demostrativo como el horror que les causa la transformación admirativa del hombre en héroe y del héroe en mito. Saben hacer justicia a los caracteres excepcionales, pero dentro de la ponderación.

Si hay todavía quien hable de las naves quemadas por Cortés, no será porque Cortés o sus soldados contaran esta mentira. Gómara, el panegirista del conquistador de Méjico, habló de naves barrenadas, pero no quemadas, y atribuyó al caudillo toda la gloria del hecho. Cortés, sin mentir, había engañado. En sus *Cartas de Relación* compuso con verdades una noticia favorable a su persona.

Y porque demás de los que por ser criados y amigos de Velázquez, tenían voluntad de salir de la tierra, había otros que por verla tan grande y de tanta gente y tal, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mismo propósito, creyendo que si allí los navíos dejase, se me alzarían con ellos, y yéndose todos los que desta voluntad estaban, yo quedaría casi solo, por donde se estorbara el gran servicio que a Dios y a Vuestra Alteza en esta tierra se ha hecho, tuve manera cómo, so color que los dichos navíos no estaban para navegar, los eché a la costa, por donde todos perdieron la esperanza de salir de la tierra, y yo hice mi camino más seguro, y sin sospecha que vueltas las espaldas, no había de faltarme la gente que yo en la villa había de dejar...

Gómara acentúa:

Y para que le siguiesen todos, aunque no quisiesen, acordó quebrar los navíos, cosa recia y peligrosa y de gran pérdida, a cuya

causa tuvo bien que pensar, y no porque le doliesen los navíos, sino porque no se lo estorbasen los compañeros, ca sin duda se lo estorbaran, y aun se amotinaran de veras si lo entendieran. Determinado, pues, de quebrarlos, negoció con algunos maestres que secretamente barrenasen los navíos, de suerte que los hundiesen, sin los poder agotar ni atapar, rogó a otros pilotos que echasen fama cómo los navíos no estaban para más navegar de cascados y roídos de broma, y que llegasen todos a él, estando con muchos, e se lo decir así, como que le daban cuenta dello, para que después se les echasen culpa.

Desde que la historia es plutarquiana, siempre se ha procedido por parte de los grandes hombres, engañando con verdades a medias y aun con imposturas descaradas. No hay acontecimiento ni siglo en que falten estas maniobras. Pero las conquistas de los españoles se singularizaron por la dificultad que hubo para que las falsedades glorificadoras prosperasen.

Aquí tenemos el hecho, en toda su verdad, expuesto brevemente por Bernal Díaz.

Estando en Cempoal, como dicho tengo, platicando con Cortés en las cosas de la guerra y camino que teníamos por delante, de plática en plática le aconsejamos, los que éramos sus amigos, y otros hobo contrarios, que no dejase navío ninguno en el puerto, sino que luego diese al través con todos, y no quedasen ocasiones, porque entre tanto questábamos la tierra adentro no se alzasen otras personas como los pasados, y además desto, que teníamos mucha ayuda de los maestres y pilotos y marineros, que serían al pie de cien personas, y que mejor nos ayudarían a velar y guerrear, que no estar en el puerto. Y según vi y entendí, esta plática de dar con los navíos al través, que allí le propusimos, el mismo Cortés lo tenía ya concertado, sino que quiso que saliese de nosotros, porque si algo le mandasen que pagase los navíos, que era por nuestro consejo, y que todos fuésemos en los pagar.

No tenemos en esto una versión opuesta a otra, sino un nuevo dato que nos presenta a Cortés más favorablemente como político, guerrero y negociante. Es el Cortés de la realidad, pero de una realidad vista por quien sabe descubrir los secretos más profundos del alma humana.

Unos con el genio de Bernal Díaz, como sin duda lo tuvo Gonzalo Silvestre, el inspirador de Garcilaso para la historia

de la expedición de Soto, y otros en escala inferior, todos dan el mismo acento de verdad antiglorificadora. Encontramos héroes a cada paso, porque aquellos hombres lo eran; pero no se nos oculta a los monstruos ni a los débiles, titubeantes y remisos, que forman una parte considerable de toda grey.

Cuando Pizarro llevó temerariamente su compañía, no hueste, sin aliados, hasta aposentarse en el tambo de Cajamarca, y quedar, como una burbuja de agua en el océano, frente al lucido ejército de Atahualpa, no era un lobo que iba a regostarse con carne de cordero, sino un cordero que se metía en las fauces del lobo. De este modo lo entendía Atahualpa.

Pues estando así los españoles, fué la nueva a Atabalipa, de indios que tenía espiando, que los españoles estaban todos en un galpón, llenos de miedo, y que ninguno parescía por la plaza.

¿Se engañó a Atahualpa o se engañaron los espías? Uno de ellos describía el terror de los españoles.

Y a la verdad —escribe el fidelísimo y único Pedro Pizarro—, y a la verdad, el indio la decía, porque yo vi a muchos españoles que, sin sentirlo, se orinaban de puro temor.

El mismo testigo y actor acentúa:

... y con harto miedo, toda la noche se pasó en vela.

Ya hemos visto cómo Bernal Díaz describe aquellas ansias, aquel pavor de verse ya en la piedra sacrificatoria, aquel grito de la carne que protestaba contra el peligro:

... antes de entrar en las batallas, se me ponía una como grima y tristeza grandísima en el corazón.

Cuando los aztecas arrojaron al real de Cortés cuatro cabezas, chorreando sangre, de soldados que habían llevado vivos, y decían que eran de Alvarado y de Sandoval, y de otros,

dizque desmayó Cortés mucho más de lo que estaba, y se le saltaron las lágrimas por los ojos, y todos los que consigo tenía, mas no de manera que sintiesen en él mucha flaqueza.

Otro espectáculo conmovedor. El hombre se siente dominado por la pena:

En una de aquellas casas estaban unas vigas puestas en lo alto, y en ellas muchas cabezas de nuestros españoles que habían muerto y desbaratado en las batallas pasadas, y tenían los cabellos y barbas crecidas, mucho mayor que cuando eran vivos, y no lo habría yo creído si no lo viera desde tres días, que como fuimos ganando por nuestra parte dos aberturas y puentes, tuvimos lugar de las ver, e yo conoscía tres soldados, mis compañeros. Y desque las vimos de aquella manera, se nos entristecieron los corazones...

No se sabe si esto es más expresivo que la variante: "se nos saltaron las lágrimas de los ojos".

Siempre la misma nota humana, veraz.

Si el cronista habla a veces de "los libros de Amadís o caballerías", no es para seguir un género, sino para contraponer a la imaginación estrafalaria la desconcertante realidad, y a la inacabable selva de aventuras fingidas la prolija sucesión de acontecimientos que no pretende alterar.

En el pánico de Chicaza, la relación de Garcilaso da pormenores que excluyen la jactancia. Los indios, a favor de un furioso viento del norte que soplaba, incendiaron el real, valiéndose de una hierba con la que hacían hachas. Poniendo esa misma hierba en las puntas de las flechas, prendían fuego a las casas. Los españoles enfermos, que no pudieron salir, perecieron quemados antes de que llegase el socorro. Los jinetes sacaban penosamente sus caballos del diestro o los abandonaban.

... salieron cuarenta o cincuenta españoles, huyendo a todo correr, cosa vergonzosa y que hasta aquel punto en toda esta jornada de la Florida no se había visto tal. En pos de ellos salió Nuño Tovar, con una espada desnuda en la mano y una cota de malla vestida, toda por abrochar, que la priesa de los enemigos no le había dado lugar a más. Este caballero, a grandes voces iba diciendo a los suyos: *Volved, soldados, volved. ¿Dónde vais? Que no hay Córdoba ni Sevilla que os acoja.*

*

Como este Nuño Tovar, que salió a medio vestir, Hernando de Soto, en todas las sorpresas, se precipitaba, antes que otro alguno, peleando una hora sin que hubiese habido tiempo de cinchar la silla. Tan pronto así era en sus movimientos. Garcilaso dice lo mismo de Pizarro. Apenas se daba señal del rebato, ya estaba cabalgando. Un conquistador de Santa Marta, el famoso Alvarez Palomino,

> cuyo valor entre los indios era
> tenido por no menos que divino,

y que merecía también un alto concepto de prudente, porque su máxima era no detenerse nunca para conseguir con arte lo que no pudiera con violencia, participaba de ese automatismo frecuentemente salvador. El, sin embargo, se ahogó por haberse arrojado al río en plena creciente, con su caballo *Matamoros*, que rehusaba entrar en el agua. Picó airadamente las espuelas y el suicidio se consumó. Los indios adoraban después al caballo y al caballero, no creyendo que hubiesen muerto.

Cortés, que tenía dada la orden perentoria de que nadie se desnudase ni descalzase en el cuartel de Méjico, mandó castigar duramente a dos soldados por habérseles encontrado desnudos una noche. La salvación de su ejército dependía de que nunca se viese a un español desapercibido.

> ... siempre, de día y de noche, estábamos armados y calzados, y cuando solíamos ir a hablar al Montezuma, siempre nos vía armados de aquella manera.

Una de las máximas de Cortés era: "Cabra coja no tenga siesta." Y otra: "A la oveja ruin le pesa la lana." Con la primera encarecía el valor del tiempo; con la segunda, el de no soltar las armas aun para dormir.

He dicho que Soto se distinguía como muy pronto.

> Tenía este valeroso capitán en la guerra una cosa muy notable y digna de memoria, y fué que en los rebatos que los enemigos daban en su campo de día, siempre fué el primero o el segundo que salía al arma, y nunca fué el tercero, y en los que le daban de noche,

jamás fué el segundo, sino siempre el primero, que parecía que después de haberse apercebido para salir al arma, la mandaba tocar él mismo.

Y cuando salía, "dexaba hecho lugar y camino por do pudiesen pasar diez de los suyos, y así lo confesaban todos ellos, que diez lanzas de todo su ejército no valían tanto como la suya". En toda América, sólo Gonzalo Pizarro le aventajaba.

En estar con la barba sobre el hombro se conocía al verdadero conquistador. Juan de Villalobos, natural de Sevilla, y el gallego Francisco de Silvera fueron enviados por Hernando de Soto a reconocer minas de oro. La expedición requería suma prudencia, y a ellos no les faltó, según el relato que hicieron al volver, diciendo que la tierra

era toda muy buena, para sementeras y pastos, y que los indios por los pueblos que habían pasado, los habían recebido con mucho amor y regocijo, y les habían hecho mucha fiesta y regalo, tanto, que cada noche, después de haberles banqueteado, les enviaban dos mozas hermosas, que durmiesen con ellos, y los entretuviesen la noche, mas que ellos no osaban tocarlas, temiendo no les flechasen otro día los indios.

Nótese la naturalidad.

El soldado no abusa del bordón de lo sublime.

Algunas veces, si salían era para no volver. De siete que se alejaron del real quedaron seis, y uno solo escapó de la paliza en que perecieron los otros. Este superviviente, llamado Francisco de Aguilar, mozo de buen humor e ingenio, hacía frente a las burlas y chanzas groseras de los soldados, que le preguntaban cuántos estacazos le habían dado, si dolían mucho, si pretendía vengarse y si pensaba dirigir un cartel a los indios desafiándolos uno a uno en singular combate.

Aguilar contestó:

Yo no conté los palos, porque no me dieron este lugar, ni se daban tan a espacio que se pudieran contar. Si me dolieron mucho o poco, vosotros lo sabréis cuando os den otros tantos, que no os faltará día para recebirlos. Yo os lo prometo. Y porque hablemos de veras, y veáis quién son los indios desta provincia, os quiero contar, fuera de burla, sin quitar ni poner nada en el hecho, aunque lo que

dijere sea contra mí mismo, una cortesía y valerosidad de ánimo que aquel día usaron con nosotros. Sabréis que como entonces dixe, salieron más de cincuenta hombres a darnos vista; mas luego que vieron y reconocieron que no éramos más de siete, y que no iban caballos en nuestra defensa, se apartaron del escuadrón que tenían hecho, otros siete indios, y los demás se retiraron a lexos, y no quisieron pelear. Y los siete solos nos acometieron, y como no llevásemos ballestas ni arcabuces con que los pudiésemos arredrar, y ellos sean más sueltos y ligeros que nosotros, andábansenos delante, saltando y haciendo burla de nosotros, flechándonos a todo su placer, como si fuéramos fieras atadas, sin que les pudiésemos alcanzar a herir. Desa manera mataron a mis compañeros, y viéndome solo, por que no me fuese alabando, cerraron todos siete conmigo, y con los arcos, a dos manos, me pusieron cual me hallasteis. Y pues me dexaron con la vida, yo les perdono los palos, y no pienso desafiarles, porque no pidan, que porque valga el desafío, me vuelvan a poner como me dexaron.

Este soldado de espada y rodela, molido a palos, que no podía hacer épico su caso, pues apenas si el público le consentía que la tragedia se convirtiese en incidente cómico, traduce el realismo humano de aquella gente. Habían salido los siete compañeros, llevando alabardas cinco de ellos, otro una espada ceñida y una lanza en la mano y el último su espada y su rodela. Los comentarios eran de una brutalidad implacable. Esos desmandados habían tenido lo que merecía la imprudencia.

Por testigos de semejante índole se escribió la historia de las conquistas, y los actores tenían que mirarse mucho antes de incurrir en la nota de la jactancia.

¿No cuenta Silvestre la furiosa batalla que tuvieron los españoles con unas mujeres? Subido uno de los conquistadores en el sobrado de una casa, se le cogió por parte que él hubiera querido ver menos expuesta a un peligro, del que salió difícilmente. En otra ocasión, un solo indio hizo frente a siete hombres montados. Uno de ellos, Esteban Pegado, "español portugués", después de verse herido malamente, pues el indio le descargó un palo con el arco sobre la celada, dándole tal golpe que le brotó la sangre por encima de las cejas y le corrió por la cara, arremetió contra el floridano, y le dió una lanzada, con la que le pasó el pecho.

Hecha esta hazaña, requirieron sus caballos, y los hallaron todos heridos, aunque de heridas pequeñas, y se volvieron al real, admirados de la temeridad y esfuerzo del bárbaro, corridos y avergonzados de contar que un indio solo hubiese parado de tal suerte a siete de a caballo.

Oviedo, siempre enemigo de los que hicieron expediciones sin fruto, maltrataba a Soto.

Este gobernador era muy dado a esa montería de matar indios.

Un escritor norteamericano traduce o imita, y dice:

Soto, fond of killing Indians.

Si se supiera cómo relata Garcilaso el episodio de Vitacucho, en donde murieron más de 1.300 indios, veríamos lo que fué por lo menos aquella matanza. Comía Soto con el cacique, y éste, hombre de mucha corpulencia, se levantó de su asiento, extendió los brazos, y, cuando menos podía pensarse, descargó sobre Soto tal bofetada, que el capitán español cayó por tierra. La matanza de indios que a esto siguió, naturalmente con lucha, había terminado antes de que Soto recuperase el conocimiento.

Soto, fond of killing Indians...

López de Gómara, en sentido de alabanza, atribuye a los conquistadores infinitas muertes de indios, y hace otras ponderaciones. Díaz del Castillo se burla de todo ello.

... torné a leer y a mirar las razones y pláticas que el Gómara en sus libros escribió, e vi que desde el principio y medio hasta el cabo no llevaba buena relación, y va muy contrario de lo que fué e pasó en la Nueva España. Y cuando entró a decir de las grandes ciudades, y tantos números que dice que había de vecinos en ellas, y que tanto se le dió poner ocho como ocho mil. Pues de aquellas grandes matanzas que dice que hacíamos, siendo nosotros obra de cuatrocientos soldados los que andábamos en la guerra, que harto teníamos de defendernos que no nos matasen o llevasen de vencida, que aunque estuvieran los indios atados, no hiciéramos tantas muertes y crueldades como dice que hicimos, que juro amén que cada día estábamos rogando a Dios y a Nuestra Señora no nos desbaratasen.

Cuando se hizo el reparto del primer oro, un tal Cárdenas, piloto de Triana o del Condado, cayó enfermo después de ver tantos tejuelos, barras, planchas y granos, y que de tantas riquezas sólo le tocaban 100 miserables pesos. Acongojado, decía:

Si Cortés me diera mi parte de lo que me cabía, con ello se sostuvieran mi mujer e hijos, y aun les sobrara; mas mirad qué embustes tuvo, hacernos firmar que sirviésemos a Su Majestad con nuestras partes, y sacar del oro para su padre Martín Cortés, sobre seis mil pesos, y lo que escondió, y ha sacado para el caballo que se le murió, y para los navíos de Diego Velázquez, y para otras muchas trancanillas, e yo e otros pobres questábamos de noche y de día batallando, como habéis visto en las guerras pasadas de Tabasco y Tlascala, y lo de Cingapacinga e Cholula, y agora estar en tan grandes peligros como estamos, y cada día la muerte al ojo, si se levantasen en esta cibdad, y que se alce con todo el oro, y que lleve no perdamos las vidas.

El interlocutor le consuela. ¿Qué van a hacer los soldados? Todo el oro se va "el uno en papo y otro en saco e otro so el sobaco". Cortés y los capitanes se llevan hasta el bastimento.

Por eso —concluye el amigo y compañero— dejaos desos pensamientos, y rogad a Dios que en esta cibdad no perdamos las vidas.

¡Qué expresiones!

Cada día la muerte al ojo. Rogad a Dios que en esta cibdad no perdamos las vidas.

*

Estas pláticas de campamento y de cuartel, que provocaban la sonrisa desdeñosa de Prescott, son por extremo instructivas. Nos enseñan que abajo de Dios y del Rey nada les inpiraba veneración. Eran espejo de verdad, que, sin empañarse, daba un reflejo fiel. Paradigma de sinceridad, no ocultaban lo más escondido de su pensamiento y de su corazón.

Si yo fuera a repetir todas las notas de realismo, muchas veces prosaico y crudo, que hay en la conquista, la exposición sería interminable. El nombre con que fué bautizado el puerto

fluvial de Tapuá, donde Martínez de Irala se entregaba a las tareas de procreación, que fueron origen del mestizaje paraguayo, es inadmisible en un léxico medianamente pulcro, pero la palabra no carece de valor expresivo.

El soldado de Méjico ha visto a Cortés en la batalla que se dió en los Palmares del río de Grijalba, y sabemos que el gran conquistador llevaba alpargatas.

Luego comenzaron muy valientemente a nos flechar y hacer sus señas con sus tambores, y como esforzados se vienen todos contra nosotros, nos cercan con las canoas, con tan gran rociada de flechas, que nos hicieron detener en el agua hasta la cinta y en otras partes no tanto. E como había allí en aquel desembocadero mucha lama y ciénega, no podíamos tan presto salir della, y cargan sobre nosotros tantos indios, que con las lanzas a manteniente y otros a flecharnos, hacían que no tomásemos tierra tan presto como quisiéramos, y también porque en aquella lama estaba Cortés peleando, y se le quedó un alpargate en el cieno, que no lo pudo sacar, y descalzo el un pie, salió a tierra, y luego le sacaron el alpargate y se calzó.

Es el mismo Cortés que cuando empezaba a levantar fuerzas en Cuba

se comenzó de pulir y ataviar su persona mucho más que antes, y se puso su penacho de pluma, con su medalla y una cadena de oro, que le parecía muy bien, y una ropa de terciopelo, sembradas por ella unas lazadas de oro, y en fin, como un bravoso y esforzado capitán.

Dió la cadena de oro por carne y las lazadas para que tuviera caballo su pariente Puertocarrero, y en la primera tierra mejicana donde puso la planta llevaba alpargatas.

Una importantísima operación militar de Gonzalo Pizarro se malogra porque

... se le metió una pedrezuela entre el alpargate y el pie. Pues descalzándose para sacalla, mandó detener la gente, y como llegaban todos unos tras otros, mandó a Pedro del Barco que tomase la delantera, y fuese poco a poco con la gente, mientras él se sacaba la piedra y calzaba. Pues yendo el Pedro del Barco y toda la gente

tras él, hallaron dos puentes hechas, nuevas, para pasar dos ríos pequeños que atravesaban el camino, y no recatándose de que estaban hechas aposta para que pasasen los españoles y entrasen en una emboscada que los indios tenían hecha. El Pedro del Barco tuvo aquí gran culpa y poco saber...

En suma: la operación se malogró por la pedrezuela que se le había metido a Pizarro entre el pie y el alpargate.

Esta prenda de calzado se usó en la conquista. Y aun era estimada, como lo dice Garcilaso, hablando de Pizarro, hombre en quien resplandecían muchas cualidades.

El marqués fué tan afable y blando de condición, que nunca dijo mala palabra a nadie. Jugando a la bola no consentía que nadie la alzase del suelo para dársela, y si alguno lo hacía, la tomaba y la volvía a echar lejos de sí, y él mismo iba por ella. Alzando una vez la bola, se ensució la mano con un poco de lodo que la bola tenía. Alzó el pie, y limpió la mano en el alpargate que tenía calzado. Que entonces, y aun muchos años después, como yo lo alcancé, era gala y bravosidad usar en la milicia alpargates antes que zapatos. Un criado de los favorecidos del marqués, cuando le vió limpiarse al alpargate, se llegó a él y le dijo: *Vuesa señoría pudiera limpiarse la mano en ese paño de narices que tiene en la cinta, y no en el alpargate.* El marqués, sonriéndose, le respondió: *Dóte a Dios. Véolo tan blanco que no loso tocar.*

Si este pasaje tiene cierto olor de *Vida paralela,* nos lo compensa el dato de la alpargata.

Y otro que tenemos del mismo Garcilaso. Entre las mercedes hechas a Pizarro, una era que llevase 24 alabarderos para guarda de su persona y autoridad de su cargo.

Pues luego que ganó a Túmpiz, quiso elegirlos para entrar la tierra adentro con más solemnidad que hasta allí había traído; mas no halló alguno que quisiese aceptar el oficio, aunque les hizo grandes promesas, lo cual no deja de ser bizarría y braveza españolas...

Cuando Cortés fué a las Hibueras le acompañaba una corte de hombres principales y teólogos. Llevaba mayordomo, repostero, botiller, despensero, camarero, médico, pajes, mozos de

espuela, halconeros, un encargado especialmente de las vajillas de oro y plata, un volteador, un titerero, un caballerizo, tres acemileros y ocho o diez músicos. Pero apretó el hambre y no había qué comer en aquellos platos de oro, y los músicos, acostumbrados a los regalos de Castilla, empezaron a adolecer y a no tocar. Sólo había uno, muy animoso, que seguía dando conciertos.

... y renegábamos todos de lo oír —dice Bernal Díaz— y decíamos que parecían zorros o adibes que aullaban.

Aquella música no dejaba de ser inoportuna, cuando se descubría que unos caciques de la expedición habían *tatemado* indios y se los iban comienzo muy gozosos.

A veces el hambre inspiraba frases donosas, como una de Gonzalo Silvestre, que fué muy celebrada. Hallándose un día sin otro mantenimiento que un poco de zara, o maíz, lo partieron hermanablemente algunos españoles. Cupiéronle a cada uno 18 granos. Antonio Carrillo, Pedro Morón y Francisco Pichardo comieron los que les habían tocado. Silvestre guardó los suyos.

Poco después se topó con un soldado castellano, que se decía Francisco de Troche, natural de Burgos, el cual le dijo: *¿Lleváis algo que comer?* Gonzalo Silvestre le respondió por donaire: *Sí, que unos mazapanes muy buenos, recién hechos, me truxeron ahora de Sevilla.* Francisco de Troche, en lugar de enfadarse, rió el disparate. A este punto llegó otro soldado, natural de Badajoz, que se decía Pedro de Torres, el cual, enderezando la pregunta a los que hablaban en los mazapanes, les dixo: *¿Vosotros tenéis algo que comer?*, que no era otro el lenguaje de aquellos días. Gonzalo Silvestre respondió: *Una rosca de Utrera, tengo, muy buena, tierna y recién sacada del horno. Si queréis della, partiré con vos largamente.* Rieron el segundo imposible, como el primero. Entonces les dixo Gonzalo Silvestre: *Pues por que veáis que no he mentido a ninguno de vosotros, os daré cosa que al uno le sepa a mazapanes, si los ha en gana, y al otro a rosca de Utrera, si se le antoja.*

Sacó Silvestre los 18 granos de maíz, dió seis a cada uno, tomó para sí la misma cantidad, y, terminado el banquete, "se fueron a un arroyo que pasaba cerca y se hartaron de agua".

Por los malos días no olvidaban los buenos, y hablando del último invierno, contaban que nunca en España habían tenido mayor abundancia, pues les sobraron las provisiones de carne, maíz, nueces, frutas secas y cuanto podían desear.

Nevó aquel invierno braviamente en esta provincia, que hubo temporada de mes y medio que por la mucha nieve no pudieron salir al campo. Empero, con los muchos regalos de leña y bastimento, tuvieron el mejor invierno de cuantos pasaron en la Florida, que ellos mismos confesaban que en casa de sus padres, en España, no pudieran pasarlo más regaladamente, ni aun tanto.

La pintura de aquella estación es la de un paraíso, por el que suspiraban muchos después en la Vieja y en la Nueva España, en el Perú y en las Antillas.

*

Las campañas fueron para unos escuela y para otros crisol. Cada cual iba dando de sí lo que tenía. Los caracteres se destacaban y las debilidades aparecían sin velos. El talento, la previsión, la constancia y el denuedo encontraban ocasión de manifestarse en hechos memorables, lo mismo que la falta de aptitudes y la flaqueza.

A veces, en aquel inmenso teatro parecía abrirse un certamen. Dichos ingeniosos y agudos, como el de los mazapanes y las roscas, eran repetidos por todo el continente.

Dos conquistadores de significación muy oscura se encontraron un día, subiendo el uno desde las costas del mar Caribe hasta la meseta de Cundinamarca, y llegando el otro por los corredores andinos desde el Perú.

Jiménez de Quesada había dicho algunas palabras descompuestas a Juan Cabrera, soldado de Benalcázar, y aun amenazó con resistir por las armas a los de este general. Cabrera respondió lo que debía, no sin arrogancia. El diálogo se transforma legendariamente en un certamen de ingenio entre Cabrera y Juan de Céspedes, soldado de Quesada.

Cabrera preguntó con quién hablaba, que era tan bravoso y

hablaba de dar botes de lanza por la espalda, a quienes los recibirían en todo caso por el pecho.

Me llamo Juan de Céspedes, y soy más conocido que la ruda en todas las Indias, así por mar como por tierra.

Y el de Benalcázar le dijo:

Pues yo, que jamás olí la ruda, ni oí el nombre de Juan de Céspedes, soy Juan Cabrera, hijo del olvido y de mis obras, que aun me falta la primera hazaña por do sea conocido, pues si muchos me tienen por algo, no me lisonjeo de mis hechos.

Las conquistas no fueron contiendas de sabor literario, aun cuando Jiménez de Quesada y el fecundo rimador Castellanos disputaran muchas veces sobre los méritos del octosílabo y del endecasílabo. Pero es un hecho que los cronistas ponían atención a las palabras de aquellos combatientes para conservarlas y repetirlas.

Cortés, elocuente, y aun algo poeta, hablaba con pulcritud. Sus discursos persuadían. Su juramento era: "Mal pese a vos." Sabía reportarse. Dice Bernal Díaz:

Y aun algunas veces, de muy enojado, arrojaba una manta, y no decía palabra fea, ni injuriosa a ningún capitán ni soldado.

Pizarro, ya lo vimos por una frase de Garcilaso, era afable, y "nunca dijo mala palabra a nadie". Almagro, según todos los que le conocieron, tenía poco de buen predicador.

Cieza de León afirma que Almagro "sacudía con la lengua algunas veces sin refrenarse". Pedro Pizarro no vacila en pintarle como "hombre muy profano, de muy mala lengua, que en enojándose trataba muy mal a todos los que con él andaban, aunque fuesen caballeros".

Sus desahogos no podían, sin embargo, tomarse como un modelo en aquel género, que seguramente era de los más cultivados, y en el que sobresalía el celebérrimo Bachicao, de memoria imperecedera, "gran renegador encomendado al diablo".

Hernando de Soto no caía en excesos de palabra. Todo lo

contrario. Fué sufrido con los exaltados y se contenía. La historia de su expedición cuenta muchos episodios en que mostró ecuanimidad. Disimulaba las afrentas.

Pedro de Valdivia era inclinado más bien a emplear la burla graciosa que el insulto soez. Como hombre de ingenio, tenía esta fuerza sobre los otros.

Cuando para el urgente envío de emisarios al Perú, en demanda de auxilios, pidió un préstamo a los vecinos, se le vió "hacer un parlamento dentro de la iglesia mayor". Otro testigo dice que aquello fué "una plática después de la misa". Aun hay quien se expresa así: "Hizo un sermón en la iglesia."

El parlamento, plática o sermón fué cosa de oírse, pues la proposición del discurso era ésta: "que todos los que tenían oro se lo prestasen, que él se lo pagaría muy bien, y que el que no se lo prestase, supiese que se lo sacaría, y el pellejo con ello".

Cumplió lo dicho, pues puso en cepo a los renuentes, y a todos pagó.

Hay en la conquista una especie de culto por la distinción. Esto no puede sorprender. Toda reunión de hombres acaba por establecer jerarquías y reconocer el mérito, en cualquier orden que se manifieste.

Andrés Moreno, de Badajoz, tenía un apodo que era un elogio. Se le llamaba Angel Moreno, porque en su conversación, siempre alegre y regocijada, viniera o no viniera a cuento, repetía como exclamación: *¡Angeles! ¡Angeles!*

Entre los expedicionarios de la Florida sólo había uno con canas. Este soldado, cuyo nombre era Juan Mateos, sin otro título que su edad, fué de todos muy acatado:

> ... todos le llamaban padre, y respetaban, como si lo fuese de cada uno de ellos.

Juan Mateos pescaba tranquilamente junto a un río, y allí murió, atravesada la cabeza por una lanza que Luis Bravo de Jerez tiró a un perro del llano, sin darse cuenta de que oculto en el matorral estaba el pobre viejo.

El campamento premia el mérito. A un Diego Velázquez, soldado de grandes condiciones, hijo del alcaide de Villanueva

de Barcarrota y conterráneo por lo mismo de Soto, se le llamaba *Diego García*, para significar que por su ánimo, esfuerzo y valentía era digno de ser un *García de Paredes*.

En cambio, ese mismo campamento desdeña la vulgaridad y castiga lo innoble.

Un escribano, Francisco García, que andaba con los conquistadores de Santa Marta y que nada tenía de Paredes, se suicidó colgándose de un palo del bohío en que estaba su alojamiento. Los compañeros buscaban una explicación adecuada al carácter del hombre. Justa o injustamente, se dijo que, no pudiendo sufrir las privaciones, por ser glotón, García tomó aquella resolución desesperada.

El saber se honraba a la par del valor y de las grandes virtudes. Bernal Díaz del Castillo pone la curiosidad entre los méritos más encomiables.

Y así dice con orgullo:

... como somos de tal calidad, e todo lo trascendemos e queremos saber.

Entre los soldados de la Florida hubo un Juan de Villalobos, "amicísimo de ver primero que otro de sus compañeros lo que en el descubrimiento había". Este soldado se perdió, y no volvió a saberse más de él, por haber desobedecido la orden que todos tenían de permanecer en el campamento. "Como que cuesta la vida a todos los que tienen esta mala costumbre" de alejarse.

Pero Villalobos quería verlo todo.

Las observaciones y los comentarios llegan a revestir una alta filosofía en ciertas ocasiones.

He aquí un rasgo digno de Montaigne:

Soto, al ver cómo recibían los indios el estornudo del indio Guachoya,

dixo a los caballeros y capitanes que con él estaban: *¿No miráis cómo todo el mundo es vano?* Este paso quedó bien notado entre los españoles de que entre gente tan bárbara se usasen las mismas o mayores ceremonias que al estornudar se usan entre los que se tienen por muy políticos.

No es caso excepcional el del clérigo presbítero, doctor y coronel, Hernando de los Ríos, de quien hablaré adelante.

Pedro Cuadrado Chaviño, soldado chileno, vecino de Valdivia, escribió la *Relación geográfica* de esta demarcación, y a él se le encomendaba la observación del eclipse de 1582. Ocupaba sus ratos de ocio en componer una historia "con los hechos, trances e acontecimientos desta tierra". Y empleando aquella gentil manera de darse importancia que tenían los soldados, se disculpaba de no visitar a Felipe II para ofrecerle su libro, por hallarse "cargado de mujer y muchos hijos, e impedido de vejez y pobreza".

Las tareas de Pedro Cuadrado Chaviño eran por aquellos mismos años las de Bernal Díaz del Castillo y las de otros muchos a quienes debemos copiosas noticias.

Pedro de Osma y de Xara y Zejo especializaba en el Perú los estudios de plantas. En el libro de Monardes veremos una curiosísima carta de este soldado que encontraba la piedra bezoar del Nuevo Mundo.

No puede causar extrañeza hallar ciertos rasgos en las crónicas de los conquistadores.

Bernal Díaz del Castillo habla de pintores y escultores, tanto antiguos como de su tiempo; cita la excelente memoria de Aníbal y la del Gran Capitán, que conocían los nombres de todos sus soldados; recuerda el oro de Ofir, de Tarsis y de Sabá; pasea su mirada curiosa por los dos mundos, y, sin embargo, modestamente se reconoce "idiota sin letras".

Viendo Cortés las discordias que había entre aztecas y tlascaltecas, su buen sentido recuerda un proverbio: "Del monte sale quien el monte quema." Pero al instante le vienen también a la memoria sus lecturas.

> Aun acordéme de una autoridad evangélica que dice: *Omne regnum in seipsum divisum desolabitur.* Y con los unos y con los otros meneaba, y a cada uno en secreto le agradecía el aviso que me daba, y le daba crédito de más amistad que al otro.

Jiménez de Quesada también sacaba provecho de sus clásicos, como se ve por una frase del conquistador de la Nueva Granada:

Preguntado Marco Catón cómo había vencido cierta ciudad de España, respondió que caminando en dos días lo que se andaba en cuatro, porque si la prevención es de trueno, la execución debe ser de rayo.

La historia griega y la de Roma tenían gran predicamento en todos los países americanos.

Derrotado Pánfilo de Narváez, mandó Cortés a sus capitanes y soldados que devolviesen el botín, medida de la mayor prudencia. Los vencedores se resistían. El propio cronista dice que él se deshizo de un caballo ensillado y enfrenado, dos espadas, tres puñales y una adarga. Los otros soldados obedecían también, muy pesarosos. Pero Alonso de Avila tuvo bastante osadía para decir a Cortés que pretendía remedar a Alejandro Macedonio, que, después de sus victorias, más procuraba honrar a los vencidos que a sus capitanes y soldados.

Piedrahita narra cómo al entrar los jinetes de Alfinger en el islote de la laguna de Zapatosa, prendieron al cacique de Tamalameque, para que se le rescatara. Lo mismo hicieron con otros caciques. Después de diez meses que estuvieron allí, arruinada la tierra, con tantos incendios y muertes, y desustanciada con más de cien mil castellanos que se llevaron en metal, se fueron, repitiendo la proeza de "las cien mil libras tolosanas —dice Piedrahita—, que robó Quinto Scipión del templo de Apolo que estaba en Francia".

Cuando Garci Holguín prendió a Cuautémoc en el lago, pretendía las albricias Gonzalo de Sandoval como jefe de la capitanía de Garci Holguín. Hubo pleito, con cita de historia clásica.

... y es que Cortés les contó un cuento: que los romanos tuvieron otra contienda, ni más ni menos questa, entre Mario y Lucio Cornelio Sila, y esto fué cuando Sila trujo preso a Yugurta, questaba con su suegro, el rey Obocos, y cuando entraban en Roma triunfando de los hechos y hazañas que hacían, pareció ser que Sila metió en su triunfo a Yugurta, con una cadena de hierro al pescuezo, y Mario dijo que no le había de meter Sila, sino él, e ya que le metía, que había de declarar quél, Mario, le dió aquella facultad, y le envió por él, para que en su nombre le trujesen preso, y se lo dió

el rey Obocos en nombre de Mario, pues quel Mario era capitán general, y que debajo de su mano y bandera militaba. Y el Sila, como era de los patricios de Roma, tenía mucho favor, y el Mario, como era de una villa cercana a Roma, que se decía Arpino, e advenedizo, puesto que había sido siete veces cónsul, no tuvo el favor que el Sila. E sobrello hobo las guerras ceviles entre el Mario y Sila, y nunca se determinó a quién debía dar la honra de la prisión de Yugurta.

Cuando el licenciado Vaca de Castro llamaba a Valdivia presuntuosamente su lugarteniente, el conquistador de Chile reía a carcajadas, y en una carta, llena de sal, se ponía a cubierto de las pretensiones del gobernador peruano, escribiendo: *Nolli me tangere, quia Caesaris sum.*

En la Asunción se decía del adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, tan mal querido, que era otro Trasónides, el soldado vulgar y presuntuoso de la comedia de Menandro.

No puede sorprender que se hablara de todo, pues uno solo de los conquistadores podía llevar enseñanzas desde las minas de Zacateca, en la Nueva España, hasta la frontera del Arauco y los Comechingones. Pedro de Pastrana, hombre de cultura, estuvo en Méjico, en Guatemala, en Nicaragua, en el Perú y en Chile, donde urdió la trama para legitimar el mando de Valdivia.

Había una opinión que alcanzaba a todo el continente. Las reputaciones pasaban de uno a otro país. Todos mencionaban a aquel Miguel de Toro, "hombre recio e para mucho", compañero de Juan Ponce de León en Puerto Rico, y se sabía que el Rey Católico le había armado caballero, por las muchas pruebas dadas de la generosidad de su sangre villana en Tierra Firme, donde militó con Alonso de Ojeda. Figuraba asimismo entre los tipos ejemplares un Juan de León, "hombre diestro en las cosas de mar y en la tierra, y en las cosas de la guerra, de buen saber y gentil ánimo". Juan López, adalid, menos esforzado que astuto, hizo casa de tapias, y andando el tiempo hizo otra de piedra, "porque, en la verdad, era hombre inclinado a poblar y edificar". Tanto como descubrir y pelear se premiaba en el buen concepto la propensión a la estabilidad. Recordemos, después de estos pobladores de Puerto Rico, al famoso de Chile, Juan Jofré, que, solicitando un terreno al pie del cerro de San Cristóbal

para construir un molino, decía, el 19 de septiembre de 1553: "Yo soy conquistador, poblador y sustentador, de los primeros que en esta Gobernación han servido a Su Majestad, y me he casado en esta tierra, y quiero perpetuarme en ella."

Perpetuarse en la tierra es una de las expresiones que van anexas a la respetabilidad. Todos la rapiten cuando llega el caso.

Y no se excluye la buena conversación entre los méritos.

De 1553 retrocedamos a 1526, en que muere caballerescamente uno de los conquistadores de Puerto Rico, Sebastián Alonso de Niebla, por defender a un enemigo suyo, Martín de Guiluz, a quien salva la vida, perdiéndola él.

Ovo, pues, en aquella conquista un Sebastián Alonso de Niebla, hombre labrador y que en España nunca hizo sino arar e cavar, e las otras cosas semejantes a la labor del campo: el cual fué varón animoso, recio, suelto, pero robusto, e junto con su robusticidad que en sí mostraba a prima vista en su semblante, era tractado de buena conversación.

*

La virtud, en su sentido más estrecho, de amor a lo supraterreno y desprecio de las vanidades humanas, tuvo quien la representara entre los conquistadores, aunque esto parezca extraño.

Gonzalo Cuadrado Jaramillo, uno de los floridanos, fué el primero de ellos que entró en religión, y otros compañeros de armas le imitaron.

Estos conquistadores desencantados no hacían sino imitar a otros que desde los tiempos de las conquistas antillanas empezaron a sentir los llamamientos de la conciencia. Garcés, un uxoricida, acabó santamente como fraile, con la palma del martirio, pues le mataron los indios en la Tierra Firme.

Cuando llegó Cortés a Cempoala, Juan Torres de Córdoba quedó encargado de la primera ermita, hecha en un adoratorio, como lo cuenta Bernal Díaz:

Y luego les mandó (Cortés) llamar todos los indios albañires que había en aquel pueblo, y traer mucha cal para que lo adere-

zasen, y mandó que quitasen las costras de sangre questaban en aquellos cúes, y que lo aderezasen muy bien. Y luego otro día, se encaló, y se hizo un altar con buenas mantas, y mandó traer muchas rosas de las naturales que había en la tierra, que eran bien olorosas, y muchos ramos, y lo mandó enramar, y que lo tuviesen limpio y barrido a la contina. Y para que tuviesen cargo dello, apercibió a cuatro papas, que se tresquilasen el cabello, que los trayan largos, como otra vez he dicho, e que vistiesen mantas blancas, e se quitasen las que trayan, y que siempre anduviesen limpios, e que sirviesen aquella santa imagen de Nuestra Señora, en barrer y enramar. Y para que tuviesen más cargo dello, puso a un nuestro soldado, coxo e viexo, que se decía Juan de Torres, de Córdoba, questuviese allí por ermitaño, e que mirase que se hiciese en cada día ansí como lo mandaba a los papas. Y mandó a nuestros carpinteros, otras veces por mí nombrados, que hiciesen una cruz y la pusiesen en un pilar que teníamos, ya nuevamente hecho e muy encalado. Y otro día de mañana, se dixo misa en el altar, la cual dixo el Padre Fray Bartolomé de Olmedo. Y entonces, a la misa, se dió orden cómo, con el ensensio de la tierra, se ensensasen la santa imagen de Nuestra Señora e la Santa Cruz. Y también se les mostró a hacer candelas de la cera de la tierra, y se les mandó que con aquellas candelas siempre tuviesen ardiendo delante del altar, porque hasta entonces no sabían aprovecharse de la cera...

El mismo Bernal Díaz, en uno de los últimos capítulos de su libro cita varios casos de notables conversiones:

E pasó un buen soldado que se decía Sindos de Portillo, natural de Portillo, e tenía muy buenos indios y estaba rico, e dejó sus indios y vendió sus bienes y los repartió a pobres, e se metió a fraile francisco, e fué de santa vida. Este fraile era conoscido en Méjico, y era público que murió santo y que hizo milagros, y era casi un santo. E otro buen soldado que se decía Francisco de Medina, natural de Medina del Campo, se metió a fraile francisco, e fué buen religioso. E otro buen soldado, que se decía Quintero, natural de Moguer, e tenía buenos indios, e estaba rico, e lo dió por Dios, e se metió a fraile francisco, e fué buen religioso. E otro buen soldado, que se decía Alonso de Aguilar, cuya fué la venta que agora se llama de Aguilar, que está entre la Veracruz y la Puebla, y estaba rico y tenía buen repartimiento de indios, todo lo vendió e lo dió por Dios, y se metió a fraile dominico, y fué muy buen religioso. Este fraile Aguilar fué muy conoscido y fué muy buen fraile domi-

nico. Y otro buen soldado que se decía Hulano Burguillos, tenía buenos indios y estaba rico, e lo dejó, y se metió a fraile francisco. E este Burguillos después se salió de la orden, e no fué tan buen religioso como debiera. E otro buen soldado, que se decía Escalante, era muy galán y buen jinete, se metió fraile francisco, y después se salió del monasterio, y desde allí a obra de un mes tornó a tomar los hábitos, e fué muy buen religioso. E otro buen soldado, que se decía Lintorno, natural de Guadalajara, se metió a fraile francisco, e fué buen religioso, e solía tener indios de encomienda, e era hombre de negocios. E otro buen soldado, que se decía Gaspar Díez, natural de Castilla la Vieja, y estaba rico, ansí de sus indios como de tratos, todo lo dió por Dios, y se fué a los pinares de Guajalcingo, en parte muy solitaria, e hizo una ermita, y se puso en ella muy ermitaño, e fué de tan buena vida, e se daba a ayunos e deceplinas, que se puso muy flaco e debilitado, e decían que dormía en el suelo en unas pajas, e que desque lo supo el buen obispo D. Fray Juan de Zumárraga, lo envió a llamar e le mandó que no se diese tan áspera vida, e tuvo tan buena fama de ermitaño Gaspar Díez, que se metieron en su compañía otros dos ermitaños, e todos hicieron buena vida, e al cabo de cuatro años que allí estaban, fué Dios servido de llevarle a su santa gloria.

El asturiano Juan Gavilanes, conquistador del Perú, se retiró a Guarco, y de allí a los Quijos, internándose en las selvas orientales. Catequizaba a los indígenas y los enviaba a Sevilla del Oro para que fueran bautizados.

En este punto se le construyó una ermita, por mandato del corregidor de Macas, según dice el historiador ecuatoriano González Suárez.

Martín Tinajero, natural de Ecija, vivió y murió en opinión de santo, sin contaminarse de los vicios comunes entre la desordenada gente con la que anduvo por la Tierra Firme. Murió durante una marcha, y le enterraron en el campo.

Pasados algunos días, encontraron que el sitio de la sepultura despedía un suave olor —dice Piedrahita— y volaba sobre él una nube de abejas.

Tal era la dulce leyenda de ese varón recto.

Hubo entre los conquistadores de la Florida uno que, de sobrevivir a la campaña, tal vez hubiera acabado en un claustro

o en una misión, pero que no necesitaba vestir hábito para hacer vida ejemplar de excelente cristiano. Se llamaba D. Carlos Enríquez.

... por su mucha virtud y buena condición, era regalo del gobernador, como lo son de sus padres los buenos hijos. Para los capitanes y soldados era socorro de sus necesidades, y amparo en sus descuidos y faltas, y paz y concordia en sus pasiones y discordias particulares, poniéndose entre ellos a los apaciguar y conformar. Y no solamente hacía esto entre los capitanes y soldados, mas también les servía de intercesor y padrino para con el general, para alcanzarles su perdón y gracia en los delitos que hacían. Y el mismo gobernador, cuando en el ejército se ofrecía alguna pesadumbre entre personas graves, la remitía a don Carlos, para que con su mucha afabilidad y buena maña la apaciguase y allanase.

Alonso Ruiz entró en el Cuzco, y lo primero que hizo fué dedicarse a la conversión de un indio. Tal vez el mismo catecúmeno lo puso en sitio donde pudiese adquirir, como adquirió, 50.000 pesos de oro que encontró escondido, como otros afortunados. Ruiz no tenía tranquila su conciencia, y restituyó la suma íntegra, entregándola al Emperador, "como señor del Perú". Se le dió una alhehuela, cerca de Trujillo, y allí "medró, asegurando su conciencia mucho más de lo que comprara con los cincuenta mil pesos" del famoso saqueo.

Hubo una corriente de restituciones de los bienes alcanzados en Cajamarca y en el Cuzco. El obispo de Charcas, don Fray Matías de San Martín, escribió un *Parecer sobre si eran bien ganados los bienes adquiridos por los conquistadores, pobladores e encomenderos de Indias*. Este prelado tenía por principal mira el buen trato de los naturales en las encomiendas, para que los confesores no absolviesen a los que cometían abusos, minuciosamente descritos en el *Parecer*. Tratando de la conquista, formula una condenación sin restricciones de los medios empleados contra todo derecho, divino y humano.

En este orden, el último superviviente de los conquistadores peruanos, Mancio Sierra de Leguízamo, da en 1582 la expresión más interesante de un estado de conciencia. Hace su testamento, y en él se dirige a la Majestad del Rey D. Felipe II para que

recapacite sobre la conquista. Mancio Sierra de Leguízamo no discute los medios de llevarla a término, como lo hacían los teólogos, y si bien ordena a sus albaceas que tomen la bula de composición por 2.000 pesos que le tocaron en la repartición de Cajamarca, y por ocho o diez mil obtenidos en el saqueo del Cuzco, en donde adquirió "la figura del sol que tenían hecha de oro los ingas", él se levanta a consideraciones superiores, meditando sobre los deberes éticos de la civilización europea cuando se sustituya a una barbarie como la peruana, que el testador idealiza con un testimonio muy sugestivo.

Primeramente, antes de empezar el dicho mi testamento —dice Mancio Sierra de Leguízamo—, declaro que ha muchos años que yo he desado tener orden de advertir a la Católica Real Majestad del Rey D. Phelipe, nuestro Señor, viendo cuán católico y cristianísimo que es, y cuán celoso del servicio de Dios, Nuestro Señor, por lo que toca al descargo de mi ánima, a causa de haber sido yo mucha parte en el descubrimiento y conquista y población de estos reinos, cuando los quitamos a los que eran incas, que los poseían y regían como suyos, y los pusimos debajo de la Real Corona, que entienda Su Majestad Católica que hallamos estos reinos de tal manera, que en todos ellos no había ni ladrón, ni hombre vicioso, ni holgazán, ni había mujer adúltera, ni mala, ni se permitía entre ellos, ni gente mala vivía en lo moral, y que los hombres tenían sus ocupaciones honestas y provechosas. Y que las tierras y montes y minas y pastos y caza y maderas, y todo género de aprovechamientos, estaba gobernado y repartido de suerte que cada uno conocía y tenía su hacienda, sin que otro ninguno se la ocupase ni tomase, ni sobre ellos había pleitos, y que las cosas de la guerra, aunque eran muchas, no impedían a las del comercio, ni éstas a las cosas de labranza y cultivar de las tierras, y que en todo, desde lo mayor hasta lo más menudo, tenían su orden y concierto con mucho asiento, y que los ingas eran temidos y obedecidos y respetados y acatados de sus súbditos como a gente muy capaz y de mucho gobierno, y que lo mismo eran sus gobernadores, y como en éstos hallamos la fuerza y el mando y la resistencia, para poderlos sujetar y oprimir al servicio de Dios, Nuestro Señor, y quitarles su tierra, y ponerla debajo de la Real Corona, fué necesario quitarles totalmente el poder y mando y los bienes, como se les quitaron a fuerza de armas. Y que mediante esto, y haberlo permitido Dios, Nuestro Señor, nos fué posible sujetar este reino de tanta multitud de gente y riqueza, a

que de señores los hicimos siervos, tan sujetos como es notorio, siendo nosotros tan pequeño número de españoles como entramos conquistándolos. Y que entienda Su Majestad Católica que el intento que me mueve a hacer esta relación, es por el descargo de mi conciencia, y por hallarme culpado en ello, pues habemos convertido gente de tanto gobierno, como eran estos naturales, y tan quitados de cometer delitos, ni excesos, ni exorbitancias, así hombres como mujeres, tanto que el que tenía cien mil pesos de oro y plata en su casa y más indios, la dejaba abierta, puesta una escoba o un palo pequeño atravesado en la puerta, para seña que no estaba allí su dueño, y con esto, según su costumbre, no podía entrar nadie dentro, ni tomar cosa de lo que allí había. Y cuando ellos vieron que nosotros poníamos puertas y llaves en nuestras casas, entendieron que era de miedo que teníamos de ellos, que no nos matasen; pero no porque creyesen que era posible que ninguno hurtase ni tomase a otro su hacienda, y así cuando vieron que había entre nosotros ladrones y hombres que incitaban a pecar a sus mujeres e hijas, nos tuvieron en poco. Y habiendo venido estos reinos a tal rotura, en ofensa de Dios, entre los naturales, por el mal ejemplo que les habemos dado en todo, que aquel extremo de no hacer cosa mala, se ha convertido en que hoy ninguna o pocas se hacen buenas, y requiere remedio, y esto toca a Su Majestad, y en cuanto no lo pusiere, corre sobre su real conciencia, y mía, y de los que descubrimos y poblamos...

No es el momento de discutir esta exposición. La transcribo para que el lector vea una conciencia de conquistador americano. ¿Mancio Sierra de Leguízamo quiere para el Perú virreinal un socialismo incásicocristiano?

Esta personalidad vigorosa, desbordante de ideas propias, no se parece a sus colegas. En nada coinciden sus preocupacione con las de Bernal Díaz. Cada uno ve la conquista y cada uno la siente a su manera. Bernal Díaz, en el famoso capítulo que trata de la conversión de los indios, se entusiasma describiendo cómo pasaron de las idolatrías a la fe, y cómo aprendieron los oficios que se usaban en Castilla. ¿Es otra conquista o es otro conquistador? De todo hay. Bernal Díaz del Castillo, que vió las costras de sangre humana en los adoratorios, nota el contraste. Los indios oyen "los santos sermones" de los misione-

ros, y ve que "el santo Evangelio está bien plantado en sus corazones".

Después del cristiano, habla el artista. Enumera los vicios y torpezas que se extirparon, juntamente con los sacrificios humanos, y presenta el cuadro de otra vida material y espiritual.

Y demás desto, tienen (los indios) sus iglesias muy ricamente adornadas de altares, y todo lo perteneciente para el santo culto divino, con cruces y candeleros y cáliz y patenas y platos, unos grandes y otros chicos, de plata, y incensario, todo labrado de plata. Pues capas y casullas y frontales, en pueblos ricos los tienen, y comúnmente, en razonables pueblos, de terciopelo, y de damasco, y raso, y de tafetán, diferenciados en los colores y labores, y las mangas de las cruces muy labradas de oro y seda, y las cruces de los difuntos, de raso negro, y en ella figurada la mesma cara de la muerte, con su disforme semejanza y huesos, y el corbetor de las mismas andas, unos tienen buena, y otros no tan buenas. Pues campanas, las que han menester, según la calidad ques cada pueblo. Pues cantores de capilla, de voces bien concertadas, así tenores, como tiples y contraltos y bajos, no hay falta. Y en algunos pueblos hay órganos, y en todos los más tienen flautas y chirimías, y sacabuches, y dulzainas. Pues trompetas altas y sordas, no hay tantas en mi tierra, ques Castilla la Vieja, como hay en esta provincia de Guatimala. Y es de dar gracias a Dios, y cosa muy de contemplación, ver cómo los naturales ayudan a beneficiar una santa misa, en especial si la dicen los franciscos y dominicos.

Nada pasa por alto. Dice

cómo todos los más indios naturales destas tierras hán deprendido muy bien los oficios que hay en Castilla entre nosotros, y tienen sus tiendas de los oficios y obreros, y ganan de comer a ello, y los plateros de oro y de plata, ansí de martillo como de vaciadizo, son muy extremados oficiales, y ansimismo lapidarios y pintores. Y los entalladores hacen tan primas obras, con sus sotiles alegras de hierro, especialmente entallan esmeriles, y dentro dellos figurados todos los pasos de la Santa Pasión de Nuestro Señor Redentor y Salvador Jesucristo, que si no las hobiese visto no pudiera creer que indios lo hacían, que se me sinifica a mi juicio que era aquel tan nombrado pintor como fué el muy antiguo Apeles, y de nuestros tiempos que se decían Berruguete y Micael Angel, ni de

otro moderno agora nuevamente muy nombrado, natural de Burgos, el cual tiene gran fama como Apeles, no harán con sus muy sotiles pinceles las obras de los esmeriles ni relicarios que hacen tres indios maestros de aquel oficio, mejicanos, que se dicen Andrés de Aquino, y Juan de la Cruz, y el *Crespillo*.

Después de mencionar las letras y otros oficios, dedica estas palabras a la crianza de animales y al cultivo de la tierra:

Pues labradores, de su naturaleza lo son antes que viniésemos a la Nueva España, y agora crían ganado de todas suertes, y doman bueyes, y aran las tierras, y siembran el trigo, y lo benefician y cogen, y lo venden, y hacen biscocho. Y han plantado sus tierras y heredades de todos los árboles y frutas que hemos traído de España...

Estas palabras de orgullo, como las de remordimiento, encienden el deseo de conocer a fondo el alma múltiple de los conquistadores.

El sentido de la universalidad en la obra colonizadora de los pueblos peninsulares

La Península Ibérica es un continente abreviado. Hay en ella diversidades climatéricas que multiplican el número de especies vegetales. A esto se debe que la incorporación de España en el Imperio romano significase una aportación extraordinaria de datos nuevos para el conocimiento de la Naturaleza. No vuelve a producirse una revolución semejante en el seno de la civilización occidental, hasta que los pueblos de la Península inician su era de expansión. La obra colonizadora que realizaron fué precedida, acompaña y seguida de una exploración gigantesca. Si estos pueblos no hubieran hecho otra cosa que peregrinar, ello por sí solo sería suficiente para darles el primer puesto entre los transformadore del planeta. Encontraror el mundo fragmentado, y unieron sus inconexas partes, descubriendo la navegación oceánica. A ellos se debe la geografía universal, la historia universal, el hombre universal. Antes de que establecieran la primera estancia de plantadores en América o la primera factoría mercantil en la India, había nacido un hombre nuevo gracias a las exploraciones.

Por azares de la Historia, vino la Meseta Ibérica a ser el núcleo político de la porción peninsular más extensa, y a tener con Portugal relaciones que pasaron del mutuo desconocimiento a la enemistad. Cuando los habitantes de estos territorios tan próximos se sintieron empujados por el mismo ímpetu de cu-

BIBLIOTECA PROVINCIAL BURGOS

riosidad geográfica, sus divisiones fueron a deslindarse en los antípodas. Simultáneamente, castellanos y portuguese habían creado la épica de la distancia. Ya no peleaban por un fragmento de Galicia o de Extremadura, sino por delimitar un hemisferio. Crecieron el hombre y las contiendas. Hasta el ingenio tomó proporciones planetarias. Cuenta el agudo López de Gómara que cuando los cosmógrafos y juristas de las dos coronas estaban discutiendo en Badajoz la irresoluble cuestión de las Molucas, los comisionados, para distraerse de sus tareas, buscaban solaz paseando por el campo. Un chicuelo que jugueteaba junto al río, o que acaso cuidaba la ropa que su madre había lavado, preguntó a los sabios si eran ellos los que repartían el mundo con el Emperador, y como le respondieran que sí, alzó la camisa, se les mostró desnudo, y dijo: *Pues echad la raya por aquí en medio.*

Cosa fué pública y muy reída en Badajoz y en la congregación de los mesmos repartidores, de los cuales unos se corrían y otros se maravillaban.

Ese niño de Badajoz era ya una posteridad, y su intención maliciosa desmiente el sentido de rigidez enfática que quiere darse a los hechos si sólo se mira su representación oficial.

Los hombres que hacen cosas grandes las hacen también grotescas. ¿Puede negárseles un derecho tan legítimo? Cuando los encargados de la demarcación iban a verse, unos estaban en Elvas y otros en Badajoz. ¿Los de Elvas irían a Badajoz, o los de Badajoz a Elvas? La dignidad encontró un primer punto de acuerdo. Entre las dos ciudades corre el riachuelo Caya. Allí se vieron y se saludaron.

Lo que con tan miserable protocolo discutían, tiene para nosotros, sin embargo, un valor que no imaginaron acaso los jueces, abogados, cosmógrafos y pilotos de 1524. Sobre el puente del riachuelo Caya terminaba una época y se abría otra. Los hombres de aquella generación habían presenciado hechos que, según la hermosa expresión de un crítico portugués, "excedem toda a densa massa de phantasiosas aventuras de phantasiosos

héroes do mundo antigo e moderno, excedem a propria força humana" (1).

Vasco de Gama pregunta con arrogancia al rey de Melinde:

> Julgas agora, Rey, que houve no mundo
> Gentes, que taes caminhos commettessem?
> Cres tu, que tanto Eneas, e o fecundo
>
> Ulysses pelo mundo se estendessem?
> Ousou algum a ver do mar profundo,
> Por mais versos que d'elle se escrevessem,
> Do que eu vi a poder d'esforço, e de arte,
> E do que inda hei-de ver, a oitava parte?

No encuentro en la épica nada menos oratorio que esta octava, si no es el pareado que termina una de las siguientes del poema camoeneano:

> A verdade que eu conto nua e pura,
> Vence toda grandilocua escriptura.

El poeta de la inmensidad geográfica bien puede tener siempre una arrogancia justificada por los hechos. Si es Luis de Belmonte Bermúdez, y sigue a Pedro Fernández de Quirós en la exploración de las regiones australes, sólo pretenderá que sus glorias alcancen lo que él ha corrido del mundo.

> No quisiera más fama que en aquellas
> provincias que medí con propias huellas.

El mundo ha crecido gracias a los pueblos peninsulares, y el registro de los hechos toma proporciones adecuadas. La obra histórica nacional que escribe João de Barros está dividida en partes que corresponden a las de la Tierra: Europa, Africa, Asia y Santa Cruz. El monumento historial de los castellanos es de la misma extensión. Gonzalo Fernández de Oviedo pre-

---

(1) Fidelino de Figueiredo: *Hist. da Lit. Classica*, 1.ª época, página 282.

senta una bibliografía imponente por la masa y por la variedad. En el mismo caso está Herrera. Francisco López de Gómara, tan compendioso como elegante, da en breves páginas la imagen de los espacios recorridos por castellanos y portugueses. Damião de Gois, espíritu inquieto como el de Gómara, y como él sospechoso por su excesiva independencia, trata de los asuntos más varios. Habla de Abisinia y del cerco de Dio; hace una defensa de España contra las aserciones de Munster; diserta sobre los encantos de Lisboa. Pero la parte principal de sus escritos, la preocupación dominante, o acaso el refugio para no comprometer demasiado el criterio personal, es la epopeya marítima.

No era, por lo demás, extremada la facilidad con que un cronista podía decir toda la verdad sobre temas ultramarinos. Recordemos que la diplomacia no cesaba de murmurar palabras de cautela al oído de los pilotos. Desde los tiempos del Príncipe Perfecto se había formado la confabulación política del misterio. No había que dar cuenta de las expediciones, y si era preciso hablar de ellas, convenía hacerlo con la falsedad impuesta por la consigna (1). Don João de Castro se rebela contra esa tradición y enuncia normas de verdad. "Certamente que muytas vezes me envergonho, e ei doo, de ver a pouquidade e miseria nossa." Todos los hombres mienten, pero los navegantes mientn más. A luengas tierras, luengas mentiras. Cuando ya nada puede ocultarse, y salta a la vista la desproporción entre la obra realizada y la que conviene publicar, aparece también la inconexión entre los fines alcanzados y los medios de que se dispuso, hasta formar "este imperio de loucos, que con un braço na Asia, outro no Occidente, queren abarcar o mundo", como dice el albanés renegado, valido del sultán de Cambaya, aconsejándole la resistencia, en un discurso a la Tito Livio que le inventa Jacinto Freire de Andrade.

---

(1) "As bases, de caracter oficial, sôbre que até qui se tem escrito a história dos Descobrimentos so com as maiores reservas se podem aceitar, porque esconderam deliberadamente uma grande parte do esforço nacional... Para alem da epopeia, cantada por Camões, ha outros Lusíadas ocultos."—Jaime Cortesão: *Do Sigilo nacional sôbre os descobrimentos.*

El albanés, o el estilista que le atribuye su discurso, explica cómo "as velas portuguesas, con incansavel navegação, rodeão a mor parte do mundo, con distancia de mais de nove mil legoas, que a tão ardua navegação, os estimolou sua ambiçao, guiou sua fortuna". No habla, naturalmente, de la tierra de Santa Cruz. Todo un aspecto de la vida de Portugal en su expansión escapa al conocimiento de los orientales. Siguen las hazañas portuguesas desde Mozambique hasta Macao. Los nombres de Sofala, Quiloa, Mombaza, Adén, Ormuz, Cambaya, Goa Calicut, Ceilán, Bengala, Malaca, Singapur, Chiampa y Cochinchina agotan su curiosidad. ¿No era, con algunas adiciones, la misma geografía de Colón, aun después de haber pasado cerca del canal de Yucatán y de haber conocido el ímpetu del Orinoco?

Para el oriental, como para el europeo medieval, el mundo es más pequeño de como lo dejó Magallanes.

Corre un soplo que lleva revelaciones. La acción de Portugal se bifurca. Ha ido a encontrarse con Castilla en las islas de las Especias. Pero los dos pueblos peninsulares tienen otro contacto, otro conflicto y otra misión, que no es la de buscar un lejano monopolio mercantil de sedas y marfil, pedrerías y aromas. El ignorado y aun inimaginado continente que tomó el nombre de América, vino a recibir toda la actividad expansiva de los pueblos peninsulares. En Asia quedan las *Lendas da India*, con su magnificencia de una suntuosidad que no ha podido verse después en parte alguna. Quedan *Os Lusíadas*, pero no con proyección para lo futuro, sino como punto de luz que se ha fijado en un lugar del cielo cada vez más distante. La epopeya marítima no volverá. Eso pasó. La escena tiene la brillantez de una fiesta cortesana. La perpetuamos en la exaltación del arte. Cuando el personaje europeo equilibra con su elegancia el ostentoso lujo de la comitiva melindana, nos recreamos como cuando tenemos a la vista las misteriosas dalmáticas que pinta Rembrandt.

Vestido o Gama vem ao modo hispano,
Mas Francesa era a roupa que vestia,

De centim da Adriatica Veneza,
Carmesí, cor que a gente tanto preza.
.....
As calças soldadescas recamadas,
Do metal que fortuna a tantos nega.
.....
Ao italico modo a aurea espada,
Pruma na gorra, hum pouco diclinada.

Todo lo que de estos hombres recordemos tendrá que verse bajo el prisma espectacular. No podríamos defendernos de la ilusión que nos los representa como figuras de poema. ¿Para qué ensayar en ellos el análisis? La crítica quisiera pronunciar un auto de incompetencia, puesto que cuanto hicieron quedó liquidado definitivamente. Su acción, inmensa, tiene sitio propio y de honor, por otra parte, en las conquistas de la geografía. Allí empieza y allí acaba.

No hay nada tan bello en la épica como la señoril esplendidez que lleva a sus actos cada uno de esos capitanes, ya fuera Gama, "monstro do mar, que teve por casa as ondas, e por abrigo os ventos e as tormentas"; ya don Francisco de Almeyda, "que parece que quería beber o sangue do Oriente todo"; ya Alburquerque, el que "fez tributarios mais Reynos que trazia soldados"; ya D. João de Castro, el que al prevenir la defensa de Dio pronunció el clásico juramento del guerrero: "¡Por cada pedra d'aquella fortaleza arriscarei um filho!" ¿Y cómo piden el premio de sus servicios hazañosos "Mas porque pode ser que V. A. me faça d'alguna cousa impropria a minha condiçao e maneira de vida, lha quero nomear e pedir, e é que me faça mercé de un castanhal que tem na serra de Cintra, onde chaman a Fonte d'El Rei, que está a par da minha quinta, para que tendo os meus moços que comer no meu, nao vão destruir e fazer damno no alheio. O castanhal poderá valer de compra dez ou doze mil reis; mas para mim serão muitos mil cruzados." Este era el mismo hombre que decía: "Hoje não houve nesta casa dinheiro, com que se me comprasse humha gallinha; porque nas armadas que fiz, primeiro comião os soldados os salarios do governador, que os soldos do seu Rey..."

Por más que busquemos en los actos del hombre los móviles

del interés —y no es posible olvidarlos si se pretende dar con exactitud la imagen de la vida—, siempre tendremos como insuficiente la historia que quiera presentar la codicia moviéndose por el mismo resorte cuando es la usura cobarde y cuando, "en los brazos de la suerte, se arroja al mar". Marcha el egoísmo por muy apartados rumbos en los manejos aldeanos de un logrero y en los planes de un conquistador. Una vez más crecen los hombres. Hernán Cortés, ávido de adquisiciones, las multiplica por medios infinitos y tortuosas maniobras; pero lo que así adquiere se derrama "como río de avenida", a la hora en que el peligro amaga y la salvación de toda la empresa está en actos de generosidad. Almagro, viejo deforme, conquistador del Perú y descubridor de Chile, hombre de clase social tan baja que, no teniendo familia, ha sido amamantado por una puerca, según el rumor popular acreditado, sale de España como emigrante anónimo, es ganadero pudiente en Panamá, y en el Perú llega a ser el primero de los caudillos. Este hijo de Castilla la Nueva, que por no tener apellido toma el nombre de su pueblo, lleva un séquito de caballeros que le ven como benefactor, pues sobrepuja en liberalidades a las más estrafalarias que pudieran contarse de un príncipe oriental. Por el obsequio de una adarga, da una olla de plata con asas de oro. Paga en 600 pesos el primer gato que llega al Perú. Su amigo Diego de Agüero le comunica el contenido de una real cédula y recibe como albricias objetos que valen 7.000 castellanos. Pedro de Valdivia, conquistador de Chile, es uno de los hombres más extraordinarios por su genio. Tan ávido para la adquisición como pronto para desprenderse de cuanto posee, si gana al juego todo lo reparte entre los asistentes. Viste a los pobres y no mira por el mañana. La fortuna vendrá en golpe torrencial.

Las conquistas son empresas de riesgo que reclaman iniciativas heroicas, porque se expone la vida con la hacienda y el crédito mercantil con la fama de los capitanes que las encabezan. Si para ser conquistador hay que reunir un conjunto de cualidades, para comprender las campañas del conquistador hay que afinar el sentido de la crítica y examinar las complicadas partes que forman una expedición. Sin esto no se puede conocer el resultado general y darse cuenta de lo que significa la acción

de los pueblos que han dejado su nombre, su idioma y su personalidad en una extensión del continente americano que corre desde los 35° de latitud Norte hasta el extremo meridional, es decir, en más de 70 grados.

No voy a resumir la polémica a que se ha sometido la colonización iberoamericana. Esta historia de la historia tiene mucho que contar. Los de fuera fabricaron primero una verdad para la causa luterana, después otra para entretenimiento de los ingenios literarios que nos despreciaban y otra más tarde por cuenta de los filósofos que necesitaban ejemplificar sus grandes principios a expensas de los dos pueblos encargados de representar el papel del fanatismo religioso, de la ignorancia científica, del atraso económico y de la incapacidad organizadora. En pos de los protestantes, de los literatos y de los filósofos han venido los profesores de ciencia social, los antropólogos y todos los generalizadores que pudieron disponer de un público pasivo. Se nos midió el cráneo, el tórax y la estatura, se nos estudió microscópicamente el cabello, se hicieron luminosas disertaciones sobre nuestra variada pigmentación. Pero, afortunadamente, las modas, que antes duraban cien años, hoy no pasan de diez. El criterio cambia con un movimiento cada vez más acelerado. La actitud hostil delata ya poca firmeza. La opuesta, que callaba, halla el momento propicio. Parecería como que sólo nos atrevemos a hablar cuando de fuera vienen voces de aliento. No exageremos, tocando en un extremo de ilusa vanidad.

Apenas es necesario decir que la fórmula negativa acusa tanta incomprensión como la opuesta de alabanza sin mesura. Obra de ignorancia y de torcido criterio, en ambos casos la tesis es inaprovechable para la Historia. No hay diferencia de error entre la acusación inarticulada que hace del conquistador un bruto lanzado a destruir civilizaciones autóctonas, y la canonización de hombres que si valieron fué precisamente por ser, de pies a cabeza, "polvo, sudor y hierro", o con expresión menos plástica, decisión y violencia. No; ni gorilas ni ascetas. Tampoco individuos de la masa común, pues entre ellos hay varias cúspides. En escala descendente, por lo que respecta al poder personal de la fuerza sugestiva, de la capacidad constructora y

de la actividad maléfica, llegamos al tipo medio del nuevo poblador, que reproduce todos los rasgos de los habitantes de la Península. Así es como encontramos en América una España nueva y un Portugal trasplantado, aun cuando desde la primera generación surjan a la vista diferencias que se acentúan por la imposición del medio físico, de la cultura indígena y de la mezcla de sangre. Pero si, comparando a Lisboa con Río Janeiro, a Madrid con Méjico y a Barcelona con Buenos Aires, advertimos las diferencias, cuando hacemos el cotejo en presencia de Londres, de París o de Bruselas, tenemos que concluir afirmando la existencia de una coloración característica, en un vastísimo campo de matizaciones. Fuerza es, por lo mismo, que hablemos de un iberismo fundamental, ya lo hagamos con efusión de entusiasmo, ya nos pese como una maldición, ya nos contengamos en una estimación juiciosamente imparcial de los hechos.

Esta manera de ver es nueva, porque es nueva nuestra emancipación contra los prejuicios vigentes desde el siglo XVI al XIX. Los pueblos americanos fueron llamados a sustanciar el pleito de su independencia, que en el Brasil se presentó singularmente fácil y que en los de origen castellano tuvo las dolorosas repercusiones de la disolución general metropolitana, pero que en ambos casos impuso el criterio político del momento, supeditando el histórico. Era natural que todo se viera del color de la independencia, y que la obra de los pueblos peninsulares apareciera desfigurada por los rigores de la contienda. ¿El mismo Emperador del Brasil, D. Pedro I, en un manifiesto que dirigió a las naciones amigas y aliadas, hablando como "Príncipe Real do Reino Unido de Portugal, Brasil e Algarves", el 6 de agosto de 1822, no hizo un violento alegato contra el sistema colonial y los tres siglos de su imposición odiosa? Portugal y el Brasil debían continuar unidos, pero siendo cabeza el Brasil. En el estilo enfático de la época y del género que cultivaba, decía don Pedro: "Si o Brasil resistiu a esta torrente de males, se medrou no meio de tão vil opressão, deve-o a seus filhos, fortes e animosos, que a Natureza tinha talhado para gigantes; deve-o ãos beneficios dessa bôa Mâi que lhe dava forças sempre renascentes para zombarem dos obstaculos physicos e morães, que seus

ingratos pais e irmãos oppunhan acintemente ao seu crescimento e prosperidade."

Sustituyendo términos y poniendo a Bolívar, a San Martín o a Iturbide en lugar de D. Pedro, tenemos el mismo elemento acusatorio contra el odioso sistema colonial, que después de un siglo de su desaparición se revisa con resultados que sorprenden. Dos cosas hay que ver en este sistema: la parte política de abuso que contiene toda dominación, ya sea monárquica o republicana, interna o colonial, y la parte que acusa el genio especial de un pueblo en funciones de fecundidad creadora. La verdad sólo se alcanza a través de estas manifestaciones, contempladas en la perspectiva de la historia.

Lo primero que aparece al juzgar la colonización americana de los pueblos ibéricos, es el extraordinario valor humano que encierra el hecho. Este comprende un elemento previo de exploraciones geográficas, iniciadas y realizadas en escala gigantesca. El ciclo de las navegaciones, ya lo he dicho, se basta a sí mismo. No hubiera sido necesario más para dar sello de grandeza a los pueblos que las realizaron. Vienen después las fundaciones, que no se ejecutaron por masas peninsulares, sino por criollos, mestizos e indígenas, lo que centuplica su importancia. Es una observación fundamental que las expediciones originadas en la Península fracasaron por lo regular, y que sólo tuvieron buen éxito las que, naciendo en algún país americano, se desarrollaron con todo lo que el Nuevo Mundo les proporcionó, así por lo que respecta al hombre como a los elementos de penetración. Las Antillas fueron el núcleo de donde partió la conquista de Méjico; del istmo de Panamá irradiaron las expediciones para todo el litoral centroamericano y para el del Perú; en el Paraguay se fijó el centro poblador del Río de la Plata; los *bandeirantes paulistas* realizaron la más hermosa de las epopeyas de penetración continental.

Y hay otra observación, que encierra un interés todavía más grande. Los dos primeros virreinatos hispanoamericanos, el del Perú y el de la Nueva España, tuvieron sus respectivos centros en los que habían sido de los incas y de los aztecas. El esfuerzo colonizador se extendió a territorios antes desiertos o salvajes, cubriendo áreas incomparablemente mayores que las de las an-

tiguas civilizaciones. En la alta meseta neogranadina, o sea la actual Colombia, el español estableció su poder sobre el núcleo de florecimiento de los chibchas. No se concibe el fuerte arraigo de la conquista paraguaya sin el concurso inestimable que le prestó la raza guaraní, y una de las ramas de esta misma raza es auxiliar de las fundaciones brasileñas, que comprenden la unidad geográfica más vasta de América.

Figura, por lo tanto, como rasgo propio de la civilización iberoamericana, la constitución de grandes masas mestizas. Una falsa ciencia se apresuró a condenarlas; pero los rasgos indiscutibles de su genio señalan el hecho como un resultado benéfico desde el punto de vista cultural. Obras literarias que han penetrado en la bibliografía europea, imponiéndose gracias a un valor permanente, fueron escritas por mestizos de la primera generación. Basta para ello citar los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega, renacentista que aprendió las primeras letras en el Cuzco y que se elevó a la maestría del arte en España. Su caso encierra la significación de un símbolo. Cada uno de los países americanos puede presentar ejemplos semejantes, porque todos ellos tuvieron alta idea del saber y del ingenio. Aun el indígena se hacía orador latino, músico o artífice. El mestizo, y con más razón el criollo, brillaba en la metrópoli. Hubo vida urbana intensa, con todo lo que ella contiene de universalidad. La gente colonizadora no recayó en el aislamiento provincial, y cada una de las ciudades que se distinguieron por su poder y riqueza recibía los contactos educadores de la imprenta, de la escuela y de las artes. Siempre el conquistador vió a su lado una figura de civilizador, dado que él mismo no tuviera todas las dotes para serlo. Este civilizador era el misionero. Un padre Gante, de la familia de Carlos V, estableció la primera escuela de artes y oficios en América. Y desde California hasta el archipiélago de Chiloé, se reproduce por millares el tipo excelso del hombre vestido de sayal que, dedicado a la catequesis, corona su labor cristiana con un imponente acervo de estudios lingüísticos y etnológicos. En un país se llama Bernardino de Sahagún; en otro, Toribio de Mogrovejo, y en otro, José de Anchieta.

No Novo Mundo era tudo novo, dice el conde Ficalho, y ese

mundo nuevo debía dar uno de los contingentes más importantes a la cultura, pues en el breve espacio de vida colonial, que es el de formación de las nuevas nacionalidades, su flora, su fauna, sus minerales, despertaron por lo menos tanta atención como codicia sus riquezas. Los botánicos estudiaban la Naturaleza, mientras los frailes formaban el catálogo de las lenguas indígenas y escribían la historia de los pueblos autóctonos. Compárese la bibliografía de los pueblos iberoamericanos con la de los países colonizados por otras razas, y se verá cómo llegó a América la más alta expresión de la cultura contemporánea. Hernán Cortés y Alfonso de Alburquerque fueron autores de *Cartas*, que, como los *Roteiros* de D. João de Castro y las *Relaciones* de Valdivia, señalan culminaciones de acierto narrativo. El mismo encanto que nos domina en las páginas de Mendes Pinto y en las de la *Historia trágico-marítima*, en los viajes de Tenreiro y en las de otros libros semejantes, sirve de aliento a los soldados más humildes cuando recuerdan sus hechos o cuando admiran los ajenos.

No tendré sino recordar algunos ejemplos. Diego Méndez, hombre oscuro, como tantos que pasaron a América, escribe en su testamento una cláusula conmovedora: "Ya dije, hijos míos, que estos libros os dejo por mayorazgo." No posee otros bienes el testador. Los libros de Diego Méndez eran: un *Ensayo sobre la venganza de la muerte de Agamenón;* la *Guerra judaica*, de Flavio Josefo; la *Filosofía moral*, de Aristóteles, y cuatro *Tratados escritos* por Erasmo de Rotterdam. El soldado Pedro Cuadrado Chaviño, que, después de militar treinta años en América, vive retirado en Valdivia, uno de los últimos lugares del mundo austral, escribe una historia para entretener los ocios y engañar los achaques de la vejez. Se le manda en 1582 que haga la observación de un eclipse, porque es astrónomo, y contesta al Rey insertando en su carta copiosos textos latinos. Garay y Ramírez de Velasco se desesperan por no poder hacer observaciones del eclipse, sólo visible en la zona de Santa Fe, y así lo dicen a Felipe II, pues todos se cartean con el Rey. Bernal Díaz del Castillo, el soldado de la conquista de Méjico, cita en su crónica a Apeles, a Miguel Angel y a Berruguete. Escribe esta frase, que es un lema de curiosidad: "Todo lo tras-

cendemos e queremos saber." Hay un Hernando de los Ríos, procurador de las islas Filipinas, Maluco y todo el archipiélago, doctor, coronel y clérigo presbítero, que reúne las condiciones del hombre de su siglo. Llega a las Filipinas en 1588, y alcanza el grado de capitán. En 1597 levanta el primer plano de la isla de Luzón. En 1598 se alista para tomar parte en la expedición de Camboya, y se pierde en China. Reaparece. Hace dos viajes a España, y en uno de ellos publica un libro, que imprime Fernando Correa, tipógrafo de Madrid.

Por el mismo tiempo, un portugués avecindado en Bahía, llamado Gabriel Soares, que, después de prosperar en la plantación de la caña de azúcar, acude a Madrid para solicitar concesiones mineras de la corte de Felipe II, entretiene sus obligados ocios escribiendo la primera de las monografías de que hace mención la historia brasileña. Amante de su país adoptivo, lo celebra haciendo, como dice Oliveira Lima, "el balance de la obra portuguesa en la América meridional, hasta el momento de la unión con España", y dejando ya "entrever una ternura ingenua para el país, germen del futuro sentimiento patriótico" (1). Pocos años después, un *Diálogo de las Grandezas del Brasil*, escrito por autor anónimo, deja testimonio de la misma preocupación cultural generalizada.

No la monopolizan los centros de saber. Anda dispersa y es preciso seguirla. En esta vez nos trasladamos de Madrid a China. Sabemos por el autor de la *Breve y verdadera relación de los sucesos del reino de Camboxa*, al explicar los trabajos que pasó el general D. Luis Pérez Desmariñas, cómo llegaron a verse los castellanos, sin esperanza de remedio, en un país remoto, aislados de los suyos. Y dice que "cerca de su alojamiento estaba una fuente harto milagrosa. Es el agua de tal propiedad, que a cualquiera cosa que entra viva en ella, la vuelve en piedra. Un cangrejo que por desgracia suya entró en esta fuente, se tornó luego piedra. Trájole a Castilla el alférez real Andrés

(1) En 1925 ha sido publicada por la Academia Real das Sciencias, de Lisboa, bajo este título: *Noticia do Brazil, descripçâo verdadeira da Costa daquelle Estado que pertenece á Coroa do Reino de Portugal, Sitio da Bahía de todos os Santos.*

Láriz Durango. En la consideración de esta fuente se entretenían las Castillas, y con los discursos que hacían, pasaban sus necesidades, y estaban hechos muy grandes y pobres filósofos."

Las conquistas no enriquecieron a todos los conquistadores. Más eran los que morían adeudados que los opulentos. Los colonos avecindados y los mestizos vieron también la cara de la dura necesidad. Pero hay, no lo dudemos, la vena de un rico manantial que corre a través de la historia del Nuevo Mundo, amenizándola. Es el agua de la fuente encantada, en cuyo derredor tenían su academia los pobres filósofos perdidos de la insensata expedición a Cochinchina.

ÍNDICE

	Páginas
PRÓLOGO	7
Los lineamientos de la acción conquistadora	9
Las expediciones sevillanas	11
La organización de una Armada	17
Una brillante falsificación histórica	27
La base americana de las empresas	35
La geografía de los conquistadores	59
Cuatro virtudes esenciales	69
Capitanes y adalides	83
La guerra	99
Los pobladores	143
El españolismo de la conquista	205
La ignorancia destructora	213
Crueldad	225
Genios y figuras	261
El sentido de la universalidad en la obra colonizadora de los pueblos peninsulares	303

ALGUNAS DE LAS OBRAS

DE

CARLOS PEREYRA

Breve Historia de América, nueva edición, aumentada (Aguilar).

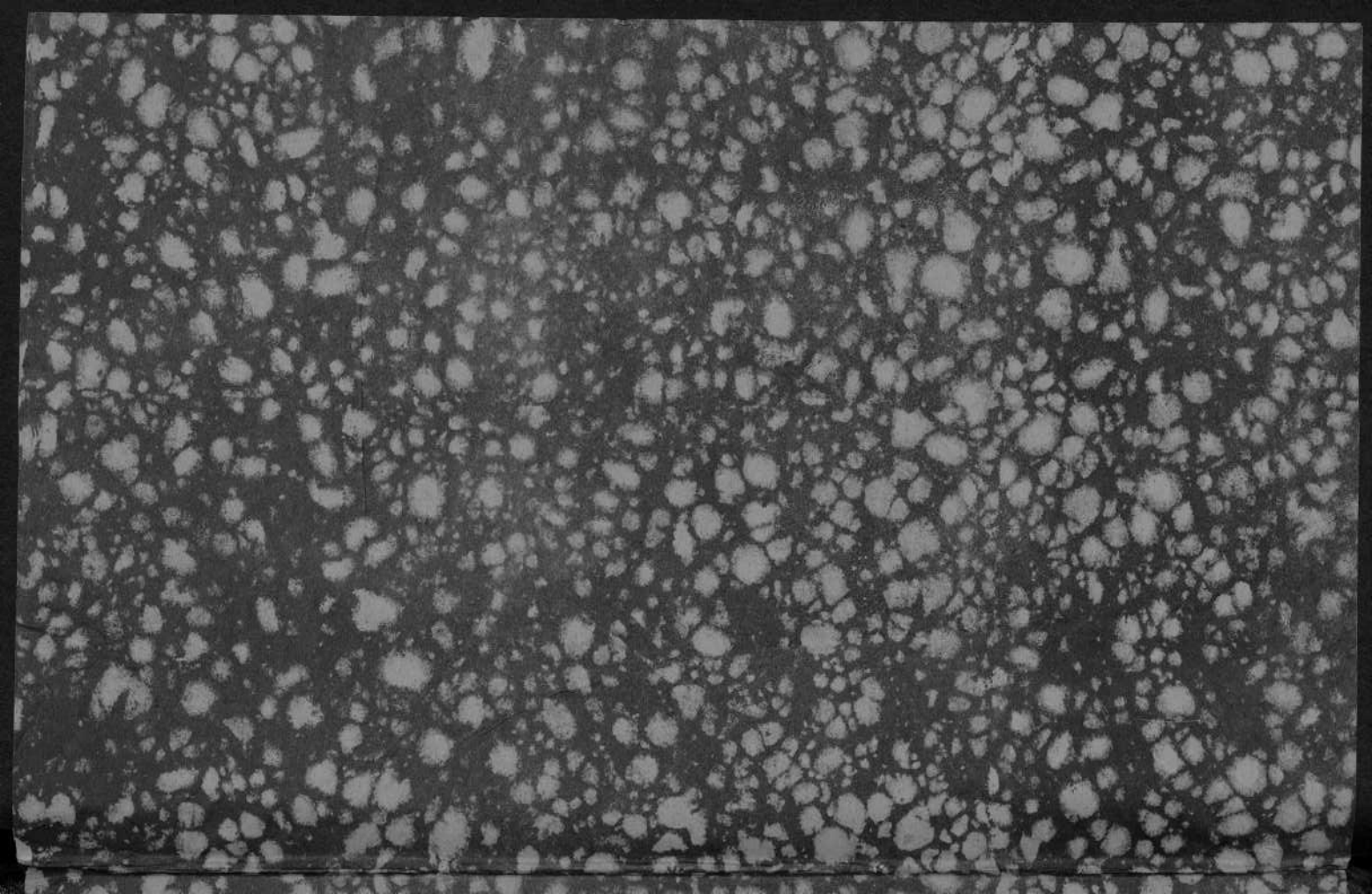
La Conquista de las Rutas oceánicas, nueva edición (Aguilar).

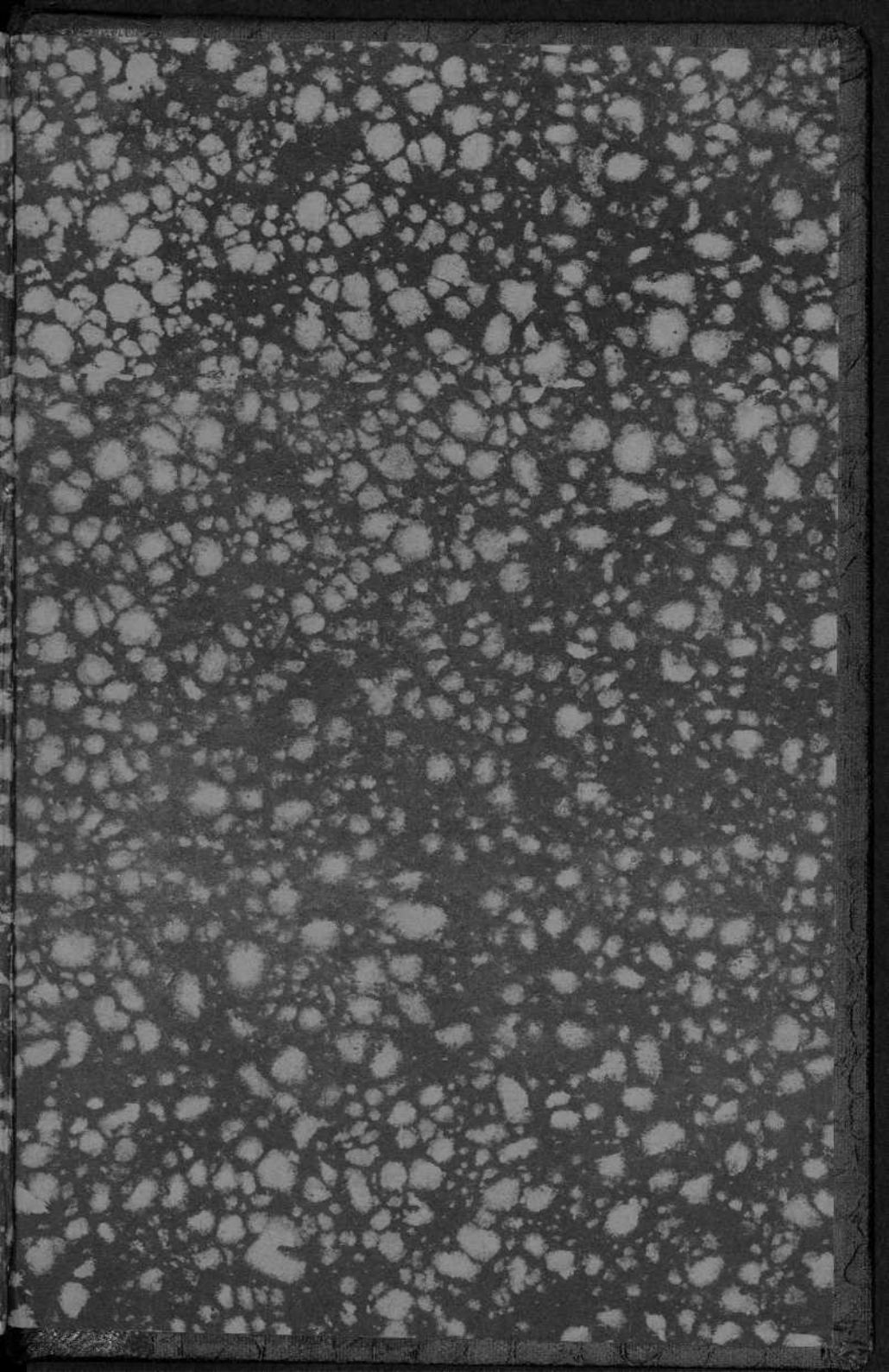
El Fetiche Constitucional americano (Aguilar).

La obra de España en América, nueva edición, profusamente ilustrada. (En prensa.)

Hernán Cortés (Colección Austral).

Pedro de Valdivia, en prensa (Colección Austral).





PERERA

LAS HUELLAS
DE LOS
CONQUISTADORES

21324